CRISTINA CASSAR SCALIA

LA LÓGICA DE LA LUZ

UN CASO DE VANINA GARRASI

NOVELA

DUOMO NEFELIBATA

La lógica de la luz

Cristina Cassar Scalia

Duomo ediciones

Barcelona, 2023

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Agradecimientos
Nota
Créditos

A mi madre, que me enseñó a amar los libros

«Lanzarse a la caza de recuerdos nunca es buen negocio [...] No puedes recuperar los buenos recuerdos y a los malos no puedes matarlos».*

GIORGIO FALETTI, Yo soy Dios

1.

El viejo candil se había decidido a funcionar y ahora colgaba de su gancho, iluminando un metro cuadrado de mar.

Sante Tammaro estaba en la popa, en una posición precaria. Con la cabeza inclinada y la nariz metida en el cubo con el fondo de cristal, girándose de vez en cuando para asegurarse de que el arpón y la red estuvieran al alcance de la mano.

Manfredi Monterreale observaba con aire socarrón los artilugios de pesca, aún sin utilizar en la toldilla de la barca. Con las manos en los remos, canturreaba una canción de Di André que hablaba de un pescador.

–¿Quieres dejar ya la cantinela esa de que los peces se asustan y se escapan? –le gritó Sante, incorporándose de golpe.

La barca osciló peligrosamente.

Manfredi soltó los remos.

–Ah, ¡entonces por eso no hemos pescado ni una triste sardina en las últimas dos horas! –ironizó, mientras colocaba bien el termo que había dejado debajo del asiento de la barca y que, con el movimiento, se había caído.

Sante hizo un gesto con la mano, como si quisiera decir que el comentario no merecía ni una respuesta.

–Toma, hombre –le dijo Manfredi, al tiempo que le acercaba un vaso que acababa de llenar–, bebe un poco de café y al menos entras en calor. Hay tanta humedad que casi se puede cortar con un cuchillo. ¿A ti te parece justo que en lugar de estar en mi casa metido en la cama, que sería lo normal a estas horas, tenga que estar aquí sentado durante horas, viéndola desde cien metros de distancia y pasando mucho frío? Todo para que estés contento. Y encima no me dejas ni cantar a Di André.

Después de haber desmontado y vuelto a montar el candil –una reliquia original que Sante había encontrado después de mucho buscar y que funcionaba cuando quería– habían navegado cerca de la costa durante un rato. Tras un último tramo usando los remos, porque «sino los pececillos se escapan», se habían apostado justo delante de las rocas a las cuales daba el piso de Manfredi.

–No entiendes nada, amigo –replicó Tammaro–. La pesca al candil es una cosa lenta, sin tiempos. Una filosofía, podríamos decir.

El médico lo miró no muy convencido. Bebió un sorbo de café él también.

–Claro, claro, una «filosofía» de pesca –se burló, meneando la cabeza.

Cómo habían llegado a ser amigos seguía siendo un misterio para ambos. Manfredi Monterreale, de profesión pediatra, era palermitano pero llevaba siete años viviendo en Catania. Para ser más exactos, en Aci Castello, en el segundo piso de un pequeño edificio con vistas a aquellos peñascos negros, entre el castillo normando y Aci Trezza, ante los cuales se mecía en ese momento la embarcación de su amigo. Sante Tammaro, en cambio, era periodista, catanés hasta la médula y con una marcada tendencia a la investigación. Pero la investigación pura y dura, esa en que el blanco era blanco y el negro era negro.

Manfredi se fijó en su terraza. Vista desde allí, parecía más pequeña. Había un par de plantas que tenía que cambiar, además de pintar la persiana del ventanal. Si tuviera tiempo... Pero la casa era bonita. Su hábitat perfecto.

Se inclinó bajo el banco en el que estaba sentado y trasteó con la mochila para guardar el termo.

–Se acaba de parar un coche delante de tu casa –dijo Sante.

Manfredi levantó la cabeza. La verja de su casa era la última de la calle, luego empezaban las rocas, que en esa época del año estaban libres de las terrazas que montaban los diversos establecimientos de baños.

–Ah, sí. Será alguna parejita en busca de intimidad. En las noches de invierno, hay mucho movimiento por allí...

–Y en las de verano también –respondió el periodista–. Pero... –prosiguió, al tiempo que entornaba los ojos–. A mí me da que no es ninguna parejita.

–Pues entonces será algún pensador nocturno solitario. No empieces a montarte películas, que te aseguro que no es el caso.

Pero Sante ya estaba a mitad de su película y rebuscaba los prismáticos en su bolsa de tela. Se los acercó a los ojos.

–Son dos, eso sí, y los dos hombres.

–Eso no significa nada –respondió el médico.

–A ver si van a ser ladrones que están vigilando precisamente tu casa mientras tú estás aquí, la mar de tranquilo, quitándole importancia al asunto.

Manfredi se limitó a responder con un suspiro resignado, le quitó los prismáticos a Sante y enfocó el coche.

Un hombre bajó del asiento del pasajero y abrió el maletero. Sacó una maleta grande y empezó a arrastrarla hacia las rocas. El conductor se asomó un momento por la ventanilla y enseguida desapareció.

–Sante, a mí no me parece que les interese mi casa, pero está claro que no traman nada bueno.

El periodista recuperó los prismáticos y se concentró en el hombre que se movía. Lo vio avanzar por las rocas hasta desaparecer tras el muro que cerraba la calle. Volvió rápidamente, pero esta vez con las manos vacías, y subió al coche, que salió disparado de allí.

–Me juego el huevo derecho a que en esa maleta enorme llevaban algo peligroso. O, por lo menos, ilegal –dijo Sante, entusiasmado.

Se dirigió a popa y empezó a guardar redes y arpones en un compartimento. Recogió el cubo y apagó el candil. Sacó los remos del agua y los dejó en su sitio.

–Andando –dijo, mientras bajaba el motor y lo arrancaba.

–¿Andando adónde? –preguntó Manfredi, perplejo por la rapidez con la que Sante había abandonado a los pececillos a su destino.

Tres minutos escasos para desmontar aquel caos que había costado horas de trabajo y de santa paciencia.

–A tu casa –respondió el periodista. Guardó silencio un momento, concentrado–. Quiero ver dónde han tirado la maleta.

2.

La subcomisaria adjunta Vanina Garrasi hizo una bola con la bolsa de papel, sucia de crema de chocolate, cuyo contenido acababa de reconciliarla con el mundo. Se meció en su sillón mientras daba vueltas al envoltorio entre las manos y contemplaba fijamente el reloj que colgaba de la pared de su despacho: las ocho y treinta. Cinco minutos más respecto a la última vez que lo había consultado. Bebió el último sorbo de capuchino del vaso de poliestireno, metió dentro el sobrecito vacío de azúcar y le puso la tapa.

Se había despertado mal. Temprano y mal. Teniendo en cuenta el horario –como de costumbre intempestivo– en que había conseguido conciliar el sueño la noche anterior, debía de haber dormido como mucho tres horas. Precisamente aquella mañana, la primera –y puede que también la última– de uno de aquellos desacostumbrados interregnos entre la archivación de un caso de asesinato y la manifestación del siguiente. Una ocasión de permitirse los lujos a los que se veía obligada a renunciar en los días de plena actividad. Una oportunidad espléndida, de no ser porque le había producido el efecto contrario al deseado.

Vanina lo sabía: no tener trabajo significaba no tener en qué pensar, y no tener en qué pensar significaba que otras cosas en las que pensar –más dolorosas– tomaban la delantera. Tan dolorosas que la hacían echar de menos las pistas más difíciles de seguir.

Arrojó el envoltorio a la papelera, tratando de encestar, pero apuntó demasiado alto y salió por la ventana abierta.

–Ay –se lamentó, mientras se levantaba de golpe y se dirigía al balcón.

Se asomó con cautela, sacó un Gauloises y lo encendió con indiferencia mientras echaba un vistazo a la calle.

La avenida Ventimiglia, como todas las que cruzaban Catania desde el centro hasta los arcos de la Marina, estaba sumida en pleno caos a aquella hora. Una ruidosa y aguerrida hilera de vehículos asaltaba el cruce con la calle Vittorio Emanuele, en aquel momento colapsado por tres coches que lo ocupaban sin miramientos y dos autobuses urbanos.

El inspector jefe Carmelo Spanò acababa de ponerse en pie después de estar agachado en la acera. Levantó la cabeza hacia las ventanas de enfrente y las examinó con la mirada. Luego se giró a derecha e

izquierda, e inspeccionó el edificio hasta llegar al balcón de la subcomisaria Garrasi. Le sonrió y la saludó con la mano; en la otra llevaba una bola de papel de aspecto inconfundible.

–¡Buenos días, jefa! –le gritó, antes de cruzar el portón de la Policía Judicial y cerrarlo a su espalda.

Cinco minutos más tarde, Vanina lo oyó llamar a su puerta.

–¡Estos críos! ¿Será posible? Está uno tan tranquilo en la acera, pensando en sus cosas, y le tiran una bola de papel a la cabeza. No me ha dado ni tiempo a ver desde dónde la han tirado –farfulló el inspector mientras se asomaba al balcón, junto a Vanina.

La subcomisaria sonrió para sus adentros, sin hacer ningún comentario. Le ofreció un cigarrillo. Menos mal que en el bar que estaba debajo de su casa, en Santo Stefano, no usaban papel con el nombre del establecimiento, sino anónimas bolsas blancas. Spanò no se habría creído que un «crío» del barrio hubiera recorrido trece kilómetros –y medio– para ir a comprar el desayuno en un pueblecito situado en las laderas del Etna.

–Hoy está todo insólitamente tranquilo –constató el inspector.

Hasta el pasillo estaba silencioso. Aquella mañana, dos terceras partes de la Policía Judicial estaban fuera, en la conferencia de prensa del comisario principal, Tito Macchia, sobre la operación antidelincuencia de la noche anterior. En total se habían practicado treinta detenciones, cuatro de ellas clave.

La sección de Delitos Contra las Personas, en cambio, estaba reunida en el despacho de al lado, como todas las mañanas. Sus integrantes socializaban e intercambiaban opiniones a la espera de que la subcomisaria Garrasi hiciera acto de presencia con su habitual retraso crónico de al menos media hora. Aquella mañana los había desorientado un poco encontrarla ya instalada en su despacho cuando habían llegado.

Vanina estaba cerrando el ventanal, dispuesta a salir del despacho con Spanò para reunirse con los demás, cuando la inspectora Marta Bonazzoli se materializó en mitad de la estancia.

–Jefa, ya sé que no te gusta, pero creo que será mejor que vengas a ponerte al teléfono. Tenemos a una tía un poco exaltada que dice que tiene algo importante que comunicarnos. Y solo quiere hablar contigo. Dice que si no, cuelga –la informó.

Vanina resopló. Cada vez era más habitual que la gente quisiera hablar solo con ella. La culpa, no hacía falta decirlo, la tenían los medios de comunicación, que en los últimos tiempos habían usado libremente su cara y su nombre. Y en un par de ocasiones, recordó con pesar, también su pasado. Palermo. Su padre, el inspector Giovanni Garrasi, asesinado veinticinco años atrás por un comando de la Cosa Nostra delante de sus propios ojos. Los años que había trabajado en

antimafia. Paolo Malfitano, el juez de la Dirección de Investigación Antimafia y por entonces también su compañero sentimental, a quien ella había salvado a tiros de un atentado, también perpetrado por la mafia. Un discurso redundante, en el cual vislumbraba sin poder evitarlo la pátina de lo que llamaba «retórica de la legalidad» y en el cual ella, la subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi, aparecía representada incondicionalmente como el paladín de la justicia. Una especie de sheriff en salsa sícula.

–Qué coñazo –farfulló, dirigiéndose a la puerta.

En el despacho de al lado, el suboficial Fragapane y el oficial Nunnari estaban inclinados sobre el escritorio de Bonazzoli y observaban el teléfono abierto.

Vanina hizo un gesto con la mano para indicarles que se alejaran y se sentó en la silla ergonómica de Marta. Apoyó las rodillas en los cojines destinados a ese uso, como le había visto hacer a ella, y la silla se inclinó de golpe hacia delante.

–Garrasi –se presentó al tiempo que pulsaba la tecla del altavoz.

–Buenos días, subcomisaria. –Una pausa–. Discúlpeme, pero se trata de un asunto muy grave y quería que lo escuchase personalmente.

Era una voz sutil y femenina, pero claramente distorsionada.

–¿Con quién hablo?

–No puedo decírselo. –Otra pausa–. Subcomisaria Garrasi, tiene que escucharme: estoy segura de que esta noche han asesinado a una chica.

Los demás se congregaron en torno al escritorio. La subcomisaria buscó la mirada de Spanò, que había arrugado la frente.

–¿Y dónde se ha producido ese asesinato?

–En una casa de la calle Villini a Mare.

–Cuando dice que está segura, ¿a qué se refiere? ¿Presenció los hechos?

–No –respondió la mujer, con voz acalorada pero cada vez más amortiguada–. ¡No presencié nada! Me dijeron que me marchara antes de... No puedo explicárselo. Le suplico que vaya a ver qué ha ocurrido. Estoy segura de que no me equivoco. Es en el número 158.

Vanina abrió la boca para responder, pero se le adelantó un clic al otro lado de la línea.

Permanecieron todos en silencio durante varios segundos, observándose.

–A mí me parece una tomadura de pelo –dijo Fragapane.

–¿La llamada ha pasado por centralita, por casualidad? –quiso saber la subcomisaria, que se había vuelto hacia el oficial Nunnari.

Spanò anticipó la respuesta con una mueca, como si quisiera decir que no le parecía una hipótesis verosímil:

–No, jefa, es lo primero que he comprobado. Era una llamada

directa –respondió Nunnari.

–Por tanto, si queremos saber algo más, nos tocará hacer una solicitud a la compañía telefónica. Solo por quedarnos tranquilos, comprobemos si esta noche se ha efectuado alguna llamada al 113 desde esa zona. Peleas, movimientos extraños, rumores atribuibles a posibles disparos...Vamos, lo de siempre –concluyó Vanina.

Se giró hacia el oficial, que asintió y enseguida se dirigió a la puerta.

Vanina movió las rodillas, que ya le empezaban a doler, y la silla ergonómica se inclinó aún más. Apoyó los codos en el escritorio de Marta para no acabar con la nariz dentro del vaso de papel que la inspectora le había dejado delante. Una especie de brebaje de color marronáceo que desprendía un aroma mezcla de heno y manzanilla con un toque de eucalipto. Digno de un balneario del Alto Adigio.

–Nada de saludable café, ¿eh, Marta? –se le escapó, al tiempo que se ponía en pie.

La chica dejó caer los hombros, pero no dijo nada. Total, era un hecho consolidado que a Marta y a Garrasi las separaba un abismo insalvable en lo tocante al tema de alimentos y bebidas.

–Disculpe, jefa –intervino Fragapane–, con todo el respeto, a mí esa llamada me ha parecido una verdadera...

–Sí, Fragapane, ya sé lo que le ha parecido –lo interrumpió Vanina–, pero aunque sea así... estamos obligados como mínimo a verificarlo.

El suboficial asintió. Buscó con la mirada a Spanò, con quien compartía despacho y veteranía en el cuerpo, y que claramente disfrutaba de la confianza absoluta de la jefa.

El inspector estaba absorto. Era obvio que la llamada no lo había convencido ni siquiera a él, pero había algo en la voz de aquella mujer que le resultaba inquietante. Tal vez fuera el tono de alarma que había adoptado cuando Garrasi la había presionado, o tal vez lo segura que se había mostrado al proporcionar la dirección. En cualquier caso, no era posible ignorarla.

–Ya voy yo a echar un vistazo, jefa –propuso.

Vanina respondió con una sonrisa burlona:

–Sí, claro, ¡y yo me quedo aquí en la oficina pudriéndome! Iremos juntos, usted y yo. Esta historia me produce curiosidad. –Se volvió hacia Bonazzoli: la inspectora estaba intentando beberse el último sorbo de aquella infusión, que sin duda ya debía de estar fría y resultaba todavía más imbebible–. Marta viene con nosotros y así se distrae, que esta mañana parece un poco triste.

–¿Triste yo? –respondió Bonazzoli.

La mirada de la subcomisaria, a medio camino entre la benevolencia y la ironía, frenó a Bonazzoli a la hora de exigir más

explicaciones.

En el paseo marítimo, el tráfico era fluido como solo sucede en días laborables a las nueve y media de la mañana y con el otoño ya avanzado, cuando las ganas de ir a las rocas brillan por su ausencia en los planes de los cataneses. Los establecimientos de baños, salvo alguna excepción, estaban cerrados. Los motoristas listillos invadían el carril bici, vacío casi por completo, cada vez que el tráfico se volvía más lento. En el lado de la acera que daba al mar, algún que otro estajanovista del running vestido de corredor de maratones desafiaba al sol de noviembre, que aquella mañana de cielo despejado rozaba el índice UV de finales de julio. Solo los bares de la izquierda parecían no haber sufrido ninguna desaceleración, pues aún gozaban de una discreta clientela.

El coche de servicio avanzaba veloz con Marta al volante. En el asiento del pasajero, con el codo apoyado en la ventanilla, un cigarrillo apagado en los labios y el mechero ya preparado en la mano, Vanina contemplaba el despliegue de mansiones y casas construidas sobre las rocas, al norte del puerto de Ognina. La dirección correspondía a la que había indicado la mujer de la llamada.

Entraron en la calle Villini a Mare y avanzaron despacio hasta llegar al número 158: una casa normal y corriente, bastante retirada y sin vistas a las rocas.

Vanina y Spanò bajaron enseguida, mientras Marta aparcaba el coche junto al muro de la casa, bajo y coronado por una valla cubierta de enredaderas cuyas hojas ya habían adoptado un tono rojizo. Al otro lado de una verja blanca se iniciaba un caminito de tierra que partía en dos un pequeño jardín, no especialmente cuidado, que se extendía hasta una casa de dos plantas en bastante buen estado.

Spanò se acercó al interfono que estaba junto a la verja y llamó.

–No creo que conteste nadie, inspector –intuyó Vanina mientras se asomaba por un punto en que el muro no tenía valla.

Parecía una residencia de verano ya cerrada. El estado del jardín, poco cuidado pero no abandonado; las persianas bajadas, pero en buen estado; la verja, que necesitaba una mano de pintura, pero no estaba demasiado descascarillada... Todo apuntaba a una casa que llevaba pocos meses deshabitada.

Spanò se acercó con el teléfono pegado a la oreja.

–En el 113 no recibieron ningún aviso –comunicó, al tiempo que colgaba.

Vanina asintió, sin dejar de mirar el caminito.

–Jefa, yo empiezo a pensar que Fragapane tiene razón. Vale que la casa está cerrada y que dentro podría haber cualquier cosa, hasta una cría muerta, pero...

–¿Anoche llovió en Catania? –lo interrumpió la subcomisaria, sin apartar la mirada del camino mientras fumaba el cigarrillo que había encendido nada más poner los pies en el suelo.

En Santo Stefano, el pueblo en la ladera del Etna donde vivía, la noche anterior había caído el diluvio universal. No estaba lejos, pero las condiciones climáticas no solían coincidir con las de la ciudad. La culpa –o el mérito, según el punto de vista– era de la muntagna.

–Sí, aquí en la costa también llovió –respondió Bonazzoli, que mientras tanto se había apoyado en el muro y estaba mirando en la misma dirección que la subcomisaria.

–Por tanto, si hacemos caso a la lógica, esas huellas de neumáticos en el camino de tierra solo pueden ser frescas del día –dijo la subcomisaria, señalando una zona del caminito en la que se apreciaban claras marcas.

–O de la noche –añadió Marta.

Spanò se asomó lo suficiente para echar un vistazo a la zona que estaba señalando la jefa. Las huellas estaban bastante definidas, lo cual indicaba que se habían dejado sobre un terreno húmedo. Y que no eran anteriores a la lluvia caída durante la noche, porque en ese caso se habrían borrado.

–Bueno, niños, será mejor que investiguemos un poco. En primer lugar, a ver si averiguamos a quién pertenece esta casa –anunció Vanina, mientras bajaba del ladrillo suelto en el que se había subido.

Era una sensación, solo una sensación. Una sutil forma de inquietud que la asaltaba cada vez que un detalle no la convencía o que, como decía Spanò, «el muerto andaba cerca». Tal vez solo se tratara de una impresión, claro, o de un exceso de celo. O, peor aún, de un ataque de desgana de una poli empedernida que ansiaba tener un caso nuevo entre manos, pero en realidad a Vanina le daba igual. Algo le decía que la llamada de aquella mañana era cualquier cosa menos una tomadura de pelo. Y ella quería estar segura.

El día empezaba a ponerse interesante.

3.

A simple vista, la maleta estaba encajada entre dos rocas, en un lugar de difícil acceso. Manfredi se las había visto y deseado para convencer a Sante de que no se arriesgara a partirse la crisma jugando a ser detective por culpa de una obsesión que, estaba seguro, al final se quedaría en una solemne tontería.

–Tú no lo entiendes –insistía el periodista–, a lo mejor se trata de una exclusiva. Así son las cosas en mi oficio: si tienes suerte, un hecho que solo has presenciado tú te puede cambiar la vida.

Se lo había escuchado decir mil veces cuando lo veía salir disparado como un sabueso detrás de tal o cual pista, convencido de que iba a descubrir algo importante o a desenmascarar alguna asociación ilícita. Para que luego llegara uno cualquiera, que posiblemente recibía las noticias a domicilio y solo tenía que traducirlas a palabras y, como mucho, expresarlas de la manera políticamente más correcta.

Pero Tammaro no se rendía y, en el fondo, por eso lo admiraba tanto Manfredi.

En honor a la verdad, Sante había publicado algún que otro artículo interesante en su periódico online, La Cronaca. Sin influencias, decía él: como un hombre libre. Lo cual, en lugar de convertirse en un impulso para su carrera, más bien la había frenado.

A Manfredi, sin embargo, la historia de la maleta le parecía más una fantasía que otra cosa.

Una fantasía con la que, al parecer, se había obsesionado el periodista, hasta el punto de que estaba empezando a pensar si debía o no importunar a un inspector de policía amigo suyo.

–Porque no deja de ser raro que haya ido a llevar la maleta precisamente allí. Tampoco es que sea un sitio muy escondido –reflexionó Sante en voz alta, mientras se asomaba por la barandilla de la terraza del piso de Manfredi: era un espacio enorme construido como si fuera la toldilla de un barco, con vistas a los farallones de Aci Trezza.

–En mi opinión, lo más raro de todo es que en vez de disfrutar del único día de la semana en que no tengo que trabajar, estoy aquí de madrugada, soportando la humedad y escuchándote a ti parlotear sobre tus fantasías –respondió Manfredi.

Tammaro, sin embargo, fingió no haber oído nada y siguió aspirando las últimas bocanadas de humo de su colilla.

–El único al que puedo llamar es a mi amigo el inspector Carmelo Spanò. Ese siempre tiene las antenas puestas: si algo no cuadra, se da cuenta enseguida. Y no me tomará por loco si le pido ayuda –añadió, mientras le lanzaba una mirada torva a su amigo, que estaba con las piernas extendidas en uno de los dos sillones, ya sin cojines, que habían sobrevivido al desmantelamiento otoñal de la terraza.

–¿Sabes qué te digo, Sante? Que hagas lo que te parezca. Total, lo peor que puede pasar es que te encuentres con una maleta rota de la cual ha decidido deshacerse, con un método poco ortodoxo, un ciudadano al que no le gusta mucho reciclar. Nunca se sabe. ¿Y si se le ocurre a otro ir a cogerla y encuentra algo interesante? Además, ¿quién se va a enterar?

–Eso digo yo.

–¿Ahora ya podemos desayunar? –preguntó Manfredi mientras se levantaba del sillón, anquilosado como un nonagenario artrítico.

El periodista lanzó la colilla desde la terraza y, finalmente, sonrió.

–Bollo y café, por lo menos.

Las oficinas de la Policía Judicial se habían vuelto a llenar. Un corrillo de hombres montaban guardia delante del despacho del comisario principal. Parecían cansados, pero en su rostro se adivinaba la expresión satisfecha de quien ha hecho bien su trabajo y ahora disfruta de un merecido aplauso.

Tito Macchia estaba de pie en el umbral, apoyado en el marco de la puerta. Con su enorme cuerpo de mole, ocupaba por completo el hueco.

–¿De dónde vienes, Garrasi? –vociferó, al ver llegar a la subcomisaria seguida por Bonazzoli.

Se apartó de la puerta y se dirigió hacia ellas.

–Felicidades, chicos –dijo Vanina, al tiempo que se volvía hacia los hombres que la estaban saludando.

Eran tres: un agente de policía, un asistente y un subinspector de la SCO, la Sección del Crimen Organizado. Los tres le dieron las gracias al unísono.

Vanina entró en su despacho, seguida del Gran Jefe y de Marta. Como de costumbre, Macchia se instaló tras el escritorio y se dejó caer con todo su peso en el sillón de Vanina, que después se pasaba semanas sufriendo las consecuencias de los balanceos del jefe.

–Una gran satisfacción para esos chicos –comentó–. Y para quien ha dirigido la investigación, claro –añadió, complacido.

–¿Te has ofendido porque no te he felicitado también a ti? –bromeó Vanina.

–¡Ya ves! Más bien me hubiera gustado ser yo quien te felicitara a ti.

La subcomisaria captó la indirecta, pero no respondió.

Tito no dejaba escapar nunca la ocasión de atraerla de nuevo hacia aquel mundo, del cual ella había decidido mantenerse alejada.

Y lo cierto era que los chicos estaban satisfechos. Eufóricos, como ocurría cuando el objetivo era gordo e ingente la cantidad de inmundicia eliminada, ya fuera en términos humanos o materiales. Una sensación que ella conocía muy bien, porque la había experimentado muchas veces. Había vivido de esa exaltación durante seis años: hurgar con las manos desnudas en el fango más cenagoso y trabajar día y noche para eliminar la mayor cantidad posible. Hasta que había temido caer dentro y ahogarse, y huir se había convertido en su única posibilidad de salvarse.

Marta aprovechó aquella conversación para escabullirse.

Macchia la siguió con la mirada mientras se rascaba la barba espesa y oscura, con el puro entre los labios. Suspiró y sacudió la cabeza.

–Quien la entienda que la compre, tú.

Desde el día en que Vanina los había sorprendido en una playa, en plena escapadita romántica, y había descubierto así la relación que mantenían, Marta no había vuelto a ser la misma. En aquel momento, la subcomisaria se había cuidado de no revelar su presencia, pero luego había soltado alguna que otra indirecta, que había provocado en ellos reacciones opuestas. Tito había reaccionado enseguida y había dejado claro que no tenía intención alguna de mantener la relación en secreto. Marta, en cambio, había fingido no entender a qué se refería Vanina y, tras cerrarse en banda, había esquivado hábilmente el tema.

La relación de confianza que Marta había establecido con Garrasi desde el primer momento –esa relación en virtud de la cual era la única que podía tutear a la subcomisaria– había sufrido un revés, aunque unilateral. Y, a la larga, también la relación con Macchia había empezado a resentirse de la tensión.

Sentada en una silla con ruedas que había arrastrado hasta el sillón que ocupaba Macchia, Vanina evitó de nuevo hacer comentarios. En el fondo de su corazón agradeció la retirada de Marta, que sin duda le había provocado al Gran Jefe un tormento tan grande como para interrumpir el discurso anterior.

–¿No querías saber de dónde venía? –le recordó, aprovechando la distracción.

Macchia volvió en sí mismo, dispuesto a escuchar.

Vanina le habló de la llamada anónima y de la posterior inspección.

–Cuatro huellas de neumáticos no significan nada, Vanina –objetó Tito.

–Tienes razón: podrían no significar nada. Pero hubiera sido peor

que no estuvieran –respondió la subcomisaria.

Macchia arrugó la frente en un gesto interrogante. Que Garrasi se mostrara así de sibilina significaba que su mente navegaba ya a toda vela hacia algo que, aunque de entrada no pareciera nada importante, el noventa y nueve por ciento de las veces terminaba siendo un marrón.

–Piénsalo: una tía llama a nuestro número directo y pide hablar conmigo. Me cuenta que esta noche han asesinado a una chica. Parece alterada y me atrevería a decir que también asustada. Me da una dirección precisa: una casa junto al mar que, a simple vista, parece llevar cerrada al menos un par de meses, de no ser por unas cuantas huellas de neumáticos que, teniendo en cuenta los sucesos atmosféricos de estos días, solo pueden remontarse a esta noche. Ya sé que me vas a decir que podría tratarse de una simple casualidad, pero sabes...

–Que tú no crees en las casualidades hasta que no has demostrado que lo son de verdad.

–Cosa que raramente sucede –añadió Vanina.

El suboficial Fragapane llamó en ese momento a la puerta abierta y entró en el despacho de la subcomisaria Garrasi.

–Jefa, he investigado la casa. ¡Hoy en día no se necesitan ni cinco minutos para encontrar lo que uno busca!

–Y esos cinco minutos, ¿qué resultados han arrojado? –preguntó la subcomisaria.

El policía empezó a revisar frenéticamente el contenido de un documento, obtenido de la base de datos de la policía, que había sembrado de marcas en boli rojo y azul, como si fueran los deberes de clase.

–La casa está a nombre de Armando Alicuti, pero desde hace dos años está legalmente alquilada a Lorenza Iannino, nacida el 13 de febrero de 1990 en Siracusa, donde consta que aún reside.

Macchia se acarició la barba.

–Alicuti... Ese nombre ya lo he oído antes, pero no recuerdo dónde.

–Intentemos localizar a la tal Iannino –dijo Vanina.

–Sí, ya está en ello Carmelo. En cuanto al nombre del propietario, jefe...

El suboficial no consiguió terminar de hablar porque en ese momento entró Spanò por la puerta, cargado él también con documentos recién salidos de la impresora.

–A ver –empezó a decir, de pie en mitad del despacho–. Ah, ¡buenos días, jefe! –saludó.

–Buenos días, inspector. Prosiga, prosiga –dijo Macchia mientras le hacía un gesto para que se sentara.

–Estaba diciendo... La inquilina de la casa se llama Lorenza

Iannino. Soltera, de profesión abogada. Trabaja en el estudio legal Ussaro.

–Contactemos con ella –dijo Vanina.

Spanò asintió, pero enseguida sacudió la cabeza.

–Lo he intentado hace un momento, jefa. He llamado a todos los números que he conseguido encontrar, pero nada. El móvil está apagado, en el fijo no contesta nadie y, al parecer, esta mañana no se ha presentado en el estudio legal.

Vanina y Macchia cruzaron una mirada, ella como si quisiera decir «¿Lo ves como sí que había algo raro?» y él como si quisiera responder «No me digas que te vas a tomar en serio todo este asunto».

El comisario principal se levantó del sillón, que se hundió un poco.

–Bueno, pues ya me informaréis –dijo lanzando una mirada hacia la puerta por la que había desaparecido la inspectora Bonazzoli.

–Jefe, en cuanto al nombre del propietario... –repitió Fragapane.

–Ah, sí, me lo estaba contando antes. ¿Y bien?

–Claro que ya lo ha escuchado antes y seguramente muchas veces.

–¿Por qué? ¿De quién se trata? –preguntó Vanina.

–Del hijo del diputado Alicuti.

Spanò levantó la mirada del teléfono, en el cual había abierto una de las pocas imágenes de Lorenza Iannino que podían encontrarse en Google.

–¡Coño! ¡Ese detalle se me ha escapado! –dijo, mientras miraba a la subcomisaria–. Giuseppe Alicuti, más conocido como Beppuzzo –explicó.

Garrasi llevaba demasiado poco tiempo viviendo en Catania y lo más probable era que no hubiera oído hablar de aquel pilar de la política municipal, que frecuentaba asiduamente las instituciones romanas.

–Que te sea leve, Garrasi –se despidió Macchia con una sonrisa sarcástica, antes de dirigirse a la puerta.

Vanina se dispuso a recuperar su sitio. Se dejó caer en el sillón oscilante y dirigió la mirada a los dos hombres que esperaban su reacción encandilados.

–Pues habrá que resignarse –dijo con un suspiro.

En su mirada de ojos grises apareció un destello de ironía y, mientras desplegaba una sonrisa burlona, se colocó entre los labios el cuarto cigarrillo del día.

Carmelo Spanò llegó a su mesa y abrió en el ordenador la página de Google que estaba consultando en el móvil. Se palpó el bolsillo de la camisa en el que había guardado las gafas de lectura que no le gustaba nada ponerse, pero sin las cuales no conseguía leer ni una sílaba.

Acababa de seleccionar una imagen, etiquetada en Facebook, que el

motor de búsqueda atribuía a una tal Lorenza Iannino, y estaba concentrado en averiguar –a partir de los detalles– si se trataba de la misma mujer, cuando le sonó el teléfono.

Sante Tammaro, decía la pantalla.

–¡Hola, Santino! –respondió.

–Hola, Melo, ¿cómo estás? Perdona que te moleste en el trabajo, pero es un tema que no puede esperar.

Spanò sonrió. Ya no eran muchos los que lo llamaban así, como tampoco eran muchos los que llamaban «Santino» a Tammaro. Eran los diminutivos que usaban de pequeños en el centro parroquial, cuando formaban el tándem perfecto en los partidos de fútbol que se jugaban en el patio: uno en la portería y el otro en la delantera.

–Cuéntame. ¿Qué pasa?

Santino le contó la historia de la maleta que un hombre, según él con aire circunspecto, había lanzado aquella noche a las rocas, al final del paseo marítimo Scardamiano, el que tendría que haber unido Aci Castello con Aci Trezza si en su día se hubieran terminado las obras. En su opinión –o, como se apresuró a corregir el inspector, en su fantasía– el aire cauteloso del hombre y el trabajo que le había costado arrastrar la maleta hacían pensar que tal vez mereciera la pena echarle un vistazo.

–Podrías mandar a uno de tus hombres, ¿no? –propuso Sante.

Spanò se echó a reír.

–¡Claro, claro! Como aquí no tenemos nada más que hacer.

–Hazme caso, Melo, aquí hay algo que no encaja. Lo intuyo.

–Pero ¿te acuerdas al menos de cómo era el coche del que bajó ese tío, o de qué cara tenía?

–La cara, por mucha buena voluntad que le ponga... Pero el coche puede que sí.

Así a ojo, a Carmelo le parecía que aquella historia no era más que un ejemplo de la prolífica fantasía de su amigo. Sin embargo, negarle su ayuda era como decir que aquella idea –por descabellada que fuese– ni siquiera merecía consideración. Santino era un tipo muy susceptible y seguro que le guardaría rencor. Por otro lado, tampoco podía decirse que fuera tonto: aparte de una ferviente imaginación, el periodista también tenía buen olfato y, de vez en cuando, daba en el clavo.

–Veré qué puedo hacer. No te garantizo nada, pero si consigo escaparme a mediodía comemos algo en Aci Castello y luego me llevas a ver esa maleta.

Santino, eufórico, le dio las gracias.

Nada más colgar, Spanò se concentró de nuevo en la búsqueda. Conocía muy bien a Garrasi y, si Iannino seguía estando ilocalizable, no tardaría en caerle encima una buena papeleta: ir a dar la tabarra a

los parientes de la chica y pedirles noticias. Sus treinta años de experiencia le decían que no existía forma de hacerlo sin desencadenar un drama familiar. Y, en aquel caso, no podía excluirse la posibilidad de que fuera un drama fundado.

Hizo una última –e improductiva– ronda de llamadas a los números que había descubierto. El móvil de Iannino seguía estando apagado y en el estudio legal Ussaro no tenían novedades.

Consultó la hora: era casi la una. No tenía planes para comer y ya hacía casi un año y medio que en su casa no lo esperaba nadie, así que no era mala idea aceptar la propuesta descabellada de Santino y dedicarle una horita.

Apagó el ordenador y se levantó de la silla.

Fragapane acababa de entrar en el despacho cargado de bolsas térmicas y estaba poniendo la mesa sobre el escritorio: ensalada de pasta, tortilla de ricotta y tarta.

–Qué bien te cuida Finuzza, ¿eh? –comentó Spanò.

–Ha hecho dos turnos de noche seguidos para hacerle un favor a una compañera y hoy libraba. Pero como no puede estarse quieta, se ha levantado temprano para prepararme la comida.

La mujer de Salvatore Fragapane era enfermera. Trabajaba como una mula, haciendo turnos de noche y horas extra, para que su único hijo pudiera estudiar en la universidad Bocconi.

–No sabes cómo te envidio, Salvatore.

El suboficial sonrió. Pero sabía que era verdad y no le gustaba nada verlo así.

Carmelo lo saludó con una palmadita y luego salió del despacho.

Vanina llamó a la puerta de Marta y la encontró sentada al escritorio, ordenando documentos. El sitio de al lado, el que ocupaba Nunnari, estaba vacío, lo cual indicaba que el oficial ya había salido a comer. En la otra mesa, relegada a un rincón del despacho, el agente Lo Faro comía un bocadillo con los auriculares puestos y la mirada clavada en la pantalla del ordenador.

La subcomisaria se le acercó.

–Lo Faro –lo llamó.

El joven no respondió.

–¡Lo Faro! –dijo alzando la voz.

Nada.

Se plantó detrás de la pantalla, con los brazos cruzados y una mirada glacial. El muchacho dio un brinco en la silla y se arrancó los auriculares.

–¡Subcomisaria! –murmuró, mientras movía frenéticamente el ratón para cerrar la página.

Vanina se le acercó lo bastante rápido como para fijarse en lo que

estaba viendo.

–Páralo –le ordenó.

Cuatro personas que discutían acaloradamente en una habitación. La subcomisaria reconoció entre ellas a un cantante cuyo nombre no recordaba: su voz se había escuchado durante tan poco tiempo que no había dejado ningún recuerdo tras él.

–¿Qué es eso? –preguntó.

Lo Faro bajó la mirada.

–Gran Hermano VIP –respondió en voz baja.

Vanina lo miró como si fuese un marciano.

–¿Gran Hermano? –repitió.

–VIP –especificó el chico, que cada vez parecía más incómodo.

–Ah. ¿Es que hay diferencia?

–Sss... sí, porque aquí los participantes son personas famosas.

La subcomisaria miró de nuevo la pantalla. Aparte del cantante, no reconoció a nadie. Aunque, en realidad, ella solo usaba la tele para ver películas, a ser posible de otras épocas y mejor aún si eran en blanco y negro, por lo que tampoco era un buen ejemplo. Se volvió hacia Marta, que presenciaba la escena con un aire entre divertido y abochornado.

–¿Famosos, dices?

Lo Faro asintió y tragó saliva como un testigo durante un juicio.

Vanina decidió no ensañarse más con él.

–¿Cómo es que esta mañana no te he visto?

–Pues es que... he ido a la rueda de prensa...

–Ah. ¿Y cómo es que yo no lo sabía?

–Disculpe, subcomisaria, pero es que en la oficina no tenía nada que hacer...

–Lo Faro, siempre hay algo que hacer. Y tú nunca estás en tu sitio.

El chico se puso como un tomate.

–Pero yo creía que la rueda de prensa del comisario Macchia era importante...

–¿Para ti? ¿Y por qué?

El agente se quedó en silencio.

Que lamerle el culo a la plana mayor fuese la especialidad de Lo Faro era algo que Vanina había entendido nada más aterrizar allí. Además, si el agente había llegado años atrás a la sección de Delitos contra las Personas no era precisamente por méritos propios. La cuestión es que le había salido el tiro por la culata, porque si había algo que Vanina no soportaba era, precisamente, la gente como él: si estaban a sus órdenes, se arriesgaban a hacer una carrera inversamente proporcional al número de lametones que iban repartiendo a diestro y siniestro. Y, en esa cuestión, Macchia pensaba exactamente lo mismo que ella.

Le devolvió los auriculares.

–Termínate el bocadillo, hombre.

El agente le dio las gracias.

Vanina se acercó a la mesa de Bonazzoli.

–¿Te vienes a comer? –le preguntó.

Marta le lanzó una mirada furtiva a la pantalla de su teléfono.

–No vuelve antes de las tres –se adelantó la subcomisaria, esta vez sin ironía.

–Vale –respondió la chica.

Cogió la chaqueta del perchero y la siguió.

La trattoria Da Nino estaba a reventar. Tuvieron que esperar al menos cinco minutos antes de que el propietario homónimo les encontrara un rinconcito. Luego las acompañó y, con su habitual caballerosidad, les retiró las sillas.

Marta pidió la habitual sopa de habas, una de las pocas opciones veganas que ofrecía la carta, mientras que Vanina se decantó por su plato preferido, el combinado de rollitos y albóndigas. Nino les propuso también una caponata, plato que podían compartir porque solo llevaba verduras.

–Estaba pensando en la tipa que ha llamado esta mañana –dijo Marta en cuanto se hubo marchado Nino, tras dejar en la mesa el pan y el consabido platillo de aceitunas con zanahoria, apio y menta, la tradicional stimpirata–. No sé por qué, pero yo también tengo la sensación de que no bromeaba. Además, ¿tú crees que es una coincidencia que la casa que ha indicado la tenga alquilada precisamente una mujer joven?

–¿Y tú cómo sabes que la inquilina es una chica? Creo que no estabas delante cuando nos lo ha dicho Spanò –se burló Vanina.

Marta respiró hondo.

–Vale, me lo ha contado Tito. ¿Ya estás contenta?

–No, ¡solo aliviada! Al menos ya podemos dejarnos de comedias.

Por su mirada, la inspectora no parecía convencida.

Vanina le sonrió, se inclinó hacia delante y le dio una palmadita en la mano.

–Oye, nena, deja ya de hacerte la nórdica y relájate.

–¿Qué tendrá que ver que sea del norte?

–Tiene que ver, y mucho. Eres poco elástica, corazón.

–Te aseguro que en Brescia somos tan elásticos como en Catania.

–Yo soy de Palermo.

–Pues vale, como en Palermo.

–Entonces, dime por qué estás volviendo loco a ese pseudonovio tuyo con tus dudas. Esta mañana, cuando has huido de mi despacho, se le ha puesto una cara al pobre... que no parecía él.

Marta se puso seria.

–Vanina, ese hombre al que te has referido como mi pseudonovio es también mi jefe. Mejor dicho, es el Gran Jefe, como lo llamáis vosotros. El comisario principal de la Policía Judicial en la cual trabajo como inspectora. Si se hace público que estamos juntos, el tiempo que tardarás en convertirme de «inspectora Bonazzoli» a «novia del jefe» se podría cronometrar con el temporizador para cocer huevos.

La subcomisaria meditó la respuesta.

–Puede que no te falte razón, pero tampoco creo que esa sea la mejor forma de resolver el problema. Es más, si quieres mi opinión, te diré que esconderse es peor: podrían descubrirlo otras personas, igual que lo he descubierto yo. Y si llega ese momento, hazme caso, cuanto más oficial sea vuestra historia menos cotilleos correrán por ahí.

Marta se encogió de espaldas, como si quisiera zanjar el tema. La llegada de Nino con los platos le resultó providencial.

Vanina respetó su voluntad.

–Bueno, hablemos de temas serios. Esperemos que Spanò consiga localizar a la tal Iannino –dijo, mientras pinchaba un trozo de albóndiga y la agitaba ante los ojos de la inspectora, que reaccionó con una mueca entre el asco y la insolencia. Le brillaron los ojos verdes–. Aunque me temo... –prosiguió Vanina.

No terminó la frase. Era obvio que si Lorenza Iannino había desaparecido de verdad, la llamada anónima de aquella mañana empezaba a cobrar sentido. Y no pintaba nada bien.

4.

El mar estaba revuelto. Un temporal de siroco de primer orden, de esos que difícilmente se ven en noviembre y que traen consigo una breve ola de aire cálido. Cálido y húmedo, como el viento que desde hacía diez minutos largos azotaba al inspector Carmelo Spanò, asomado a la barandilla de acero en forma tubular que rodeaba la terraza del edificio en el que vivía el doctor Monterreale.

–Ya sabía yo que no tenía que esperar –se lamentaba Sante Tammaro mientras caminaba de un lado a otro junto a la barandilla. Parecía un alma en pena.

Se habían encontrado una hora antes, en la amplia plaza situada bajo el castillo normando del cual tomaba su nombre el pueblo. Una roca milenaria de piedra lávica que vigilaba, desde lejos, los farallones de Aci Trezza. Habían comido juntos en un restaurante cercano, especializado en pescado, y luego se habían dirigido a la casa del médico, desde la cual se veía muy bien la famosa maleta atrapada entre las rocas.

–Joder, ¡la han abierto! –gritó Sante Tammaro nada más asomarse a la terraza.

Le había lanzado una mirada airada a Manfredi Monterreale, que se rascaba la frente con los ojos cerrados como si quisiera decir «Lo que me faltaba». Spanò se había dado cuenta de que pasaba algo y le había pedido a su amigo que lo iluminara.

–Esta mañana la maleta estaba cerrada, ¡me cago en la leche! Estoy seguro –le había explicado Sante, mientras se aferraba con ambas manos a la barandilla y negaba con la cabeza.

El inspector había cogido los prismáticos para observar mejor el objeto que había despertado la curiosidad del periodista hasta el punto de que había decidido implicarlo también a él.

Vio una maleta beis, de las grandes con ruedas, encajada entre las rocas negras del rompiente que empezaba poco más allá del punto en el que terminaba la carretera. Estaba abierta... y vacía.

Mientras Tammaro seguía lamentándose y formulando hipótesis sobre la intervención de alguna mano oculta, Spanò observó las olas que rompían contra las rocas. Esperó hasta que una ola alta se estrelló contra la maleta y la desplazó unos centímetros.

–Yo creo que la ha abierto el mar –dijo.

Sante sacudió la cabeza.

–¡No, no, Melo! Vi perfectamente al tipo que la lanzó. Le costó mucho. Te aseguro que no estaba vacía.

–Inspector, esta vez tengo que darle la razón a Sante –intervino Monterreale–. La maleta parecía bastante pesada, teniendo en cuenta cómo la arrastraba aquel hombre.

Spanò observó de nuevo el objeto de la discusión.

Pasearse por las rocas no era algo que le apeteciera, pero quizá pudiera pedir refuerzos a alguien de su equipo. Tal vez alguien joven y capaz de recorrer aquel trayecto incómodo sin despeinarse, si se lo pedía él.

Estaba meditando sobre esa posibilidad cuando lo distrajo una llamada de Garrasi.

El teléfono del despacho de Marta había sonado diez minutos después de que ella y Vanina volvieran de comer.

–¿Subcomisaria Garrasi?

La voz era la misma que la de aquella mañana. Marta fue a llamar a la subcomisaria, que se sentó en su sitio.

–¿Con quién hablo?

–Soy yo otra vez –se limitó a responder la mujer, como si ella debiese conocerla.

–A ver, señora, a mí no me sobra el tiempo. Si tiene algo que decirme, venga aquí y...

–Escúcheme, se lo suplico –la interrumpió, de nuevo con voz triste–, tengo que decirle algo importante. Sé dónde han escondido el cadáver de la chica.

–Pues dígamelo.

–Lo han tirado dentro de una maleta. A las rocas, entre Aci Castello y Aci Trezza.

Vanina guardó silencio.

–¿Señora?

–Dígame el nombre de la chica.

Clic.

–¡Joder con la tía! –dijo la subcomisaria, mientras colgaba con brusquedad–. ¡Nunnari!

El oficial se levantó de su silla y recorrió los escasos dos metros que los separaban.

–Aquí estoy, jefa.

–Comprueba si la llamada que acabo de recibir ha pasado por centralita, aunque me parece poco probable.

–Enseguida. ¿Problemas, jefa?

–No, solo otro coñazo como el de esta mañana.

–¿La mujer anónima le ha dado más información?

Mientras Nunnari se apresuraba a comprobar la procedencia de la llamada, Vanina puso al día a Marta sobre el contenido de esta. Luego cogió el teléfono y llamó a Spanò.

–Inspector, tenemos una novedad.

Apenas había tenido tiempo de contárselo cuando el inspector la interrumpió. Desconcertado.

El agente Lo Faro se apeó de la moto y echó un vistazo a su alrededor.

–Ahora bajamos, Lo Faro –le gritó Spanò desde el balcón del piso de Monterreale.

Bebió el último sorbo del espectacular café que le había ofrecido el médico, hecho con una cápsula procedente de una antigua torrefacción de Palermo. La llamada de Garrasi había cambiado la perspectiva del asunto y ahora tenía prisa por saber si había acertado. Spanò, Monterreale y Tammaro llegaron junto al agente Lo Faro, que estaba absorto al lado de la verja de entrada, observando las olas que prácticamente lamían el asfalto.

Se podían decir muchas cosas de Lo Faro, excepto que no estaba en forma. Saltar el muro y avanzar por las rocas hasta el punto en que se encontraba la maleta era, para alguien como él, coser y cantar. Fácil e indoloro, de no ser porque una ola lo alcanzó de pleno justo un segundo antes de llegar de nuevo a la calle.

–¡Hasta los huesos! –farfulló, chorreando, con la maleta en la mano.

Se la entregó al inspector, que la dejó sobre la acera y la abrió. Un iPhone con la pantalla rota resbaló del interior y cayó al suelo. Spanò lo recogió y lo sujetó con dos dedos por los lados. Estaba apagado y resultaba bastante obvio que no funcionaba.

Tammaro lo observó con curiosidad, mientras Monterreale se inclinaba para inspeccionar de cerca el forro interior, en el cual se apreciaba una mancha oscura de forma irregular. El médico entornó los ojos. Luego levantó la mirada y se topó primero con la de Sante, cada vez más febril, y luego con la del inspector jefe Carmelo Spanò. Estaba claro que este último había adivinado la naturaleza de aquella mancha medio segundo después de abrir la maleta, sin necesidad de agacharse.

–¿Qué es? –preguntó Lo Faro al tiempo que se acercaba, intimidado por el repentino silencio de los otros tres hombres.

Spanò apartó la mirada de la maleta y lo observó.

–Sangre, Lo Faro. Con un noventa y nueve por ciento de probabilidades.

Vanina había arrastrado el sillón chirriante desde el escritorio y se había acomodado delante del balcón. Había encendido un cigarrillo y había sacado su iPhone.

El icono de WhatsApp indicaba tres mensajes, deliberadamente no leídos, cuyas notificaciones le habían aparecido en la pantalla a lo largo de la mañana. Uno de ellos era de Adriano Calí, el forense más famoso de Catania, además de íntimo amigo suyo. Había pasado por su casa a las ocho y cuarto de la mañana para dejarle un paquete que había recibido a nombre de Vanina, y expresaba su tremendo asombro por no haberla encontrado en casa. Le había dejado el paquete a Inna, la joven moldava que iba dos veces por semana a limpiarle la casa.

El segundo mensaje era de su madre, que le anunciaba noticias importantes y le pedía que la llamara en cuanto pudiera. Lo hizo enseguida, para quitarse el tema de encima. Por lo general, las noticias de su madre no eran demasiado urgentes, pero nunca se sabía.

–Tesoro, quería decirte que le estoy organizando una fiesta sorpresa a Federico por su cumpleaños. El 12 de noviembre. Cae en sábado. ¡Le haría muchísima ilusión que tú también estuvieras!

Vanina encajó la noticia con un breve silencio, que su madre se apresuró a llenar con los detalles del evento. Un fiesta íntima. «Nuestra familia», más los futuros suegros de su hermana Costanza y unos cincuenta invitados.

–Solo los íntimos –ironizó la subcomisaria, sin esconder que la referencia a la familia le había molestado.

Pero Marianna Partanna, exviuda Garrasi, no era de las que sueltan la presa. Después de casi veintitrés años con el ilustre cardiocirujano, perseveraba en sus intentos por integrar a la hija en ese espléndido retrato que era la familia Calderaro.

De haber seguido su instinto, Vanina habría buscado de inmediato una excusa para evitar que su madre insistiera, pero se contuvo al pensar en la desilusión que se llevaría Federico. Aunque Vanina nunca lo había considerado un sustituto de su padre, no ignoraba el cariño que Federico le había profesado siempre. Y, curiosamente, no hacía mucho que habían consolidado su relación. Sí, Federico Calderaro era un buen amigo, una persona en la que siempre había sabido que podía confiar. No se merecía sufrir otra vez las consecuencias de la rabia jamás apaciguada que sentía Vanina hacia Marianna.

–Si no matan a nadie aquí en Catania, puedes contar conmigo.

El suspiro que le llegó desde el otro lado del teléfono le transmitió la contrariedad de su madre.

–Entonces, esperemos que los asesinos etneos nos concedan esa gracia –se limitó a decir.

Vanina colgó y apagó la colilla en el viejo cenicero que vivía permanentemente en el balcón desde el día en que Vanina había tomado posesión de aquel despacho. El tercer mensaje era de un número que se sabía de memoria, pero que seguía negándose a almacenar en los contactos por mucho que, para su desgracia, se

estuviese convirtiendo en uno de los más habituales. O, mejor dicho, estuviese volviendo a serlo.

Decidió esperar un poco más antes de leerlo. Si no aparecía el doble tic azul, no alimentaría esperanzas de la otra parte y ella tendría más tiempo para meditar la respuesta. Una mentira que se contaba a sí misma cada vez que aquel número hacía saltar por los aires su precaria serenidad. El tiempo adicional no le serviría de nada: elaboraría una respuesta, la releería varias veces, la sopesaría, la modificaría... y finalmente se arrepentiría de haberla enviado.

La llamada de Spanò interrumpió providencialmente sus pensamientos, que se estaban volviendo molestos. El hecho de que la maleta estuviese vacía, aunque manchada de sangre, hacía que no tuviera sentido acudir en persona al lugar de los hechos.

Se puso manos a la obra con Bonazzoli para disponer un control que abarcara toda la costa imputada.

–Marta, pregunta a la guardia fronteriza si nuestro bote del práctico está libre. Si no, tendremos que hablar con los bomberos.

–O sea, ¿crees que esa mujer anónima nos está contando la verdad? –preguntó Marta.

–No lo sé. Pero hay dos testigos que afirman haber visto a un hombre que arrastraba una maleta pesada, y tenemos una mancha de sangre que no presagia nada bueno. Si por casualidad el presunto cadáver ha terminado en el mar, cuanto antes actuemos mejor. Por tanto, y mientras averiguamos algo más, ya sea para bien o para mal, estableceremos un control.

Marta asintió.

–Llamo enseguida –dijo, y se marchó a su despacho.

Spanò regresó a las cuatro de la tarde, cansado. Lo seguía Lo Faro. Vanina lo vio pasar por delante de su puerta y meterse en el despacho que compartía con Fragapane. Dejó el documento que estaba leyendo en la pila de la cual lo había cogido y llamó a Spanò. El inspector se presentó instantes más tarde, arreglándose el pelo entrecano, que siguió alborotado.

–Disculpe las pintas, jefa, pero con el viento y el aire salobre del mar...

Se sentó delante de ella y se alisó la camisa, como si quisiera planchársela puesta.

–He pensado que era mejor llamar directamente a Pappalardo de la Científica, para decirle que viniera a recoger la maleta y el teléfono y examinar el lugar en el que hemos encontrado ambas cosas. Porque con todas las olas que llegaban...

–A ver si lo entiendo, Spanò: ¿usted estaba allí casualmente?

El inspector procedió a relatarle, con todo lujo de detalles, la

historia de su amigo Tammaro, y añadió otros particulares sobre el descubrimiento de la maleta.

–Puede que fuera por la insistencia de Sante, porque cuando se le mete una cosa en la cabeza no hay quien se la quite, o por su convicción... el caso es que hasta yo estaba perdiendo el interés por esa historia absurda. Entonces ha llamado usted y las cosas han adquirido otro significado. Porque... hablemos claro, jefa: las coincidencias existen, pero en este caso parecen muchas.

–A ver, Spanò, escúcheme: tenemos que aceptar que en este trabajo las coincidencias son un bien escaso, por no decir imposible de encontrar.

Desde que alguien le había tomado el pelo diciéndole que la inexistencia de las coincidencias era una especie de cliché de todas las pelis policíacas, Spanò se había obsesionado con que debían ser más posibilistas. Y todas las veces se daba de morros.

–Ha hecho bien en llamar a Pappalardo, inspector. Así vamos adelantando y no me toca tener que hablar con su jefe directo.

La relación de Vanina con el subdirector Cesare Manenti se había deteriorado bastante en los últimos tiempos; no hay nada peor que tener que tratar con imbéciles, decía su padre. Una verdad como un templo.

El oficial jefe Pappalardo, íntimo amigo de Fragapane pese a que podría ser su hijo, se había ganado el respeto de Garrasi sobre el terreno –en el único ámbito posible, por otro lado– hasta convertirse en su elemento preferido.

–En fin, mientras esperaba a los de la Científica no me he quedado de brazos cruzados –dijo Spanò. Sacó el teléfono del bolsillo y abrió el registro de llamadas–. He intentado localizar otra vez a Iannino, tres veces en el móvil y dos en casa. Por seguridad, he vuelto a llamar al estudio legal, pero lo único que he conseguido es preocupar todavía más a la secretaria.

Vanina se inclinó hacia delante.

–Entonces... ¿deduce usted que desaparecer un día entero no era un comportamiento habitual en Iannino?

–Según parece, no.

La subcomisaria consultó el reloj de la pared. Eran las cuatro y veinte, no tardaría mucho en anochecer. Si había que ponerse en movimiento, mejor no perder más tiempo.

–¿Por casualidad sabe usted quién es el juez de guardia en la fiscalía?

Spanò se informaba todos los días de los turnos de la fiscalía, para que no lo cogieran desprevenido.

–Creo que el fiscal Vassalli, jefa.

Esperaba verla alzar la mirada hacia el techo, pero Vanina ni se

inmutó. Se levantó del sillón, cogió la chaqueta de piel que colgaba del respaldo y se metió en el bolsillo los cigarrillos y el teléfono.

–Andando.

Spanò se puso en pie de un salto y la siguió, sin preguntar adónde. Entraron en el despacho contiguo.

–El bote del práctico está disponible –le comunicó de inmediato Marta–. Ya están en marcha.

–Bien. Aunque casi preferiría que no encontraran nada...

Era cierto que, sin cadáver, la investigación partía coja, pero encontrarlo hubiera confirmado la muerte de una joven de veintiséis años. A esas cosas no se acostumbra una ni después de doce años en la policía, la mitad de ellos en antimafia.

–Bueno, Marta, en vista de que ya has terminado, vente conmigo y con Spanò.

Reclutó también a Nunnari, que se puso firme con la mano en la frente.

–A ver, Nunnari, solo por curiosidad. ¿Cómo es que nunca te has enrolado en el ejército?

El oficial sonrió tímidamente.

–Jefa, usted ya sabe que solo lo hago para bromear. Pero si exagero...

–Ya sé que es un juego y la verdad es que me divierte. No te olvides de que yo también soy una cinéfila. Pero no entiendo cómo es que alguien como tú, un entusiasta de la pelis de guerra, estadounidenses a ser posible, que se divierte jugando a ser soldado, decidió hacerse poli y no ir al ejército. O a la marina.

Cruzaron la calle y entraron en el edificio de enfrente, una antigua cárcel borbónica reconvertida en cuartel, en cuyo patio central estaban aparcados los coches y motos de la policía. Marta se dirigió hacia un Giulietta negro y se sentó al volante.

–Creo que no tengo ni el valor ni la disciplina que hace falta para ser soldado, jefa –prosiguió Nunnari, en cuanto se hubo acomodado en el asiento posterior junto a Spanò.

Este último lo observó un momento y añadió:

–Y el físico tampoco, si quieres que te diga la verdad.

Vanina y Bonazzoli se echaron a reír mientras el oficial, al que definir como «corpulento» hubiera sido quedarse corto, le daba un manotazo en la espalda a Spanò.

El mar seguía batiendo furiosamente contra las rocas, pero el chalé estaba resguardado por una casa más grande, que daba al norte del puerto de Ognina. En aquella calle había muchas casas bonitas. Algunas de ellas eran antiguas, de principios del siglo XX, y otras más modernas. No todas estaban en buenas condiciones. Algunas estaban habitadas todo el año, otras se usaban como residencia de verano y

otras estaban abandonadas. Varias casas tenían dos o tres plantas, pero otras eran más modestas, como la que la subcomisaria estaba observando en aquel momento apoyada en el muro, con los pies cruzados y el cigarrillo entre los labios. Las ventanas de la planta baja tenían los postigos abiertos, lo cual sin duda habría ayudado, y la cerradura de la verja no estaba reforzada con ninguna cadena. A simple vista, el chalé no disponía de ningún sistema de alarma con cámaras de vigilancia.

No se veía a nadie por ningún lado.

–¿Qué hacemos, jefa? –preguntó Marta.

Vanina apagó el cigarrillo en el suelo, ignorando la expresión de contrariedad de la inspectora, y se apartó del muro.

–Vamos a saltar al jardín para echar un vistazo.

Bonazzoli se puso seria.

–Pero... ¿sin autorización?

–Primero nos hacemos una idea.

Spanò se acercó al muro en el punto en que terminaba la valla, justo donde se habían asomado la primera vez. Era el lugar más fácil para saltar.

–Ánimo, Nunnari, que hasta tú puedes saltar por aquí.

Sin hacer comentarios, el oficial cogió la mochila Invicta que llevaba a todas partes desde hacía treinta años, y en la que la subcomisaria había metido tres linternas, y apoyó un pie en una piedra que sobresalía. Metió el otro en una grieta y se izó sobre el muro, tambaleándose peligrosamente, mientras se sujetaba con la mano a la valla que tenía al lado. Saltó y bajó por el otro lado.

–¡Qué ágil estás, Nunnari! –se burló Spanò, mientras lo alcanzaba.

Vanina se giró hacia Marta, que sacudía la cabeza.

–Ánimo –le dijo.

Marta no aprobaba las licencias que de vez en cuando se veía obligada a tomarse. Para la inspectora, respetuosa con el deber, saltarse un precinto o no solicitar una autorización eran contingencias que ni siquiera cabía considerar. Tenía razón, claro. Pero Vanina, que muchas veces se veía obligada a tomar la decisión de actuar para no poner en peligro todo el trabajo, estaba convencida de que de vez en cuando había que cometer algún que otro pecadillo venial para engrasar mecanismos que de lo contrario se bloqueaban. O para evitar retrasos.

Marta suspiró, resignada, y en menos de un segundo saltó el muro de piedra lávica, de un metro y medio de altura. Ignoró los brazos adorantes de Nunnari –que habría dado cualquier cosa por aprovechar un inesperado contacto con su atractiva superior– y aterrizó en la hierba.

Vanina fue la última en saltar, con bastante menos gracilidad que la

inspectora, pero ella también rechazó la ayuda que se apresuraron a ofrecerle los hombres.

–Tened cuidado y no piséis las marcas de neumáticos. Comprobemos también si hay otras que puedan resultarnos útiles –dijo, al tiempo que se dirigía a una de las ventanas.

El jardín estaba iluminado en parte por la luz procedente de una farola de la calle. Los postigos abiertos permitían ver un espacio bastante grande, pero demasiado oscuro como para distinguir lo que había dentro. Encendió la linterna que le había pasado Nunnari y enfocó el interior de la estancia. Era un salón, en el cual se veían sofás, un par de mesitas y una mesa de comedor puesta, con platos y vasos. Había varias sillas repartidas por la habitación. El suelo era un caos. Dos sillones, colocados de forma incongruente en el centro de la estancia, le llamaron la atención a la subcomisaria, que los enfocó con la linterna para verlos mejor.

–¿Se ha fijado, jefa? –dijo Spanò, con la frente pegada al cristal.

Vanina asintió despacio, mientras observaba el sillón que estaba vuelto hacia la ventana: en el respaldo se apreciaba una mancha de un color rojo oscuro.

Spanò apartó la frente del cristal.

–Y ya van dos –comentó con un suspiro–. Hoy es el día.

–Ya –respondió Vanina.

–¿El día de qué? –preguntó Marta, que se perdía bastante con aquellas frases dejadas a medias y aquellos intercambios de miradas.

–El día de las manchas de sangre –le explicó la subcomisaria.

Nunnari asomó por el otro lado del chalé y trotó velozmente hacia ellos.

–Jefa –jadeó.

–Despacio. Respira, hombre. ¿Qué pasa?

–En la parte de atrás hay una puerta-ventana que se abre empujando con el hombro.

Rodearon el chalé y se encontraron en un pequeño porche. Desde una callecita lateral llegaba la luz providencial de otra farola.

Marta estaba examinando con la linterna la estancia que se entreveía tras el cristal de la puerta ventana, cuyos postigos también estaban abiertos. La subcomisaria se le acercó y echó un vistazo al interior.

–Es una cocina. Y bastante desordenada, diría –comentó Marta.

Vanina recorrió el porche con la mirada. Macetas arrinconadas, herramientas de jardín que aparentemente llevaban tiempo sin usarse... Delante, restos de césped y un árbol. Una higuera, probablemente. Luego se giró de nuevo hacia la puerta ventana, con una mano en el bolsillo de los vaqueros y una expresión meditabunda.

Spanò se le acercó.

–¿Qué piensa, jefa?

Vanina apartó la mirada de la escena que ofrecía la parte trasera del chalé.

–Pues no lo sé, inspector. –Se dirigió hacia la puerta ventana–. Por las persianas abiertas y el desorden de la cocina, no da la sensación de que el chalé estuviera deshabitado.

La lámpara de pared que estaba junto a la puerta ventana se encendió de repente y todos se sobresaltaron. Por instinto, los cuatro acercaron la mano al arma y miraron a su alrededor. Nunnari rodeó de nuevo el chalé, con cautela, pero al volver parecía más relajado.

–Todo en orden. En el otro lado también se ha encendido una luz. Debe de tener un temporizador.

Marta había abierto la puertecita de cristal de la lámpara sujeta a la pared y la estaba inspeccionado.

–Es un sensor de luz crepuscular. Se enciende automáticamente cuando oscurece.

–Lo cual confirma lo que le estaba diciendo, Spanò –intervino Vanina. Se acercó a la puerta ventana–. Bueno, dejémonos de perder el tiempo y vamos a abrir esta puerta. A ser posible, sin romper el cristal.

Los otros tres se miraron.

Spanò se acercó a la subcomisaria.

–¿Está segura, jefa?

Vanina lo miró directamente a los ojos.

–¿Qué pregunta es esa, Spanò?

–No, lo digo porque leyes aparte, ya sabe que el chalé es de…

–Spanò –lo interrumpió la subcomisaria–, sé perfectamente de quién es el chalé. Dígame usted, ¿qué cree que me respondería Vassalli si le pidiera ahora mismo una autorización para entrar?

El inspector asintió.

Sacudió la puerta para calcular si era necesario aplicar mucha fuerza y una de las dos hojas, al parecer mal cerrada, se movió y se abrió lo suficiente como para poder pasar una mano.

–Joder, ¡qué suerte! –comentó Nunnari.

Spanò se puso un guante antes de girar la manija desde el interior y abrir la cristalera. Luego le cedió el paso a la subcomisaria, que entró la primera, y procedió a buscar un interruptor.

La luz de una lámpara semiesférica de mimbre iluminó una cocina de dimensiones modestas, decorada con una mezcolanza de muebles sin duda recuperados de otras casas. Una mesa central ocupaba un tercio de la estancia: estaba repleta de vasos sucios, restos de comida y platos de plástico. Un penetrante olor a pescado podrido impregnaba la atmósfera: procedía de dos cucuruchos de papel, marcados con el nombre de una conocida tienda de pescado para llevar, que habían

quedado abiertos sobre la encimera, al lado del fregadero. Una bolsa de supermercado llena de valvas de ostra, que goteaba colgada del tirador de uno de los muebles, contribuía a intensificar el olor.

La inmundicia campaba a sus anchas.

Vanina sacudió la mano delante de la cara, como si quisiera ahuyentar aquel olor.

–¡Qué sucia está esta cocina!

Recorrieron un estrecho pasillo al cual daban un cuarto de baño, un dormitorio –con la cama deshecha– y una especie de cuartito de la lavadora. Al fondo se encontraron con lo que debía de ser la entrada principal. A la izquierda quedaba la escalera que subía a la planta de arriba y, a la derecha, una puerta tras la cual se hallaba el salón que habían visto desde el exterior.

La enésima lámpara de mimbre iluminó el desorden babélico que reinaba en la estancia: cojines por todas partes, vasos en el suelo, botellas vacías de champán...

–Cuidado con lo que pisáis –dijo Vanina mientras se dirigía a los dos sillones del centro de la habitación.

–Champán Cristal. Vaya, ¡sí que se cuida la abogada! –comentó Marta, que se había inclinado sobre la cubitera que descansaba sobre el cristal de una mesa también de mimbre, elemento habitual en aquel tipo de casas.

Vanina, sin embargo, no la estaba escuchando. Se había plantado delante de uno de los sillones, acompañada por Spanò, y tenía las manos en los bolsillos y la mirada fija en el respaldo del sillón vuelto hacia la ventana por la cual habían mirado antes.

–Venid aquí, niños –dijo.

Marta y Nunnari se acercaron.

La mancha oscura que habían vislumbrado a la luz de la linterna ahora resultaba más que evidente: era de forma irregular, grande, y de un tono rojo oscuro que se aproximaba al marrón.

–¿Es sangre, jefa? –preguntó Nunnari.

Por su expresión compungida, buscaba más una confirmación que otra cosa.

–Diría que es altamente probable –respondió Vanina.

Se acercó a los sofás, desordenados pero a simple vista limpios. La mesita de madera que se hallaba entre los dos muebles estaba ocupada por una pila de revistas que se remontaban al verano, dos cálices de plástico, dos cuencos con restos de avellanas y pistachos, y un vaso vacío. Todo se hallaba amontonado a un lado: en la superficie libre de la mesa se veía una gota de un líquido oscuro reseco y restos de un polvo blanco.

–¿Llamo a la fiscalía? –propuso Spanò.

La subcomisaria consideró el escenario, absorta.

–No. Ya me ocupo yo.

Cogió el teléfono, marcó el número y esperó, resignada, a que la pusieran con el fiscal. Parecía como si lo hicieran a propósito: cada vez que se topaba con un caso insólito, en el que había que echarle una mano a la intuición... ¡zas!, tenía que vérselas con Franco Vassalli, el fiscal más rebuscado, meticuloso y cauto –por no decir medroso– de toda la fiscalía catanesa.

–Buenas noches, señor. Seré muy breve: hemos recibido una llamada anónima que nos advertía de un homicidio. Según parece, podría haberse producido en un chalé de Ognina. Puesto que no hemos podido localizar ni a la inquilina ni al propietario, hemos hecho una breve inspección. La verja de la casa estaba medio abierta y hemos echado un vistazo a través de una ventana de la planta baja. Hemos encontrado claros indicios de que aquí ha ocurrido algo, por lo que necesitaría una autorización para entrar.

Cuando la subcomisaria colgó, en su mirada se adivinaba satisfacción por la estrategia que acababa de poner en marcha.

Spanò la miraba con aire interrogante. Con aquel bigote oscuro jaspeado y el pelo peinado hacia atrás, se parecía a Pino Caruso interpretando al comisario De Palma en la adaptación cinematográfica de La mujer del domingo.

–Pues ya está, ya podemos entrar –bromeó Vanina.

–¿Le ha preguntado de quién es la casa?

–He soslayado la cuestión. Cuando se lo comuniquemos le va a dar algo, está claro, pero para entonces ya habremos hecho la parte más importante del trabajo sin que nadie nos toque las pelotas. Y ahora, inspector, hágame un favor: llame usted a los de la Científica e intente hablar directamente con Pappalardo, así tenemos más posibilidades de que venga él. Si llamo yo, me tocará hablar con Manenti y me carga mucho.

El inspector asintió.

–Y diga a los buzos que amplíen el radio de búsqueda también a esta zona –añadió.

Se acercó a una puerta-ventana lateral y la abrió. Cogió los cigarrillos del bolsillo y salió al jardín.

El oficial jefe Pappalardo llegó cuando ya era noche cerrada, acompañado de un fotógrafo forense. Con gran alivio de Vanina, el subdirector Manenti había considerado que una investigación sin cadáver no merecía su presencia.

Vanina dejó a Spanò al mando en el lugar de los hechos y regresó con los otros dos a la sede de la Judicial.

Fragapane la estaba esperando sentado a su mesa, en el despacho que él y Carmelo definían como «de los críos». Nada más verlos llegar,

se puso en pie y se acercó a la subcomisaria, que estaba entrando en la sala. Su expresión de interés daba a entender que Spanò ya lo había puesto al corriente de las novedades y, por el fajo de papeles que llevaba bajo el brazo, estaba claro que el suboficial no había estado mano sobre mano.

–Jefa, de momento sigue sin haber ninguna denuncia. Ni de mujeres desaparecidas ni de cadáveres encontrados. Yo, por mi parte, he buscado un poco más de información sobre la casa.

Vanina lanzó una mirada hacia el rinconcito de Lo Faro.

–Ah, no –se apresuró a explicar Fragapane al ver la mirada contrariada de la subcomisaria–, le he dicho yo que se fuera a casa. Pobrecillo, aún tenía la ropa mojada y no paraba de estornudar.

A Marta se le escapó una sonrisita, mientras Nunnari sacudía la enorme cabeza.

–Por lo menos ha hecho algo útil –comentó la subcomisaria.

Se apropió de la infame silla ergonómica de Bonazzoli y se preparó a escuchar.

Fragapane cogió una hoja y leyó:

–Vamos allá: el chalé es propiedad del hijo de Alicuti desde hace solo tres años. Creo que es una propiedad ficticia, porque por lo demás parece que el chico no tiene nada. Ni hace nada. Iannino se lo alquiló apenas seis meses más tarde. Contrato legal, anual. En cuanto a la abogada, en cambio, además de trabajar en el estudio legal del profesor Ussaro, hasta hace unos cuantos meses también tenía un puesto de investigación en la universidad. En la cátedra de Derecho Administrativo, que precisamente es la que dirige el profesor. Tanto el padre como la madre de Iannino están muertos, él hace cinco años y ella hace ocho meses. El único pariente cercano es el hermano, Gianfranco Iannino, de profesión director de escuela. Nacido en 1971, vive en Montevarchi, provincia de Arezzo. Casado con Grazia Sensini, de profesión comercial. –Le tendió la hoja–. Aquí están todos los datos. ¿Qué hacemos?

Vanina dudó antes de responder. Era una situación insólita. Tenían una denuncia anónima de homicidio, indicios claros que empezaban a avalar la credibilidad y, sin embargo, ningún cadáver que la confirmara. Tenían una presunta desaparición, pero ninguna denuncia al respecto. Aunque cada vez estaba más convencida de que aquella mezcla confusa de señales no tardaría en transformarse en un caso de homicidio, la subcomisaria sabía que en una fase tan incierta había que meditar muy bien cada paso.

Estaba a punto de responder cuando en la pantalla de su teléfono apareció el rostro de Spanò, acompañado del tono que le había asignado a ese contacto.

–Jefa –dijo con voz agitada, como si hubiera estado corriendo.

Vanina se puso tensa.

–¿Qué pasa, Spanò?

–¿Se acuerda del teléfono destrozado que hemos encontrado esta mañana en la maleta que descubrió mi amigo?

–Sí, me acuerdo. ¿Qué pasa?

–Acabo de recibir ahora mismo la respuesta del colega de la Policía Postal que estaba trabajando en ello. –Hizo una pausa y cogió aire–. Está a nombre de Lorenza Iannino.

5.

En Santo Stefano había niebla. Una neblina ligera, resultado del elevado índice de humedad que había acompañado aquella noche ventosa. Nada que ver con la niebla densa que Vanina se había encontrado un par de veces durante el invierno en la carretera que conducía a los pueblecitos de las laderas del Etna.

Alargar el trayecto hasta Viagrande en busca de algo con qué llenar el estómago hubiera resultado un esfuerzo inútil. La semana antes de San Martín era la única de todo el año en que Sebastiano, su proveedor oficial de productos alimentarios de primera calidad, cerraba su celebre putìa, que era como llamaban en Sicilia a los colmados, y se iba de vacaciones con la familia. Por no hablar de que, a la hora a la que había terminado esa noche, ya habían cerrado todas las charcuterías, tiendas gastronómicas y supermercados en un radio de diez kilómetros.

Hasta el bar Santo Stefano, que se encontraba cerca de su casa, estaba a punto de cerrar y tenía ya casi vacío el mostrador de los platos preparados. Alfio, el propietario, se entristeció.

–Señora Garrasi, pero ¿por qué no me ha llamado usted? Le hubiera guardado una siciliana, o un par de arancini.

–Se dice arancine, no arancini –contestó Vanina.

Pero, total, era perder el tiempo: no se podía hablar de ese tema con los cataneses. En una bandeja de acero cubierta de papel engrasado quedaba una triste cipollina, el tradicional hojaldre catanés relleno de cebolla. No es que fuera santo de su devoción, ni tampoco un plato ligero, pero de todos modos pidió que se lo envolvieran. Subió unos veinte metros por la calle principal, desierta como no lo habría estado ni a medianoche de un par de meses antes. Dejó atrás la iglesia –no entendía por qué estaba dedicada a dos santos en lugar de a uno, como era costumbre– y dobló la esquina para llegar a la plazoleta en la que se encontraba su casa. Dirigió la mirada hacia el jardín, que quedaba elevado con respecto a la calle, y vio que las luces estaban encendidas. En cambio, la entrada de la vivienda de Bettina –la única habitante de aquella casa enorme, además de propietaria del apartamento en que ella vivía desde hacía más de un año– estaba a oscuras. Acababa de abrir la verja de hierro y estaba a punto de subir el tramo de escalones cuando los faros del Fiat 500 amarillo de 1962,

el coche de su vecina, iluminaron la puerta del garaje.

Vanina volvió atrás, se acercó al coche y le abrió la puerta.

Bettina le sonrió, mientras apoyaba el cuerpo del peso en una pierna y se levantaba agarrándose al techo de su Fiat 500. Era el único vehículo que se sentía capaz de conducir y, precisamente por eso, era insustituible, por mucho que las dimensiones del habitáculo ya no resultaran adecuadas, ni para el cuerpo ni para la edad.

–¡Buenas noches, Vannina!

Vanina sonrió. Ya no se molestaba en corregirla. Para ella, como para la mayor parte de paisanos, sobre todo si ya tenían una cierta edad, su nombre se escribía y se escribiría siempre con dos enes.

–¿De dónde viene? –le preguntó mientras la ayudaba a coger del asiento posterior una bolsa de tela que pesaba una tonelada.

–¡Cuidado, cuidado, cójala despacio que dentro hay bandejas de horno llenas!

Por el aroma que salía de la bolsa, no era difícil imaginarlo.

–¿Ha cenado? –quiso saber la vecina, mientras cruzaba la verja y subía los cuatro escalones que llevaban a la entrada de su vivienda.

–No, todavía no, pero me he comprado algo en el bar Santo Stefano.

Bettina la miró, no muy convencida.

–¿A estas horas? ¿Y qué ha encontrado?

–Una cipollina –respondió Vanina, sin dejar traslucir su escaso entusiasmo.

Estaba segura de que la mujer se ofrecería enseguida a cocinarle algo, pero no quería abusar de su hospitalidad.

Sin embargo, Bettina no se dejaba engañar fácilmente.

–A estas horas de la noche, ¡la cipollina le va a sentar peor que un pedrusco volcánico! Cierre la puerta de abajo –dijo, sin darle siquiera tiempo a responder– y venga a casa, así me hace un poco de compañía.

Vanina obedeció. Cuando su vecina razonaba de aquel modo, quedaba excluida la posibilidad de rechazar la invitación, porque se lo hubiera tomado como una ofensa. Era un farol que siempre le funcionaba.

La encontró en la cocina, trasteando con la bolsa de tela.

–Mis amigas y yo hemos exagerado un poquitín esta noche. Cada una tenía que llevar algo para cenar todas juntas en casa de Luisa y luego jugar al buraco. Éramos ocho. Había de todo en la mesa. Y al final nos hemos tenido que llevar a casa un montón de cosas.

Sacó de la bolsa una bandeja y mostró medio timbal de anelletti que desprendía un aroma que quitaba el sentido. Vanina lo reconoció al instante: era el que preparaba Bettina, excelente como pocos con su pasta, su salsa de tomate y sus berenjenas. De un recipiente de cristal

con tapa de plástico sacó una ración de falso magro con guarnición de patatas: aquel rollo de carne le resultaba menos familiar, pero igualmente atractivo. Y, por último, una bandeja de dulces de chocolate típicos de la época, que en aquella zona se llamaban Rame di Napoli.

–¿Le preparo un plato combinado? –propuso la vecina.

Vanina se rindió en medio segundo. Aquellos aromas le habían abierto un abismo en el estómago. Resistirse a la tentación y elegir un único plato no estaba al alcance de su fuerza de voluntad, que en ese terreno era bastante precaria.

–Una ración de cada –respondió.

Una ración de cada que, en manos de aquella especie de Elvira Coot, también conocida como Abigail Pato –o, para los menos versados, Abuela Pato– ragusana, acabarían convirtiéndose en dos, puede que en tres: «Hágame usted caso, Vanina: con el trabajo que hace, tiene que conservar las fuerzas». No le habría dado opción a replicar y ella tendría que haber acatado sus deseos.

Lo cual era un verdadero regalo de la providencia.

Mientras trasteaba con el microondas, aparato al que se había convertido desde hacía poco y que solo utilizaba para calentar la comida, Bettina procedió a contarle las novedades de lo que la subcomisaria había bautizado como «club de las viudas»: un grupo de damas que en todos los casos pasaban de los setenta y cinco, todas aún enérgicas y nada dispuestas a quedarse en casa muertas del asco.

Al fondo de la bolsa, abandonado, quedaba un último paquete envuelto en papel de plata. Vanina le echó un vistazo: una tortilla triste y aceitosa que, en mitad de todas aquellas exquisiteces, parecía el patito feo en el estanque de los cisnes, por seguir con la analogía.

–Deje eso –la aconsejó Bettina. Se acercó y se llevó el paquete–. Ida es muy maja y muy buena, pero la cocina no es lo suyo. Nosotras fingimos que no nos damos cuenta, sobre todo porque como alguna le diga algo, se pasa toda la noche de morros, ¡pero es que esta tortilla no hay quien se la coma!

Vanina sonrió y compadeció a la pobrecilla que intentaba apañárselas en mitad de aquel cónclave de cocineras refinadas. Los resultados de Ida no distaban mucho de los que hubiera conseguido ella, que, pese a tener buen saque como todo el mundo sabía, lo máximo que conseguía era organizar lo que ya habían cocinado otros.

La mesa quedó puesta en cinco minutos. Para dos, porque era de mala educación dejar que una invitada comiera sola. Mientras la subcomisaria disfrutaba de una ración doble de timbal de pasta y dos trozos de falso magro, Bettina preparó un platito de Rame di Napoli y lo dejó en el centro. Espero a que Vanina terminara para coger aquellos dulces de chocolate a dos manos. Cinco minutos más tarde,

no quedaba ni uno.

Vanina consiguió cruzar el jardín a las once de la noche pasadas. Abrió la puerta de casa con el mismo espíritu ligero que cuando estaba aún bajo los efectos de Bettina, una persona tranquilizadora como pocas. Una mujer que desmigajaba los problemas y afrontaba la vida con la calma de un monje zen convertido al culto del padre Pío, a quien atribuía la capacidad de resolver cualquier percance, excepto la muerte.

Lástima que fuese precisamente con eso con lo que Vanina debía enfrentarse. Todos los días. La muerte violenta. La peor, porque no concedía a los supervivientes ni siquiera la consolación de apelar a una voluntad superior a la que es imposible poner cara y contra la que siempre se está desarmado. El destino de quien moría de forma violenta tenía los rasgos humanos del asesino que lo había quitado de en medio. Por eso, la única forma que existía de exorcizar esa clase de muerte era poner rostro y nombre a la persona que la había provocado.

Y para eso estaba ella, y otros como ella. Para saldar cuentas.

Dentro de casa, el aire era más fresco que fuera, pese a que todas las noches los radiadores se encendían dos horas, lo cual parecía exagerado para la época. Vanina puso en marcha la bomba de calor de la habitación y abrió la cama. No soportaba meterse entre las sábanas y notar la humedad.

Fue a la nevera y cogió una botella de Coca-Cola. Paciencia con la cafeína, que iba a poner aún más obstáculos a un sueño ya de por sí alterado, pero después de una cena así era lo mínimo. ¡Y eso que la que sentaba mal era la cipollina! Sobre la mesa de la cocina encontró un paquete de DHL con un pósit de Adriano Calí pegado en la parte superior. Sacó el contenido: una funda para DVD, de esas con la portada casera imprimida a partir de un cartel de cine descargado de internet. Era la versión cinematográfica de Don Juan en Sicilia, estrenada en 1967. Muy difícil de encontrar, incluso en las tiendas online. Abrió un cajón, cogió el catálogo en el que anotaba los títulos de todas las películas ambientadas en Sicilia que había conseguido hasta el momento, y añadió la última adquisición. El número ciento veintinueve de la colección. Así a ojo, no era precisamente un peliculón, pero una colección era una colección, y la suya solo exigía que las películas estuvieran ambientadas en Sicilia, independientemente de cualquier otra característica.

Prefería no saber de dónde lo había sacado Adriano. Seguramente había acudido a un vendedor privado. A veces, esa era la única posibilidad.

Dejó el DVD en la librería que estaba junto a la pared cubierta por

antiguos carteles de cine y se tumbó en el sofá. Había muchas películas que le apetecían ver en ese momento, pero era demasiado tarde. Puso la tele y fue pasando de canal en canal: un par de tertulias políticas con una serie de invitados que no hacían más que despellejarse unos a otros, una serie policíaca estadounidense, un documental sobre la Tierra del Fuego. Se decidió por el telediario de la noche. Si las cosas iban como ella intuía, los informativos locales –y puede que incluso los nacionales– no tardarían en tener otro hueso que descarnar, por mucho que le pesara. Estaba segura de que los bocazas no perderían el tiempo.

Cogió el teléfono y le apareció la notificación del mensaje que antes había dejado sin leer. Se moría de ganas de abrirlo, fingir que ignoraba la foto de perfil y, en cambio, deleitarse contemplándola. Mucho rato. Para después descubrir las palabras escritas, aunque estaba segura de que le iba a dar un vuelco el corazón. Y, de hecho, así fue: «Hoy me he dado cuenta de que me resulta menos duro vivir resignado a no tenerte nunca más, que aferrarme a la esperanza de que vuelvas. Paolo».

Paolo.

Había dejado de firmar «P». En los días inmediatamente posteriores a su encuentro casual delante de la cárcel de Ucciardone, firmaba así sus mensajes. Luego había llegado aquel domingo en que Paolo se había presentado en su casa, solo y sin escolta. Había conducido hasta Catania en su «propio» coche, había precisado. Y lo había dicho como si fuera algo emocionante, transgresor. Para él, Paolo Malfitano, el juez palermitano más celebre y más amenazado de toda la Fiscalía de la República, lo era.

«He desafiado las leyes de la supervivencia», había bromeado.

Un domingo casi absurdo, onírico.

Después había empezado a escribirle y a firmar con el nombre entero. Como si hubiese renunciado a esconderse, como si a fin de cuentas ella no le hubiese dicho que entre ellos no había cambiado nada.

Había transcurrido un mes. Vanina no estaba dispuesta a admitirlo ante sí misma, pero aquel domingo se había convertido en un punto de inflexión, que la había alejado de las aguas tranquilas en las que había conseguido echar el ancla en los últimos años y la había arrojado de nuevo a mar abierto. A merced de sus miedos.

Cogió el paquete de cigarrillos que tenía en una mesita cercana y encendió uno.

Alejó el teléfono. Se convenció a sí misma de que no sabía qué escribirle, pero no era cierto. Tenía una respuesta. Sencilla y espontánea. Catastrófica.

Para no equivocarse, la había movido mentalmente a la papelera.

Se acercó a la librería para elegir alguna lectura, pero se le fue la mirada hacia la foto enmarcada de su padre. Ya hacía una semana que había transcurrido el 2 de noviembre y ella aún no había encontrado el tiempo de ir a visitarlo a Palermo. No era el primer año que no lo conseguía, pero siempre se sentía culpable. A ella esas tradiciones no es que le importasen mucho, pero él siempre las había respetado, así que Vanina intentaba cuidarlas al máximo, por respeto a la memoria de su padre. Aquel año, sin embargo, las únicas flores que habían faltado eran las suyas. Miró a su padre a los ojos, que sonreían como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Un doble pitido, procedente del teléfono, interrumpió el momento hipnótico. Activó la pantalla, en busca de confirmación más que de otra cosa.

Paolo: «¿Estás despierta?».

El doble tic azul había tenido un efecto instantáneo. Se lo imaginó sentado a un escritorio sepultado por los documentos, con un cigarrillo no fumado que se consumía apoyado en un cenicero. Un ojo pendiente del portátil abierto justo delante de él y, el otro, esperando con ansia una respuesta que no terminaba de llegar.

Solo.

Se sintió como una mierda.

Desbloqueó la pantalla e inició la llamada.

6.

–Buenos días, señor Iannino. Soy la subcomisaria Giovanna Garrasi, de la Policía Judicial de Catania.

Eran las nueve de la mañana, una hora decente.

Al otro lado se produjo un segundo de silencio, interrumpido por un ruidoso zumbido de fondo.

–La Policía Judicial... –repitió el hombre–. Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? –preguntó.

–¿La señora Lorenza Iannino es su hermana?

–... Sí.

–Quisiera saber cuándo fue la última vez que habló con ella.

Al otro lado de la línea, la respiración se volvió más trabajosa.

–Sabía que había ocurrido algo... –murmuró el hombre con voz trémula.

No mostró estupor, ni hizo preguntas. «¿Por qué quiere saberlo?» habría sido la respuesta más obvia, si aquel hombre se hubiese llevado una sorpresa. Pero no era el caso: Vanina se había dado cuenta al primer silencio. Esperó a que su interlocutor hablara.

–Hace dos días que no sé nada de ella. He intentado llamarla varias veces, pero el teléfono siempre está apagado. Ayer noche empecé a preocuparme, porque no es normal que mi hermana esté tanto tiempo sin dar señales de vida. Hablamos todas las noches, aunque solo sea por mensaje. Llamé a sus amigas, a sus colegas de trabajo. Cuando me dijeron que no había aparecido por allí en todo el día, decidí al momento coger el primer vuelo a Sicilia.

–¿Cuándo tiene usted previsto llegar, señor Iannino?

–Acabo de bajar del avión.

Vanina consultó el reloj.

–Venga directamente aquí.

Cuando llegó al despacho de la subcomisaria Garrasi, el señor Gianfranco Iannino respiraba como si hubiera ido corriendo hasta allí desde el aeropuerto de Fontanarossa. Tenía el rostro céreo y las ojeras azuladas de quien lleva dos noches sin dormir. Se tambaleaba.

Spanò le dio un vaso de agua con azúcar para que se repusiera un poco.

–Dígame la verdad, subcomisaria: ¿qué le ha pasado a mi hermana? –preguntó, sin rodeos, en cuanto se recobró.

Vanina decidió dosificar las noticias.

–Todavía no lo sé, señor Iannino.

–¿Qué significa que no lo sabe? –se inquietó el hombre–. Pero si me ha llamado usted. Lori... Lorenza es mayor de edad, nadie había denunciado aún su desaparición porque iba a hacerlo yo hoy. ¿Qué motivos podría tener usted para llamarme si no hubiera ocurrido algo grave?

Era un razonamiento impecable. Y exigía una explicación. Concreta, aunque también dolorosa.

–Hemos recibido una denuncia anónima para alertar del presunto homicidio de una joven, ocurrido en una casa frente al mar cuya inquilina resulta ser su hermana. Hemos intentado localizarla en varias ocasiones sin éxito. Ayer por la tarde entramos en el chalé y encontramos restos evidentes de sangre, además de indicios de una fiesta que debió de celebrarse precisamente la noche de la que hablaba la denuncia anónima.

Omitió el detalle, de momento superfluo, del polvo blanco hallado en una mesa. Cocaína, según había confirmado poco antes Pappalardo.

Iannino la observaba con incredulidad.

–No entiendo nada... ¿Un chalé junto al mar? ¿Está usted segura de que hablamos de mi hermana?

Vanina cruzó una mirada con Spanò, que asintió. Cogió una de las hojas de Fragapane y la leyó:

–Lorenza Iannino, nacida en Siracusa el 13 de febrero de 1990, soltera, de profesión abogada, trabaja en el estudio legal...

Iannino se protegió con una mano.

–Es suficiente –dijo.

Parecía hundido.

–Señor Iannino, si no lo he entendido mal, usted no sabía nada de la casa que había alquilado su hermana.

El hombre negó con la cabeza.

La subcomisaria buscó una fotografía que había pedido que le enviaran la noche anterior los de la Científica y se la mostró al hombre.

–¿Le suena de algo esta maleta?

Iannino se acercó para verla mejor. Se palpó el bolsillo de la chaqueta, luego el resto de bolsillos, hasta que Spanò acudió en su ayuda y le prestó sus gafas.

–Sí, esta maleta es la que trae Lori cuando viene a pasar las vacaciones con nosotros. ¡La llena hasta lo inverosímil! Da la sensación de que mete dentro el armario entero –dijo, con una sonrisa que duró dos segundos. Después adoptó una mirada angustiada–. Pero... ¿dónde la han encontrado?

–En las rocas. Estaba abierta y presentaba manchas de sangre. Pero,

sobre todo, en el interior hemos encontrado esto –dijo, mientras le mostraba una imagen del iPhone con la pantalla destrozada–. La tarjeta SIM está a nombre de su hermana.

Iannino se tapó los ojos con la mano, apoyó los codos en las rodillas y sacudió la cabeza. Luego volvió a erguirse.

–Subcomisaria, háble me con claridad. ¿Está muerta?

–No lo sabemos –respondió Vanina–. De momento, el único hecho que parece confirmado es su desaparición. No tenemos, de momento, pruebas de que sea ella la joven que, según la denuncia anónima, fue asesinada en el chalé.

El oficial jefe Pappalardo ya se había puesto manos a la obra para comparar la sangre de la maleta con la encontrada en el sillón. Las muestras biológicas ya debían de haber llegado al laboratorio de la Policía Científica de Palermo, pues el de Catania no estaba capacitado para llevar a cabo esa clase de análisis. Si todo iba bien, no tardarían en tener los resultados. Lo que de verdad necesitaba, sin embargo, era contrastarlos con una muestra de la sangre de Iannino.

En cuanto a la búsqueda en el mar, aún no había arrojado resultados.

–¿Tiene usted las llaves de la casa de su hermana?

–Sí, sí, claro –dijo, mientras se apresuraba a abrir un bolsillo de la mochila para buscarlas. Les dio vueltas en la mano, mientras contemplaba con ternura el llavero: un monito de peluche–. Mi hermana y yo estamos muy unidos, aunque nos llevemos diecisiete años. La he visto nacer y crecer. Desde que nuestros padres ya no están, yo soy su único punto de referencia. Creía que me lo contaba todo... Y por eso no comprendo que alquilara ese chalé y no me lo contara. ¿Qué tiene de malo alquilar una casa junto al mar?

Había dado en el clavo. ¿Qué tenía de malo?

Vanina ya se había hecho una idea, más o menos. Dejándose llevar por el instinto y combinando unos cuantos elementos. Pero aún no era el momento de compartirla con él.

–Lo acompañamos a casa de su hermana.

Le hizo un gesto a Spanò.

–Inspector, vaya usted con el señor Iannino.

Se oyeron dos golpes en la puerta y Marta, cargada de documentos y escoltada por Nunnari, asomó la cabeza.

Vanina mandó al oficial con Spanò. Los siguió con la mirada hasta que los vio desaparecer al fondo del pasillo, precedidos por Iannino, que caminaba encorvado como si la mochila lo estuviese aplastando.

Abrió el balcón y le hizo un gesto a Marta, que se había sentado delante del escritorio.

–Ven, que mientras me fumo un cigarrillo.

La muchacha salió con ella y se puso de espaldas al viento para

evitar el humo.

–¿Y bien? ¿Qué noticias me traes? –le preguntó la subcomisaria.

–Según parece, el iPhone no estaba destrozado del todo. Es posible que consigan recuperar el contenido. El fiscal Vassalli acaba de llamar a Ti... a Macchia: le ha dicho que no consigue contactar contigo.

Vanina fue a buscar su teléfono, enterrado en las profundidades del bolso. Tenía tres llamadas del fiscal. Lo había dejado en silencio durante todo el rato, sin darse cuenta. Y el fijo estaba descolgado, a saber por qué. Había estado ilocalizable durante dos horas escasas y la que se había armado. En aquel caso, sin embargo, no era un drama.

–¿Le ha adelantado algo a Tito? –dijo, tanteando el terreno.

–Claro. En plan: Garrasi, como de costumbre, va a mil por hora sin motivo.

Y no se equivocaba. Era el efecto previsible del informe que ella le había hecho llegar aquella misma mañana. Se apostaba lo que fuera a que la mirada de Vassalli se había fijado al instante en el nombre del propietario del chalé. Y allí se había quedado.

Antes de devolverle la llamada, Vanina se acercó un momento al despacho de Macchia. Llamó.

–¿Se puede? –preguntó, antes de entrar.

Tito, que estaba al teléfono, le señaló el sillón que estaba frente al suyo. Asentía rítmicamente, con la mirada distraída. Dijo «claro» y «desde luego» un par de veces, aunque cada vez con menos convencimiento, antes de colgar.

–Por Dios, qué paciencia hay que tener –suspiró, con el acento partenopeo más marcado que de costumbre.

–No me digas que era Vassalli otra vez –preguntó Vanina.

–¿Quién? ¡No, mujer! Era el director de la Policía. Y, por cierto, ¿de qué va el rollo ese de Vassalli? He preferido no profundizar mucho porque no tenía tu versión de los hechos. Así que ponme al día ahora mismo. ¿Cuáles son esos detalles tan importantes que, según dice, omitiste al llamarlo y pedirle autorización para entrar en la casa de la tipa esa, la... la presunta muerta?

Vanina soltó un risita sarcástica.

–¿Y cuáles pueden ser, en tu opinión? ¿El nombre del propietario de la casa, por ejemplo?

–¿Le comunicaste que el iPhone de Iannino apareció en la maleta manchada de sangre, y que la estamos comparando con la muestra encontrada en el chalé?

–Ya veo que la inspectora Bonazzoli te ha puesto al día.

–¡No te despistes, Garrasi! –la reprendió Macchia, sujetando el puro apagado con los dientes pero observándola con una mirada risueña.

–Vale, me atengo a la investigación. La noche en que tuvo lugar el presunto homicidio, en casa de Iannino se celebraba una fiesta. Por el

caos que encontramos al entrar y la cantidad de botellas vacías, parece que fue una fiesta movidita. Ostras y champán. Y cocaína.

–Vamos, una fiesta como Dios manda.

–Estaba todo tirado por ahí, incluidos los restos de comida. Los postigos abiertos y la puerta ventana mal cerrada hacen pensar más en una huida que en el fin de fiesta habitual. Y luego está la sangre...

–Conociendo a Vassalli, seguro que a estas horas...

–Ya le han entrado sudores fríos –se le adelantó Vanina.

Antes de marcharse, le contó la conversación con el hermano de Iannino.

Tito se apoyó en el respaldo de su inmenso sillón y reflexionó.

–Vani, estoy convencido de que dentro de poco te va a caer encima un bonito cadáver.

Vanina se dirigió hacia la puerta y la abrió.

–Tito, yo espero que no tengamos que rastrear todo el mar Jónico para encontrarlo.

Lo saludó con la mano mientras Giustolisi, su homólogo de Crimen Organizado, aprovechaba que la puerta estaba abierta para entrar.

Volvió a su despacho, colgó el auricular del fijo y se puso cómoda.

7.

Vassalli respondió al primer tono. Argumentó su contrariedad con toda clase de objeciones, desde las prisas de Vanina por «enfocar» como si se tratara de un homicidio una simple desaparición –que, por lo que sabían, podía incluso ser un alejamiento voluntario– hasta la superficialidad con que el inspector jefe Spanò había importunado a los chicos de la Científica por una triste maleta lanzada a las rocas. Y así, como quien no quiere la cosa, fue acercándose al quid de la cuestión. Que no era otro que la casa y sus propietarios, «incómodos por la situación». Ante las objeciones de Vanina, a saber, que sin aquella «insensata» inspección en las rocas ahora no dispondrían de uno de los pocos elementos concretos que tenían entre manos, el magistrado replicó que menos mal, porque de no haber sido así habrían hecho perder a los de la Científica su valioso tiempo.

La subcomisaria Garrasi había necesitado dos capuchinos y una raviola rellena de ricotta para compensar aquella media hora de agotador autocontrol. Ahora estaba sentada en un bar, en la calle Vittorio Emanuele, y se arrepentía de no haber acompañado personalmente a Iannino a casa de su hermana. También era cierto que, si había cualquier indicio útil, Spanò lo encontraría enseguida, pero al menos habría tenido un par de horas de inactividad a la espera de alguna confirmación que le permitiese poner en marcha una investigación de verdad.

Le había pedido al inspector que le mandara al despacho a su amigo periodista y al médico que habían presenciado el abandono de la maleta en las rocas. Llegarían a última hora de la mañana, en cuanto el doctor Monterreale pudiera escaparse un rato del hospital.

Cogió el teléfono del bolsillo de la chaqueta de piel y analizó los últimos números que había marcado la noche anterior. O, para ser más exactos, el último.

En ese preciso instante empezó a sonar.

–¿Vanina Garrasi me responde al primer tono a estas horas? ¿Qué ha pasado? ¿Los asesinos de Catania se han declarado en huelga? –dijo la abogada Maria Giulia De Rosa, a grito pelado para imponerse al ruido que de vez en cuando amortiguaba su voz.

–Más que en huelga, yo diría eclipsados.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Nada, déjalo. Demasiado largo. Tú confórmate con el hecho de que te haya respondido enseguida.

–Intuyo que el eclipse ese va a durar poco, porque la falta de actividad nunca tiene un efecto positivo en tu estado de ánimo.

Giuli la conocía muy bien. Hacía poco más de un año que eran amigas, pero eran amigas de verdad.

–Pero ¿dónde estás? Se oye un jaleo que ni en el Barbera cuando el Palermo ganó a la Juve.

Un partido memorable. Lo había visto con Paolo, en aquel sofá gris que ahora estaba en su casa y que la había acompañado en todas las mudanzas.

–¡Ya veo que estamos en plan nostálgico! Ahora sí que me empiezo a preocupar –comentó Giuli, mientras se alejaba del bullicio.

–¡Anda ya! No me has dicho dónde estás.

–En Roma. Yo también estoy sentada en un bar, en la plaza del Popolo. Si se oye tanto ruido es porque hay una manifestación. Estoy esperando a una clienta, a la que acabo de conseguirle la anulación. Me ha invitado a comer en un restaurante aquí al lado.

Los matrimonios destruidos eran la especialidad de la abogada Maria Giulia De Rosa, defensora en el Tribunal de la Rota Romana. Que a los cuarenta años siguiera soltera se debía, según ella, a una «deformación profesional».

–Hasta a comer te invita. ¿No tenía bastante con los suculentos honorarios que va a tener que abonarte?

–En realidad, tiene que presentarme a un amigo suyo que también quiere anular su matrimonio. Sospecho que es para volver a casarse, esta vez con ella, pero eso es solo una deducción mía. Pero, según parece, la esposa actual no hace más que ponerle impedimentos.

Giuli era coherente consigo misma. Defendía y ayudaba sin prejuicios tanto a hombres como a mujeres. Siempre y cuando el cónyuge que había que derrotar fuese el que no tenía razón, o no la tenía bajo el punto de vista personal de Giuli.

–Pero a ti te dan de comer, ¿no? Ya me contarás.

–Vuelvo mañana por la tarde y vamos a tomar un aperitivo.

Una promesa que sonaba más bien a amenaza. Después de tres días de ausencia en la escena social catanesa, Giuli convocaría por lo menos a una veintena de personas.

–Cómete un buen plato de tagliatelle a mi salud –se despidió.

Estaba a punto de guardar el teléfono en el bolsillo cuando volvió a sonar. Era Spanò, que acababa de volver a la Judicial.

Vanina pagó la cuenta y echó a andar hacia las oficinas.

–No me ha parecido que en casa de Iannino hubiera indicios útiles. Hemos recogido un cepillo de dientes y otro de pelo, para comparar el

ADN. Fragapane los está llevando en este momento a la Científica. Si tenemos suerte y conseguimos enviarlos a Palermo hoy mismo, podemos incluirlos en el análisis que ya están haciendo de la sangre encontrada en la maleta y en el sillón. Los armarios de la chica están llenos de ropa, la nevera también. En la mesa había de todo: tableta, portátil, documentos del estudio legal... Hemos cogido el portátil y la tableta. En fin, que no se trata de un alejamiento voluntario, eso seguro.

–De eso me parece que ya no teníamos dudas –comentó la subcomisaria, sentada con una pierna sobre la esquina del escritorio de Marta.

Spanò prosiguió con su informe:

–He acompañado al señor Iannino a un bed and breakfast, porque no me ha parecido oportuno dejarlo en casa de la hermana. Es más, por si las moscas le he dicho que me dejara las llaves. Estaba muerto de miedo, el pobrecillo.

–Ha hecho bien, inspector. Cuanta menos gente entre en esa casa, mejor. Ahora debemos movernos en distintas direcciones. Intentemos descubrir qué hizo Lorenza en los dos días previos, antes de desaparecer como por arte de magia. Interroguemos a compañeros de trabajo, amigos, cualquiera que la haya visto o hablado con ella. Spanò, ¿le ha pedido algún nombre al hermano?

–Sí, jefa –respondió, mientras sacaba del bolsillo una hoja doblada–, aquí los tengo. Dos son compañeros de universidad, y otra del estudio legal. Luego está su amiga de la infancia, una tal Eugenia Livolsi, de profesión geóloga en el Instituto de Geofísica y Vulcanología.

Vanina bajó del escritorio.

–Marta y Nunnari, buscad a la tal Livolsi e id a hablar con ella. Spanò, usted y yo esperaremos a sus amigos, los que encontraron la maleta, y luego iremos al estudio legal Ussaro.

Dirigió la mirada hacia el escritorio de Lo Faro, vacío y medio oculto bajo una alfombra de pañuelos de papel hechos una bola.

El agente entró en ese momento en el despacho con un vaso en la mano. Se detuvo ante la subcomisaria. Parecía febril.

–¿Qué te pasa, Lo Faro?

–Me he resfriado, subcomisaria –susurró, completamente afónico.

–¿Y por qué no te vas a casa?

Tampoco es que su presencia fuese de una importancia fundamental.

–No hace falta, gracias. La inspectora Bonazzoli me ha dado un sobrecito, no sé qué para disolver en agua caliente. Puedo seguir trabajando, basta con que no hable mucho.

La expresión esperanzada del agente casi le inspiró ternura. Un

tarea sencillita sí que podía asignarle en ese momento.

–De acuerdo, entonces vuelve a tu sitio. Primero limpia ese desastre de pañuelos sucios, que me da asco solo de verlo, y luego haz una búsqueda rápida sobre una persona.

Lo Faro salió disparado hacia su rinconcito y salpicó de infusión medicinal por todas partes. En el vaso oscilante no debió de quedar mucha.

Vanina pensó que, considerando quién se la había dado, solo podía tratarse de algún mejunje natural, como mucho homeopático. Y, en su opinión, probablemente inútil.

–Busca a una tal Eugenia... –empezó a decir, pero enseguida se volvió hacia Spanò.

–Livolsi –apuntó el inspector.

–Eugenia Livolsi, geóloga en el Instituto de Vulcanología. Busca algún contacto para dar con ella y luego informa a Bonazzoli. Que, mientras tanto, irá a ver si tiene algún otro sobrecito de manzanilla para darte.

Lo Faro levantó la mirada, confundido.

–No era manzanilla –replicó Marta, en un tono más resignado que ofendido–, era própolis.

–¡Ah, bueno! –respondió Vanina, al tiempo que hacía girar una mano en el aire.

Un agente nuevo, cuyo nombre no recordaba nunca, entró en ese momento en el despacho.

–Disculpe, subcomisaria Garrasi, han llegado dos personas que, según dicen, tenían cita con usted. El señor Tammaro y...

–Sí, que pasen a mi despacho.

Le sonrió a Marta, que estaba meneando la cabeza. Antes de salir del despacho, se detuvo un momento y llamó a Lo Faro, que se puso en pie de un salto:

–Si quieres un consejo, procura seguir afónico con tu amiguita la periodista. Si mañana se publica una sola línea sobre esta historia, estás acabado, te lo advierto.

Dejó al agente, que estaba bajando la cabeza casi sin aliento, y volvió a su despacho.

El inspector jefe Spanò había pedido a Sante Tammaro y a su amigo Manfredi Monterreale que se acomodaran en el despacho de Garrasi, a quien estaban esperando.

En resumidas cuentas, aquellos dos hombres eran los únicos que tenían un papel que se asemejaba mínimamente al de testigos.

Tammaro parecía tener el baile de San Vito. Se sentaba, volvía a ponerse en pie, paseaba de un lado a otro, abrumaba a su amigo poli con interrogantes y teorías... El médico, en cambio, estaba sentado en

una de las dos sillas. Tenía una mano apretujada entre las piernas cruzadas y, con la otra, se dedicaba a acariciar las líneas de un pequeño elefante de bronce que la subcomisaria tenía sobre el escritorio. Balanceaba el pie, con el codo apoyado en la mesa, y adoptaba el aire de quien está pensando en otras cosas. A su lado, abandonado en el suelo, tenía un casco negro con dibujos de color naranja.

Así los encontró Vanina cuando abrió con decisión la puerta de su despacho.

Manfredi Monterreale se puso en pie y fue el primero en presentarse. Estatura considerable, rostro interesante, apretón de manos decidido. Una flema vagamente inglesa.

Todo lo contrario de Tammaro, que fue a sentarse cerca de él, en la silla que quedaba enfrente de la subcomisaria. Embutido en un viejo Barbour y alegre portador de una calvicie que probablemente jamás había visto una maquinilla y que le añadía por lo menos diez años.

Enfervorecido y sin dejar de gesticular, el periodista le relató a Vanina la cronología entera de los hechos ocurridos desde el momento en que habían visto al hombre de la maleta. Poco más de lo que le había contado a Spanò, con una abundancia de detalles no solicitados, a los cuales parecía muy aficionado. La subcomisaria no lo interrumpió. A menudo era precisamente entre los detalles aparentemente inútiles donde se escondía lo que tal vez, en un segundo momento, podía cambiar las cosas. Lo que de verdad le interesaba saber, como por ejemplo la matrícula del coche del cual había bajado el hombre de la maleta, no figuraba, por desgracia, en el repertorio de información de Tammaro, que no dejaba de considerar ese hecho una grave laguna por la cual se condenaba a sí mismo.

Manfredi Monterreale, que hasta ese momento había permanecido en silencio, inmóvil en su pose, levantó de golpe la cabeza.

–Qué burro –dijo.

Vanina le lanzó una mirada interrogante.

–Cómo no se me ha ocurrido antes.

–¿A qué se refiere, doctor?

El médico se inclinó hacia ella.

–Hace dos años, por suerte sin que yo me enterara, desvalijaron el piso que está encima del mío. Desde aquel momento, el dueño del edificio colocó cámaras de vigilancia en todas partes, incluidas las verjas de entrada. Hasta me dio la contraseña para no sé qué sistema, una especie de aplicación que permite controlar las imágenes en tiempo real, además del histórico de las grabaciones. La descargué, pero no la he usado nunca. Por eso ni siquiera me acordaba de que la tenía.

–¡Joder, Manfredi! –soltó Tammaro.

Monterreale sacó un modelo antiguo de iPhone y empezó a toquetearlo, concentrado.

Vanina apoyó el codo en la mesa y el mentón en la mano. Con aquel aire plácido, era posible que el palermitano estuviera a punto de revelar un elemento concreto. El único.

–Jolín, no me acuerdo de la contraseña. –El médico se apoyó bruscamente en el respaldo de la silla. Sante, que se había inclinado sobre él para ver lo que hacía, retrocedió para no recibir un cabezazo–. Pero... igual consigo recuperarla –prosiguió Manfredi.

Buscó un número e hizo una llamada. Habló durante cinco minutos con un tipo, al parecer un técnico, usando el manos libres para poder apuntarlo todo. Sí, claro, la cámara de vigilancia número dos enfocaba el lado que daba al mar de la calle, delante de la entrada, pero para tener una imagen nítida era necesario entrar en el sistema con un ordenador.

Manfredi entró de nuevo en la aplicación y finalmente consiguió visualizar su verja. Se puso en pie y le preguntó a la subcomisaria si podía rodear la mesa para enseñárselo.

Vanina sonrió y apartó la silla para dejarle sitio. Inclinado sobre el escritorio, Monterreale colocó la pantalla de modo que todos pudieran verla.

Spanò se puso las gafas y apartó a Tammaro, pegado a la pantalla del iPhone en la que ahora se reproducían, con mucho grano, las imágenes de aquella noche. El vehículo sospechoso apareció justo a la hora que había indicado el periodista. Durante un brevísimo fotograma, casi infinitesimal, se vio la matrícula. Ilegible.

–Tenemos que conseguir esas imágenes con mejor resolución –dijo Vanina, mientras le dirigía una mirada a Spanò.

–Les puedo traer mi ordenador –se ofreció Monterreale.

–No se preocupe, doctor. Dígame usted cuándo va a estar en casa y le mandaré a mis hombres. No tardarán nada.

–Pues si quieren, ahora mismo. Voy a casa a comer.

Tammaro asintió, esperanzado.

–¡Buena idea!

Spanò se puso en marcha.

–Voy a llamar a Fragapane –le comunicó a la subcomisaria.

Vanina consultó rápidamente el reloj. Y mientras, ¿qué hacía ella? Como es lógico, no podía presentarse en el estudio Ussaro justo a la hora de comer.

Se levantó de la silla.

–Déjelo, inspector. Ya voy yo.

Monterreale se apresuró a disimular un destello de alegría que, sin embargo, al ojo entrenado de la subcomisaria no se le pasó por alto. Vanina lo observó con atención antes de precederlo por el pasillo de la

Judicial. Vaya con el palermitano, a lo tonto a lo tonto...

Eugenia Livolsi se había reunido con Marta y con Nunnari en un bar cercano al instituto y estaba sentada en el borde de la silla, más sorprendida que alarmada.

Por teléfono, la inspectora Bonazzoli había sido muy aséptica. Casi críptica. «Necesitamos que nos facilite cierta información», le había dicho, sin especificar sobre qué. «Enseguida, si es posible», había añadido. La mujer no se había inmutado, pero se había reunido con ellos en cuanto había podido.

Marta no perdió el tiempo con preámbulos.

–Disculpe si le he metido prisa, pero para nosotros la cronología de los hechos es muy importante –comentó de entrada.

La mujer asintió, como si quisiera decirle que no se preocupase.

–Señorita Livolsi, según nos consta, es usted muy amiga de la abogada Lorenza Iannino. ¿Es cierto?

La sorpresa de Eugenia se hizo más evidente.

–Sí, claro. Nos criamos juntas, pero... ¿por qué me lo pregunta? –Le cambió la expresión–. ¿Le ha pasado algo? –preguntó, inquieta.

Marta no se sorprendió. Si se presentan dos polis de la sección de Delitos contra las Personas y te piden noticias de alguien, lo mínimo que puedes hacer es empezar a preocuparte. Lógico.

–Aún no lo sabemos.

Se suponía que era una afirmación tranquilizadora, pero causó el efecto contrario.

–¿Qué quiere decir «aún»? Inspectora, ¡no me tenga usted en ascuas!

Era innecesario preguntarle a Livolsi si ella y Iannino eran íntimas amigas. La respuesta estaba en la mirada aterrorizada de sus ojos.

–¿Cuándo fue la última vez que la vio o habló con ella?

–Hace tres días. Quedamos en los tribunales y fuimos a tomar un café por allí cerca.

–¿Notó algo extraño en ella?

–No, creo que no. Hablamos de las cosas de siempre, yo de mi trabajo y ella de su vida frenética. Vamos, nada nuevo. ¿Por qué? ¡Díganmelo, por favor!

La mujer se volvió hacia Nunnari y buscó en su rostro enorme de doble papada la respuesta que la atractiva policía rubia no terminaba de ofrecerle.

El oficial se limitó a mirar a Marta e hizo un esfuerzo para no perderse en aquellos ojazos verdes.

–Según parece, Lorenza Iannino ha desaparecido –se limitó a decir la inspectora, al tiempo que libraba una batalla consigo misma.

Le costaba mucho no ponerse en la piel de los demás. Cuando

estaba con Garrasi era distinto, porque el trabajo desagradable lo hacía ella y Marta podía permitirse un poco de compasión, aunque luego le tocara aguantar los reproches de su superior. «Bonazzoli, ¿que no ves que así solo cometes errores?». Y tenía razón.

Pero allí, en aquel momento, la que estaba al mando era ella. Y, por tanto, le tocaba hacer el trabajo desagradable.

–Desaparecida –repitió Livolsi, pálida.

Evocó los recuerdos de aquella última mañana.

–¿Estuvo usted alguna vez en el chalé que la señora Iannino había alquilado junto al mar? –preguntó Marta.

Eugenia bajó de las nubes.

–¿Lori había alquilado un chalé junto al mar?

Nunnari buscó la mirada de Bonazzoli, esta vez sin sombra de adoración, y le hizo un gesto de asentimiento. Marta lo entendió al instante. Y ya van dos, pensaron al mismo tiempo.

–No lo sabía. ¿Desde hace poco?

–Casi un año.

Livolsi sacudió la cabeza, perpleja. El resto de la información que pudo proporcionarles se correspondía con lo que ya les había dicho el hermano de Iannino. Lorenza era una chica brillante. Pese a ser muy atractiva y tener muchos admiradores, no se le conocían historias. No tenía tiempo. Entre la universidad y el estudio legal, trabajaba de la mañana a la noche.

Marta y Nunnari dejaron a Eugenia frente a la entrada del Instituto de Geofísica y Vulcanología. Con las manos colgando a los costados, abatida.

Se dirigieron al coche de servicio, pero antes de volver a las oficinas se detuvieron a comer algo en un sitio que conocía Marta.

Tras dar las gracias al cielo por aquella inesperada oportunidad, el oficial Nunnari se enfrentó con gallardía al primer estofado de soja de su vida.

Y terminó en el hospital.

Manfredi Monterreale subió a su moto, aparcada delante del portón de la Judicial.

Spanò la observó con admiración.

–¡Una BMW 75/5! Qué pasada, doctor. ¿De qué año es?

–Gracias, inspector. Es del 69 –dijo acariciando el manillar–. Era de mi padre. Como es lógico, él ya no la usa, así que me la ha traído aquí.

El coche de servicio en el que viajaban Garrasi y Spanò salió del aparcamiento y la moto se les pegó.

Sante Tammaro los seguía con un Suzuki Samurai blanco y verde, un poco destartalado.

Spanò conducía más despacio que Marta y tenía menos talento que

ella para escaquearse del tráfico en hora punta. En aquellas condiciones, Bonazzoli hubiera recurrido a callecitas secundarias, carriles laterales y atajos que solo ella sabía de dónde había sacado, pues solo llevaba un par de años en Catania. Por no hablar de cuando iba en moto, talento que la subcomisaria –demasiado apegada a las cuatro ruedas– le envidiaba considerablemente.

La caravana del paseo Africa empezaba ya en la estación, pero el inspector jefe se metió de cabeza antes de que Vanina tuviera tiempo de proponerle que cambiara de dirección. A aquellas horas, coincidiendo con la salida de los colegios, cualquier ruta alternativa era tres veces peor que aquella, se justificó Spanò. Y probablemente tenía razón: no había mucha diferencia entre ir por un lado o por otro.

Avanzando a paso de tortuga, dejaron atrás Le Ciminiere, un conjunto de viejos edificios industriales abandonados en los que antiguamente se refinaba el azufre. Recuperados una década atrás, se habían transformado en un recinto ferial. Vanina pensó en Federico. La última vez que lo había visto, un par de meses antes, él había acudido a un congreso precisamente allí y, luego, Vanina lo había invitado a cenar a su casa. Aquella noche había descubierto lo fácil que era entenderse con aquel hombre, que lejos de su esposa –la madre de Vanina– parecía otro. Se había dado cuenta de que le tenía más cariño de lo que estaba dispuesta a admitir. Y le había dolido ver que estaba sumido en una crisis profesional.

Instintivamente, cogió el teléfono y lo llamó. Estaba apagado. Aunque, dada la hora, lo raro hubiera sido que no estuviese operando.

Monterreale, que en moto no habría tardado más de dos minutos en saltarse alegremente aquel atasco, avanzaba despacio junto al coche de servicio.

Vanina abrió la ventanilla, se encendió un cigarrillo y lo observó con disimulo. Mirada seria, brazos relajados, aspecto tranquilo. De vez en cuando contestaba al teléfono por el micrófono que salía de debajo del casco. Arrugaba la frente, volvía a alisarla, hablaba. Siempre serio, siempre relajado, siempre tranquilo.

A partir de la plaza Europa empezaron a avanzar con más rapidez. Dejaron atrás Ognina y se adentraron por la calle del rompeolas. La subcomisaria volvió la mirada hacia la calle Villini a Mare y se preguntó qué podía haber impulsado a Iannino a ocultarle a su hermano que había alquilado aquella casa. Solo había dos posibilidades: o se trataba de un gasto excesivo y temía que se lo reprochara, o bien el uso que le daba no era del todo ortodoxo. La imagen que se había formado hasta ese momento, por incompleta e indescifrable que resultara, impulsaba a Vanina a decantarse por la segunda hipótesis.

Ya en el rompeolas, en el tramo entre el Bahia Verde y el Sheraton,

los dos grandes hoteles que daban al mar, el tráfico se volvió lento otra vez. Monterreale les dijo, a través de la ventanilla, que se adelantaba y que los esperaba en su casa.

Después de diez minutos, el Fiat 500 de servicio recorrió lo que Spanò y Monterreale habían denominado como paseo Scardamiano, un lugar en el que Vanina no había estado hasta ese día. Era una calle no demasiado larga, con el asfalto en peores condiciones que si fuera un camino de carros, que avanzaba pegada al mar en la misma dirección que la carretera nacional a Aci Trezza. Más adelante se interrumpía de repente en mitad de una montaña de piedras volcánicas cubiertas de vegetación, tras las cuales se veían un tramo de rompeolas y la versión invernal de un establecimiento de baños. La moto de Monterreale estaba aparcada delante de la última casa de la calle, un edificio de tres plantas con enlucido blanco y contraventanas azules. El médico los esperaba en la segunda planta, asomado a un balcón cuya baranda era de cristal.

–Jefa, ¿sabe cómo llaman los cataneses a este paseo? –preguntó Spanò, mientras señalaba el parapeto que separaba la acera de las rocas. Los espacios vacíos protegidos con tubos de hierro se alternaban con barreras de cemento, de un metro de altura, afeadas por grafitis–. Los muretes. Así lo llaman.

Tammaro había bajado de su Suzuki y los esperaba inquieto junto a la verja abierta.

El piso de Monterreale había sido reformado recientemente. Constaba de un par de habitaciones, una cocina microscópica y una sala más amplia amueblada con sofás de piel blanca, una mesa de comedor redonda y un ventanal que daba a una terracita con vistas al mar. Chimenea, librerías repletas, alfombras y cuadros a conjunto y, por si eso fuera poco, un estéreo de los ochenta con tocadiscos incluido.

Vanina echó un vistazo a su alrededor.

–¿Por cuánto me lo realquilaría? –bromeó.

Manfredi sonrió.

–¿Estéreo incluido?

–Pues claro, vaya pregunta.

–Entonces, ¡mucho!

La subcomisaria se encogió de hombros.

–Lástima, ha perdido usted una gran ocasión –concluyó.

Bromeaba de verdad. Por nada del mundo estaba dispuesta a marcharse de su casita de piedra lávica rodeada de cítricos ni a separarse de la propietaria. Ni siquiera por aquel pisito que parecía sacado de una página de Pinterest: ideas de decoración para tu casa de la playa.

Monterreale encendió el ordenador que tenía en la habitación de al

lado e intentó conectarse al sistema de las videocámaras. Antes de conseguirlo, sin embargo, tuvo que llamar al propietario de la casa y hacer varios intentos.

Vanina se había sentado en un taburete rojo, estilo old american, que el médico había colocado junto a la silla ergonómica –parecida a la que Marta tenía en el despacho pero con respaldo– en la que se había sentado él. Spanò y Tammaro formaban una especie de corrillo por encima de sus cabezas.

Fueron pasando las imágenes de dos noches atrás, hasta que se toparon con una en la que se veía el vehículo sospechoso, que pasaba de largo por delante de la casa.

Monterreale intentó congelar el fotograma, pero no era fácil.

–Déjame a mí, hombre –lo interrumpió el periodista, que estaba que echaba chispas.

Se hizo un hueco entre Manfredi y Vanina, y empezó a toquetear el teclado para seleccionar el segundo en que se veía la matrícula.

Spanò le hizo una foto a la pantalla y le apartó la mano a Sante cuando este se dispuso a hacer lo mismo.

–Santino, no te la juegues –lo advirtió. Luego, tras volverse hacia la subcomisaria, añadió–: Llamo a Nunnari enseguida y le digo que ponga en marcha una búsqueda.

Vanina asintió, concentrada.

–Doctor, ¿puede mostrarme otra vez las imágenes?

Monterreale volvió atrás, a un momento anterior de la secuencia, y puso de nuevo el vídeo.

La subcomisaria se pegó a la pantalla, atenta, hasta que apareció el coche. A simple vista era un Toyota Corolla de color gris metalizado.

–Ahí, vuelva atrás un par de segundos.

Manfredi obedeció.

–Párelo.

A través de la ventanilla abierta del coche se veía la silueta apenas esbozada del conductor. Un hombre.

–Spanò –llamó Vanina, cuando el inspector terminó de hablar por teléfono–, tenemos que conseguir esta imagen y ampliarla.

–Claro, jefa. Ahora conseguimos la grabación completa y así trabajamos con calma. ¿A qué no sabe qué ha pasado? –preguntó, con expresión alegre.

–¿Qué ha pasado?

–Nunnari ha estado a punto de sufrir un shock anafiláctico.

Vanina se preocupó.

–¿Y eso le parece divertido, inspector?

–Se ha ido a comer con Bonazzoli, se han zampado dos platos de estofado vegano y se ha encontrado mal. Lo ha llevado al hospital –dijo Spanò, reprimiendo una carcajada.

–Alergia a la soja –diagnosticó Monterreale.

Ni siquiera la subcomisaria pudo contener una sonrisa. Pobre Nunnari. Para una vez que conseguía robarle diez inesperados –y seguramente irrepetibles– minutos de compañía a la inaccesible Marta Bonazzoli... ¿Se podía ser más gafe? Ni un aspirante a sacerdote que resulta ser alérgico a las ostias.

–Lo tendrán unas horas en observación y luego lo mandan a casa –concluyó Spanò.

Él, mientras tanto, había llamado a Lo Faro y le había encargado que comprobase el número de la matrícula.

Monterreale insistió en invitarlos a comer. Algo rápido, que él también tenía que volver al trabajo enseguida. Mientras hablaba, procedió a calentar una scacciata rellena de brócoli, media bandeja de berenjenas a la parmigiana, que él mismo había preparado la noche antes, y una hogaza de pan envuelta en un paño.

Vanina ni siquiera le preguntó a Spanò antes de aceptar. Cinco minutos más tarde, se encontraba sentada a una mesa perfectamente preparada en la terracita con la barandilla de cristal.

Tammaro se había marchado.

–Sante vive de café y bollos –lo justificó el médico.

Spanò, en cambio, creía que se había ofendido por la forma en que lo había reprendido poco antes. Puede que se hubiera pasado un poco, pero estaba seguro de que en menos de una hora Sante habría averiguado la información que necesitaba y habría empezado a investigar o, peor aún, a escribir.

Vanina se había distraído, ocupada en constatar el talento de Manfredi Monterreale en los fogones. Hasta el pan que acompañaba las berenjenas a la parmigiana había hecho, con masa madre y harina de trigo siciliano.

Aquel conciudadano al que acababa de conocer despertaba su curiosidad. En apenas media hora descubrió que tenía cincuenta años, dos especializaciones –una en pediatría y otra en neuropsiquiatría infantil– y que trabajaba en el Policlínico y en una consulta privada. No parecía desagradarle que ciertas «decisiones profesionales» lo hubieran obligado siete años antes a dejar Palermo. Conocía bien a Federico Calderaro, además de a unas cuantas personas con las que en otros tiempos se relacionaba Vanina. Vivía en aquel pisito desde hacía tres años y estaba tan entusiasmado con él como Vanina con el suyo de Santo Stefano. Y más o menos por los mismos motivos.

Vanina se dio cuenta de que le hubiera gustado quedarse a pasar el rato en aquel rincón relajante, pero el sonido del teléfono de Spanò le recordó las circunstancias que la habían llevado hasta allí.

–Dime, Lo Faro –respondió el inspector, levantándose de la mesa. Fijó la mirada en su superior, que lo observaba atentamente con un

cigarrillo entre los labios–. Entiendo –concluyó.

La subcomisaria no le preguntó nada. Apagó el cigarrillo en el cenicero que Monterreale le había acercado un momento antes.

–En fin, es una lástima pero se acabó la pausa –dijo.

Se puso en pie y se acercó a Spanò, cuyo silencio meditabundo era más elocuente que mil palabras.

Manfredi los acompañó hasta la verja de la calle.

La subcomisaria le tendió la mano.

–Hasta pronto, doctor. Y gracias por la comida.

Manfredi sonrió.

–Una scacciata recalentada y unas sobras de berenjenas no se pueden considerar una comida. Otro día, si me concede de nuevo el honor de aceptar, le prepararé algo mejor.

Era una invitación, y nada disimulada. Dirigida solo a ella.

Vanina vislumbró una sonrisita burlona bajo los bigotes de Spanò, que la precedió de vuelta al coche.

–¿Y eso? –le preguntó nada más alcanzarlo.

–Perdóneme usted, jefa, pero es que se me ha escapado la sonrisa sin querer.

–¿Por qué, se divierte a mis espaldas?

–¡Yo nunca haría tal cosa, jefa! Pero es que era imposible no darse cuenta.

–Al grano, Spanò: ¿qué le ha dicho Lo Faro?

El inspector recobró la compostura.

–¿A qué no adivina a qué coche corresponde la matrícula?

–Me estoy cabreando, inspector.

Spanò se volvió hacia ella con la expresión del presentador de un concurso televisivo que se dispone a anunciar el premio final: ¡treinta millones en monedas de oro, señorita!

–Al de Lorenza Iannino.

8.

Durante el camino, Spanò le proporcionó una serie de datos no solicitados sobre Manfredi Monterreale, cuya vida y milagros era obvio que conocía. El resultado había sido un retrato interesante, que confirmaba la opinión positiva que Vanina ya se había formado sobre su conciudadano. Para ser sincera consigo misma, le habría disgustado equivocarse.

Bonazzoli acababa de volver al despacho después de haber acompañado a Nunnari a casa, hinchado de cortisona y avergonzado en grado sumo, sobre todo por la urticaria papular que le había salido por todo el cuerpo.

–De repente ha empezado a hincharse y no podía respirar. Pensaba que se moría –les contó Marta, sentada en el pequeño sofá del Gran Jefe.

Vanina se resistió a la tentación de burlarse de ella por el estofado asesino. Que Marta hubiera bajado la guardia hasta el punto de ir a refugiarse a los brazos de Tito, ignorando las miradas indiscretas, significaba que la experiencia vivida la había afectado de verdad.

–O sea, que Livolsi no sabía que su amiga había alquilado la casa –concluyó la subcomisaria, después de que Marta le contara el encuentro con la vulcanóloga amiga de Iannino.

–Exacto. Lo mismo que el hermano.

–Esto me huele a chamusquina –opinó Macchia.

Vanina no podía estar más de acuerdo. Y el olor era cada vez más intenso.

La denuncia de desaparición que había presentado Iannino, sumada a los elementos de los que ya disponían, era más que suficiente para poner en marcha la maquinaria.

–Le digo a Fragapane que comunique la matrícula del coche a todas las comisarías, carabinieri y demás. Y que envíe la foto de Iannino.

–Déjalo, ya me encargo yo. No puedo estarme de brazos cruzados –se ofreció Marta, mientras se ponía en pie y le soltaba la mano a su jefe.

–Como quieras. Pues entonces yo vuelvo a mi despacho a hacer un par de llamadas y luego me voy al estudio Ussaro con mis niños.

Bonazzoli sonrió por fin y Tito Macchia se perdió en aquella sonrisa.

Vanina volvió a su despacho, cerró bien la puerta y abrió el balcón. Se disponía a encender un cigarrillo cuando cambió de idea. Abrió un cajón y sacó una tableta de chocolate fundente al setenta por ciento, de una variedad especial que no se encontraba fácilmente. Mientras se comía casi la mitad, pensó en la persona que se la había regalado y sonrió. El comisario jubilado Biagio Patanè había dirigido el departamento de homicidios de la Policía Judicial catanesa durante muchísimo tiempo. Tenía ochenta y tres años. Vanina lo había conocido el día en que se había presentado en su despacho con un montón de información útil para la investigación de un homicidio cometido sesenta años atrás. Podía decirse que habían resuelto juntos aquel caso. No habían pasado ni dos meses desde entonces, pero se habían hecho muy amigos. Vanina llevaba más de una semana sin verlo, desde el día en que él se había presentado con diez tabletas de chocolate en la mano. «Especial», le había dicho.

Consultó el reloj. Marcaba las cuatro y cuarto, un horario absolutamente intempestivo para llamar, en plena hora de la siesta.

Vio en la pantalla que tenía una llamada perdida de Adriano Calí, de hacía más de dos horas.

Lo llamó.

El forense respondió cuando aún no había sonado ni medio tono, con esa voz alegre que solo él sabía de dónde sacaba después de haberse pasado una mañana entera examinando cadáveres.

–¡Hola, amiga mía!

–Hola, Adri, he visto una llamada tuya.

–Espero no tener que llamarte un día cuando esté al borde de la muerte. Teniendo en cuenta tu tiempo de reacción, les da tiempo a enterrarme.

Vanina sonrió. El «efecto Adriano» era inmediato. Mucho mejor que un kilo de chocolate.

–Para que tú estuvieras al borde de la muerte, tendrían que invadirnos los alienígenas. ¿Querías decirme algo?

–Nada, tonterías. En casa del herrero, cuchillo de palo. En lugar de tener una poli a mi servicio, me toca hacer cola como a todo el mundo. Pero bueno, esta vez te ha salido bien. Quería proponerte una velada de pelis antiguas y buena comida. Luca se marcha esta noche y a mí no me apetece mucho quedarme solo en casa. Sobre todo si pienso adónde va.

Luca Zammataro era la quintaesencia del enviado especial. Iba y venía de Irak con la tranquilidad de un viajante de comercio. La misma con la que, en los periodos de actividad normal, iba y venía entre Roma, donde se encontraba la sede de su periódico, y Catania, la ciudad en la que había nacido y en la que había elegido vivir con Adriano Calí: el hombre con el que compartía su vida desde hacía diez

años.

Vanina consideró que aquella noche no terminaría tarde de trabajar. Una circunstancia que tal vez no volviera a darse hasta dentro de varios días.

–Vale. ¿Qué vemos?

–¿Cómo que qué vemos? ¿Me he vuelto medio tonto yendo de una lado a otro en busca de esa siciliana, incluido un viajecito a la delegación de DHL porque el mensajero nunca me encontraba en casa, y ahora no la quieres ver?

Se le había olvidado por completo.

–Claro que quiero verla. Pero no te olvides que es la adaptación de una novela de Brancati, así que no puede ser muy siciliana.

–¿Y qué más da, si lo fuese? Si te digo la verdad, esta noche no me apetece mucho uno de esos tostones que solemos ver, prefiero algo más ligero.

Por lo general, sus sesiones de cinefórum estaban dedicadas al cine de autor de los años cincuenta o sesenta. Exclusivamente italiano. Una velada, mientras ellos disfrutaban tranquilamente de La noche de Antonioni, Maria Giulia De Rosa había acabado por error con ellos. Transcurridos apenas cinco minutos de visionado, había concluido que aquella película era un «tostón». Desde entonces, habían aplicado ese epíteto, medio en broma, a todas las proyecciones sucesivas.

–Vale, nos vemos en casa a las ocho y media.

–¿Qué hacemos para cenar?

–Encargo las sicilianas en el bar Santo Stefano y luego pasamos juntos a recogerlas. Total, las fríen al momento.

Adriano quedó satisfecho ante aquella idea que, a decir verdad, también la había animado a ella.

Echó un vistazo a las distintas cronologías: llamadas, mensajes, correos... Nada nuevo.

Paolo había cumplido la promesa que le había hecho la noche anterior, cuando ella lo había llamado. Habían hablado durante dos horas y, al final, ella le había pedido que no la llamara más, que no le mandara mensajes. Que respetara, a pesar de todo, la decisión que ella había tomado cuatro años atrás.

Pero... ¿seguía estando segura de haber tomado la decisión correcta? No oír su voz, no tener noticias suyas. Intentar reconstruir el equilibrio que se había roto un mes antes, cuando había cedido a la debilidad y había abierto un pasadizo que podría haberse convertido en una vorágine. Ahora no sabía cómo volver atrás. Y, sobre todo, no sabía si de verdad quería volver atrás.

Cuando Marta apareció en la puerta para comunicarle que ya había enviado los datos y pedirle permiso para irse a casa un poco antes, Vanina comprendió que había llegado el momento de actuar de

verdad.

Fragapane, decidido a echarle una mano a su compañero Spanò, había solicitado acompañarla al estudio legal Ussaro. Incluso había insistido en conducir, a lo que Vanina había accedido sin pensar. Un trayecto de pesadilla, hecho a paso de tortuga, sorteando más atascos que en una carrera de obstáculos y desencadenando un coro de bocinazos enloquecidos.

–Fragapane, a la vuelta ni se le ocurra a usted acercarse al asiento del conductor si no quiere tener problemas –le ladró Vanina en cuanto el coche de servicio llegó a su destino.

El pobre hombre había agachado la cabeza, avergonzado. De todos modos, no era la primera vez que le ocurría: Garrasi nunca había escondido que lo consideraba una especie de perezoso al volante, tan fiable cuando se trataba de examinar documentos y carpetas como torpe en las actividades más dinámicas.

La secretaria que les abrió la puerta no parecía sorprendida de verlos allí. Era ella quien el día anterior había respondido a las llamadas de Spanò y desde el primer momento había expresado cierta preocupación por la ausencia no justificada de la abogada Iannino. Era baja y huesuda, de una edad que podía situarse entre los cincuenta mal llevados y los sesenta y cinco bien llevados.

–El profesor no tardará en llegar –les dijo con voz maquinal.

Los acompañó a una especie de salita dominada por una mesa ovalada de reluciente madera de nogal, estilo años setenta, y sillones de piel más o menos de la misma época.

–¿Aún no tienen noticias? –quiso saber.

–Por desgracia no –respondió Vanina–. Y por eso necesitamos hablar con el máximo de personas posible. Cada uno de ustedes, aunque sea de forma involuntaria, puede ofrecernos algún indicio útil –dijo, sin concretar más.

Mientras la mujer iba a buscar a los abogados, Vanina se fijó en la sala. Las paredes, pintadas de naranja y burdeos, parecían la obra extravagante de un pintor daltónico. Hasta los sillones abandonados en un rincón estaban tapizados en terciopelo naranja, con brazos y patas de acero. Parecían de la misma época que la mesa.

La secretaria volvió acompañada de dos chicos de unos treinta años y de dos chicas, una de ellas mucho más joven. Esta última, Valentina Borzí, acababa de licenciarse y llevaba seis meses haciendo prácticas en el estudio. Describirla como atractiva hubiera sido quedarse corto. Dijo que nunca había tenido demasiada relación con Iannino y contó que, la noche antes de la desaparición, Iannino se había quedado trabajando en el estudio como todas las noches, por lo que no había notado nada extraño. Lo mismo dijo uno de los dos abogados, que a

las cinco de la tarde salió del estudio y se fue a su casa, en Biancavilla.

–Lori siempre se queda hasta muy tarde –dijo Susanna Spada, la abogada que compartía despacho con Iannino. Pelo azabache, ojos azul cielo, rostro delgado. El aire serio pero abatido de quien comprende que la situación puede ser grave–. A veces incluso más tarde que Nicola.

El único abogado que aún no había hablado se presentó:

–Nicola Antineo.

Rasgos atractivos, casi infantiles teniendo en cuenta su edad. Cara de niño bueno, cuya palidez ponía de relieve la preocupación por la suerte que había corrido su colega.

–¿Y eso? –preguntó Vanina.

–El profesor siempre se queda hasta muy tarde. Lori y yo somos los que trabajamos en contacto más estrecho con él, incluso lo acompañamos a la universidad. Así que hasta que él se marcha, uno de nosotros se queda en el estudio. Normalmente es Lori la que espera.

–¿Quién se quedó hace dos noches?

–Hace dos noches me quedé yo –respondió Antineo.

–¿Cómo deciden quién de los dos se queda a esperar al profesor?

–Normalmente lo decide él.

–¿El abogado Ussaro?

–Sí, el profesor.

Para la secretaria y las dos chicas, Ussaro era «el abogado», pero para Antineo era «el profesor». Forma mentis del universitario, constató Vanina.

Spanò asistía en silencio mientras Fragapane tomaba notas en su cuaderno. De cuadritos.

–Lorenza es muy trabajadora –añadió la secretaria, antes de echar a correr hacia la puerta.

Acababa de abrirse y por ella entraba en ese momento el abogado, o profesor, Elvio Ussaro.

Estatura media, pelo oscuro –probablemente teñido–, ralo y engominado hacia un lado. Rostro triangular, nariz pequeña y labios finos curiosamente rosados, en comparación con la piel aceitunada. Una copia mala de Remo Girone interpretando a Tano Cariddi en La piovra, pero con un par de décadas más y una mirada más huidiza. Y más viscosa.

La primera impresión, que para Vanina solía convertirse en la más importante, era realmente pésima.

–Subcomisaria Garrasi, es un placer conocerla –la saludó.

Se acercó a ella con los brazos extendidos en un gesto enfático y las manos listas para estrechar la suya. Blandas. Y también viscosas.

–Es un placer, abogado. –Optó por la versión de estudio legal, que le salía de forma más espontánea–. El inspector jefe Spanò y el

suboficial Fragapane –presentó.

Los dos abogados se habían puesto en pie para dejar un sitio libre en la mesa. A excepción de la secretaria, que se había acomodado en uno de los sillones naranjas, Ussaro fue a sentarse entre las chicas. Repasó a Valentina Borzí con una mirada fugaz, pero no lo bastante como para no resultar babosa. Vanina miró de reojo a Spanò, que había adoptado el aire hosco de cuando veía algo que no le gustaba.

–Esta historia de Lorenza es absurda –dijo el ilustre abogado con una expresión contrita.

–Yo más bien diría seria, abogado.

–¿Tienen algún indicio que apunte a una posible huida voluntaria?

Vanina lo observó, obligándolo a no desviar la mirada.

–Estamos analizando lo que tenemos. Pero la hipótesis de que se haya marchado voluntariamente es la menos realista.

–¡Santo cielo! –exclamó la secretaria, al tiempo que se llevaba las manos a las mejillas.

Los más jóvenes cruzaron una mirada. De repente se habían puesto pálidos, como si hubieran descubierto algo inesperado. Especialmente Antineo.

–No estarán pensando en un secuestro –dijo Ussaro, compungido.

–De momento no tengo elementos para sospechar tal cosa. Lógicamente, tampoco los tengo para excluirla, aunque no le veo sentido, la verdad. –Se irguió en la silla y apoyó los codos en la mesa. Hizo girar un cigarrillo apagado entre los dedos y reanudó el discurso–: El letrado Antineo acaba de decirnos que, a diferencia de lo habitual, esa noche fue él quien se quedó en el estudio y que Iannino se marchó antes. ¿Puedo preguntarle por qué decidió que podía marcharse?

–Fue ella quien me preguntó si podía salir antes. Tenía una fiesta o algo así. No soy un jefe déspota, subcomisaria, comprendo muy bien las exigencias de la juventud. –Abarcó a los cuatro jóvenes con una mirada paternalista–. Me gusta que me vean como a una especie de segundo padre.

La expresión de Spanò empezaba a acercarse a la incredulidad.

Vanina se volvió hacia los demás.

–¿Alguno de ustedes sabe de qué fiesta se trataba?

Todos negaron con la cabeza, con más o menos convencimiento. El que parecía menos seguro era Nicola Antineo.

–¿Recuerda usted algo, letrado? –lo apremió la subcomisaria.

Antineo buscó durante un segundo los ojos del profesor, pero este estaba mirando a otro lado. Concretamente, a Borzí, que se había abrochado el último botón de la blusa y, si seguía así, no tardaría en ponerse un pañuelo.

–Solo recuerdo que recibió varias llamadas. Supongo que de los

amigos con los que iba a salir.

Pronto lo descubrirían. En cuanto los de la Policía Postal extrajeran la información del iPhone encontrado en la maleta. Cosa que la subcomisaria no tenía la más mínima intención de revelar.

–¿Alguno de ustedes mantiene con Iannino una relación que vaya más allá del trabajo?

Susanna Spada levantó la mano.

–Yo. De vez en cuando salimos juntas.

–¿Y no tiene ni idea de adónde se dirigió Lorenza aquella noche?

–No, señora. Ella no me lo dijo y yo no se lo pregunté.

Vanina les hizo un gesto a Spanò y a Fragapane, y se puso en pie.

–¿Podemos ver la mesa de Iannino?

–Claro –se apresuró a responder Ussaro.

La secretaria y Susanna Spada los acompañaron por un pasillo de paredes color verde pistacho al cual daban cuatro puertas. Entraron en una habitación pintada de lila y ocupada por dos escritorios. El de Iannino era un caos: estaba repleto de fruslerías de todo tipo que llenaban el espacio entre las pilas de documentos. De la pared, detrás del sillón, colgaba un título universitario que compartía espacio con un enorme cuadro sin marco lleno de fotografías tomadas en distintos rincones del mundo. El único sujeto en todas ellas era Lorenza, en lugares emblemáticos: la torre Eiffel, el Centro Rockefeller, Tower Bridge, una playa blanca con palmeras... Y, por si eso fuera poco, delante del Duomo de Milán con una bolsa en la que aparecía el logo de una de la marcas de moda italiana más lujosas. Menuda, ojos de gata, rasgos de niña... Una chavala supersexi, superpija y supermoderna posando como si fuera modelo.

Vanina hizo un par de fotos.

–Esta nos la llevamos, podría sernos útil –dijo, al tiempo que señalaba el único primer plano.

Fragapane le pidió a la secretaria que lo ayudara a sacarla y esta se tomó muchas molestias para no estropear aquella especie de book fotográfico digno de Vogue.

–A Lori le gusta mucho esa colección de fotos –explicó Susanna.

–Viaja mucho, por lo que veo.

–Tampoco tanto. Pero siempre se hace inmortalizar.

Durante apenas una fracción de segundo, Vanina captó una sombra de ironía en la expresión seria de Spada. ¿Burla o rencor? Desapareció antes de que consiguiera averiguarlo.

Mientras Spanò le hacía unas cuantas fotos al escritorio, Vanina le pidió a la secretaria que no cambiara nada de sitio.

Ussaro había permanecido en la sala de la entrada, una estancia pintada de verde salvia con pilares de color petróleo. La ocupaban la recepción y cuatro sillones tapizados en marrón desteñido, idénticos a

los de la sala de reuniones. Tenía las manos unidas a la espalda y la barriga, prominente, quedaba bien a la vista.

Antineo y los otros dos pululaban cerca de él, mientras que Borzí se mantenía un poco apartada.

Así los dejó la subcomisaria Garrasi, no sin antes llevarse otro apretón de manos aún más viscoso que el anterior, si es que eso era posible.

–El abogado ese no me gusta nada –sentenció Fragapane en cuanto salieron a la calle.

Ya había oscurecido. El tráfico habitual obstruía algunos tramos de corso Italia, mientras que las aceras eran un discreto ir y venir de transeúntes.

–Ni a mí –se mostró de acuerdo Spanò.

–¿En qué sentido? –preguntó Vanina.

Fragapane levantó el pulgar, como si se dispusiera a enumerar algo.

–Para empezar, por la forma de mirar a la chavala.

Vanina hizo una mueca. A lo mejor se creía que una chica así iba a sentir interés por alguien tan repugnante como él...

–Pues imaginad cómo debía de mirar a Iannino –añadió Spanò, agitando la foto que su compañero había extraído de la colección.

La subcomisaria no hizo ningún comentario, pero la mirada que cruzaron era más elocuente que mil palabras.

El coche de servicio estaba aparcado dos manzanas más allá, junto a una acera ocupada por una hilera de tiendas. Vanina ya tenía un pie dentro del coche cuando vio a Spanò quedarse petrificado.

–¡Lo que faltaba! –comentó Fragapane en un susurro, mientras se apresuraba a salir del asiento posterior del coche, donde lo habían relegado.

De la puertas de cristal de una joyería –una de esas en las que los precios parten de los mil euros y que Vanina conocía porque había entrado en un par de ocasiones con Giuli– acababa de salir una pareja. Ella, contenta, daba vueltas entre las manos a un paquete envuelto para regalo. Él, un tipo macizo vestido como un maniquí, la observaba complacido y le sonreía mostrando los dientes.

Spanò avanzó dos pasos hacia ellos.

–Rosi –llamó.

La mujer lo miró y le cambió la cara. Parpadeó, incómoda.

–Hola, Carmelo –lo saludó.

El inspector se acercó y le estrechó la mano. Cruzaron una sonrisa forzada que se interrumpía a mitad de la cara. Luego se volvió hacia el maniquí y le tendió la mano también a él, de pasada, con indiferencia.

–Iba a llamarte esta noche para felicitarte –le dijo.

–Gracias.

La mujer le sonrió a Fragapane.

–Hola, Salvatore.

–Hola, Rosi, ¿cómo estás?

Se saludaron con dos besos también forzados. Spanò se volvió hacia Vanina, que se había mantenido en un discreto segundo plano y estaba fumando un cigarrillo apoyada en la puerta del coche.

–Jefa, puedo presentarle a...

No supo completar la frase. Mi mujer, le hubiera gustado decir, pero se hubiera visto obligado a añadir «ex», ese prefijo odioso que tanto le costaba usar.

La subcomisaria se acercó y le tendió la mano.

–Giovanna Garrasi.

–Maria Rosaria Urso.

Atractiva, sin maquillar, mirada risueña. Por lo menos diez años más joven que el inspector. Que, por cierto, no le quitaba el ojo de encima. La cosa pareció molestar al maniquí, que dio un paso al frente y se presentó a Vanina:

–Enzo Greco, abogado.

Una tarde monotemática, pensó la subcomisaria.

Si Vanina sabía que el hombre por el cual la exseñora Spanò había dejado a su marido era abogado, y concretamente penalista, era gracias a su amiga Giuli. Un «pez gordo», según De Rosa. Un tipo brillante al que las mujeres perseguían y que podía permitirse dejarlas pasmadas con efectos especiales. Los mismos de los que debía nutrirse aquel paquetito de las mil y una noches que Maria Rosaria estrujaba entre las manos y que el abogado se apresuró a definir como «su regalo para Rossi».

Regalo que, a jugar por el aspecto de la joyería, el inspector Spanò no habría podido permitirse ni siquiera haciendo turnos dobles durante un año entero.

Un golpe bajo que puso de los nervios a la subcomisaria. Y que también debió de poner de los nervios al inspector, porque de repente perdió el aire de perro apaleado que había lucido durante la escena inicial y adoptó una de las expresiones más duras que Vanina le había visto nunca.

–Estoy seguro de que ha sabido ganárselo –dijo, en tono socarrón. Se acercó a su exmujer y le plantó un beso en la mejilla. Un beso sonoro, casi rabioso–. Feliz cumpleaños, Rosi.

Sin volverse a mirarla a la cara, sin molestarse siquiera en despedirse de ella y del otro tipo, giró sobre los talones y se dirigió al coche de servicio.

Sacó las llaves y se miró las manos, que le temblaban ligeramente. Vanina lo alcanzó antes de que abriera la puerta del conductor.

–Vaya a sentarse al otro lado –le susurró.

El inspector obedeció.

Guardó silencio durante todo el trayecto, mientras Fragapane intentaba inútilmente darle la vuelta a la situación y comentar la tarde, como si no hubiera pasado nada.

–Le pido disculpas, jefa –dijo Spanò, cuando se hallaron delante del portón de la Judicial.

–¿Disculpas por qué?

–Por haber perdido el control.

Fragapane los dejó.

–Creáme, inspector, a nadie le hubiera resultado fácil mantener el control en una situación así.

–Ya, pero no tendría que haberme parado a hablar con... esos dos.

–Pero no ha podido resistirse. Es humano, no pasa nada.

El inspector bajó un momento la mirada y se alisó el bigote.

–He quedado como un gilipollas –dijo en voz baja.

–¿Con quién?

–Para empezar, con usted, jefa.

–¿Conmigo? Pero ¿qué tonterías dice, inspector? Ni se le ocurra pensarlo.

Spanò no respondió.

Vanina lo cogió del brazo y lo empujó hacia el portón.

–Si de verdad quiere saberlo, aquel figurín me estaba poniendo de los nervios hasta a mí.

El inspector intentó sonreír mientras suspiraba con resignación.

–¿Por qué no se va a casa? Total, no creo que hoy tengamos novedades –le propuso.

–¡Ahora es usted la que dice tonterías, jefa! Si no me quedo a trabajar, esta noche acabaré pegándome cabezazos contra una pared. Es más, creo que me voy a pedir el turno de Salvatore, así él puede volver a casa con Finuzza. Me entiende, ¿verdad, jefa?

Claro que lo entendía. Las noches que ella había pasado así eran incontables. Inmersa en el trabajo, buscando indicios, revisando documentos, vigilando a personas... Todo personalmente, para no ceder a los pensamientos. Subieron la escalera y llegaron al pasillo largo y estrecho de los despachos. Ya no quedaba casi nadie, ni siquiera en la SCO. El Gran Jefe se había ido temprano y Vanina esperó que con Marta.

Del coche de Lorenza Iannino no había noticias. Las recibirían al día siguiente, siempre que no hubiera terminado en algún desguace, le hubieran pegado fuego o lo hubieran arrojado al mar. Siempre que no hubiera desaparecido. Como su propietaria.

9.

Vanina estaba segura de que Adriano Calí llegaría a su casa antes que ella. Y también estaba segura de que lo encontraría repantigado en el comedor de Bettina, degustando el sabroso aperitivo que sin duda le habría ofrecido su vecina. Un aperitivo casero, en el que el único cóctel posible era vino joven con gaseosa, y tan abundante que lo mismo podría servir como cena.

Recorrió el trayecto con toda la calma del mundo. Ventanilla abierta, cigarrillo encendido, Vasco Rossi a un volumen bajo... Repasó mentalmente el día. El caso había comenzado de forma extraña y, según sus patrones, lento. Cierto, había una llamada anónima, restos de una fiesta a base de drogas y alcohol, un sillón manchado de sangre, una chica desaparecida... Y si Tammaro y Monterreale no hubieran visto al tipo que lanzaba la maleta a las rocas, y no hubieran avisado a Spanò, a estas horas ni siquiera habrían encontrado el móvil. Precisamente en el móvil esperaba encontrar algo que le permitirse poner en marcha una investigación seria.

El Smart gris metalizado de su amigo ya estaba allí, como era de esperar. Había aparcado delante de la puerta de hierro del garaje en el que se guardaban todos los vehículos de la familia de Bettina, incluidos los que había dejado su hijo cuando se había mudado al norte del país. Al fondo del garaje, perfectamente cubierta con celofán, había hasta una Vespa «Faro Bajo» de los años cincuenta, igualita a la que conducía Gregory Peck en Vacaciones en Roma. La famosa «motocicleta» en la que «su marido en paz descanse» la había llevado a dar una vuelta la primera vez que habían salido.

Abrió la verja de hierro y subió el tramo de escalones. El ventanal de la cocina de Bettina estaba medio abierto, pero dentro no había nadie. Vanina vio a la mujer agachada en mitad del césped, embutida en un chaquetón enguatado de pleno invierno. Adriano Calí estaba sentado en el tocón de una palmera que el infame picudo rojo había matado el verano anterior, y tenía entre los brazos a uno de los dos gatitos huérfanos que la mujer había adoptado recientemente.

–Pues yo creo que ve muy bien –decía el médico, con el aire profesional que habría empleado para hablar con un paciente humano. Difunto, en su caso concreto.

Bettina la vio y la saludó agitando un brazo:

–Vannina, ¡venga usted!

La subcomisaria reconoció enseguida el tema de conversación, que su vecina le sacaba también a ella cada dos por tres. Estaba obsesionada con que el gatito no veía de un ojo y no había manera de quitárselo de la cabeza. Ni la experta opinión del doctor Calí había conseguido convencerla.

Adriano se le acercó con los brazos pegados a los lados del cuerpo y la saludó sin tocarla. Vanina se divirtió pensando en la cantidad de jabón que gastaría dentro de cinco minutos para eliminar de las manos cualquier germen felino. Patofóbico como él solo, sobre todo teniendo en cuenta el trabajo sucio –y no solo en sentido metafórico– que realizaba.

Y así fue.

–Doctor, disculpe usted el descaro, pero ¿puedo preguntarle una curiosidad? –dijo Bettina, asomando la cabeza al cuarto de baño de invitados al que acababa de acompañar al médico.

Le ofreció una toalla de lino, con muchas iniciales bordadas y muchos flecos en la parte inferior.

–Por supuesto.

–Usted que se preocupa tanto de la higiene, ¿cómo puede pasarse todo el santo día entre cadáveres?

–Buena pregunta, señora Bettina. ¿Qué quiere que le diga? El trabajo es el trabajo, lo he elegido yo. Y le aseguro que nunca me han impresionado, ni siquiera cuando me estaba especializando.

Mientras hablaba, se acercó a la mesa de la cocina y se sirvió otro vaso de vino con gaseosa.

Vanina se dio cuenta de que a aquel paso no saldrían nunca de allí, así que con el permiso de Bettina, cogió a su amigo y lo arrastró hasta el bar Santo Stefano.

Mientras esperaban las cuatro pizzas sicilianas que habían encargado –tres para compartir y una para darle las gracias a la vecina–, Vanina le habló del extraño caso que tenía entre manos.

–O sea, que dentro de poco me tocará a mí ocuparme de la chica –concluyó Adriano.

–¿Quién dice que te va a tocar precisamente a ti?

–Si el fiscal es Vassalli, fijo que sí. No sé por qué, ¡pero se le ha metido en la cabeza que tiene que llamarme siempre a mí!

–Porque eres el mejor, está claro. Y que sepas que es lo único en lo que Vassalli y yo coincidimos.

Entre las sicilianas para ellos, la de Bettina, dos arancini regalo de la casa y las pastas con crema zabaione que Adriano había insistido en comprar –para Bettina también, claro, ¿qué preguntas haces?– volvieron a casa cargados de bandejas y bandejitas.

Se lo zamparon todo sentados en la cocina, incluidos los dulces y

un licor de naranja que volvía loco a Adriano Calí. Luego se trasladaron al sofá gris, delante de la enorme tele. Adriano recibió dos mensajes de Luca, que leyó con una sonrisa en el rostro. A mitad de la película, mientras un cuarteto de inútiles cataneses hablaban sobre conquistas femeninas con el protagonista de Brancati y bebían litros de vermú Punt E Mes, el doctor Calí ya roncaba ruidosamente. Vanina lo sorprendió así: gafas en el puente de la nariz, teléfono en la mano, abrazado a un cojín como si fuera un niño que necesita consuelo. Sereno.

Sonrió y bajó el volumen. Difícilmente lo iba a sacar de ahí. Fue a buscar una manta y lo tapó. Adriano se dejó caer, ocupando el sofá casi por completo y se colocó el cojín debajo de la cabeza. Vanina agitó la mano de un lado a otro, divertida.

–Pues vale, ¡buenas noches!

Apagó la tele, la luz y se fue a su habitación. Contempló la cama con el mismo espíritu de quien observa el sillón del dentista. Cero sueño.

Echó un vistazo al teléfono: ningún mensaje. Estaba claro que esta vez Paolo le había tomado la palabra. Era incoherente admitirlo, pero le dolía. Le dolía muchísimo.

Volvió al comedor. Escribió en un pósit un mensaje para Adriano y se lo pegó al teléfono.

Se colocó la funda de la pistola y cogió del armario otra chaqueta, también de piel pero más gruesa. Se puso la bufanda fina y calentita que desde principios de otoño llevaba consigo a todas partes, como si fuera la mantita de Linus. Ahora que ya no soplaba el viento del sur, era más que probable que la temperatura nocturna hubiese bajado. Comprobó que la Beretta reglamentaria estuviese en su sitio, igual que hacía entre diez y veinte veces al día por la fuerza de la costumbre.

Para la subcomisaria Garrasi, salir desarmada de casa no era una opción. Nunca. No dejarse pillar desprevenida ante un posible peligro –para ella, pero sobre todo para las personas a las que quería– era una especie de obsesión cuyas raíces se remontaban al espantoso trauma que había vivido. Cuando tenía catorce años, había presenciado sin poder hacer nada la brutal muerte de su padre a manos de tres mafiosos. Aquel día se había jurado a sí misma que en cuanto tuviera la edad, además del título que desde aquel momento se convirtió en su objetivo, siempre llevaría encima un arma, fuera reglamentaria o no. Y que siempre estaría preparada para defender a quien lo necesitara.

Una obsesión gracias a la cual Paolo Malfitano aún seguía vivo, mientras que sus aspirantes a asesinos llevaban cuatro años en la cárcel o en la tumba.

Gracias a ella.

El sensor de temperatura del Mini marcaba 12 grados.

Vanina atravesó Santo Stefano y luego Valverde, giró por San Gregorio y cogió la carretera de Catania. En la ronda de circunvalación aún había tráfico, como era habitual en aquella ciudad que al parecer no dormía nunca. Vanina dejó atrás el cruce de Ognina y la gasolinera que tenía un hotel. En su día había sido el Motel Agip, pero últimamente cambiaba de nombre cada dos años. Giró por la calle Villini a Mare y la recorrió entera, sin saber qué buscaba. Bajó delante de la casa de Iannino. Se enrolló bien la bufanda, se apoyó en la puerta del coche y se fumó un cigarrillo. Con la mano izquierda en el bolsillo y los pies cruzados, observaba la silueta del edificio como si escondiese algún detalle que ella debía descubrir. El intruso de La Settimana Enigmistica.

Tenía la sensación de que aquella casa no le contaba toda la verdad. Las prisas con que la habían abandonado, la puerta trasera medio abierta... Y, encima, el hecho de que la chica no le hubiese hablado de aquel lugar ni a su hermano ni a su amiga.

Un coche en el que viajaban dos personas se detuvo delante de la única casa que parecía habitada. Se abrió la ventanilla del lado del conductor y un hombre asomó la cabeza con expresión desafiante.

–Disculpe, ¿puedo saber qué está mirando?

Vanina se apartó de la puerta y se acercó al otro coche. Sacó su licencia.

–Subcomisaria Giovanna Garrasi, de la Policía Judicial.

El hombre cambió de expresión y se aturulló. Bajó del coche.

–Lo siento... No pensaba que...

–No lo sienta. Ha hecho bien. ¿Y usted es?

–Fortunato Bonanno. Ella es mi esposa –dijo, señalando a la mujer que estaba bajando por el otro lado del coche.

–¿Viven aquí?

–Sí.

Un golpe de suerte inesperado.

–¿Puedo hacerles unas preguntas?

El hombre y la mujer se miraron, no muy convencidos. Eran las doce y media de la noche.

–Claro.

–¿Conocen a la mujer que tiene alquilado ese chalé?

–¿Cuál, ese? –dijo el hombre, al tiempo que señalaba la casa de Iannino.

–Sí.

–No. O sea, no exactamente.

–¿Qué significa no exactamente?

–Significa que aún no hemos entendido quiénes son los inquilinos. No vive nadie de forma permanente.

–¿Ni siquiera en verano?

–No, ni siquiera en verano. Un par de noches por semana vemos las luces encendidas, pero los coches no siempre son los mismos. A veces se oye música y jaleo. Ahora que lo pienso, solo una vez vimos a alguien, hará unos cuantos meses. Tuvimos un problema con un seto que había que podar y el propietario nos dijo que nos pusiéramos en contacto con una persona. Una chica, ¿verdad, Luisa?

–Sí, era abogada, si no recuerdo mal.

Vanina sacó el teléfono y les mostró la foto de Iannino.

–¿Es ella?

–Sí, sí, es ella.

–¿Hace dos noches había gente en la casa?

–¿Hace dos noches? ¡La que quiera y más! Debían de celebrar una fiesta o algo así. Me acuerdo muy bien porque aparcaron delante de nuestra verja y tuve que bajar a decirles que movieran los coches. Junto al muro había por lo menos cinco o seis coches aparcados, más los que estaban en el patio del chalé. Había uno que...

Vanina puso las antenas.

–¿Uno que...?

El hombre permaneció en silencio.

Vanina empezó a impacientarse y endureció la mirada.

–¿Señor Bonanno?

El hombre titubeó durante otro segundo, cohibido.

–No, nada. Había un coche que me llamó la atención.

–¿Por qué?

–Era un coche diferente. De lujo.

–¿Marca?

–No lo sé, no la reconocí.

–¿Color?

Silencio otra vez, como si estuviera pensando.

–Rojo... creo.

Vanina se hubiera jugado diez de sus películas de época a que Bonanno había reconocido perfectamente la marca, pero que había preferido no decirlo. Un detalle al que valía la pena dar vueltas.

–¿No oyeron nada raro aquella noche? ¿Gritos, algún ruido?

–No. Pero ya sabe, dentro de casa y con la tele puesta... –El hombre titubeó de nuevo y luego pareció tomar la iniciativa–: Pero de una cosa sí me acuerdo: los coches se fueron todos a la vez y con bastantes prisas. Lo sé porque se oyó bastante jaleo de repente y me asomé a ver qué pasaba. En dos minutos ya no quedaba nadie.

–¿El coche de lujo tampoco?

–Tampoco... creo.

–¿La casa seguía iluminada?

Bonanno lo pensó, esta vez de verdad.

–Sinceramente, no sabría decirle, pero creo que sí. Si el jardín hubiera estado a oscuras, me habría fijado.

Por el momento tenía más que de sobra con toda esa información.

–Muchas gracias. Si necesitamos algún dato más, nos pondremos en contacto con ustedes. –Les dio una tarjeta de visita–. Y si recuerdan algo más, por poco importante que les parezca, llámenme, por favor.

El hombre asintió mientras le daba vueltas a la tarjeta entre las manos.

–Disculpe, subcomisaria, ¿puedo hacerle una pregunta?

–Diga.

–¿Ha pasado algo?

¡Vaya pregunta! Acababa de interrogarlo nada más y nada menos que una subcomisaria de la policía. Que, lógicamente, no estaba allí para pasar el rato...

–La inquilina del chalé ha desaparecido –se limitó a responder Vanina.

No era necesario dar más información.

Esperó a que el hombre y la mujer, perplejos por la noticia, entraran en su casa y luego subió al Mini. Terminó de recorrer la calle, siguiendo el muro junto al cual Bonanno aseguraba haber visto los coches aparcados. Veinte metros más allá del chalé, medio escondido bajo una adelfa que asomaba tras un seto sin podar, había un Toyota Corolla gris.

No le hizo falta comprobar la matrícula para intuir de quién era. ¡Y eso que lo estaban buscando!

Cogió el teléfono y marcó el número de Carmelo Spanò.

–Llame a los de la Científica. He encontrado el coche de Iannino.

Adriano dormía profundamente. La manta subida hasta la barbilla, el cojín apretujado entre el brazo y la cabeza... El pósit estaba sobre la mesa, señal de que se había despertado, lo había leído y había decidido quedarse.

A aquellas horas, la calefacción ya se había apagado, por lo que la temperatura de la casa había bajado. Vanina fue a buscar otra manta y se la echó por encima a Adriano. Apagó todas las luces y se metió en la cama.

Eran las dos y media. Tal vez pudiera dormir, por fin.

10.

Cuando se encontró frente al portón de la Policía Judicial, abierto de par en par, el comisario Biagio Patanè apenas podía creerse que por fin hubiera llegado a su destino.

La idea de hacer el trayecto a pie no había sido precisamente una genialidad. El camino parecía volverse más largo a cada minuto que pasaba y los zapatos le apretaban cada tres pasos. Por no hablar de la cadera, que antes de llegar a la mitad del recorrido ya protestaba como si acabara de correr la maratón de Nueva York.

Recuperó el aliento y llamó al interfono.

Pasó de largo la escalera central, por la cual solía subir, dejó atrás la máquina expendedora de bebidas y se dirigió a la parte posterior del edificio, donde estaba la escalera de servicio. Estrecha y poco iluminada. Más o menos como la había dejado él diecisiete años atrás, cuando lo habían obligado a abandonar aquel mundo al superar el límite de edad. El ascensor, pequeño y viejo, seguía allí. Entró y cerró tras él la puerta de acordeón, rezando para no quedarse atrapado allí dentro.

El cuartel general de lo que en sus tiempos se llamaba Departamento de Homicidios, ahora rebautizado como sección de Delitos contra las Personas, estaba en plena actividad a aquellas horas, las once y media de la mañana. Solo el hecho de recorrer aquel pasillo le aportaba una carga extraordinaria de energía vital, que aquella mañana necesitaba más desesperadamente que nunca. El aire que respiraba allí dentro le quitaba treinta años de encima.

Y luego estaba ella, la subcomisaria Giovanna Garrasi: la poli más competente que había conocido jamás. Recibir una llamada suya había sido como el maná del cielo.

Vanina se levantó de su sillón y fue a recibirlo con los abrazos abiertos.

–¡Comisario! ¿Dónde se había metido usted todos estos días?

Traje gris, corbata oscura, gabardina gris. Con un aire triste que nunca antes le había visto.

–Ah, querida amiga mía, son días para olvidar. Sobre todo esta mañana...

Lo invitó a sentarse. Lo había llamado nada más llegar al despacho para proponerle que tomaran un café juntos, pero él había contestado

que antes de las once y media no podía. Hasta la voz le había parecido menos animada que de costumbre. Vanina se había inquietado algo. Pese a que se conocían desde hacía poco, el comisario Patanè era una de las personas a las que más apreciaba. Un amigo muy valioso. Un gurú de la mente policial.

–Lo veo cansado –afirmó.

–Porque se me ha ocurrido la brillante idea de venir a pie desde la plaza Stesicoro. ¡Qué burro soy! Pero si son cuatro pasos, me he dicho. Pues no, me he equivocado. Es que yo también... con ochenta y tres años uno ya no está para estos trotes –dijo, sacudiendo la cabeza.

–Pero ¿qué dice, comisario? En un concurso de resistencia entre usted y yo, me gana de calle. Además, ¿de dónde viene tan arreglado a estas horas de la mañana?

Patanè dudó un instante, como si no quisiera abordar el tema.

–De un funeral.

–¿Alguien cercano?

–Más que eso, subcomisaria. Una persona con la que he compartido días y noches durante treinta años. Un amigo de verdad.

–¿No será... el subteniente Iero?

La expresión de Patanè lo decía todo.

Vanina se entristeció.

Lo había conocido un mes antes. Rosario Iero, uno de esos policías que parecen llevar el uniforme cosido a la piel incluso a los noventa años y en silla de ruedas. Un hombre que había entrado en la policía en la época en que aún existían los subtenientes y que había salido cuando la edad ya no le había permitido quedarse más tiempo. Ella había querido conocerlo, en aquella ocasión, y el comisario los había presentado. Quería darle las gracias por haber contribuido, con su férrea memoria de nonagenario, a resolver la investigación más absurda que había tenido jamás entre manos: la de una mujer momificada que había permanecido oculta en un montacargas desde 1959. La investigación que le había servido para conocer a Patanè y ganarse su amistad, de la cual ahora ya no habría podido prescindir.

–Lo siento. Lo siento de verdad, comisario. ¿Qué ha pasado?

Patanè se encogió de hombros.

–No somos inmortales, subcomisaria. Le entró una fiebre así de repente... Luego una pulmonía... y en cinco días se nos fue. –Permaneció un momento con la cabeza baja, pero luego se recobró y se irguió en la silla–. Por eso es mejor no angustiarse los últimos ratos de vida que nos quedan, ¿no está de acuerdo?

–Más que de acuerdo. ¿Qué le apetece? ¿Chocolate? ¿Café? Aunque es el de máquina expendedora, aviso. ¿Cigarrillos?

–¡Café no, por Dios, que la otra vez me atreví a coger uno y era peor que el veneno! Las otras dos cosas sí, gracias. Pero al revés de

como lo ha dicho.

Vanina sacó el chocolate del cajón y cogió los cigarrillos del bolsillo de la chaqueta.

–Bueno, cuénteme usted algo –empezó a decir el comisario, mientras se asomaba al balcón con el Gauloises recién encendido entre los labios.

En su rostro se iba abriendo una sonrisa taimada que ahuyentaba la melancolía.

–¿Cuántos periódicos ha leído ya esta mañana?

En todas partes se hablaba ya de la desaparición de Lorenza Iannino. Prensa nacional y local, informativos online, Facebook, Twitter y todo el universo de la información. Una fuga masiva de noticias que, por suerte, de momento solo se limitaban a la desaparición, sin dar otros detalles. Señal de que los soplos no venían de personas demasiado cercanas a la investigación. Sante Tammaro había resultado ser una persona seria, eso había que admitirlo. Y hasta Lo Faro, que aquella mañana había esperado a la subcomisaria en el portón, angustiado por si acababa convirtiéndose en el blanco de sus acusaciones, había podido suspirar de alivio.

–Solo La Gazzetta Siciliana –respondió Patanè–. Esta mañana no he tenido tiempo de leer más. Pero la historia de esa muchacha desaparecida me intriga. Es más, una cosa le voy a decir: de no haberme llamado usted, tarde o temprano me hubiera dejado caer por aquí. Con alguna excusa, ¡claro! –dijo riendo.

Estaba recuperando el buen humor de siempre.

Vanina le contó lo que no habían publicado los periódicos.

Patanè no tardó en echar cuentas.

–Yo no necesitaría los análisis de ADN. Me parece obvio que es la misma sangre y me juego lo que quiera a que es de la chica.

–Yo tampoco los necesitaría. Pero en ausencia del cadáver, necesitamos algún indicio concreto para poner en marcha una investigación de homicidio, comisario. ¿Usted qué dice?

–Que es verdad. Un indicio concreto y tangible. Me conozco la cantinela.

Pero no conocía al fiscal Vassalli.

Le contó también su inspección nocturna no programada y se llevó una buena bronca por haber ido sola.

El comisario se rascó la barbilla, como solía hacer cuando estaba en fase cogitativa.

–A saber dónde habrá acabado el cadáver.

–En el mar, seguramente. Aunque, hasta ahora, la búsqueda haya sido infructuosa.

–Y encima con el mar tan revuelto. Los resultados de los análisis, ¿cuándo se supone que llegan?

Patanè aún no había acabado de formular la pregunta cuando alguien llamó a la puerta. El inspector jefe Spanò entró a toda prisa y se dirigió sin vacilar al escritorio de Garrasi, que estaba vacío. Luego se giró hacia el balcón.

–¡Mi querido comisario!

Lo alcanzó en un par de zancadas y le dio un abrazo.

El comisario correspondió al gesto. Carmelo Spanò era uno de los pocos hombres de su equipo que aún seguían en activo. Y uno de los mejores, también. El otro era Fragapane.

–¿Tenemos novedades? –preguntó Vanina, al fijarse en los documentos que el inspector llevaba en la mano.

–Y de las gordas, jefa.

Se acomodaron los tres en torno a la mesa de la subcomisaria. Spanò cogió la primera hoja.

–A ver: la sangre de la maleta coincide con la del sillón y, en los dos casos, la sangre es compatible con el ADN de las muestras tomadas en casa de Iannino.

–Que era lo que se quería demostrar –comentó Vanina, al tiempo que cruzaba una mirada con Patanè.

–Entre nosotros, Pappalardo le ha tocado las pelotas a medio laboratorio de la Policía Científica de Palermo para que compararan las muestras enseguida –añadió Spanò, satisfecho.

–Cosa que le agradecemos. Siga usted, inspector. ¿El coche de Iannino?

–Está en nuestro depósito.

El comisario lo miró con expresión interrogativa. Vanina terminó de contarle su incursión nocturna en la calle Villini a Mare.

–Yo creo que utilizaron el coche de la muchacha para deshacerse del cadáver –concluyó Patanè.

–Es lo mismo que pienso yo. Es más, quiero que le den la vuelta como si fuera un calcetín. Ya he avisado al fiscal.

Veinte minutos de conversación que no le habría importado ahorrarse de no haberse tratado de inspecciones técnicas no repetibles, que por tanto había que notificar.

–Una noticia excelente –prosiguió Spanò– es que se ha podido recuperar todo lo que había en el iPhone de Iannino. Nunnari aún está trabajando en ello, pero hay algo que ya le puedo adelantar: Ussaro no nos ha contado la verdad.

Patanè sonrió irónicamente.

–Menuda novedad.

Vanina y Spanò se volvieron hacia él, sorprendidos.

–Hablamos de Ussaro el profesor, ¿no? –preguntó el comisario.

–Del letrado Elvio Ussaro, profesor titular en la Facultad de Jurisprudencia de Catania –confirmó Vanina, mientras leía el título

exacto con un tono sarcástico que al veterano policía no se le escapó.

–Un embaucador de primera categoría –añadió Patanè.

–¿Usted conoce a todo el mundo o qué, comisario?

–Al todo el mundo no, subcomisaria. Pero a uno como ese es difícil no conocerlo cuando se trabaja en el ámbito de la justicia.

–¿Qué quiere decir?

Patanè respiró hondo.

–Que no es una persona de fiar.

Garrasi lo observó, meditabunda, mientras Carmelo Spanò se alisaba el bigote.

–Vamos, el típico que con tal de ganar una causa es capaz de falsificar documentos, y hasta de cometer perjurio. Y como además está muy bien relacionado y tiene contactos en todas partes con las personas adecuadas... ¿Me explico?

Se explicaba como un libro abierto.

–¿Y qué es lo que nos ha escondido el embaucador? –le preguntó Vanina a Spanò.

–Que la noche que Iannino se marchó antes del estudio, lo llamó dos veces y le envió tres mensajes de texto –dijo el inspector, mientras se ponía las gafas y consultaba un documento–. Las llamadas fueron a las 21 y a las 21:13. Los mensajes, uno detrás de otro a las 21:55. Dentro de poco sabremos qué decía en ellos. Es más, voy ahora mismo a informarme. –Se puso en pie y salió del despacho.

–¡Qué bien viven ustedes! –exclamó Patanè–. Uno, dos, tres y pueden saber hasta cuántas veces respiró el investigado. En mi época, lo que se habían escrito dos personas solo podíamos imaginarlo, a menos que encontráramos cartas o postales. O, según la clase de persona, esos mensajitos secretos de la mafia, los pizzini.

–Ojalá fuera así, comisario. Nos ahorraríamos bastante tiempo. En cambio, toda esa información, todos esos datos, a veces lo único que hacen es despistar. Y por eso siempre prefiero pensar bien antes de utilizarlos.

Patanè asintió.

–Pero las cosas como son: parece que esta vez hemos encontrado un elemento útil. ¿Me equivoco?

Vanina sonrió. Cada vez que lo dejaba participar en una investigación, el comisario Patanè empezaba a considerarla suya. ¿Por qué negarle esa satisfacción?

–No se equivoca. Tenemos que intensificar la búsqueda del cadáver, lo cual no va a ser fácil. –La subcomisaria abrió la puerta y llamó a Bonazzoli, que apareció enseguida.

Lucía un atuendo que nadie le había visto aún en comisaria: vaqueros acampanados, tacones altos y camiseta ceñida.

–Buenos días, comisario –saludó, con la cortesía que le reservaba

siempre.

–Buenos días, inspectora.

Vanina miró de reojo a Patanè y tuvo que contener una sonrisa ante el vano intento del hombre por apartar los ojos de la muchacha, que estaba más guapa que nunca.

–Marta, tenemos que ampliar la búsqueda del cadáver de Iannino, tanto hacia la Playa como hacia Acireale. La hipótesis de que haya terminado en el mar es la más verosímil, pero no debemos excluir otras opciones.

–Vale, voy enseguida.

Salió tambaleándose sobre los tacones justo cuando Spanò entraba de nuevo, esta vez acompañado de Nunnari, que la siguió con la mirada hasta el pasillo.

Vanina lo sacó de su ensimismamiento.

–¡Nunnari! Me alegro de verte por aquí. ¿Ya te has recuperado?

El oficial se irguió de golpe y saludó a Patanè con un gesto.

–¡Y yo también me alegro de estar aquí! Las he pasado canutas. Casi me muero.

–Y todo por un plato de serrín aliñado –concluyó la subcomisaria.

Spanò soltó una carcajada.

Nunnari sacudió la cabeza.

–Pues la verdad es que no estaba tan mal. Al contrario.

–¡Seguro! Debía de ser un auténtico manjar –comentó Vanina–. Bueno, volvamos a lo nuestro –añadió–, que no es cuestión de perder el tiempo. ¿Tenemos novedades importantes del teléfono de Iannino?

Nunnari asintió.

–Sí señora.

Spanò apoyó la espalda en la pared, al lado del sillón de la subcomisaria. Con las manos en los bolsillos y los pies cruzados, claramente informado ya de lo que estaba a punto de volver a escuchar.

El oficial permaneció inmóvil en la posición que Vanina definía como «de entrevista». O sea, firmes.

–Una vez restaurada la pantalla, no fue difícil, porque la contraseña era muy sencilla. Su fecha de nacimiento, ¡qué imaginación! Aquella noche recibió bastantes llamadas. Hacia las siete recibió cinco, de dos números distintos. –Leyó el papel–: Los números están a nombre de Elisa Giarrizzo y Valerio Parra. La chica llamó a cuatro personas. Una de ellas es el hermano: hablaron pocos minutos, hacia las 19:30. Luego nada hasta las 21:00 cuando llamó al abogado Ussaro, de quien también recibió una llamada media hora más tarde. A ver si adivina a quién pertenecen los dos últimos números... Uno a Susanna Spada y el otro a Giuseppe Alicuti.

Patanè se irguió de golpe en la silla.

–¿Alicuti... Alicuti? ¿El que yo me imagino? –preguntó, mientras se volvía hacia Spanò.

El inspector asintió dos veces al tiempo que dejaba caer los párpados para poner más énfasis.

–Giuseppe Alicuti, alias Beppuzzo –explicó.

–Vamos –dijo Vanina–, que la noticia es que hemos descubierto a otra mentirosa en el estudio legal. Spada también negó haber hablado con Iannino aquella noche. Y solo puede deberse a un motivo.

–Que Spada tiene algo que esconder –adivinó Spanò–. Bien, dejemos las llamadas y vamos a los mensajes.

Se interrumpió para no robarle a Nunnari, que se había roto los cuernos con el colega de la Policía Postal, el placer de comunicarle a la jefa las jugosas noticias que había descubierto.

El oficial, sin embargo, le indicó con un gesto que continuara.

–Nunnari lo ha transcrito todo, pero de momento les puedo adelantar un detalle: tanto Ussaro como Spada y Alicuti estuvieron en la fiesta. Y no solo eso, sino que Ussaro tuvo un papel activo en la organización del evento. Para ser más exactos, en el terreno... de los estupefacientes, vamos a decirlo así.

–¿Fue él quien proporcionó la coca?

–Eso parece.

–¿Y eso lo sabemos gracias al intercambio de mensajes?

–Un intercambio abundante, diría.

Vanina meditó la cuestión. Se columpió en el sillón hasta que este se inclinó demasiado hacia atrás y no le permitió apoyarse en el escritorio.

–¡Joder! –protestó.

Se apoyó en los codos.

Patanè estaba asombrado.

–¡Ay la ostia, qué notición! –se le escapó.

Se disculpó con Garrasi, no tanto por la palabrota –ya había aprendido que la subcomisaria ni se inmutaba– como por el entusiasmo. No había podido contenerse: si en sus tiempos hubiera tenido una buena excusa para ir a por un personaje como Ussaro, se habría puesto a dar saltos de alegría.

–Y eso no es todo –intervino Nunnari.

La subcomisaria se impacientó.

–Como no os dejéis de jueguecitos y me comuniquéis en dos minutos todo lo que habéis descubierto, me voy a cabrear de verdad. Ahora hablas tú, ahora hablo yo. ¿Qué es esto, a ver? ¿Una tertulia?

Los dos agentes se disculparon.

–Por los correos, mensajes de texto y wasaps que Iannino y Ussaro intercambiaban, se deduce claramente que había algo entre ellos. Es más, Nunnari se ha remontado un poco en el tiempo y ha encontrado

algunos mensajes que definir como eróticos sería quedarse corto. ¡Auténtica pornografía, jefa!

Nunnari asintió.

Patanè estaba exultante.

–De momento, todo lo que me habéis dicho queda entre nosotros –ordenó Vanina.

Los tres hombres la observaron, perplejos.

–Bueno, ¿qué pasa?

–Perdone, jefa, pero... ¿en qué sentido? –preguntó Spanò.

Por la expresión sombría de Patanè, comprendió que la estaban malinterpretando.

–Obviamente, no se trata de tomar precauciones para proteger a Ussaro –se explicó–. Digamos que quiero tener cierta ventaja. Lo cual significa que estas noticias me las daréis oficialmente solo cuando yo os lo indique. ¿Queda claro?

–Clarísimo, jefa –dijo Spanò.

–Mientras tanto, y de manera oficiosa, recuperemos toda la información posible sobre Elvio Ussaro y, de manera especial, sobre su relación con Giuseppe Alicuti. Ocúpese usted, inspector. Y tenga cuidado: por la idea que me he formado de él, Ussaro es capaz de calarnos a la primera de cambio y adiós ventaja.

Spanò asintió.

–Déjelo en mis manos, jefa.

Cuando ya se marchaba, Vanina lo llamó:

–¡Se me olvidaba, Spanò! Compruebe si por casualidad Ussaro tiene un coche de lujo. Rojo.

–Un Ferrari –intervino Patanè.

Vanina lo observó con admiración.

–Es inútil, comisario. Usted nos da mil vueltas a todos.

Se puso en pie, seguida del comisario, que parecía halagado por el cumplido.

Cogió la chaqueta, las gafas de sol y los cigarrillos. Se guardó el iPhone en el bolsillo y salió de su despacho con los tres hombres.

11.

El Gran Jefe estaba erguido en mitad del pasillo, ocupándolo casi por completo. Tenía las manos a la espalda y el consabido puro entre los dientes. Echó a andar hacia ellos, con la mano extendida para saludar a Patanè.

–Querido comisario, es un placer volver a verlo –dijo, mientras le daba un fuerte apretón con un mano y le apoyaba la otra en un hombro, que se hundió un poco bajo el peso de aquella extremidad gigantesca. Por instinto, el comisario se irguió todo lo que pudo para acercarse en la medida de lo posible a la estatura de su interlocutor, que mientras tanto había seguido hablando–: Hacía tiempo que no venía a vernos. No se habrá olvidado usted de la subcomisaria Garrasi, ¿verdad?

La sonrisa indulgente que Macchia solía dedicarle incomodó, como siempre, a Patanè. El comisario principal de la Policía Judicial debía de considerarlo un viejo chocho que se había prendado de una colega que, por edad, podría ser su nieta más que su hija. El Gran Jefe –así había oído que lo llamaban los demás– no podía ni imaginar cuál era la base de la relación que habían establecido él y Garrasi. Una relación sólida, precisamente porque jamás había existido por su parte ningún absurdo enamoramiento senil.

–Es imposible olvidar a la subcomisaria Garrasi.

Vanina, mientras, había entrado en el despacho de Bonazzoli.

–Bueno, Marta, ¿cómo va la cosa?

–Han intensificado la búsqueda, como has solicitado. Participan también los bomberos.

Macchia intervino:

–Aunque, Vani, sabes que después de dos días...

–Lo sé, Tito, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

–Pues nada, qué vamos a hacer. No perder la esperanza.

–Vanina, en cuanto al coche de la chica... ¿Hay que examinarlo?

–Es obvio que sí. ¿Por qué? ¿Aún no han hecho nada?

–En vista de que el coche está custodiado en nuestro depósito, a Manenti no le ha parecido urgente... –dijo Marta, que ya imaginaba que no podría terminar la frase.

Y así fue.

–Ya le podéis decir a ese inútil que necesitamos urgentemente los

resultados. Que tienen que obtener todas las huellas posibles, por dentro y por fuera. Con especial atención al maletero.

Mejor que no hablara con él en persona. Ese pelele presuntuoso tenía la capacidad de hacerle perder los estribos.

–De acuerdo, aviso enseguida.

–Déjalo, tú vente conmigo. Ya se ocupará Fragapane de avisar a los de la Científica –dijo Vanina, al tiempo que le hacía un gesto al suboficial, que estaba al lado de Spanò–. Nunnari, tú descarga todas las conversaciones importantes del móvil de Iannino. Y luego imprímelas.

–A sus órdenes, jefa.

–Perdonadme –dijo Vanina, dirigiéndose a todos–, pero ¿quién se ha ocupado del ordenador, la tableta y de todo lo demás que os llevasteis de la casa de Iannino?

–Yo –respondió tímidamente Lo Faro, que estaba medio escondido en su rincón.

–¿Y quién te ha dado esa orden?

–He sido yo, jefa –dijo Spanò–. Ya les había echado un vistazo, pero había que hacer un trabajo más minucioso. Y ya sabe que no me llevo muy bien con la tecnología.

Vanina comprendió que era una forma de recompensarlo por el paseíto en las rocas. Por la mirada del inspector, sin embargo, dedujo que no debía de haber nada importante.

–¿Y qué has encontrado? –le preguntó a Lo Faro, que mientras tanto se había puesto en pie.

–Cosas de trabajo, subcomisaria. Y fotografías, sobre todo de viajes. La tableta, en cambio, es nuevecita. Está prácticamente sin usar.

Estaba aún más congestionado que el día anterior, pero por lo menos había empezado a recuperar la voz.

–¿Aparece con un hombre en alguna de esas fotos?

–No. Está sola. O, como mucho, con un grupo de personas. Solo en una aparece un hombre, pero el inspector me ha dicho que es su hermano.

–Muy bien. En fin, devuélveselo todo al inspector.

–Sí, claro. Ya lo he hecho.

Vanina le hizo un gesto a Bonazzoli para que se pusiera en marcha.

–Ánimo, Marta. Tenemos que ir a casa del hermano de Iannino. A comunicarle las funestas noticias.

Marta arrastró los pies hasta el pasillo con una mueca de dolor. Macchia, que seguía allí con Patanè, la miró con una expresión culpable que hizo sonreír a Vanina. Qué cosas: Tito Macchia, el Gran Jefe, el hombre con una mirada más autoritaria que una encíclica papal, totalmente subyugado por una jovencita. Que pasó por delante de él y evitó mirarlo.

–Marta –dijo Vanina–, ya que estamos, vamos a llevar al comisario, que si no vete tú a saber a qué hora llega a casa. Y luego la señora Angelina me echa la culpa a mí.

Patanè se rio.

–Por mí, ¡Angelina que diga lo que quiera! Pero acepto que me lleven, más que nada por mis pobres caderas.

Tito, que ya había recobrado la compostura, se batió en retirada y les deseó suerte a todos.

Incluida el comisario.

Dejaron a Patanè delante del portal de su casa justo cuando su mujer volvía del mercado cargada de bolsas.

Vanina bajó del coche y fue a saludarla.

–¡Buenos días, señora Patanè!

–Buenos días, subcomisaria Garrasi. ¿Qué hace por estos barrios?

La expresión de Angelina era inequívoca. ¿Otra vez anda esta por aquí?

–La subcomisaria me ha acompañado a casa. Y también ha venido la inspectora Bonazzoli, ¿te acuerdas de ella? –dijo Patanè.

El muy bandido se estaba divirtiendo.

Angelina repasó el atuendo de Marta, que acababa de bajar del coche y la estaba saludando con un gesto.

–¿Qué ha pasado? ¿Algún otro caso de hace sesenta años? –dijo la mujer.

Vanina captó el sarcasmo.

–Esta vez no. Pero ya sabe, la experiencia del comisario siempre resulta muy valiosa.

La mujer estiró los labios en una especie de sonrisa, pero estaba contrariada. Cada vez que aparecía aquella poli, su Gino empezaba a actuar de una forma muy rara: salía a horas intempestivas, no volvía a la hora de comer... Se comportaba como en la época –para ella oscura– en que dirigía la brigada de Homicidios. Por no hablar de los celos, que se la comían viva.

Así era Angelina Patanè. Todo esfuerzo de intentar ganársela o hacerla cambiar de opinión era inútil.

Vanina lo había comprendido al minuto de conocerla, pero un poco por el cariño que le tenía al comisario y otro poco porque en el fondo aquella mujer tan guerrera le caía bien, prefería hacerse la sueca.

Patanè cogió las bolsas que llevaba su mujer.

–Andando, Angelina, que la subcomisaria está de servicio.

Vanina esperó que cerrasen el portal y entró de nuevo en el coche.

–Vamos primero a tu casa –le dijo a Marta.

–¿A mi casa? ¿Por qué?

–Para que te cambies esos zapatos, que hasta a mí me duelen los

pies solo de verte. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a trabajar con ellos?

–Me los regaló Tito –confesó Marta.

–¿Y no podías ponértelos por la noche? Para salir con él, por ejemplo. El pobrecillo se dejaría cortar un brazo para invitarte a cenar y, en cambio, tú lo obligas a esconderse.

–Es lo que hice. Anoche salimos a cenar, solo que después... no volví a casa.

–¡Ah, vale, misterio resuelto! –dijo Vanina, al ver la expresión culpable de Marta.

Sonrió. Se alegraba de que estuvieran recuperando la confianza de antes, pues en el fondo la había echado de menos.

Marta cogió el paseo Vittorio Veneto, giró por la calle Gabriele d'Annunzio, luego por Oliveto Scammacca y, finalmente, se detuvo en la esquina. En doble fila, como no le había quedado más remedio que aprender –aunque a regañadientes– para sobrevivir en Catania.

Vanina encendió un cigarrillo y se lo fumó fuera del coche. Cinco minutos más tarde volvió Marta con paso ágil, sonriente y aliviada. Vestía pantalones tobilleros y zapatillas de deporte.

–Gracias, Vanina, ¡me siento otra!

–Si me lo hubieras dicho esta mañana, en vez de sufrir en silencio, te habría mandado a casa a cambiarte.

Gianfranco Iannino estaba de pie delante de la casa de su hermana, donde había quedado con Spanò. Tenía el aire desconsolado de quien ya ha perdido toda esperanza. Las condujo a una salita amueblada con una mesa de comedor, un sofá, un televisor y un escritorio repleto hasta lo inverosímil de documentos abandonados de cualquier manera. Es más, completamente desordenados. Con toda probabilidad había sido Spanò, que ya había estado allí antes.

Al recibir la noticia de que el ADN de su hermana coincidía con el de la sangre encontrada en el chalé y la que había aparecido en la maleta, Iannino se tambaleó, palideció y se llevó una mano al pecho. Sacó una cajita, la abrió y se tomó una pastilla. Luego se dejó caer en una silla.

–¿Va todo bien, señor Iannino?

El hombre dijo que sí con la cabeza y empezó a llorar a lágrima viva.

–Ay, Lori, ¿cómo es posible? –sollozaba.

A Marta ya se le habían humedecido los ojos. Vanina le lanzó una mirada torva y la mandó a recoger los objetos que debían llevarse. Esperó a que el hombre se calmase para hacerle algunas preguntas.

Se lo tomó con calma.

–¿Ya se encuentra mejor?

–Sí, gracias.

–¿Seguro que no necesita que avise a un médico? Hace un

momento, me ha parecido que se encontraba usted mal. Se ha tomado un medicamento.

–No se preocupe. Tengo una cardiopatía, pero está controlada.

La palabra cardiopatía no sonaba precisamente bien, pero Vanina decidió no insistir. El hombre recobró el color y, poco a poco, se fue restableciendo.

–Señor Iannino, según lo que nos contó ayer, su hermana no tenía pareja –le dijo.

–No, subcomisaria.

–¿Había tenido alguna aventura últimamente?

–No que yo sepa. Hace años estuvo prometida con un chico que, si no recuerdo mal, estudiaba Medicina. Raffaele, se llamaba. Raffaele... –repitió, tratando de recordar. Finalmente, sacudió la cabeza–. No me acuerdo del apellido. Era un buen chico. Muy estudioso.

–¿Recuerda por qué rompieron la relación?

–Lo único que recuerdo es que fue Lori quien lo dejó. Y de repente, además. Lo sé porque el chico hasta me llamó, tratando de averiguar el motivo.

–¿Y cuál era el motivo?

–Mi hermana no supo explicármelo con exactitud. Por lo que entendí, se había hartado.

–¿Cuándo fue eso, más o menos?

–¿Por qué me lo pregunta, subcomisaria? No sospechará que Raffaele... ¡Pero si el pobre no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca!

–Yo no sospecho de nadie, señor Iannino. Solo investigo. Es mi trabajo.

–Fue hace un par de años. Lori acababa de licenciarse.

–¿Ya trabajaba en el estudio legal de Ussaro?

–Sí, entró poco después de licenciarse. Enseguida empezó a trabajar muchísimo. Supongo que eso también influyó, quién sabe. El chico, de eso sí me acuerdo, iba de casa al hospital y del hospital a casa. Se estaba especializando. En pediatría, creo.

Vanina hizo una pausa, el tiempo justo para que Iannino se sonara la nariz.

–Su hermana tenía una relación con Elvio Ussaro –le soltó.

El hombre se quedó tan de piedra que era imposible pensar que pudiese saber algo.

–Pero... ¿de qué habla, subcomisaria? ¿Lori con ese... viejo? ¡Estoy seguro de que se equivocan ustedes!

–No, señor Iannino, no nos equivocamos. En el teléfono de su hermana hemos encontrado pruebas.

No fue más allá. Contarle los detalles de los mensajes no era necesario. Es más, en vista del estado de salud del hombre, podía ser

incluso perjudicial. Sin embargo, sí tuvo que hablarle de la fiesta en el chalé, incluida la cocaína. Iannino no pareció inquietarse mucho.

–¿Usted tiene la sensación de que su hermana consumía drogas?

–¡Pero de qué drogas habla, subcomisaria! Mi hermana era alérgica a tantos medicamentos que le daba miedo hasta tomar vitaminas.

El hombre se apretó la cabeza con las manos. Cuando volvió a alzar la mirada, estaba sereno, pero más abatido que antes. Las ojeras parecían más profundas que nunca.

–La amiga de Lorenza, Eugenia Livolsi, tampoco sabía nada del chalé. ¿Cómo se lo explica? –dijo Vanina.

–Eugenia es una persona seria, con la cabeza sobre los hombros. Es la única amiga que Lori conserva de la infancia. Y no se hubiera quedado de brazos cruzados ante posibles decisiones equivocadas. Creo que lo más probable es que incluso me hubiera advertido a mí. Eso explicaría por qué mi hermana le ocultó esa... vida secreta. –Se pasó una mano por los ojos–. Dios, ¡ojalá fuera una pesadilla! –murmuró.

Parecía sofocado.

Vanina intuyó que el hombre ya no podía más y decidió que no era el caso de seguir insistiendo.

Se ofreció a llevarlo en coche al bed and breakfast, pero él declinó la invitación. Necesitaba tomar el aire. Se marchó antes que ellas.

Vanina dio una vuelta por la casa.

–La verdad es que resulta increíble lo distinta que es la imagen que tiene Iannino de su hermana en comparación con la que nos ofrecen los elementos que hemos hallado –reflexionó Marta.

Estaba delante del armario abierto en el que la subcomisaria hurgaba. Solo ella sabía qué buscaba.

–Contradictoria, diría –respondió Vanina.

–Pero, por lógica, debería ser él quien mejor la conoce.

–O el que conoce mejor la copia.

–¿Qué quieres decir?

–Que desde que ha llegado, Iannino se lleva un palo detrás de otro. Cada vez que le contamos lo que hemos descubierto sobre su hermana, para él es una amarga sorpresa. Así que... o es un actor buenísimo, o sobre la verdadera vida de Lorenza sabía menos que tú y que yo. Me inclino por lo segundo.

Sacó del armario un vestido tan corto que más bien parecía una camiseta. Talla 36. Que era de Dolce e Gabbana no se le podía escapar a nadie, porque la marca estaba escrita en todas partes. Luego un par de pantalones, Gucci. El abrigo lo mismo. En un rincón había un bolso con la doble C de Chanel; estaba rodeado de otros bolsos, hijos de dioses menores de la moda pero de todos modos titulares de un sillón en el Olimpo.

Solo aquel armario valía un año entero de alquiler.

–¿Tú crees que Iannino ganaba tanto dinero? –preguntó Marta.

–No lo sé. Pero es lo próximo que debemos descubrir.

El escritorio era un caos de documentos. Vanina leyó unos cuantos. Una sentencia, un par de artículos, alguna lista... Nada del otro mundo. Abrió un cajón. Más documentos, revueltos como si estuvieran en una papelera. Caos llevado al máximo nivel.

Le entró una sospecha.

Cogió el teléfono y llamó a Spanò.

–Inspector, necesito un dato: cuando vinieron ustedes a casa de Iannino, ¿los documentos del escritorio estaban tirados de cualquier manera o los amontonaron ustedes así?

–No. Había muchos documentos. Un poco desordenados, eso sí, pero no amontonados.

–¿Abrieron el cajón?

–Lo inspeccioné yo, pero no había nada importante.

–¿Y también estaba desordenado?

Spanò meditó la respuesta.

–No, jefa –respondió, con voz grave–. Le aseguro que no estaba desordenado.

Vanina resopló.

–Joder.

–Llamo a los de la Científica –dijo el inspector.

–Déjelo, ya me ocupo yo.

Colgó y encendió un cigarrillo para prepararse mejor ante la inminente conversación con Cesare Manenti.

–Garrasi, ¿se puede saber qué te ha cogido? –replicó el subdirector, enfadado–. Primero el chalé, luego la maleta en las rocas. Hace dos minutos el coche encontrado y ahora un apartamento. En el que ni siquiera sabemos lo que tenemos que buscar. ¡Y todo enseguidita, eh, que si la subcomisaria pierde medio día de su tiempo el mundo se hunde! Hasta le has tocado los mismísimos a los colegas de Palermo para tener el ADN de dos muestras de sangre que no sabemos ni de dónde han salido.

Vanina tuvo que hacer un esfuerzo para no mandarlo a la mierda.

–Manenti, me parece que hasta ahora no hemos hablado ni una sola vez –dijo. Luego, más despacio, añadió–: Por suerte para mí.

–¡Claro! Y el pobre Pappalardo girando como una peonza a las órdenes de tus hombres. Pero ante quien tiene que responder es ante mí, ¿qué te creías?

Ese era el problema, que el muy cerdo tenía la sensación de que le habían pasado por encima.

–Oye, Manenti, ¿cuándo llega el nuevo director?

Manenti enmudeció.

–Dentro de unos días. ¿Por qué quieres saberlo?

–No, por nada. Curiosidad.

Había sido un golpe bajo, tenía que admitirlo. Manenti llevaba mucho tiempo esperando aquel nombramiento.

–¿Qué es más urgente para ti: el apartamento de la presunta víctima o su coche? –preguntó el subdirector, en un tono envenenado–. Porque, como comprenderás, no puedo poner a todo mi equipo a tu disposición. Que, si no, luego me toca responder ante el director de la policía.

Manenti creía haberle devuelto el golpe bajo. Vanina se rio en silencio.

–Dale recuerdos de mi parte, si eso.

–¡Qué graciosa, la superpoli!

Dos minutos más y el teléfono empezaría a escupir ácido.

–Bueno, Manenti, haz lo que quieras. Mientras me mandes a alguien. –No pidió que fuese Pappalardo porque, conociendo a Manenti, seguro que luego se lo habría echado en cara–. A ver hasta dónde llegan. Si pueden hacer las dos cosas, mejor.

Cuando colgó, Marta la estaba mirando muerta de risa.

–¡Lo del director te lo podrías haber ahorrado!

–Se lo ha buscado.

Manfredi Monterreale echó un vistazo a su teléfono, que estaba sonando. El nombre que aparecía en la pantalla lo sorprendió. Lástima no poder contestar justo en ese momento.

En los dos últimos minutos, el pequeño paciente al que acababa de visitar se las había apañado para vaciar el recipiente del algodón, tirar al suelo un par de jeringuillas –por suerte aún en su envoltorio de plástico– y, en ese momento, se dirigía con aire amenazador al fonendoscopio que Monterreale había dejado imprudentemente sobre la camilla. Y todo ello ante el desinterés absoluto de la madre. Si se hubiera distraído contestando a la llamada, los daños que aquel pequeño Atila habría sido capaz de provocar en su consulta habrían resultado incalculables.

Le encantaban los pequeñajos, a los cuales había dedicado prácticamente toda su vida, pero le hubiera gustado poder atender aquella llamada al momento.

Terminó de prescribir la medicación, tranquilizó a la madre sobre el estado de salud del hijo y esperó a que los dos hubiesen salido de la consulta para abalanzarse sobre el teléfono y llamar al número que se había quedado grabado en la pantalla: «Giovanna Garrasi subcomisaria».

–Buenos días, doctor Monterreale.

–Buenos días, subcomisaria. Disculpe si no le he contestado antes,

estaba con un paciente un poco movidito.

–Prefiero no imaginar qué edad tenía –bromeó la subcomisaria.

–Tres años, y con eso se lo digo todo.

Se echaron a reír los dos.

–¿Sabe que tenía pensado llamarla hoy?

Era la verdad. Llevaba pensándolo desde las siete de la mañana, cuando el propietario de la casa le había proporcionado amablemente las grabaciones de todas las cámaras de seguridad del edificio.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué quería decirme?

–Que tengo las grabaciones de las cámaras de vigilancia de mi casa. Y también de aquellas a las que no debería acceder porque están situadas en otros pisos.

–Ah, muy bien. Le mando a uno de mis hombres.

–No, mujer, ya se las llevo yo. A lo mejor voy con Sante, que me tiene harto: no para de quejarse porque ustedes no le dan más novedades que a la competencia.

–De momento, es lo que tenemos. Tampoco es que podamos inventarnos las cosas –puntualizó Vanina.

–Lógico. Bien, ¿y para qué me llamaba usted?

–Pues para acelerar un poco mi trabajo. Necesito una información que me llevaría mucho más tiempo buscar por mi cuenta. En el área del Policlínico en la que trabaja usted, ¿no habrá por casualidad un médico interno que se llama Raffaele? Por desgracia, no sé el apellido.

Manfredi se hizo una composición de lugar.

–El único Raffaele que conozco aquí en el Policlínico está en el quinto año de especialización. Giordanella, se apellida. Es muy bueno. ¿Puedo preguntarle por qué lo busca?

–No –fue la respuesta de Vanina.

Amable pero firme.

–Hace tiempo que no lo veo, pero puedo comprobar enseguida si está aquí.

–Gracias. Necesito hablar con él. Si es tan amable, dele mi número y dígale que se ponga en contacto conmigo lo antes posible.

–Claro. Mejor aún, voy ahora mismo. Si está en el departamento, la llamo yo mismo y se lo paso.

Colgó mientras salía de la consulta. Dejó a una interna de guardia en la consulta, cruzó el pasillo y entró en el área de pediatría. Se dirigió al dispensario. Allí, ocupado con las historias clínicas, estaba Ignazio, un enfermero que llevaba más de veinte años trabajando en la clínica pediátrica y había visto pasar a varias generaciones de médicos.

–Ignazio, ¿sabe usted dónde puedo encontrar al doctor Giordanella?

–Claro. –El hombre sacó un móvil del bolsillo de la bata–. Aquí –

dijo alegremente, al tiempo que le mostraba una foto. El chico estaba rodeado de nieve. Tras él se veía el rótulo del Saint Justine Hospital de Montreal–. Desde hace seis meses –añadió el enfermero.

A Manfredi le dio un vuelco el corazón. Él también había estado en aquel hospital cuando era interno. Habían pasado tantos años desde entonces que prefirió no contarlos.

No era una buena noticia para Garrasi.

–¿No tendrás por casualidad su número? –preguntó.

–¿Qué clase de pregunta es esa, doctor? Pues claro que lo tengo. Yo tengo el número de todo el mundo. ¡Debería saberlo!

–Y por eso he venido a pedírtelo a ti.

Ignazio le pasó el contacto por SMS. Manfredi le dio las gracias y se dirigió de nuevo hacia su consulta, ante la cual se había formado mientras tanto una pequeña multitud. Eran los progenitores de los niños que tenían hora ese mediodía.

–Doctor, ¿no se estará marchando usted, verdad? –le preguntó un padre, inquieto.

Siempre pasaba lo mismo. Cada vez que se alejaba de su puesto, o dejaba un sustituto, en la sala de espera cundía el pánico. «¿Se va?», era la pregunta que se adivinaba en las miradas preocupadas de madres y padres. Eran capaces de esperarlo durante horas y se negaban a ser atendidos por ningún otro médico. En el fondo, sin embargo, era él quien los había acostumbrado así. Y como no le molestaba, no tenía la más mínima intención de cambiar las cosas. Sí, el resultado era que trabajaba el doble de lo que le correspondía, pero cada decisión tiene sus consecuencias. Y él no se había arrepentido jamás de la que había tomado.

Tranquilizó a los presentes y les dijo que enseguida volvía. Le dijo a la interna que podía marcharse y entró en la consulta con el teléfono en la mano. Una ocasión tan perfecta había que atraparla al vuelo.

Llamó a Garrasi y la invitó a comer.

Colgó la llamada más contento que un niño con zapatos nuevos. «Mira que eres tonto», se dijo.

Cuando Vanina llegó, Manfredi Monterreale ya estaba dentro. La esperaba de pie.

Aquella invitación a comer, aunque en el fondo estuviera anunciada, la había pillado por sorpresa. Sin embargo, no le había desagradado. Se encontraba a gusto con aquel palermitano, era inútil negarlo. Lógicamente, ir corriendo a su casa a la primera de cambio hubiese sido un poco arriesgado. Y sí, quedar para comer no es lo mismo que quedar para cenar, pero nunca se sabe cómo acaban estas cosas, sobre todo cuando la atracción es mutua. Monterreale era una persona seria, de la cual no se esperaba movimientos imprudentes. Y

no hacía falta mucho para encontrarse metida en una situación de la que luego era muy difícil salir. Ciertas experiencias recientes, que había subestimado alegremente, le indicaban que era mejor andarse con cautela. Así pues, quedar en Da Nino le había parecido la mejor propuesta y el médico había aceptado gustosamente.

Ahora estaban los dos sentados a la mesa de la esquina que el restaurador siempre le reservaba de oficio. Y la mar de tranquilos, como si se conocieran de toda la vida.

–Raffaele Giordanella está en Canadá. En Montreal, desde hace seis meses –le comunicó Manfredi en cuanto Nino se hubo marchado con el pedido: dos platos de pasta alla norma, con sus berenjenas, tomate, albahaca y ricotta, y una ración para compartir de sardinas beccafico, fritas con pasas, piñones y pan rallado, entre otros ingredientes.

–Gracias. Si es necesario, intentaremos localizarlo.

–Aquí está su número –dijo mientras le pasaba la hoja del recetario del Policlínico en la que había anotado las señas.

De entrada, no parecía que tuviera mucho sentido hablar con Giordanella, pero Vanina quería hacerlo de todos modos. Le serviría para formarse una imagen más clara de Lorenza Iannino.

Monterreale abrió el bolsillo lateral de su mochila y le acercó una memoria USB.

–Y aquí están las grabaciones. El propietario dice que una de las cámaras, la que está instalada en el balcón de su casa, se ha girado con el viento y solo enfoca la calle. A lo mejor les resulta útil. Puede que les ofrezca, no sé, ¿alguna pista más?

–Desde luego que puede sernos útil, ¡gracias!

–Así que llegaste hace un año –atacó Manfredi, tuteándola. Ya estaba hasta las narices de la maleta de las rocas y no quería entrar de nuevo en ese tema.

–Más o menos –respondió la subcomisaria, en un tono más seco de lo que le habría gustado.

Hablar de sus cosas con alguien que no se lo había ganado en el día a día, después de superar las pruebas más estrictas, no era una posibilidad que estuviese dispuesta a contemplar.

Sin embargo, le habló de Milán. Y del mes que había pasado en Nueva York.

–¿Y cómo fuiste a parar tú a Nueva York? –preguntó el médico, sorprendido.

–Necesitaba hacer una pausa. E irme lo más lejos posible.

–Y elegiste Nueva York. Pues no te hacía tan urbanita, la verdad.

–¿Pensabas que era una sícula convencida?

–En todo caso, sicana. Los del oeste éramos sicanos –bromeó Manfredi.

–La verdad es que ni yo sé por qué, pero esa ciudad me vuelve loca.

Regresaría cada dos por tres, si no fuese tan cara.

–Es una ciudad increíble. Pero me ha parecido entender que luego hiciste todo lo posible por volver a Sicilia.

–Y así fue. Lo que pasa es que de vez en cuando sentimos la necesidad de huir. Incluso de la tierra que amamos.

Sobre todo si esa tierra no te ha dado más que un palo tras otro.

Manfredi le contó que él también se había tomado un tiempo antes de mudarse a Catania. Se había ido tres meses a Lampedusa, a casa de un amigo.

–Tenían que ser unas vacaciones, pero al final resulta que trabajé más allí que en Palermo.

Vanina le preguntó el motivo, pero en ese momento pasó un hombre junto a su mesa y los interrumpió.

–Buenos días, subcomisaria Garrasi –la saludó.

Vanina lo miró de pies a cabeza hasta que el hombre se sintió obligado a presentarse. Era un cronista de sucesos de La Gazzetta Siciliana.

Manfredi contempló con aire risueño al pobre hombre, que tartamudeaba muerto de vergüenza bajo la mirada inquisitiva de la subcomisaria.

–En Palermo eras muy famosa –le dijo, cuando el hombre regresó a su mesa y se sentó.

–Claro, toda una estrella –ironizó Vanina al tiempo que hacía una mueca.

–Eh, que hablo en serio. En la época en que estaba a punto de irme, la prensa hablaba a menudo de tus investigaciones en antimafia. Te habías convertido en la heroína de los palermitanos sedientos de justicia.

–Y aquí también me estoy haciendo famosa, como has visto. A base de atrapar asesinos –bromeó Vanina–. Puede que más torpes y menos organizados que los que perseguía en aquella época, pero no por eso más fáciles de sacar de su escondrijo. Ni menos peligrosos.

–¿Por qué te marchaste de Palermo? –preguntó Manfredi, sin más preámbulos.

Con un envidiable don de la oportunidad, Nino llegó con los dos platos de pasta alla norma, más un rallador de manivela para la ricotta salada. La operación duró lo bastante como para desviar al atención.

Casi enseguida sonó el teléfono del médico, cosa que acabó definitivamente con el tema de conversación.

Sentado a la mesa con un plato de pasta delante, Monterreale escuchó sin pestañear la larga y detallada descripción de un pañal, y del contenido que un pequeño paciente aquejado de gastroenteritis acababa de depositar en él, provocando el pánico de toda la familia.

Nunnari se presentó en el despacho de la subcomisaria Garrasi.

–Jefa, aquí hay unos cuantos mensajes de Iannino. Son todos los que se envió con Ussaro, y alguno más. –Le dedicó una sonrisita–. ¡Se lo va a pasar en grande leyéndolos!

Vanina lo fulminó con la mirada.

–¿Tú te lo has pasado en grande?

El oficial bajó la mirada.

–Disculpe usted.

Pero ¿es que esta mujer no sabía entender una broma o qué?

–¿Qué dicen?

–Nada importante, son mensajes románticos... vamos a dejarlo así. Aparte de una discusión, con fecha del 12 de octubre. Algo de la universidad, parece. Son pocas palabras, porque el abogado la hizo callar enseguida. Le escribió que ya lo hablarían en persona. La llamó idiota y le dijo que borrara el mensaje.

Un profesional, de eso no había duda.

–Déjamelo todo sobre la mesa y me lo leeré. ¿Fragapane se está ocupando de las cuentas corrientes de Iannino?

Aquella misma mañana le había pedido a Vassalli autorización para investigar el estado patrimonial de la joven.

–Sí, subcomisaria.

Por desgracia, lo único que podía hacer era esperar: Spanò estaba arañando noticias y Fragapane examinando cuentas corrientes. Una situación que la ponía de los nervios.

Aquel caso, sin embargo, había sido así desde el principio: lento.

Para no perder tiempo, se puso a leer las conversaciones de Iannino. Tras eliminar las de tema erótico –leída una, se podían eliminar tranquilamente las demás– y las que había mantenido con su hermano y con Livolsi –que ni siquiera parecían escritas por la misma persona–, le quedaron únicamente una decena. Filtrando aún más, se quedó con cinco, todas con compañeros del estudio legal. Con Susanna Spada intercambiaba sobre todo mensajes de audio, que por desgracia se habían perdido. Si se escribían, eran pocas frases. Horarios, organización. Cuestiones relativas al trabajo. El único colega con el que Iannino mantenía conversaciones alegres, casi tan cordiales como con su amiga Livolsi, era Nicola Antineo. Y, precisamente, era la única persona con la que Iannino no se había enviado mensajes la noche en que había desaparecido. O, mejor dicho, la noche en que la habían asesinado.

Ya casi se había resignado a la idea de que no iba a encontrar gran cosa cuando se topó con una conversación de grupo. Nunnari solo había transcrito una parte muy pequeña, pero a Vanina le bastó con eso para desplegar las antenas.

–¡Nunnari! –llamó.

El oficial llegó corriendo.

–Me imprimes páginas de mensajes inútiles y la única conversación interesante me la dejas a medias. ¿Qué, te lo has pasado tan bien con los mensajes obscenos que has perdido el oremus? –lo regañó.

Vanina pidió que enviaran a su ordenador la copia de seguridad completa del teléfono de Iannino. Localizó el chat y lo leyó entero. La conversación quemaba más que las brasas encendidas. Seleccionó todos los nombres de usuarios y luego los buscó uno a uno en la base de datos de la policía. ¡Ahora sí que se lo iba a pasar en grande!

Spanò llegó a la oficina cuando ya había oscurecido y encontró a Vanina con los ojos pegados a la pantalla y una media sonrisa de satisfacción que prometía mucho. Nunnari estaba sentado a su lado y Bonazzoli apoyada en el respaldo del sillón de Vanina.

–¿Qué habéis encontrado? –preguntó.

–Cosas interesantes –respondió la subcomisaria.

El inspector se puso cómodo.

Vanina cruzó los brazos sobre el escritorio.

–En la fiesta de la otra noche participaron por lo menos veinte personas, todas incluidas en un grupo llamado «Noches entre amigos» y creado por Ussaro. Muy interesante, sobre todo por los nombres que aparecen en él.

Le pasó la hoja en la que los había anotado.

Spanò se puso las gafas y leyó. Abrió los ojos como platos.

–¡Joder! ¿Y qué dice el chat?

–Información detallada sobre la fiesta de la otra noche. Horario, menú, sitio. Alusiones a narices empolvadas y afirmaciones de Ussaro sobre la calidad de los perfumes que iban a oler esa noche.

–Un lenguaje en clave muy original.

–Exacto. ¿Y usted? ¿Qué noticias trae?

El inspector se acomodó en la silla.

–De Ussaro se dicen muchas cosas –empezó a contar–. Como docente, no vale nada: nunca está y delega todo el trabajo en sus colaboradores, entre ellos Iannino. Cuando está, aterroriza a los estudiantes suspendiéndolos en masa. A alguno de ellos no le gustó tal atropello y le destrozó el coche. Por no hablar de las alumnas, especialmente las guapas, que mantienen las distancias con él para evitar situaciones incómodas. Parece ser, aunque solo es un rumor, que hace algunos años tuvo lugar un episodio especialmente desagradable con una chica. Él le tiró los trastos, ella le dijo que no y el resultado fue que la tuvo un año apartada, sin posibilidad de presentarse al examen. Además, pero siguen siendo rumores, parece que cuando la chica intentó cambiar de clase para presentarse al examen con otro profesor, él hizo todo lo que pudo para que no lo

lograra.

–Un cabrón de primera –comentó Marta.

Vanina hizo una mueca. Por algún motivo, aquellas revelaciones no la sorprendían en absoluto.

–Siga usted, inspector.

–Tiene varias amantes, a las que ha conocido sobre todo en el trabajo, y no se esconde. Es más, dicen que incluso alardea. Eso sí, todos los domingos va a misa a expiar sus pecados, con la mujer y el hijo. La mujer es de Reggio Calabria. Es contable y trabaja en la sede catanesa del estudio de su padre, del cual Ussaro es socio al cincuenta por ciento. Ese, más o menos, es el perfil privado. Luego está el profesional, público y manifiesto. Y aquí tenemos muchas opciones: arrogante, chantajista, interesado... Como decía el comisario esta mañana, capaz de lo que sea con tal de ganar una causa. Por otro lado, está metido en todas partes: consejos administrativos de distintas sociedades, cargos ministeriales, jurados varios... Todo lo que pueda otorgarle poder.

–Y sobre su relación con Alicuti, ¿ha averiguado algo?

–¡Desde luego! Podría decirse que comparten el mismo sueño. Ussaro siempre lo ha apoyado en todos sus cambios de chaqueta, de la izquierda a la derecha pasando por el centro. Y el diputado siempre ha apoyado a Ussaro.

–Una amistad que se apoya en bases sólidas –comentó Vanina.

La familia Spanò siempre era un recurso indispensable. Entre padres, tíos, primos y demás parentela, no había dato que el inspector no consiguiese averiguar en el tiempo que duraba una comida. Por lo general opípara.

–También me he informado sobre el Ferrari. Ussaro se lo compró en 1999 a Oreste Bini, que dos meses antes había dado una paga y señal por el vehículo en la subasta judicial de los bienes del barón Francesco Lo Turco. Me ha picado la curiosidad y, como tenía un poco de tiempo, he hecho una escapadita a los archivos del tribunal, donde he rebuscado entre los documentos de aquella subasta. ¿Sabe cómo se llamaba el abogado que representó al barón?

–Elvio Ussaro –adivinó Vanina.

Consultó los datos personales de Ussaro. Nacido en Piana dell'Etna en 1949, hijo de Sulpicio Ussaro y Assunta Bini. Casado en 1982 con Consolata Spadafora. Para encontrar un nombre corriente en aquella familia, había que buscarlo con linterna. Bini era el mismo apellido que tenía el Oreste del Ferrari. Un buen negocio, estaba claro.

–¿Cómo quiere proceder, subcomisaria? –preguntó el inspector.

–Mañana citaremos a todos los que estaban en el grupo. Que declaren como personas informadas de los hechos.

–Incluido Alicuti.

–Por supuesto. Él y su hijo, en tanto que propietario de la casa.

Spanò parecía indeciso y no dejaba de atusarse el bigote.

–¿Qué pasa, inspector? –le preguntó Vanina.

–No, nada, subcomisaria. Estaba pensando que se va a levantar mucha polvareda. Y puesto que aún no tenemos cadáver...

–Es que, de hecho, los citamos por la desaparición de Iannino, no por su asesinato –dijo.

Se apoyó en los codos y se inclinó sobre el escritorio.

–A ver, niños, vamos a hablar claro –dijo, al tiempo que se volvía hacia los otros dos para incluirlos en la conversación–: Lorenza Iannino está muerta, eso parece más que evidente. Lo último que hizo fue recibir a todas esas personas en un chalé, que mantenía en secreto y que había alquilado a uno de ellos. Música, comida, alcohol, drogas... En un momento determinado, antes de lo previsto, todo el mundo se marcha. Y corriendo, además. Alguien se queda en la casa porque las luces, según recuerdan los vecinos, permanecen encendidas. Lorenza desaparece esa misma noche. Uno de los invitados, me atrevería a decir, nos avisa de que justo en esa dirección y justo esa noche una joven ha muerto asesinada. Y nosotros encontramos sangre de Iannino en un sillón. Luego nos dice que la metieron en una maleta y nosotros encontramos la maleta. Y allí también hay restos de sangre de Iannino. Encontramos su teléfono y en la copia de seguridad aparecen todas esas personas. Creo que tenemos elementos más que suficientes para interrogarlos.

Spanò asintió.

–Eso es verdad.

Vanina se puso en pie. Sacó un cigarrillo, pero lo dejó en la mano. Parecía inspirada.

–Es más, ¿sabe qué le digo, inspector? Cite aquí a todo el mundo menos a Ussaro y Spada. A ellos iremos a verlos a su casa mientras los demás vienen aquí.

–Muy bien, jefa.

–Bueno, pues me parece que ya os podéis ir. Por hoy ya habéis trabajado bastante.

Cogió el encendedor mientras se dirigían los cuatro a la salida, pero de repente recordó algo.

–Nunnari..

–¿Sí, jefa?

El oficial se contuvo esta vez y no se puso firmes.

–¿Aún no sabemos nada del número desde el cual se hicieron las llamada anónimas?

–No, subcomisaria. Por desgracia, cuando la llamada no pasa por centralita y la información nos la tiene que proporcionar la compañía telefónica, tarda unos días.

Les dijo de nuevo que se marcharan. Justo entonces llegó Fragapane.

Vanina volvió a apagar el encendedor y miró el reloj: eran las siete.

–¿Pero aún está aquí, Fragapane?

–No, jefa, acabo de llegar.

–¿De dónde?

–Pappalardo me ha llamado para decirme que estaban empezando a analizar el coche de Iannino y se me ha ocurrido acercarme.

–Ha hecho bien.

–¡No sé yo! Resulta que me he encontrado a Manenti, que me ha soltado unas cuantas frescas porque, en su opinión, era un trabajo que Pappalardo podía hacer tranquilamente mañana.

–¿Y usted qué le ha dicho?

–¿Yo? Que no sabía de qué me hablaba, que yo estaba allí por otros asuntos.

A Vanina le entraron ganas de abrazarlo.

–¿Qué había en el coche?

–¡De todo, jefa! Papeles, envoltorios, tiques, pasadores de pelo, botellas de agua medio vacías... Porquería para dar y vender. En el maletero no hay restos de sangre. En fin, han recogido todas las huellas dactilares que han encontrado. Aunque hay muchas, unas cuantas son bastante recientes. Lo más seguro es que sean de la chica.

–Eso es fácil de averiguar, solo hay que compararlas con las que se encontraron en casa de Iannino. Sobre las cuentas corrientes de la chica, ¿puede decirme algo?

Fragapane sacó unas cuantas hojas, sujetas entre ellas como solo él sabía hacer, y guardadas en una funda de plástico transparente.

–Aquí está –dijo, al tiempo que se las entregaba–. A mí me parece todo normal. La chavala tiene una bolsa de estudios de la universidad y un sueldo, bastante escaso, del estudio legal. El hermano le ingresa quinientos euros todos los meses. Como gastos constan el alquiler del piso, quinientos mensuales, lo cual probablemente explica la cantidad que le ingresa el hermano todos los meses. Ciento ochenta euros al mes la letra del coche. Tiene una tarjeta de crédito con un límite de mil euros y se lo gasta todos los meses. –Sacó otra hoja de papel–. Paga el gimnasio, el supermercado, la peluquería, un centro estético y, de vez en cuando, algún desembolso más importante para comprar ropa y cosas así.

Vanina meditó. No cuadraba.

–¿Otras cuentas corrientes, libretas de ahorro...? ¿Nada?

–No, subcomisaria. Esto es todo.

–Muy bien, Fragapane. Me parece que usted también ha trabajado bastante por hoy. Mañana por la mañana pídale a Pappalardo que compare las huellas del coche con las de Iannino. No, espere. –Llamó a

Bonazzoli, que entró con la chaqueta ya puesta–. El cepillo que le dimos a la científica, ¿lo tenemos nosotros? –le preguntó.

–Sí, nos lo devolvieron.

–Mañana vuélvaselo a llevar a Pappalardo, Fragapane, así tienen otro objeto para aislar las huellas de la chica.

–Es lo primero que haré mañana por la mañana.

Teniendo en cuenta los horarios de Fragapane, significaba que sería el primero en llegar a las dependencias de la Científica.

Vanina les dijo una vez más que podían marcharse. Volvió al escritorio y cogió el encendedor. Pensó durante un instante si abrir o no la ventana.

–Bah, qué más da –dijo en voz alta.

Se dejó caer de nuevo en el sillón y se fumó tranquilamente el cigarrillo.

En el bolsillo de los vaqueros había algo que le molestaba. Metió la mano y sacó la memoria USB que le había dado Manfredi. Se le había olvidado por completo.

Encendió el ordenador y conectó el dispositivo. Seleccionó la cámara de vigilancia que se había girado y que ahora enfocaba la calle, casi hasta el muro que estaba junto a las rocas. Un plano tan perfecto que ni hecho a propósito. Fue retrocediendo hasta el horario que le interesaba, reprodujo la grabación y esperó. Llegaba el Toyota Corolla de Iannino, se paraba. Del asiento del pasajero descendía un hombre al que no se le veía ni la cara ni el pelo, pues llevaba una sudadera con capucha. Debía de ser joven. Abría el maletero, sacaba la maleta y la arrastraba trabajosamente hasta desaparecer entre las rocas. Mientras, el conductor daba la vuelta con el coche. Tampoco se le reconocía, pero durante una fracción de segundo Vanina captó un detalle que le llamó la atención. El mismo en el que se había fijado ya la primera vez.

Cogió el teléfono, marcó el número de Vassalli y le hizo una petición que lo dejó sin palabras durante un minuto largo.

–¿Quiere usted intervenir los teléfonos del abogado Elvio Ussaro? –preguntó el fiscal, como si no lo hubiera entendido.

–Exacto.

–Disculpe, pero ¿con qué motivo?

Le explicó todos los motivos que tenía para solicitarlo, pero recibió un no por respuesta.

–Cuando me traiga alguna prueba un poco más concreta de que existen indicios graves de delito que apuntan a él, yo enseguida le firmo la autorización, pero no sobre la base de sensaciones suyas, unos fotogramas brevísimos y unas cuantas hipótesis sin fundamento.

Vanina ya lo imaginaba, pero al menos tenía que intentarlo.

Respecto a cómo tenía pensado actuar al día siguiente, no vio

necesidad de comentárselo.

Puestos a hacer llamadas, decidió hacer otra. A aquellas horas, en Montreal era de día. Buscó el número que le había dado Manfredi y lo marcó.

–Allô.

–¿Doctor Giordanella?

–¿Sí?

–Buenos días, soy la subcomisaria Giovanna Garrasi, de la Policía Judicial de Catania.

–Buenos días –dijo el hombre, sorprendido.

–¿Tiene dos minutos?

–Claro, usted dirá.

–¿Ha leído la prensa italiana en los últimos días?

Giordanella respiró hondo.

–Me llama por Lori, ¿no?

–¿Cuándo fue la última vez que la vio?

–Este verano. Fui a Italia a pasar unos días. Me la encontré en una fiesta, en casa de una amiga común, Eugenia Livolsi.

–¿Cómo era la relación entre ustedes?

–Buena. Seguíamos siendo amigos. Bueno, al principio no tanto.

–¿Por qué?

–Ya sabe cómo son estas cosas, ella me dejó de repente y yo lo pasé fatal. Pero el tiempo suaviza las cosas. Yo tengo otra novia, ella tiene su vida.

–¿Lorenza le contaba algo de sí misma?

–Nada, hasta la fiesta de Eugenia. No fue muy concreta, pero se me quedó grabado lo que dijo: que yo tenía razón en muchas cosas.

–¿Por ejemplo?

–El hecho de que se estaba metiendo en algo que le venía muy grande. Ya se lo había dicho cuando me dejó.

–¿Se refería usted a una relación?

–No solo eso. Lori había ofrecido disponibilidad. Hacía de todo, desde secretaria hasta mensajera. De no ser porque era una chica, creo que la habrían puesto hasta a lavar coches. Para mí era absurdo.

–Cuando dice disponibilidad, ¿se refiere al profesor Ussaro?

–Eso creo.

–Y cuando ella le dijo que usted tenía razón en muchas cosas, ¿qué le respondió?

–Que podía hablar conmigo si tenía problemas o se había metido en algún lío. Pero ella se echó a reír y me dijo que no era tan mala persona como para meterme de por medio.

–¿Y no le pareció extraño?

–Claro que me pareció extraño, pero Lori es así. Habla con frases crípticas. Le dije que lo importante era darse cuenta de las cosas y

tratar de solucionarlas y ella me respondió que haría todo lo posible por conseguirlo. Y por tomarse la revancha.

–¿Y eso fue todo?

–Eso fue todo. –Giordanella guardó silencio durante un instante–. Está muerta, ¿verdad?

–Eso es lo que nos tememos.

–Lo imaginaba, por el hecho de que habla usted en pasado.

Vanina ni siquiera se había dado cuenta.

–Probablemente la asesinaron.

–Eso también lo imaginaba, subcomisaria Garrasi.

Acababa de colgar cuando le sonó el teléfono. Maria Giulia De Rosa.

–Hola, Giuli –dijo.

–¿Te falta mucho? –preguntó la abogada.

–¿Para qué?

–¿Cómo que para qué? Te estamos esperando.

Vanina dirigió la mirada al techo. Se le había olvidado por completo que Giuli volvía aquel mediodía y que había organizado una salida vespertina. Y eso que hasta le había enviado un mensaje para confirmarlo.

–Lo siento, Giuli, aún estoy en el despacho.

–¿Te queda mucho?

Durante un segundo pensó en decirle que sí y luego irse derechita a Santo Stefano, pero enseguida rechazó la idea. ¿Cómo era el refrán ese de las ollas y las tapas? Mejor no quedar mal.

–No, ya he terminado. ¿Dónde estáis?

Giuli le dijo el sitio.

–Adriano ya está aquí –le dijo, a modo de incentivo.

Vanina no le preguntó con quién más estaba. Total, tampoco cambiaba nada. Solo iba para quedar bien con ella. Se dirigió con calma hasta la plaza Duca di Genova, donde había dejado el Mini aquella mañana. Paseando, más que caminando, cruzó la calle Vittorio Emanuele. Excepcionalmente, el portón del Internado Cutelli, en otros tiempos Colegio de la Nobleza, estaba entreabierto y permitía vislumbrar el célebre patio, que Vanina aún no había tenido tiempo de visitar: era monumental, con su suelo blanco y negro y el porticado circular obra de un maestro del siglo XVIII.

Palermo siempre sería Palermo, pero no podía negarse que Catania también poseía varios tesoros ocultos. Si bien era cierto que en el contraste entre edificios decadentes (y, en algún caso, bombardeados, pese a que ya habían transcurrido más de setenta años) y monumentos majestuosos su ciudad seguía ocupando el primer puesto, Catania no le andaba a la zaga. La casa abandonada, con los cristales rotos y los muros medio en ruinas, frente a la cual descansaba tranquilamente su

Mini desde aquella mañana era prácticamente vecina del Palacio Biscari, uno de los edificios más prestigiosos de Catania. Y de una hilera de casuchas que aún se encontraban en peores condiciones.

Se adentró por la calle Cardinale Dusmet y bordeó los arcos de la marina. A paso de tortuga. Eran las ocho y las tiendas acababan de cerrar. No podría haber escogido un horario peor para moverse por el casco antiguo de la ciudad.

Las dinámicas del tráfico catanés rehuían todo intento de análisis estocástico, pero había momentos del día en los que estaba claro que cuando uno se encontraba en un atasco, se quedaba allí un buen rato.

Y así era.

Vanina tuvo tiempo de fumar dos cigarrillos y hacer tres llamadas. Una a Bettina, a quien aquella mañana había dejado muy preocupada por la caldera, que había decidido dejar de funcionar: el técnico había estado allí más de medio día, pero finalmente había tenido que instalar una nueva. La segunda a Adriano, para avisar de que llegaba tarde. La tercera a su madre, a quien evitaba desde el día en que le había anunciado la fiesta sorpresa de Federico.

La fecha se acercaba y a Vanina le habría gustado darle una respuesta, pero la señora Calderaro esquivó el tema. Le preguntó qué tal estaba y le dijo que no trabajara demasiado. Y lo más raro: le preguntó si salía a divertirse de vez en cuando. La tranquilizó y le dijo adónde se dirigía.

–¿Vas sola?

–¿Y con quién quieres que vaya?

Su madre permaneció un instante en silencio.

–Nicoletta le ha dicho a Costanza –prosiguió– que Paolo se ha separado de ella porque quiere volver contigo. Y que os estáis viendo otra vez –le soltó a bocajarro.

«A muerte súbita», se decía en Catania. Y, en aquel caso, no podía expresar mejor la idea. Vanina estuvo a punto de atragantarse, pues el humo se le quedó atascado en la garganta. Y la cólera también.

¿Qué significaba aquella historia?

–Dile a Costanza que mejor se concentre en los preparativos de la boda, en lugar de hacer caso de esas gilipolleces –respondió, haciendo un esfuerzo por contenerse.

–Entonces, ¿no es verdad? ¿No lo has vuelto a ver?

Percibió desilusión en la voz de su madre. A saber qué fantasías había despertado aquella noticia.

–¿A quién?

–¿Cómo que a quién? ¡A Paolo!

–No –la cortó.

Al otro lado de la línea se escuchó un suspiro.

–Entonces, ¿qué motivos tenía Nicoletta para decir que...?

–Y yo qué sé.

–Qué raro –dijo su madre, menos convencida que antes–. Pero... –empezó a decir–. Pero si por casualidad no es así, piénsatelo bien, Vanina. Porque los trenes solo pasan una vez, así que si se te está ofreciendo una nueva oportunidad, esta vez no puedes volver a equivocarte.

Lo cierto era que, por mucho que hubieran pasado cuatro años y por muchas cosas que hubieran ocurrido durante ese tiempo, a su madre nadie podía quitarle de la cabeza la idea de que Paolo Malfitano era el hombre perfecto para ella. Lo mismo que nadie podía quitarle de la cabeza la idea de que su huida de Palermo y de él era una solemne gilipollez. Y que la precipitada boda de Paolo con Nicoletta Longo solo había sido una consecuencia más de esa gilipollez. Y que por eso había fracasado.

Mejor no hacerse preguntas, por si acaso esta vez su madre tenía razón.

La idea de reunirse con Giuli y compañía acababa de ganar mil puntos.

No era la noche más indicada para estar sola en su sofá gris, que ya de por sí le despertaba bastantes recuerdos, luchando contra el instinto de llamar a Paolo y pedirle explicaciones.

Mucho mejor dejar reposar el tema, a ser posible sin darle demasiadas vueltas.

La mesa de la abogada De Rosa, no hace falta decirlo, era de lo más bulliciosa. Teniendo en cuenta la cantidad de veces que Giuli había intentado llevarla a aquel sitio, era más que probable que fuese una clienta habitual. Se trataba de un local nuevo, de estilo muy milanés, frecuentado por los juerguistas de Catania. Exactamente lo contrario de lo que habría elegido ella, pero por una noche tampoco pasaba nada.

–Hombre, ¡dichosos los ojos! Cuánto tiempo sin verte –bromeó Adriano.

Aquella mañana lo había dejado felizmente sentado en el bar Santo Stefano, esperando los bollos que estaban a punto de salir del horno.

Vanina abrazó a Giuli, saludó a los demás con un gesto y se sentó junto a Adriano.

–Ya puedes darme las gracias, Calí. Me estoy empleando a fondo para darte un poco de trabajo también a ti. Hasta el momento no me ha salido bien, pero es cuestión de días.

–Sádica.

Giuli se plantó entre los dos, le ofreció a Vanina un mejunje amarillento que le acababan de traer y pidió otro.

–Toma, empieza con este.

Vanina bebió un sorbito con cautela. Graduación alcohólica alta. Imbebible sin comer algo al mismo tiempo. En el centro de la mesa solo había un plato lleno de cosas de aspecto oriental. A falto de algo mejor, picoteó de allí.

Pese a ser día laborable, el local estaba a reventar. Vanina, sin embargo, ya no se sorprendía de nada. Es más, la expresión «salida entre semana» aparecía entre las «catanesadas» que iba guardando en una nota del iPhone, todas ellas relacionadas con los aspectos más dispares de la vida social del «típico catanés». Del cual Maria Giulia De Rosa era el prototipo perfecto. Ella y su abigarrada tropa de amigos.

Cuando Vanina iba por el segundo bocado de pollo frito, que tenía un nombre distinto pero era igualito al que hacía su abuela y, por tanto, estaba riquísimo, Giuli la interpeló:

–¿Con quién estabas comiendo hoy en Da Nino?

Vanina le lanzó una mirada torva.

–¿Por qué?

Había respondido con una pregunta, cosa que por lo general no le gustaba, pero esta vez era necesario. No podía dar ni un paso sin que la cotilla de Giuli lo supiera. Pero ¿qué había que saber?

–No, porque hace un rato he visto a Alfio Burrano y me ha taladrado con preguntas sobre ti y el misterioso hombre con el que te ha visto este mediodía en Da Nino. Dice que se os veía muy acaramelados... No me digas que ha venido a verte tu juez palermitano.

El lado negativo de contarle algo a Giuli era que no tardaba en volver a sacarlo a la luz. Directa como una flecha. ¡Pam! El juez palermitano.

–No me digas que Alfio está por aquí –dijo Vanina, tensa.

–Ya se ha ido, no te preocupes. Bueno, ¿qué? ¿No contestas?

–Estaba con un amigo. De Palermo, también.

Era inútil explicarle que a Manfredi Monterreale lo había conocido el día anterior y que no era exactamente un amigo.

–El pobre Alfio lo ha pasado fatal, créeme. Se había enamorado de verdad.

–Motivo por el cual no era buena idea darle esperanzas.

Alfio Burrano era el hombre que, tiempo atrás, había encontrado la famosa momia en el montacargas, en un caso que había llevado a la subcomisaria Giovanna Garrasi a las páginas de sucesos de los periódicos. Un canalla simpático, tan atractivo como superficial, un libertino que nada tenía que envidiar al Giovanni Percolla de la película de Brancati que había visto la noche anterior. Un tipo con el que no le habría importado pasarlo bien, de no ser porque se había dado cuenta de que él se estaba haciendo demasiadas ilusiones. Y, por

ese motivo, había decidido que no era buena idea.

Todo eso había sucedido precisamente en el periodo en que había vuelto a ver a Paolo. Sus pensamientos ya se estaban yendo hacia otro lado, pero Giuli se encargó de devolverlos al buen camino.

–En Roma me encontré a Luca –le contó, cambiando completamente de tema.

Adriano, que parecía distraído, se despertó al escuchar el nombre de Luca y rápidamente intervino en la conversación:

–Sí, ya lo sé, ¡me lo ha dicho! Estabais cenando en el mismo sitio.

–Se va a Irak –añadió Giuli, triste.

Aquel tono melodramático cuadraba con las circunstancias, pero Vanina sabía que no se trataba solo de eso.

Deseó que los cócteles no le hicieran perder la lucidez a Giuli, porque Vanina empezaba a temer que aquella fijación suya acabara armando un buen escándalo un día de estos.

Era obvio que Luca Zammataro nunca se habría fijado en ella ni por equivocación, pero tarde o temprano se daría cuenta de que Giuli le iba detrás. Y, lo más grave, Adriano también se daría cuenta.

Cuatro gambas en tempura, tres trozos de pollo, dos rollos rellenos de un pescado crudo no identificado y un Old Fashioned después, Vanina consideró que había superado con creces la cuota máxima de chorradas que estaba dispuesta a tolerar. No resistía ni un minuto más apretujada en el pequeño sofá entre aquel par que bebían como esponjas y que no daban muestras de querer moverse de allí. Se escabulló de la mesa con la excusa de fumar un cigarrillo, decidida a no volver a sentarse.

Giuli la acompañó a la calle.

–Te robo un cigarro, ¿vale?

Vanina se lo ofreció.

–Un día de estos quedamos tú y yo solas –dijo la abogada, con el tono que usaba para los anuncios importantes.

–¿Me lo prometes o me lo preguntas? –bromeó Vanina.

La abogada respondió con una mueca. Abrió la boca como si se dispusiera a decir algo más, pero enseguida volvió a cerrarla.

–¡Qué frío hace! –constató.

Se cubrió los hombros con una especie de manta en forma de capa que llevaba sus iniciales bordadas en una esquina. Una de las muchas «monadas» que compraba por ahí o que encargaba por internet más o menos cada dos semanas.

Vanina se acordó en ese momento de la investigación sobre las cuentas corrientes de Iannino. El modelo perfecto del informe de gastos de una recién licenciada que llevaba una vida acorde a sus posibilidades económicas. Imagen que no encajaba para nada con las pruebas.

Vanina también gastaba dinero en vestuario. Tres o cuatro veces al año, más o menos, se concedía algún capricho caro, con una clara predilección por ciertas marcas japonesas que estaban de moda, pero que carecían de logos e inscripciones icónicas. Un anonimato que para ella era tan valioso como la confección. Pero ahí terminaban sus conocimientos sobre precios. No tenía una idea clara de lo que Lorenza Iannino podía haber gastado en aquel vestuario, que tenía más firmas que un pedimento.

¿Quién mejor que Giuli podía iluminarla? Sin contar que tal vez incluso la conociera.

–Oye, Giuli, ¿tú crees que una chica que vive de una bolsa de estudios, de un sueldo de recién licenciada en un bufete legal y de alguna contribución por parte de la familia para redondear el mes, se puede permitir un bolso de Chanel, vestidos de Dolce e Gabbana y cosas así?

–No, con esos ingresos no.

–¿Es posible que tenga primas, beneficios de algún tipo, tal vez una comisión de los casos que gana? ¿O cabe la posibilidad de que haya comprado esas cosas rebajadas en internet?

Giuli sonrió al tiempo que sacudía la cabeza.

–Ni de broma. Y vale para ambas hipótesis.

–Lo suponía.

–¿De quién hablas, de Lorenza Iannino?

Esta vez fue Vanina la que sonrió.

–¿Qué sabes tú?

–Leo la prensa, tesoro. Además, en los tribunales solo se habla de su desaparición.

Lógico.

–¿Y qué se dice?

–Que a saber cómo ha acabado la pobrecilla. La versión con más partidarios es que alguien la engañó y la secuestró –dijo Giuli. Vanina expulsó el humo sin comentar nada, pero se le escapó una sonrisa socarrona–. Pero tú no piensas lo mismo –concluyó Giuli.

–No –respondió Vanina.

Giuli echó un vistazo a su alrededor. Se había formado una pequeña multitud de fumadores.

–Ya me lo contarás otro día –dijo–. Volviendo a tu pregunta: por como suele ir vestida y arreglada, la persona de la que hablamos gasta más que Adriano y yo juntos.

Vanina se terminó el cigarrillo y lo apagó en el jarrón de arena, lleno hasta arriba de colillas, que estaba junto a la puerta del local.

–Qué quieres que te diga, tendrá un patrocinador secreto –dijo, mientras buscaba las llaves del Mini en el fondo del bolso.

–Si te refieres a quien yo creo, andas muy equivocada –advirtió

Giuli, mientras echaba a andar a su lado para acompañarla al coche.

La subcomisaria aguzó el oído.

–¿Por qué?

–Porque tío más agarrado que ese no creo que exista.

–Anda, eso no lo sabía. ¿Ves como tengo que ficharte para mi equipo? –bromeó.

–Claro, así entre el comisario jubilado, el bigotes, la rubita guapa y yo formamos la armada Brancaleone.

Vanina se echó a reír al escuchar la referencia. Un homenaje a aquel domingo en que ella y Adriano, con la determinación de dos posesos, le habían chutado por vena los dos largometrajes homónimos, protagonizados por Vittorio Gassman. Giuli aún se lo echaba en cara.

Se despidió y subió al coche.

Veinte minutos más tarde estaba repantigada en su sofá gris con el portátil sobre las piernas. Se había preparado una taza de leche y unas galletas para compensar todo lo que no había comido durante la cena, si es que podía describirse así aquella especie de happy hour interminable. Lástima, porque lo poco que había comido no le había desagradado en absoluto.

Por suerte, era demasiado tarde para caer en la tentación de una llamada clarificadora.

Tras una cuarto de hora de zapeo, en busca de algo interesante, se topó con una versión televisiva de El marqués del Grillo. Abrió Google y con un ojo en la película y el otro en la pantalla del ordenador, procedió a revisar toda la información que encontró sobre las personas a las que debía interrogar al día siguiente. Tal vez porque estaba cansada, o tal vez porque a lo tonto a lo tonto ya era la una de la madrugada, o tal vez porque no encontró ni una sola noticia medianamente interesante, no consiguió terminar.

Se quedó dormida cuando el carbonario Gaspar acababa de convertirse en marqués. Se despertó una hora más tarde, mientras salían los créditos por encima de la imagen de Paolo Stoppa/Pío VII bendiciendo a los fieles desde una silla gestatoria que se tambaleaba.

Lo apagó todo y se fue a la cama.

12.

La subcomisaria Garrasi no soñaba nunca. O, si soñaba, nunca lo recordaba. Siempre había pensado que era una especie de sistema de autodefensa. Y, a juzgar por la angustia que experimentaba aquella mañana, era probable que así fuera. Otro par de experiencias oníricas de aquel tipo y acabaría de cabeza en la consulta del psiquiatra.

El sonido del teléfono la sacó de su duermevela.

Miró la pantalla y se quedó atónita.

–Comisario –respondió.

Eran las ocho menos cuarto.

–¿La he despertado?

Patanè la conocía lo bastante como para saber que era posible.

–Sí. Y menos mal, porque con lo dormida que estaba a saber a qué hora hubiera llegado al trabajo. Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué me llama a estas horas?

–No he pegado ojo pensando en algo que me vino a la cabeza anoche, pero ya era demasiado tarde para llamar. Me acordé de un detalle sobre el abogado del que hablábamos ayer. Si tiene diez minutos, voy a su despacho y se lo cuento.

–Comisario, ya sabe que para usted siempre tengo diez minutos. Y más, si hace falta. Pero no se preocupe, ya voy yo a su casa.

–¡Con las cosas serias no se juega! ¿A qué hora puedo ir?

–Pongamos a las nueve, que luego tengo que salir.

–Perfecto. A las nueve en punto estoy allí.

–De acuerdo, hasta ahora.

Mientras la Nespresso se calentaba, Vanina intentó averiguar por qué no se había despertado.

Las dos primeras alarmas, las que tenía programadas en el móvil, habían sonado como de costumbre y, también como de costumbre, ella las había desactivado mientras dormía. El tercer despertador, en cambio –un viejo Veglia de cuerda de 1930, cuyo sonido era capaz de despertar a un regimiento de perezosos– no había sonado. Lo había dejado estratégicamente en la cocina. Para apagarlo, habría tenido que levantarse de la cama y caminar hasta el estante que aquella reliquia, rescatada cuando habían vaciado la casa de los abuelos, compartía con la cafetera.

Con una taza en una mano y un Gauloises en la otra, abrió la

puerta ventana que daba al huerto de cítricos y salió. La puerta-ventana de Bettina estaba abierta de par en par, lo cual significaba que ya había salido a dar su paseo matutino. La muntagna estaba tranquila, con la cima cubierta ya por las primeras nieves. Un hilillo de humo era lo único que quedaba de la erupción que a finales de septiembre lo había cubierto todo de arena negra.

Trató de recordar la pesadilla que había tenido por culpa del viejo despertador. Recordó, aunque de forma confusa, que aparecía su padre. Estaba delante del instituto Garibaldi, en el lugar exacto en que lo habían asesinado. Y estaba hablando con Paolo. Ella también estaba allí, mirándolos.

No recordaba nada más.

La voz amiga del comisario Patanè la había ayudado a borrar todo lo demás.

Le cogió aún más cariño.

¿Qué sería eso tan importante que había recordado, hasta el punto de que no había podido pegar ojo?

Fue a abrir el agua caliente, convencida de que tendría que dejarla correr un rato, pero se dio cuenta de que al momento salía casi hirviendo. Maravillas de la nueva caldera.

Se vistió con dos jerséis superpuestos, de diverso grosor. Como una cebolla, decía Bettina, así una no se pone enferma. Pantalones negros, que estilizan la figura, y botas bajas. Cogió la chaqueta más ligera, pero metió la bufanda en el bolso, pues no sabía a qué hora iba a volver. Si las cosas salían como ella esperaba, tal vez fuera bien entrada la noche.

Pasó por el bar Santo Stefano y pidió un desayuno doble para llevar: dos cruasanes de crema y dos capuchinos.

Llegó a la sede de la Judicial a las nueve menos cinco. El equipo, como de costumbre, ya estaba reunido en el despacho de los críos. El escritorio de Bonazzoli parecía haber sufrido una invasión: Fragapane y Nunnari estaban sentados delante de ella, al parecer muy ocupados.

–¿Qué pasa aquí?

–Estamos localizando a todos los del chat para citarlos.

–¿Reacciones?

Marta no hizo ningún comentario.

–Mejor lo dejamos estar –dijo Fragapane.

Spanò estaba delante de su despacho.

–Jefa.

Vanina dejó las bolsas del desayuno sobre la mesa y le hizo una seña para que entrara.

–Esta mañana temprano no tenía nada que hacer y me he puesto a toquetear un poco el teléfono de Iannino. No sé cómo, pero he

conseguido encenderlo.

–Muy bien, Spanò. ¿Y qué ha descubierto?

–Que toda esa gente salió ayer del grupo de WhatsApp, por si las moscas.

–Supongo que lo habrán hecho de madrugada, nada más leer en la prensa la noticia de la desaparición.

–Casi todos menos cuatro: el diputado Alicuti y su hijo salieron la misma noche de los hechos. Susanna Spada, en cambio, al día siguiente. Ussaro a las once y cuarenta de la misma noche.

–Eso sí que es raro.

–Yo he pensado lo mismo, de hecho me he puesto a buscar entre las llamadas que dejaron mensaje en el contestador. Unas treinta, y no exagero, eran del hermano. Pobrecillo, daba mucha pena.

–O sea, ¿que ahora también podemos escuchar los mensajes de audio?

–¡Ahí quería yo llegar!

–A ver si estamos pensando lo mismo.

–He comprobado si por casualidad Iannino tenía en el teléfono... ¿cómo se llaman? Funciones, operaciones o no sé qué...

–Aplicaciones.

–Eso es, aplicaciones que permiten grabar las llamadas.

–¿Y las tenía?

–Pues sí. Y hasta tenía una que hace grabaciones ambientales.

Vanina meditó sobre esa cuestión.

–¿Había grabaciones?

–Muchas, jefa. Lo más interesante es que la última corresponde a la noche de la fiesta. Lástima, me cago en la leche, que precisamente esas no se oyen.

–Jod... ¿Y no podemos hacer nada para recuperarlas?

–He llamado a la Policía Postal. A ver si ellos lo consiguen con alguno de esos sistemas que tienen.

–Ojalá, Spanò, porque ese sí que me parece un tema importante. ¿Fragapane ha ido a la Científica?

–Sí, pero como es habitual en él, ha llegado demasiado temprano y no había nadie. Tiene que volver dentro de un rato.

El comisario Patanè se asomó al despacho de la subcomisaria al tiempo que llamaba a la puerta.

Chaqueta de espiga, corbata burdeos, periódico bajo el brazo. Recién salido del barbero.

Volvía a ser el de siempre.

–Buenos días a todo el mundo –dijo.

–¡Buenos días, comisario! –lo recibió Spanò, contento.

Los dejó solos y se fue a ocuparse del asunto del móvil.

–¡Bueno, comisario! ¿Qué quería usted contarme? –dijo Vanina,

mientras abría los paquetes del bar y le acercaba uno.

–¡Esto es un atentado a mi glucemia! –comentó Patanè, mientras se abalanzaba sin complejos sobre el cruasán. Acercó la silla al escritorio y se puso cómodo–. Anoche, mientras pensaba en el abogado Ussaro, me vino a la cabeza algo que había olvidado.

Sacudió enérgicamente un sobrecito de azúcar y lo echó en el capuchino.

Vanina esperó a que continuara. Conociendo a Patanè, seguro que no se saltaba ningún detalle.

–Hace unos cuarenta años, ocurrió algo trágico en la familia del abogado. Su primera mujer, no recuerdo cómo se llamaba, se suicidó. Se cortó las venas. Si no me equivoco, la encontraron en la bañera llena de agua. Se ocuparon los compañeros de la comisaría de Piana dell'Etna, porque allí es donde ocurrieron los hechos, pero se habló bastante en Catania. Dudas sobre el hecho de que se hubiera suicidado no había, de eso me acuerdo bien. Pero también recuerdo que el abogado tuvo problemas con alguien de la familia de ella. Una hermana, creo, que lo denunció por instigación al suicidio.

–¿Y cómo acabó la historia? –preguntó Vanina.

Tenía en la mano el último cuerno del cruasán, del cual rebosaba más crema que de costumbre. Aquella mañana, Alfio el pastelero se había superado a sí mismo.

–¿Que cómo acabó la historia, subcomisaria? Pues acabó en nada, como es lógico. La acusación era débil y el abogado tenía montones de testimonios que confirmaban que su conducta con la mujer era intachable. Sinceramente, creo que era cierto, aunque todo el mundo supiese que él era un personaje turbio.

–Este abogado cada vez parece mejor persona, ¿eh?

–Es una historia antigua, que además no tiene nada que ver con la chica desaparecida. Repito, nunca hubo dudas sobre el suicidio de la mujer de Ussaro. Si pide el expediente, podrá leerlo usted misma. Pero he pensado que le vendría bien saber todo esto para comprender mejor el carácter complicado de ese hombre en cuestión.

Era cierto, una historia así no podía estar relacionada con Lorenza Iannino, pero a Vanina le entraron ganas de profundizar un poco.

–Supongo que no recuerda nada más.

Patanè engulló el último trozo de cruasán y luego se limpió la boca con una servilleta de papel. Tenía azúcar glas por todas partes: americana, corbata, pantalones...

–No, subcomisaria. Para saber más tendríamos que leer el expediente. Pero no creo que sean más de cuatro hojas, me parece que no llegaron ni a juicio. Mi mujer es de Piana dell'Etna, es posible que tenga alguna amiga que sepa más cosas.

–¿Y su mujer estaría dispuesta a investigar un poco, discretamente?

–dijo, sonriendo ante la idea.

–¡Pues claro! Yo la convenzo.

Vanina recogió papeles y vasos, lo metió todo en una de las bolsas blancas y la arrugó hasta formar una bola. Le entraron ganas de lanzarla a la papelera, pero prefirió ponerse en pie y acercarse. Ocultar otra bola de papel lanzada desde el balcón no le iba a resultar fácil.

Spanò volvió a entrar en ese momento en el despacho de la subcomisaria e interrumpió la conversación.

–Un amigo de la Policía Postal me ha aconsejado que intente escuchar los audios desde el ordenador, conectando el móvil. El portátil de la chica debía de tener un programa para hacerlo.

Vanina lo miró como se mira a un genio.

–¡Es verdad! El portátil de Iannino es un Mac. Vaya a buscarlo, inspector.

Patanè, perplejo, siguió a Spanò con la mirada mientras este volvía a salir del despacho.

–Pero ¿de qué hablan ustedes? ¿Adónde va Carmelo?

Vanina se lo explicó. Y ya puestos, le habló también del grupo «Noches entre amigos». Tuvo que mostrarle en su iPhone en qué consistía un chat.

–Madre mía, ¡qué cosas tan raras! –comentó el comisario, incrédulo delante de aquella apoteosis de la tecnología–. Pero –reflexionó, concentrado una vez más– si la pobrecilla grabó algo la noche en que la mataron, es posible que sea un indicio importante, ¿no?

–Yo pienso lo mismo.

Spanò volvió con el portátil de Iannino y un cable para conectar el iPhone. Traía también a Nunnari, como servicio técnico.

–Me acaba de llamar Fragapane –comunicó.

–¿Y qué dice?

–Por suerte para nosotros, el volante del coche es de un material liso, así que han conseguido recuperar varias huellas. Pero no son de Iannino. O sea, también hay huellas de Iannino, pero mezcladas con otras. Una de esas otras huellas es perfecta porque también está grabada en el retrovisor. Y también la han encontrado en la manija de la puerta, que es cromada. A Pappalardo se le ha ocurrido la idea de comprobar si, por casualidad, esa misma huella aparecía en el asa de la maleta, que es de plástico liso. ¿Y sabe qué?

–Que la ha encontrado –respondió Patanè, que seguía atentamente la conversación.

De huellas dactilares sabía mucho, pues en su época era una de las pocas técnicas científicas que tenían a su disposición.

Conectaron el iPhone de Lorenza al Mac y enseguida se abrió iTunes.

Pero no hubo manera de escuchar el audio.

–Nunnari, déjame abrir algún que otro archivo de este ordenador, solo para ver qué hay. Ya sabéis qué quiero decir, lo revisó Lo Faro.

El oficial le cedió el sitio y se sentó a su lado. Vanina clicó en los iconos del escritorio. Causas. Informes. En su mayoría, firmados por Elvio Ussaro, aunque no hacía falta ser un genio para saber quién los había escrito en realidad.

Recibos de billetes de avión, a nombre de Lorenza y del abogado.

Tenía dos cuentas de correo, la del estudio y la personal. En aquellos tres días había llegado de todo: publicidad, spam y una cantidad enorme de correos falsos que Vanina definía como «infectaordenadores», porque quien se atreviera a abrir el archivo adjunto ya podía despedirse de su ordenador.

Le llamaron la atención los tres mensajes consecutivos que habían llegado a su correo personal unas semanas antes. Se los había enviado Lorenza Iannino a sí misma. Es un sistema que se usa cuando alguien quiere asegurarse de que un documento no se pierda. O, puestos a pensar mal –y ese era precisamente su trabajo– cuando se quiere conservar algo y evitar que se pierda entre los archivos del ordenador. El primer correo contenía tres cartas escaneadas. Escritas a mano, en hojas blancas y sin fecha. Eran todas muy parecidas: una serie de indicaciones detalladas sobre cómo y dónde depositar una cantidad, además de nombres de personas con las que «interactuar». Nombres de sociedades extranjeras: rumanas, marroquíes, maltesas... Las cartas las firmaba «E. U.».

Abrió el segundo correo. Los documentos escaneados eran más pequeños, pero también estaban escritos a mano, igual que los anteriores. Uno iba dirigido a un tal «Querido don Rino». Era una carta en la que se hablaba de una causa por una contrata adjudicada que alguien había recurrido. La parte contraria se definía como «razonable». A continuación se solicitaba invertir una cantidad para que «aquellos» siguieran «razonando». Después una respuesta. Tipo de letra distinto. Dirigida a «Querido Ussaro». En ambas se hacia referencia al «diputado».

Vanina, pensativa, se apoyó en el respaldo del sillón. Aún tenía el cigarrillo apagado entre los labios.

–Jefa –dijo Spanò.

–¿Qué pasa, Spanò? –dijo Garrasi, mientras apartaba lentamente la mirada de la pantalla.

–En su opinión son... –No terminó la frase porque tampoco era necesario. La mirada de la subcomisaria hablaba por si sola–. Con esas cartas es más que suficiente para solicitar que le intervengan el teléfono a Ussaro –propuso.

–Estas cartas valen mucho más que cualquier escucha, Spanò.

Patanè, con las gafas sobre el puente de la nariz, había acabado de leerlas.

–Y no solo para esta investigación –añadió.

Vanina asintió. Era exactamente lo mismo que estaba pensando ella.

–Y entonces, ¿qué hacemos? –preguntó Nunnari.

–Nada, aparte de lo que ya habíamos decidido. Spanò y yo iremos a hablar con Ussaro.

–¿Enseguida?

–Sí, enseguida. –Luego se volvió hacia Spanò–. El portátil de Iannino déjalo aquí, quiero dedicarle un poco de tiempo. Pasa todos esos documentos a una memoria USB.

–Sí señora.

Vanina se puso en pie, volvió a meter el cigarrillo en el paquete y se guardó el teléfono en el bolsillo. Antes de ponerse la chaqueta, se colocó bien la funda de la pistola.

13.

Mientras Vanina acompañaba a Patanè a la puerta, el Gran Jefe salió a paso redoblado de su despacho y se dirigió hacia ella. Prácticamente ignoró al comisario, que aprovechó para escabullirse.

–Garrasi –vociferó–, ¿puedo saber qué está pasando?

Entró en el despacho de Vanina, que lo miró sin entender. Ya el hecho de que la hubiera llamado Garrasi no auguraba nada bueno.

Tito se plantó en mitad del despacho.

–Vassalli me ha llamado hace un momento despotricando porque tú actúas sin su autorización y porque has citado a ciertas personas sin comunicárselo.

Algún cerdo le había ido con el cuento. Y muy rápido, además.

–Nada especial, Tito. Si he convocado a esas personas es solo porque creo que podrían proporcionarnos información útil sobre la desaparición de Iannino. Si surge algo concreto, lógicamente se lo comunicaré de inmediato al fiscal –respondió, en un tono aparentemente sereno.

Macchia la observó, contrariado.

–¿Me tomas por imbécil, Vani? No, lo digo en serio: ¿me tomas por imbécil?

–Perdona.

–Ahora repítelo todo sin tomarme el pelo.

–Yo nunca te tomaría el pelo, Tito. Lo sabes.

–Pues entonces deja de hablarme como si fuera Vassalli y explícame que te propones.

Vanina fue a sentarse a su sillón y Macchia se acomodó en la silla que estaba delante.

Le hizo un resumen de todo lo que habían descubierto.

–O sea, que Ussaro nos dijo que no había tenido noticias de la chica, pero en realidad aquella noche habló varias veces con ella e incluso la ayudó a organizar la fiesta.

–Por no decir que la organizó directamente él –precisó Vanina.

–Y un tipo como él, que sabe que lo primero que investigamos son los mensajes y las llamadas... ¿comete la estupidez de negarlo?

–Precisamente eso fue lo que me hizo pensar ya desde el principio que Ussaro estaba más implicado de lo que creíamos. Porque, en teoría, el teléfono de Iannino había sido destruido y arrojado al mar

con el cadáver. Pero eso solo podía saberlo quien se deshizo del cuerpo, o le ordenó a alguien que se deshiciera del cuerpo. Y, por tanto, está convencido de que no podemos llegar hasta él, así que no le importa mentir. Pero nadie sabe que el teléfono lo tenemos nosotros. Del mismo modo que nadie sabe que hemos encontrado la maleta y que hemos entrado en el chalé. La prensa, por lo menos, no lo ha publicado.

–O sea que, en tu opinión, las personas del chat no tienen ni idea de lo que sabemos.

–No, pero una cosa es cierta: todas, una tras otra, han ido abandonando el grupo en cuanto se ha publicado en la prensa la noticia de la desaparición de Iannino. Todas menos, qué casualidad, el abogado, que salió la misma noche del homicidio. Seguido del diputado y de su hijo.

–Que es el propietario del chalé.

–Exacto.

–Pero si dices que Ussaro está tranquilo porque cree que el teléfono quedó destruido, ¿cómo te explicas que fuera el primero en salir del grupo?

–Podría haber salido antes incluso de que se destruyera el teléfono.

Tito la miró, dubitativo, y luego respiró hondo.

–Pues vaya.

–Sin contar –añadió Vanina– que alguien entró en casa de Iannino después de que fuéramos nosotros. En este caso, supuestamente también en cuanto se publicó la noticia.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Tito, irguiéndose en la silla.

Le habló de los documentos desordenados.

–O sea, que alguien buscaba algo.

–Algo en papel que, en cambio, nosotros hemos encontrado en formato digital. Algo que Iannino se aseguró de conservar, hasta el punto de que lo escaneó. Algo, Tito, que sin duda le ha costado la vida.

El jefe adoptó una expresión grave.

–Esta historia es un marrón –dijo.

A modo de conclusión, Vanina añadió lo que le había contado Patanè.

–Esa historia me parece demasiado antigua, Vani –comentó Tito, precavido.

Desde ese punto de vista, con Garrasi nunca se podía estar tranquilo. Si se le antojaba, era capaz de hurgar entre los expedientes de medio archivo. Pero ¿cuántos antojos de aquella poli nata habían acabado convirtiéndose en intuiciones? Muchos. Él lo sabía mejor que nadie.

–A ver si conseguimos averiguar algo más –dijo Vanina.

Macchia se levantó trabajosamente de la silla. Lo cierto era que no le haría ningún daño pesar treinta kilos menos. Era raro que Marta no hubiera conseguido ponerlo a dieta, pensó Vanina, pero luego se dijo que cuando uno no quiere hacer ciertas cosas, no existe el modo de obligarlo. Y ella, que debería perder al menos ocho kilos pero no conseguía eliminar ni un solo gramo, lo sabía mejor que nadie. Se fijó en el envoltorio del desayuno, testigo de su falta absoluta de voluntad. Y Tito en eso se parecía mucho a ella. Fumador, carnívoro, gourmet y poco dado a renunciar a las cosas que le gustaban. ¡Pobre Marta!

–¿Sigues pensando que tendría que haber avisado a Vassalli antes de actuar? –le preguntó.

–Nunca he pensado eso.

–Y entonces, ¿por qué te has presentado así, hecho una furia?

–Porque no me has avisado a mí. Si tengo que protegerte las espaldas, tendré que saber que estás haciendo, ¿no?

–Tienes razón. En fin, si sirve de justificación, creía que lo sabías.

–¿Y por qué iba a saberlo?

–¿A lo mejor porque lo sabía Marta?

Tito se puso nervioso.

–Vanina, lo que hay entre Marta y yo es un asunto privado. Los temas de trabajo quedan al margen. Así que si quieres que yo sepa algo, vienes a verme y me lo cuentas. O, si estás ocupada, me mandas a alguien.

Vanina se sintió como una idiota.

–Claro –respondió–. Es más, te pido perdón si alguna vez me paso con las indirectas. No debería hacerlo.

–¡Anda ya! –dijo Tito, más calmado–. Sabes perfectamente que tus indirectas no me molestan para nada. Es más, a lo mejor es gracias a ti que Marta está cambiando de actitud, pero no quiero mezclar el trabajo con la vida privada.

–Y haces bien.

–En fin, ahora por lo menos sé qué contestar, o no contestar, a las mil llamadas que voy a recibir –dijo mientras se dirigía a la puerta.

La subcomisaria lo acompañó.

–Pero ¿estás de acuerdo conmigo en que tenía que aprovechar esa ventaja sin que nadie me pusiera palos en las ruedas?

Tito le puso una mano en el hombro.

–Vani, yo siempre estoy de acuerdo contigo, a estas alturas ya deberías saberlo. Es más, te voy a decir una cosa: lo que has encontrado en el ordenador de Lorenza puede allanarte el camino de un modo que ni siquiera imaginas.

–¿Y quién te dice que no lo imagino?

El comisario principal sonrió y asintió.

Estaba a punto de salir cuando llegó Nunnari correteando con una

hoja en la mano.

–¡Novedades!

Vanina y Macchia se volvieron a mirarlo. Por respeto a la jerarquía, Nunnari se dirigió al comisario principal:

–Por fin sabemos desde dónde se hicieron las llamadas anónimas que hemos recibido. ¡Es todo muy raro!

Vanina le quitó la hoja que llevaba en la mano.

–La primera se hizo desde un teléfono que corresponde a un bar del área de servicio Sala Consilina Est.

–En la autopista Salerno-Reggio Calabria –dijo Macchia, fascinado.

–La segunda desde el bar... Baccelli –dijo Vanina. Levantó la mirada, cada vez más desconcertada–. Roma.

–¿Roma? –repitió Tito, mesándose la barba.

–¿No es muy raro? –dijo Nunnari.

Desvió la mirada de la jefa al Gran Jefe. Que, por toda respuesta, entró de nuevo en el despacho y se acomodó en el sillón de la subcomisaria.

–Empiezo a estar bastante intrigado –dijo.

Vanina lo siguió, con la hoja en la mano y la mente concentrada en aquella noticia. Intuía que había que analizarla bien, porque precisamente por lo inesperada que era podía convertirse en la clave para entender qué estaba pasando.

–¿Vanina? –la llamó Tito.

Lo miró sin verlo, absorta en sus pensamientos.

–Nunnari, ¿me confirma usted que han citado a todos los que estaban en el chat?

–Sí, jefa.

–¿Qué estás pensando? –preguntó Macchia.

–Que, lógicamente, no todos los invitados a la fiesta estaban en ese chat.

–¿Por qué?

–Porque, si fuese así, ahora mismo faltaría alguien.

–¿Quién?

–La persona que me ha llamado dos veces y que afirma haber estado presente en el chalé, la que dice que la echaron para que no presenciara la muerte de la chica. Salvo que luego, en un segundo momento, descubrió dónde y cómo se eliminó el cadáver. Para tratar de entender lo ocurrido, podríamos decir que esa persona cogió un coche aquella misma noche y se fue a Roma. Pero luego le entraron los remordimientos y pensó que debía advertirnos de lo que había sucedido.

–Tiene bastante lógica.

–Lo que no tiene lógica es por qué esa persona sintió la necesidad de huir.

–¿Porque tiene algo que ver con el homicidio? –aventuró Tito.

–A lo mejor. O a lo mejor porque alguien la amenazó. Y, si es así, confirmaría que detrás de toda esta historia se esconde algo más gordo de lo que imaginamos.

La puerta entrecerrada del despacho se abrió lentamente y Bonazzoli se asomó.

–¿Puedo pasar, Vanina?

Vio a Tito sentado a la mesa, pero esta vez no se quedó bloqueada. Al contrario, lo saludó.

Vanina le hizo una seña para que entrase.

–He hablado con la guardia fronteriza. Como es lógico, no tienen novedades importantes, porque de lo contrario nos habrían avisado, pero han recuperado objetos. Entre ellos, un zapato de mujer, que se había quedado atrapado bajo los puntales de la plataforma de unos baños en Aci Trezza.

–Podría ser de Iannino –comentó el Gran Jefe.

–Podría –dijo Vanina–. Que nos lo traigan en cuanto puedan.

–Claro. Mientras, he pedido que me manden una foto.

Marta la abrió en el teléfono y se la mostró a Vanina.

Una sandalia negra, de tacón alto y ancho.

La siguiente foto era una ampliación de la marca, perfectamente legible. Saint Laurent.

Vanina soltó una risita.

–¿Les has pedido tú que fotografiaran la marca? –preguntó.

–Sí.

–Perfecto, muy lista –la felicitó–. Digamos que teniendo en cuenta la marca de lujo, existe la posibilidad de que sea de Iannino –le explicó a Tito, que la observaba con aire interrogante.

–Te la imprimo –dijo Marta.

–Sí. Se la enseñaremos a las personas a las que vamos a interrogar hoy. A lo mejor alguien se acuerda.

–Me parece que eres muy optimista –dijo Tito.

En ese momento llamaron a la puerta. Giustolisi, el jefe de la Sección del Crimen Organizado, asomó la cabeza al despacho y saludó.

–Comisario, tengo que hablar con usted –dijo.

Macchia se levantó de la silla.

–Voy. –Se volvió hacia la subcomisaria–. Muy bien, Vanina, tenme informado.

Le dedicó una discreta sonrisa a Marta y se fue.

14.

Paolo Malfitano, ayudante del fiscal, cerró el expediente con el que llevaba toda la mañana. Se restregó el rostro y se puso en pie. Abrió la ventana al máximo para ventilar aquel despacho en la segunda planta del Palacio de Justicia más legendario de Italia, por el cual habían pasado al menos una decena de personas en las últimas horas.

El aspirante a colaborador de la justicia al que acababa de interrogar junto al capitán Gazzara dei Ros era más tonto que un campo de coles recién abonado. Tanto en sentido literal como en sentido figurado. Finalmente lo había enviado directamente a la cárcel de Ucciardone, donde se quedaría quietecito hasta que la inspiración adecuada iluminase su tan cacareada colaboración.

Llamaron dos veces a la puerta.

–Adelante.

La fiscal adjunta Stefania Trizi entró mientras él regresaba al escritorio cojeando de forma más ostensible que de costumbre.

–¿Todo bien, Malfitano?

–Muy bien, gracias –le respondió.

–¿Te duele? –preguntó Trizi al tiempo que señalaba la pierna.

–No más que otras veces.

La mujer se sentó y Malfitano hizo lo mismo.

–¿Te has enterado de que se ha anunciado un puesto de fiscal adjunto?

Le acercó una hoja impresa. Paolo la observó un momento y luego la dejó sobre la mesa. Asintió.

–Lo solicitarás, ¿no?

–Pues claro –respondió, casi al instante.

A Trizi no se le escapó el casi.

–¿Es que tienes dudas?

Stefania era una mujer con la que podía hablar sin problemas. Llevaban tres años trabajando puerta con puerta, aunque no en las mismas investigaciones, y en esos tres años se habían cogido cariño. Paolo estaba a punto de superar el umbral de los diez años en la Dirección de Investigación Antimafia y no tardarían en obligarlo a dejar su puesto y trasladarlo a otro departamento. A la fiscal adjunta Trizi no le hacía demasiada gracia.

Con sus referencias, un cambio de destino habría permitido que

volvieran a asignarlo a antimafia.

–¿Sobre qué?

–No lo sé. A lo mejor estás valorando si es una buena ocasión para desintoxicarte de todo esto y vivir un poco tranquilo. Llevar una vida normal. Para nosotros sería una gran pérdida, pero dadas las circunstancias... lo entendería.

A Paolo se le escapó una sonrisa. Stefania se andaba con pies de plomo. Las circunstancias –eufemismo para referirse a las cartas con proyectiles y a las amenazas de muerte susurradas entre los muros de cárceles de máxima seguridad, que seguían llegándole un día sí y al otro también– no tenían nada que ver.

–¿Te parezco alguien que quiera desintoxicarse?

Trizi lo miró y entornó los ojos.

–No, pero nunca se sabe. Entonces, ¿qué ocurre?

–Nada. Solicitaré el puesto de fiscal adjunto, te lo aseguro –la tranquilizó.

¿Qué otra cosa podía decir? La idea que se le estaba ocurriendo tenía tan poca base que no era cuestión de contársela a la única colega con un cargo superior, además de la única que podía proporcionarle un informe fiable sobre la valoración que el Consejo Superior de la Magistratura pudiera hacer sobre él.

–Con la esperanza de tener alguna posibilidad de éxito –añadió.

–Yo no tendría muchas dudas en ese sentido. Además, ya sabes cómo son estas cosas. A veces nos deparan sorpresas.

Trizi volvió a ponerse en pie.

–Bueno, solo he venido a decirte eso. Me voy a comer. Mi marido me espera abajo.

Paolo la imitó.

–Espera, bajo contigo. Le he prometido a mi madre que iría a comer a su casa.

Estiró el cuerpo hacia el perchero cercano, apoyando el peso en la pierna izquierda. Cogió la chaqueta y se la puso.

–¿Te controlan de vez en cuando esa pierna? –le preguntó Stefania, con el mismo tono que usaba para dirigirse a su hijo de trece años.

–No hay mucho que controlar.

–Pues yo diría que sí. Te dispararon, no es que te hayas hecho un arañazo.

–Stefania, me dispararon hace más de cuatro años.

Trizi lo miró, no muy convencida.

–Lo que tú digas, pero a mí me parece que te duele.

–A estas alturas ya me he acostumbrado –la tranquilizó mientras recogía expedientes y documentos.

Era cierto. Es más, aquel dolor continuo que desde hacía cuatro años le atenazaba el cuádriceps femoral a veces casi le proporcionaba

un escalofrío de placer. El placer de estar vivo.

Acercó la mano al cajón del escritorio y vaciló un momento antes de coger una hoja que había imprimido unos días antes. La añadió al anuncio que acababa de darle Stefania y lo metió todo en un maletín de cuero que parecía a punto de explotar.

–Veo que tú también eres contrario a la tecnología digital –constató Trizi mientras salían del despacho.

–Totalmente contrario.

Descendieron a toda prisa. Se detuvieron bajo el porticado, en lo alto de una escalinata que en otros tiempos había sido mucho más larga. Desde que habían elevado el nivel de la calle, sin embargo, había quedado reducida a unos pocos escalones.

El coche de Paolo ya estaba esperando.

Saludó a Trizi y se detuvo a observar la plaza Vittorio Emanuele Orlando. Pasaba por allí miles de veces al día, pero nunca se fijaba. Aparte de la escalinata, en los últimos diez años había experimentado una remodelación total. Incluso se había construido un aparcamiento subterráneo. Sin embargo, a él seguía gustándole más la versión anterior.

El jefe de su escolta se le acercó de inmediato, contrariado. «¿Justo ahí arriba se tiene que parar, señor?». El pobrecillo tenía razón. El suyo ya era un trabajo difícil de por sí, plagado de riesgos: si encima le tocaba proteger a alguien tan descreído, fatalista e indisciplinado como él, se convertía en una auténtica carrera de obstáculos.

Paolo entró en el coche, que arrancó de inmediato. En el asiento había un ejemplar de La Repubblica que había olvidado aquella mañana. Lo abrió, fue pasando las páginas hasta llegar a la crónica de sucesos regional. La desaparición de la abogada catanesa era, de nuevo, el tema destacado. Tres artículos que Paolo se saltó directamente para detenerse en la parte inferior de la página, en la que aparecía una fotografía tamaño carné de la subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi. Que, según el rotativo, «avanzaba a tientas».

Fue a coger el teléfono por instinto. Lo sacó del bolsillo y se lo quedó mirando largo rato, sin decidirse. Desbloqueó la pantalla, luego volvió a bloquearla. Lanzó el teléfono al asiento, con rabia.

¿Cómo cojones se le había ocurrido aceptar una promesa tan difícil de cumplir? No llamarla más, no escribirle más...

Ahora, sin embargo, estaba obligado a respetarla. Porque aunque solo existiera una posibilidad...

En la calle Volurno encontraron el tráfico de costumbre. El coche permaneció inmóvil varios segundos delante de Porta Carini. Paolo se volvió a mirarla. Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que había pasado a pie por allí, la última vez que se había adentrado en las callejuelas del mercado del Capo. Sin rémoras. Sin

miedo. Sin peligro.

Abrió el maletín y sacó la hoja que había cogido del cajón. Leyó el contenido con atención y luego la guardó en un bolsillo lateral junto con el anuncio que le había dado Stefania. De momento era mejor que se quedase allí. Confinada. Junto a aquella idea que le martilleaba el cerebro desde hacía días y que le hizo compañía hasta que el coche se detuvo en la calle Emerico Amari.

El teléfono, abandonado en el asiento, empezó a sonar.

Paolo contempló la pantalla con una sonrisa ceñuda. Sorprendido.

15.

Vanina había dejado a Spanò en el coche y estaba recorriendo a toda prisa el pasillo de la fiscalía. Se detuvo delante de la puerta del fiscal Vassalli y envió el mensaje acordado. Si la idea genial que se le había ocurrido daba resultado, mataría dos pájaros de un tiro. Llamó y entró.

La habitación parecía una sauna finlandesa. Temperatura tropical, ventanas cerradas a cal y canto y esencia de menta flotando en la atmósfera. El aire resultaba irrespirable. El fiscal que masticaba caramelos balsámicos con determinación, como si estuviera en un anuncio de Ricola. Estaba prácticamente afónico.

Debía de tratarse de una epidemia.

–Adelante, subcomisaria, póngase cómoda. Me decía usted que tenemos nuevos indicios sobre el caso de la chica desaparecida.

Aún estaba furioso por el tema de las citaciones, aunque Macchia había conseguido tranquilizarlo bastante.

–Tras entrar en el ordenador de Iannino, hemos encontrado algo que ya de por sí constituye un grave indicio de delito contra dos personas relacionadas con el presunto homicidio –le explicó Vanina.

Le entregó la memoria USB en la que Nunnari había guardado el documento. El magistrado la introdujo en su ordenador.

–Venga a este lado de la mesa, subcomisaria.

Vassalli leyó todos los documentos que ella había seleccionado. Volvió a leerlos. Empezó a ponerse nervioso y a darse aire con una carpeta.

El olor a menta se hizo aún más fuerte. Vanina temió entrar en hipoxia.

–Son cartas muy delicadas. Son...

–Pizzini –sugirió la subcomisaria, justo cuando alguien llamaba a la puerta.

El fiscal se tocó la frente, que se le estaba empezando a perlar de sudor.

–Adelante –dijo, lo más alto que le permitió su voz.

Eliana Recupero, ayudante del fiscal, entró en el despacho.

–¡Madre mía! Aquí no se puede ni respirar, Franco.

Se volvió hacia Vanina.

–¡Subcomisaria Garrasi! Es un placer volver a verla.

Se abrazaron y se dieron dos besos, como si llevaran mucho tiempo sin verse.

Vassalli sabía que las dos mujeres se profesaban un gran cariño y que compartían opiniones, lo cual hacía que le resultaran doblemente antipáticas. Garrasi ya tenía la costumbre de enfrentarse a él, lo único que le faltaba era que Recupero le pusiera el turbo para que no hubiera forma humana de pararla.

Más o menos era eso lo que, en un sentido más positivo y cada una por su lado, pensaban tanto Vanina como Eliana.

–Pero disculpadme, no quería interrumpir –dijo Recupero, sin moverse ni un centímetro.

Vassalli tardó un poco más de los tres minutos que Vanina había calculado en empezar a ver la luz. Se dio cuenta de que, con un poco de suerte, conseguiría endilgarle aquella patata caliente a otro.

–No, qué va, si no molestas. Es más, llegas justo a tiempo. Precisamente, la subcomisaria me estaba enseñando algo que podría ser de tu interés.

Vassalli consideraba que los de la Dirección de Investigación Antimafia eran de otro planeta. Los apreciaba, pero no tenía intención de intimar con ellos. Antes prefería pasarse al derecho civil y adiós muy buenas.

Recupero se acercó y, en pocos minutos, echó un vistazo a todas las cartas. Pizzini, como ella misma confirmó.

–Son elementos muy importantes para una investigación que estoy llevando. ¿Cómo los ha encontrado, subcomisaria?

Vanina le explicó a grandes rasgos el caso de Lorenza Iannino.

–Bien, subcomisaria, dadas las circunstancias será útil que colaboremos. Como es lógico, es posible que en su caso aparezcan otros elementos importantes, que deberá comunicarnos de inmediato. Mientras, si me da un par de horas pido enseguida que intervengan el teléfono de Ussaro. A ver qué dice. Pongamos que la chica lo estaba chantajeando con esas cartas. Seguro que en cuanto la subcomisaria Garrasi vaya a verlo algo nos contará. Vamos a hacer una cosa, Franco: le pido al fiscal que nos respalde.

Vassalli, que estaba a punto de suspirar de alivio, se quedó sin respiración. Mierda, se acababa de meter en un lío muy gordo él solito.

Spanò había aparcado en doble fila delante de la panadería de la esquina. Mientras esperaba, se había zampado un hojaldre relleno y una porción de pizza. En ese momento volvía del bar al que había ido a tomar el café.

Vanina entró en el coche con una media sonrisa pegada en el rostro. Había tenido una idea genial.

–Discúlpeme, inspector, pero esta parada en la fiscalía era imprescindible.

Spanò arrancó.

–Ussaro no está en la facultad ni en su estudio. La secretaria me ha dicho que está en un congreso, en el aula magna del monasterio benedictino –le comunicó.

–Pues vamos –dijo la subcomisaria.

Abrió un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Spanò.

–Venga, le cojo uno –dijo.

Lo máximo que se concedía era un cigarrillo después del café, un par de veces por semana.

Vanina sacó su teléfono e hizo una llamada.

–Marta, reúnete con nosotros en el monasterio benedictino dentro de un cuarto de hora. Aula magna, parece que hay un congreso. Y tráete a Lo Faro para que te haga compañía. No os acerquéis a nosotros. Quedaos por allí, hasta que yo os llame y os diga lo que tenéis que hacer.

Colgó.

Spanò intentaba entender algo.

–¿Puedo preguntarle qué estamos haciendo, subcomisaria?

–Estamos yendo a hablar con Ussaro.

–Vale, eso ya lo sé, pero... ¿Bonazzoli y Lo Faro?

–Los necesitaremos más tarde.

Nada que hacer, era el momento en que Garrasi dosificaba las noticias. Había que seguirla sin entender del todo qué se traía entre manos. Era un fastidio, sobre todo para él: sabía perfectamente que era su preferido, pero también formaba parte de su sistema. Así era y así debía seguir siendo para que todo funcionara bien. A aquellas alturas, Carmelo Spanò ya sabía que la subcomisaria se lo contaría todo cuando llegara el momento.

Vanina hizo otra llamada, esta vez a Nunnari.

–Escúcheme bien, Nunnari: Ferlito, de Crimen Organizado, irá en breve al despacho con una orden para intervenir las comunicaciones de Ussaro. Pónganla en marcha enseguida, por favor.

–Muy bien, jefa, no se preocupe.

Colgó y miró a Spanò, que sonreía bajo el bigote. Sin duda, había empezado a entenderlo.

El monasterio benedictino de San Nicolò l'Arena fue todo un descubrimiento para Vanina. Para dar con el aula magna Mazzarino, donde el profesor Elvio Ussaro llevaba media hora de perorata en un congreso titulado «Lucha contra la corrupción», ella y Spanò habían tenido que recorrer medio monasterio. Elegantes escalinatas, claustros del siglo XVIII, pasillos que no terminaban nunca y que, cuando lo

hacían, desembocaban en otros pasillos repletos de puertecitas. Celdas monásticas reconvertidas en alojamiento de los docentes y pequeñas aulas del departamento de Ciencias Humanísticas.

Después de haberlos visto asomar por tercera vez por la misma abertura, dos estudiantes caritativos decidieron echarles un cable y acompañarlos. Convencidos de haber rescatado a dos turistas despistados, los dos jóvenes se habían convertido en improvisados cicerones y habían acompañado el laberíntico recorrido con un centenar de datos sobre el edificio, su historia y los motivos de que aquel convento eclesiástico de la época de los virreyes se hubiera convertido, después de tres siglos, en un recinto universitario. Al final de aquella inmersión derobertiana, Vanina casi se llevó una desilusión cuando del antiguo refectorio, hoy aula magna, en lugar de salir un Blasco Uzeda sacio de comida se les acercó el profesor Elvio Ussaro.

–¡Buenos días, subcomisaria Garrasi! Mi secretaria me ha dicho que me estaba buscando –la recibió, ignorando como de costumbre a Spanò.

Corbata de lunares amarillo limón, chaqueta marrón, pantalones marrones, mocasines de color cuero. Un puñetazo en todo el ojo para cualquiera con un mínimo sentido del gusto. Tras él, un séquito de personas entre las que se encontraban Susanna Spada y Nicola Antineo. Por último, un poco apartada, Valentina Borzí vestida como si estuviera a punto de ordenarse monja de clausura.

Vanina divisó a Bonazzoli y Lo Faro, que daban vueltas por el aula con aire indiferente. ¿Cómo habían conseguido llegar tan pronto?

–Señor Ussaro, lamento importunarlo, pero la alternativa era citarlo en comisaría. Supongo que aquí también podemos charlar un poco, ¿no le parece?

–Por supuesto. ¿Prefiere que salgamos?

La puerta cristalera del aula magna, que estaba abierta, daba a un jardín al que se accedía bajando una escalera de hierro. Más allá, al otro lado de un arco, se veía una salida directa a la calle.

–De haberlo sabido antes... –se le escapó a Spanò, que había vivido felizmente cincuenta y seis años sin conocer la historia del monasterio y preferiría habérsela ahorrado también aquel día.

Ussaro indicó a sus chicos que lo esperaran arriba, pero la subcomisaria le comunicó que la charla incluía también a la abogada Spada. La joven los siguió, perpleja.

Bajaron al jardín y buscaron una zona tranquila, apartada de miradas y oídos extraños.

–Iré directa al grano –empezó a decir Vanina–. La otra mañana, cuando les pregunté si el lunes por la noche habían visto a Lorenza Iannino después del trabajo, o si habían hablado con ella, ninguno de ustedes me dijo la verdad. ¿Puedo saber por qué?

Se quedaron los dos de piedra.

–¿De qué habla, subcomisaria? –preguntó el profesor, al tiempo que erguía los hombros de golpe y alzaba la mirada que, como era habitual en él, había mantenido clavada en el empedrado del suelo.

–Del hecho de que ustedes dos no solo hablaron con Iannino, sino que participaron activamente en la fiesta que ella había organizado.

El abogado sonrió.

–¡No sé quién puede haberle contado semejante estupidez!

Vanina lo fulminó con una mirada gris como la hoja de un cuchillo.

–Abogado, quiero recordarle que le he hecho un favor viniendo aquí, en lugar de citarlo en comisaría como he hecho con todos los demás.

–Pues entonces perdóneme usted la franqueza, pero si le soy sincero no sé de qué habla –dijo, al tiempo que le lanzaba una mirada a Spada.

La joven guardaba silencio, con una expresión más oscura que su pelo.

–Ah. Entonces, ¿el grupo «Noches entre amigos» no les dice nada?

Se sobresaltaron los dos, esta vez de forma visible.

–Forman parte los dos. No, perdón, formaban parte, puesto que nada más conocerse la noticia de la desaparición de Lorenza todo el mundo salió del grupo. Usted, abogado, fue el más rápido: salió la misma noche de la fiesta.

Ninguno de los dos respondió.

–¿Va a decir otra vez que es una «estupidez» o ya podemos empezar a hablar en serio?

–¿Puedo preguntarle cómo ha sabido lo del grupo?

El muy cerdo debía de estar devanándose los sesos para saber quién era el traidor que había aireado lo de sus noches entre amigos.

–No importa. Prefiero que responda a mi pregunta.

–Subcomisaria, tiene que entenderme. Soy un hombre casado. Era una fiesta a la que acudí sin mi mujer, luego me entraron remordimientos.

Vanina tuvo que esforzarse para no reír.

–Ah, los remordimientos. –Se volvió hacia la mujer–. ¿Usted también tenía remordimientos, señora Spada?

–No. Es solo que no quería que me implicaran en una historia con la que no tengo nada que ver.

–¿Qué historia? ¿La desaparición de Lorenza?

–Pues claro, subcomisaria –intervino Ussaro–. Porque, verá usted, nosotros no sabemos absolutamente nada de lo que le ocurrió después a la pobre Lorenza. En aquella fiesta había mucha gente.

–Sí, sí, lo sabemos. Música, ostras, champán. –Hizo una pausa y los observó durante un segundo–. Cocaína.

Se quedaron los dos atónitos.

–¿Cocaína, en serio?

Una actuación de óscar.

–¿No lo sabía?

–Pero... ¿cómo iba yo a saberlo?

Garrasi empezaba a ponerse nerviosa y Spanò se dio cuenta.

–Letrado, será mejor que hablemos claro. Conocemos perfectamente el contenido del chat. Palabra por palabra. Y no solo de ese grupo.

–Entonces –saltó Ussaro– ¡alguien les ha mostrado conversaciones que podían incluir información privada! Estoy asombrado...

–Pues no se asombre, letrado, que ninguno de sus amigos se ha tomado la molestia de contarnos nada. La conversación la hemos recuperado nosotros.

El silencio que siguió resultaba ensordecedor.

Vanina interpeló de nuevo a Susanna Spada:

–Reformulo la pregunta que ya le había hecho. ¿Cuándo fue la última vez que habló con Lorenza Iannino?

Spada permaneció impasible.

–La noche de la fiesta.

–¿Sabría decirme a qué hora?

–No sé muy bien, hacia las once. Yo me marché temprano.

–Inspector, saque la fotografía –dijo Vanina.

Spanò sacó la foto del zapato, impresa y metida en una funda de plástico.

La subcomisaria se la entregó a Spada.

–¿Sabrían decirme si Lorenza llevaba este zapato aquella noche?

–No lo sé, no me acuerdo –dijo la joven, sacudiendo la cabeza con los labios torcidos hacia abajo.

Se la pasó a Ussaro con un gesto de indiferencia, pero este se apresuró a reivindicar una incapacidad masculina para opinar sobre el asunto.

–Señora Spada, de momento no tengo más preguntas que hacerle. Esté localizable –se despidió Vanina, al tiempo que volvía a guardar la foto en una carpeta y se la pasaba a Spanò.

Susanna cogió su bolso, que había dejado sobre un murete de piedra, y se volvió.

–Disculpe, comisaria, pero ¿por qué?

–¿Por qué qué?

–¿Por qué tendría que ser de Lorenza ese zapato?

Vanina vaciló. Pero en fin, tarde o temprano explotaría la bomba.

–Porque creemos que Lorenza Iannino no desapareció, sino que la asesinaron. Es muy probable que arrojaran su cadáver al mar desde la zona de Aci Trezza. Estamos tratando de recuperarlo. El zapato

apareció precisamente allí.

Spada se quedó atónita.

–¿Asesinada? Pero... ¿cómo? ¿Y quién lo hizo?

–Es lo que estamos intentando averiguar. De momento hemos encontrado su sangre, tanto en el chalé como en la maleta en la que probablemente la metieron para arrojarla al mar.

Vanina iba a por todas.

–Entonces, usted está investigando un presunto homicidio. La próxima vez que quiera hablar con nosotros, le agradecería que nos cite en presencia de un colega penalista –dijo Ussaro, en tono hostil.

–Si usted quiere, letrado... Pero no sé si le conviene mucho hacer oficial su implicación en los hechos. Sobre todo teniendo en cuenta sus «remordimientos».

–¿Qué quiere usted decir?

Vanina despidió por segunda vez a Spada, que se marchó.

–Verá, letrado, en la maleta que creemos que contenía el cuerpo de Lorenza, estaba también su iPhone. Roto, medio destrozado, pero no tanto como para que no pudiéramos recuperar el contenido. Usted sabe qué hay en ese teléfono, ¿verdad?

Ussaro se quedó momentáneamente sin argumentos.

–Bien, ya veo que lo sabe.

–Eso no tiene nada que ver con el hecho de que alguien la haya matado –replicó Ussaro, en un tono aún más arrogante.

–No, pero seguro que sí tiene mucho que ver con la relación que Lorenza tenía con usted. Y con las ventajas que obtenía. ¿Quiere hablar aquí o prefiere que lo cite oficialmente?

–No hay nada que decir, aparte de lo que usted ya ha entendido. Sí, tenía una relación extraconyugal con Lori. Sí, lo sé, podría ser mi hija, pero no creo ser ni el primer ni el último hombre que sucumbe a la seducción de una mujer mucho más joven. Y que luego la recompensa como puede.

–¡Eso está claro! En cualquier caso, no es lo que me interesa. Lo que me interesa saber es por qué usted, que tenía una relación, vamos a decir, especial con Lorenza, fue el primero en abandonar el chat, la misma noche de la fiesta.

Ussaro desviaba la mirada de derecha a izquierda, siempre por debajo del horizonte visual de la subcomisaria. Parterre, escalera de hierro, otra vez parterre.

–Había decidido dejarla.

Bien pensado, se dijo Vanina.

–¿Y por qué?

–Porque sospechaba que iba con otros hombres. No me gusta ser uno más.

–¿Y sabe quiénes eran esos otros hombres?

–Tengo algunas sospechas, pero ninguna certeza.

Vanina no le hizo el favor de pedirle nombres.

–Entiendo. ¿Así que por eso se marchó deprisa y corriendo de la fiesta con los demás invitados?

–¿Deprisa y corriendo? ¿Por qué?

–No lo sé, dígamelo usted. Tenemos un testigo que afirma haber visto su Ferrari alejándose a toda velocidad del chalé a las 23:30, junto a varios coches más. Apenas diez minutos antes de que usted saliese del chat.

Ussaro repasó con la mirada el empedrado de todo el jardín.

–Ya se lo he dicho, subcomisaria. Quería romper la relación. Me marché cuando se fueron los demás porque no me apetecía quedarme allí con ella. –Se tapó los ojos con una mano–. Discúlpeme, aún me cuesta creer que…

Vanina no dijo nada. Al parecer, Ussaro había comprendido por fin que por lo menos debía fingir estar un poco conmocionado ante la noticia de que su amante había sido asesinada.

–¿Recuerda si alguien se quedó en la casa con Lorenza?

–No, no lo recuerdo.

Suficiente. De momento.

–Muy bien, letrado. Por mi parte, no hay más preguntas.

Ussaro hizo ademán de cederle el paso en dirección a la escalera.

–No, el inspector y yo salimos por aquí.

–Entonces adiós, subcomisaria Garrasi.

Le tendió una mano flácida y Vanina se la estrechó.

–Ah, una última pregunta –dijo la subcomisaria, cuando el abogado ya había subido la mitad de la escalera–. ¿Recuerda dónde había aparcado Lorenza su coche aquel día?

–Un poco más adelante en la misma acera. Debajo de un árbol, creo recordar –respondió el abogado sin necesidad de pensar.

Vanina lo saludó de nuevo.

Un minuto más tarde, aquel jardincito recóndito se convirtió en el refugium peccatorum de todos los fumadores del congreso durante la pausa para comer. Habían terminado justo a tiempo.

Sonó el teléfono de Vanina. Era un número desconocido.

–¿Diga?

–¿Subcomisaria Garrasi?

–Sí.

–Soy Fortunato Bonanno, el vecino de la chica desaparecida.

–Ah, buenos días, dígame usted.

–La llamo porque… he recordado la marca del coche rojo que vi aquella noche en el patio. Era un Ferrari.

Vanina sonrió con más cordialidad que ironía.

–Gracias por la información, señor Bonanno.

–Considéreme a su disposición, subcomisaria.

–Lo tendré en cuenta.

Colgó mientras le daba vueltas a una idea.

Desde allí, el camino para volver al coche era más fácil: todo recto por una pasarela de hierro, cruzando los restos de un muro antiguo. Luego había que bajar otra escalera y después a la derecha, hacia una callejuela con una verja al fondo.

Vanina se detuvo y llamó a Bonazzoli.

–Marta, ¿estáis delante del aula magna?

–Sí, estamos aquí.

–El tipo con el que me has visto hablar antes es Elvio Ussaro. A partir de este momento, no lo pierdas de vista.

–Está aquí. Hablando con una chica de pelo negro.

–Que no se te escape. Intenta enterarte de lo que dice. Tragaos todo el congreso si hace falta. Esperáis a que se marche y lo seguís.

–Si no lo he entendido mal, están esperando a que abran el bufé.

–Perfecto, pues os coláis.

–¡Qué dices! Si no estás inscrito en el congreso, no puedes entrar en el aula magna, menos aún en el bufé.

–Pues os inscribís.

–Vale, pero que sepas que cuesta cincuenta euros.

–¿Y a mí que me importa que cueste cincuenta euros, Marta? Ya pasaréis una nota de gastos.

–Vale.

–Que vaya bien el congreso.

La idea de Lo Faro sentado mientras escuchaba una serie de intervenciones más o menos ampulosas le resultaba cómica.

Spanò le señaló un edificio antiguo a la izquierda.

–Aquí estaba antes el Instituto de Medicina Legal de la universidad, pero después lo trasladaron al Policlínico.

«Edificio Ingrassia», podía leerse.

Salieron por una verja peatonal y volvieron a la plaza Dante. Dejaron atrás la iglesia de la fachada inacabada y llegaron a la entrada principal del monasterio benedictino. Vanina aminoró un poco el paso y contempló de nuevo el edificio. Majestuoso.

–No vivían mal estos monjes, ¿eh? –comentó Spanò mientras iban a buscar el coche, que estaba bajo los árboles.

–Alguno de ellos, nada mal –fue la respuesta de la subcomisaria, que estaba pensando de nuevo en los Uzeda.

¿Tenía en su colección la versión cinematográfica de Los virreyes?

Ya eran las dos.

–Subcomisaria, ¿usted tiene intención de comer o algo parecido? –le preguntó Spanò, perplejo.

Llevaban tres horas fuera y no la había visto tomar ni un capuchino.

–¿Le consta a usted que yo me haya saltado alguna vez una comida?

–La verdad es que no.

–¿Y entonces? Por cierto, ¿usted qué?

–Yo he comprado un par de pastas en la panadería, pero si quiere la acompaño igualmente. Así me cuenta qué está pasando, ya sabe que luego me sabe mal si meto la pata.

Aquella protesta disfrazada de apuro hizo sonreír a Vanina: a Spanò no le cuadraba que ella lo mantuviese al margen de lo que se traía entre manos.

Pero ¿podía contarle que se había inventado una pantomima para dejar fuera de juego a Vassalli?

–Le prometo que más tarde le cuento lo que está pasando. Hágame usted un favor: déjeme delante de los tribunales, que he quedado para comer con alguien.

Cogió el teléfono, llamó a Nunnari y le dijo que fuera a buscar un coche de servicio.

–La verdad es que me había puesto ya con el teléfono intervenido de Ussaro.

–Ah, sí, ¿qué dice?

–Nada, de momento solo ha llamado a su mujer, pero se la ha ventilado en un minuto y le ha dicho que tenía que ir a comer.

–Vale, deja a Fragapane con eso y ven a traerme el coche. Al revés no puedo hacerlo, perdería un montón de tiempo.

Captó una carcajada muda.

Colgó y se volvió de nuevo hacia Spanò.

–A ver, inspector, usted espera a Nunnari y luego vuelve a la oficina. De camino, pasen por la Científica y entregue la funda de plástico con la foto. Pida que comparen las huellas dactilares que encontrarán con las que aparecieron en el coche de Iannino y en la maleta.

Spanò asintió.

–De acuerdo, jefa.

No era necesario que le preguntara a qué venía aquella petición. Es más, lo cierto es que estaba empezando a entenderlo todo.

–En cuanto llegue, sustituya a Fragapane con el teléfono intervenido de Ussaro. No creo que tarden mucho en llegar las personas del chat que hemos citado. Llévenlos a la sala de espera y que se queden allí hasta que yo llegue. Y, sobre todo, dígale a Fragapane que esté pendiente de si reciben llamadas.

–Tranquila, subcomisaria. Cuando Salvatore aguza el oído, es capaz de escuchar hasta los ultrasonidos.

16.

Eliana Recupero había respondido al mensaje que Vanina le había enviado un momento antes. Habían quedado en el café que estaba en la esquina de la plaza Verga. Era un lugar frecuentado por todos los jueces y abogados de Catania: en sus mesas se habían parido ríos de sentencias y se habían debatido más casos que en las salas del Palacio de Justicia. Las dos hubieran preferido ir a otro sitio, pero solo tenían media hora de tiempo, así que más no se podía hacer.

Cuando Vanina llegó, la fiscal estaba entrando en el bar. Nunnari acababa de bajar del coche y se acercaba con las llaves en la mano.

Los dos hombres se marcharon y Vanina alcanzó a Recupero.

Eligieron una mesa al fondo de la sala, que a aquellas horas no estaba demasiado llena.

–He actuado enseguida, aplicando el procedimiento de urgencia –dijo Eliana–. La orden de intervención de las comunicaciones, como ya le dije, se la he dado al inspector Ferlito. Sus teléfonos ya están intervenidos.

–Sí, me lo acaban de decir mis hombres. Gracias, fiscal.

–Gracias a usted. Ya nos habíamos topado antes con el número de cuenta corriente escrito en uno de los pizzini de la chica asesinada, pero no conseguíamos situarlo en ningún lado. Esta mañana, cuando me ha llamado usted para pedirme ayuda, me he prestado enseguida a esa pantomima, sobre todo porque he pensado que debe de tener usted algo importante entre manos para haberme hecho esa propuesta tan curiosa. Solo una persona con su experiencia habría pillado al vuelo de quién se trataba y se habría movido tan deprisa.

–En realidad, lo he hecho también por otro motivo.

–Lo sé, pero en este caso la ayuda será recíproca. Mientras usted investiga el presunto homicidio de Iannino, es posible que descubra delitos, vamos a decir, accidentales. Yo, por mi parte, le daré carta blanca a la hora de solicitar lo que necesite. –Se inclinó hacia su bolso y sacó varias hojas de papel–. Mientras, empecemos por aquí: estos son los registros del teléfono de Ussaro.

Vanina la observó estupefacta.

–¿Cómo ha conseguido recibirlos tan rápido?

–Tengo mis recursos.

Pidieron dos sándwiches y dos zumos de naranja.

–Ahora, póngame al día sobre la investigación –dijo Recupero–. Tenga en cuenta que, a partir de mañana, Vassalli y yo colaboraremos oficialmente.

–No sé si eso le conviene mucho –ironizó la subcomisaria.

–¡No, mujer! Vassalli no es mala persona. Es un blandengue, como tantos otros que por desgracia encontramos en todos lados; de lo contrario, habríamos ganado hace ya mucho tiempo. No molestes al perro que duerme es la mejor regla cuando uno quiere vivir tranquilo. Y le aseguro que Vassalli no aspira a otra cosa.

–No lo pongo en duda, pero comprenderá usted que en una situación así, es un estorbo.

–Claro que lo comprendo. ¡Y por eso estamos aquí!

No hacía mucho que se conocían, pero habían conectado enseguida. Eliana, junto a Tito Macchia, había sido la principal defensora de un posible regreso de la subcomisaria Garrasi a la Sección del Crimen Organizado. Hipótesis que Vanina había cortado de raíz, sin aceptar protestas por parte de ninguno de los dos.

Vanina le explicó un poco mejor lo que habían descubierto hasta el momento.

–Es decir, que la única hipótesis que en estos momentos tiene un poco de sentido es que esas cartas fueran una especie de método de extorsión que le costó la vida a la chica –concluyó la fiscal.

–En teoría, podríamos también imaginar la posibilidad de que alguien, tal vez ese otro hombre hipotético que ha insinuado Ussaro, se encontrara con Lorenza después de la fiesta, la atacara y la asesinara en el sillón. Y que luego urdiera el plan de meterla en esa maleta que, supongo, encontró en el chalé.

–Es posible, pero intuyo que usted no se lo cree –afirmó Recupero.

–¿Y usted sí?

–No lo sé. Yo no doy nada por descontado. Analizo en función de los indicios.

–Porque usted es fiscal –sonrió Vanina– y yo soy poli. Y los polis a veces no analizamos, sino que intuimos.

–Y nosotros nos beneficiamos de sus intuiciones.

Llegaron los sándwiches.

–En fin –prosiguió Vanina–, bromas aparte, yo no me creo para nada lo que dice Vassalli. Primero, porque estoy bastante segura de haber reconocido en la grabación la cabeza de Ussaro al volante del Corolla de Iannino. Segundo, porque la mujer anónima que nos llamó asegura que la echaron cuando se produjeron los hechos. Y eso encaja con lo que cuenta el vecino de la casa de al lado, que vio marcharse deprisa y corriendo a todos los invitados.

–Incluido Ussaro.

–Incluido su coche, a decir verdad.

–Ya. Y la mujer anónima ha huido nada menos que a Roma. Todo muy misterioso.

Terminaron el sándwich en pocos minutos, sin dejar de consultar la hora ninguna de las dos. Recupero tenía que ir a interrogar a un 41-bis en la cárcel de Bicocca y Garrasi tenía prisa por hacer una paradita en un sitio antes de ir a recibir a los «amigos» de las noches de Iannino.

–Hablamos mañana por la mañana –dijo Recupero, mientras se ajustaba con un golpe seco el cinturón de la gabardina.

La subcomisaria lo confirmó la mar de contenta.

–¿Vanina?

Era Bonazzoli, que hablaba en voz baja.

–Dime, Marta.

–El congreso aún está en pleno apogeo. Lo Faro y yo nos hemos plantado justo detrás de Ussaro, pero no es que se oiga mucho lo que dice. Habla sobre todo con la chica morena y de vez en cuando con el chico. Lo único que he entendido es que tiene que marcharse como muy tarde a las tres y media porque tiene una cita.

–¿Ha hecho alguna llamada?

–Un par, pero se ha apartado.

–Vale. Cuando se marche, seguidlo.

–De acuerdo. ¿Vanina? –dijo, con voz bajísima.

–¿Por qué hablas así? ¿Dónde estáis, en el aula magna?

–No, no. Estoy en un patio. Un sitio precioso.

–Me lo imagino. Dime.

–¿Puedo saber los motivos de este seguimiento? No sé, por entender de qué va la cosa.

Otra que tal. Aunque, en este caso, también era de esperar. Si Spanò era su brazo derecho, Bonazzoli era el izquierdo. Y a veces la dejaba perpleja.

–He lanzado un anzuelo y necesito saber cómo actúa el abogado. A ti y a Lo Faro no os ha visto nunca, así que no se imagina que estáis en mi equipo. El resto te lo cuento luego.

–Vale. Te mantendré informada.

Vanina llegó a la calle Villini a Mare y aparcó delante de la verja de Iannino.

Retrocedió a pie hasta la casa de los Bonanno y llamó al timbre.

–¿Quién es?

–¿Señora Bonanno?

–Sí.

–Soy la subcomisaria Garrasi, quisiera pedirles cierta información.

–Entre.

La señora Bonanno salió a recibirla.

–Buenas tardes, subcomisaria.

Era más joven de lo que le había parecido aquella noche, cuando les había hecho unas cuantas preguntas a ella y a su marido delante de la verja.

–Buenas tardes, señora. Disculpe si la molesto, ¿está su marido en casa?

–Sí. Hoy es el único día en que no trabaja por la tarde.

–Entonces, he tenido suerte.

La mujer fue a llamar a su esposo, que salió enseguida. Vestido con chándal.

–Disculpe el atuendo, pero por una vez que estoy en casa me gusta ponerme cómodo.

–Faltaría más. Solo les robaré unos minutos.

Se sentaron en un comedor blanco, amueblado con sofás claros. Alfombras beis, los muebles imprescindibles. Ambientadores de esos con bastoncitos de madera en un bote. Aquí y allá algún que otro mueble antiguo. Una decoración minimalista sin resultar fría.

–Mi mujer es arquitecta –explicó Bonanno, al captar la mirada de admiración de la subcomisaria.

Vanina felicitó a la mujer. Luego cogió el móvil y buscó la foto del coche de Iannino.

–¿Recuerda usted si la noche de la fiesta este coche estaba en el jardín del chalé? ¿O fuera, cerca de la verja? ¿O si a lo mejor no lo vio, porque estaba aparcado lejos? Más adelante, por ejemplo, al fondo de la calle.

Bonanno acercó la mano a una mesa llena de revistas de decoración y se puso unas gafas guardadas en una funda. Observó la foto.

–Sí, claro. Lo recuerdo bien porque lo veo por aquí bastante a menudo. Aquella noche estaba aparcado justo al lado de la verja de mi casa.

–¿Se fijó por casualidad si este coche también se movió cuando se fueron todos los demás?

El hombre reflexionó.

–No lo juraría, pero creo que no. Estando tan cerca de mi casa, me hubiera dado cuenta.

–¿Y durante la noche? ¿Se fijó usted si alguien movía el coche?

–No, subcomisaria. A cierta hora nos fuimos a dormir, nuestra habitación da al otro lado de la casa. Desde allí se ve mejor el mar.

–De acuerdo, señor Bonanno. Me ha ayudado usted mucho.

–Me alegro –dijo el hombre, sonriendo–. Tengo que pedirle disculpas porque la otra noche me mostré un poco inseguro en lo del coche rojo. Supongo que lo entiende, me sentí desplazado. O a lo mejor es esta mentalidad de que es mejor que cada uno se ocupe de sus asuntos. Lo tenemos tan asumido que a veces nos sale de manera espontánea. Pero es un error, subcomisaria. Mi mujer y yo le dimos

muchas vueltas la otra noche a esta historia –dijo. Miró a su mujer y esta asintió–. Ha desaparecido una chica. ¡Es muy grave! Y nosotros tenemos el deber de colaborar en lo que podamos.

–Que el coche era un Ferrari ya lo sabíamos, pero de todos modos le doy las gracias por las buenas intenciones. Y me siento obligada a informarles de que probablemente se trate de un homicidio.

Los Bonanno se quedaron atónitos.

–Virgen santa –dijo él.

La acompañaron a la puerta.

Mientras regresaba al despacho, Vanina analizó la información. Que era exactamente la que esperaba. Por intuición. Policiaca.

La sala de espera, en la planta baja de la Policía Judicial, parecía más bien la de un centro dental. Una decena de personas aguardaban, repartidas en los sofás azules, la llegada de la subcomisaria Garrasi con la expresión preocupada de quien sabe que le van a arrancar un diente, pero no sabe cuándo le va a tocar.

De vez en cuando, Fragapane hacía una escapadita y se enfrentaba a la ola de preguntas que lo engullía cada vez. Luego volvía a la entrada y se dedicaba a esperar.

Allí, precisamente, encontró a Vanina.

–¿Qué hace aquí abajo, Fragapane?

–Espero a mi mujer.

–¿A su mujer? ¿Y por qué viene aquí?

–Pues la verdad es que viene con una compañera de trabajo que dice que tiene que contarnos algo.

–¿Una compañera de trabajo de su mujer? O sea, ¿una enfermera?

–Sí.

–¿Y qué es lo que tiene que contarnos?

–Pues no lo sé, pero por lo que he entendido tiene que ver con la abogada desaparecida. Le he dicho que viniera a contármelo en persona. Pero ya puestos, ¿le digo que hable directamente con usted?

–Desde luego. Que vengan a verme en cuanto lleguen. ¿Ya están aquí todas las personas citadas?

–Sí, todas menos dos.

–A ver si lo adivino: ¿el diputado Alicuti y su hijo?

–Exacto.

Hubiera puesto la mano en el fuego.

–Muy bien, que suban dentro de cinco minutos. De uno en uno.

Cuando se disponía a subir la escalera, sonó el teléfono de Fragapane. Solo un timbrazo.

–Han llegado –adivinó el suboficial.

Vanina le dijo que les diera prioridad y que las acompañara a su despacho al cabo de cinco minutos.

Subió la escalera y recorrió el pasillo desierto. Entró en el despacho de Spanò, que estaba escuchando de forma remota el teléfono intervenido.

–¿Alguna novedad?

–Ha hecho una llamada. No ha mencionado el nombre de la persona con la que hablaba, pero más o menos ha quedado claro. Creo que era el hijo de Alicuti. Le ha dicho que le comente a su padre que irá a verlo en cuanto termine el congreso. Luego ha dicho que sabía que habían recibido una invitación y que lo esperara antes de ir a ver a la... señora que los había invitado.

–¿Será posible? –exclamó Vanina–. ¿La «señora»?

Spanò titubeó, incómodo.

–Spanò, ¿qué es lo que no me está contando?

–Nada.

–¡Spanò!

–En realidad... las palabras exactas han sido «la atractiva señora».

Vanina no hizo ningún comentario, pero su cara lo decía todo.

–Siga escuchando.

Se dirigió a su despacho. Fragapane llamó cuando Vanina apenas había tenido tiempo de quitarse la chaqueta.

–¿Se puede, subcomisaria?

–Adelante.

El suboficial entró, precedido por dos mujeres.

–Mi mujer Serafina –presentó– y su compañera, Agata Rizza.

Serafina –o Finuzza, como solía llamarla Spanò– no era como la imaginaba: estatura media, figura generosa, sonrisa agradable... Más o menos coetánea de su esposo, que rondaba los sesenta. Una Marisa Merlini de nuestra época. ¡Qué afortunado, Fragapane!

La otra mujer era más joven. Rubia y flaca como un fideo.

Vanina se sentó y les pidió que tomaran asiento delante de ella.

–Señora Rizza, el suboficial dice que tiene usted algo que contarme.

La señora Rizza tragó saliva y luego asintió.

–Se trata de la chica desaparecida –dijo, pero se interrumpió.

Fragapane le indicó con un gesto que continuara.

–Me llamó hace unos días. Quería que le sacara sangre. Yo le dije que a domicilio normalmente solo pongo inyecciones, como mucho algún gota a gota, pero que no saco sangre. Ella insistió. Me dijo que no tenía tiempo para ponerse a hacer cola en un laboratorio, pero que le habían prescrito una analítica urgente. Insistió mucho y al final le dije que sí.

–¿Cuándo fue eso?

–El lunes por la mañana.

La llamada anónima se había recibido el martes por la mañana y la maleta se había lanzado al mar durante la noche.

–¿Qué clase de análisis era?

–Eso no lo sé. Dijo que se lo dejara todo a ella y que ya lo llevaría al laboratorio. Pero parecía ansiosa por quitárselo de encima. No se lamentó en ningún momento, y eso que le tuve que sacar mucha sangre porque al parecer tenía una lista de analíticas que no se acababa nunca.

Vanina analizó en silencio la utilidad de aquella información.

–¿En qué está pensando, Fragapane?

–En nada, subcomisaria. Una idea, pero seguro que es una tontería.

–Usted hable, por si acaso.

–En su opinión –dijo el suboficial, al tiempo que se volvía hacia Rizza–, ¿es posible que la chica estuviera embarazada?

–No lo sé –respondió la mujer, perpleja.

–¡Salvatore! Que seamos enfermeras en el área de Ginecología no significa que tengamos un radar para saber si una mujer está embarazada o no –dijo Finuzza, divertida.

–¿Y eso qué tiene que ver? Yo lo decía como mujer...

–¡Y como mujeres tampoco lo tenemos!

Vanina sonrió, pero no era una idea peregrina.

–Gracias, señora –dijo mientras se ponía en pie.

Las otras dos mujeres la imitaron. Tras estrecharle vigorosamente la mano a la subcomisaria, se dirigieron a la puerta.

–Fragapane, acompáñelas y dentro de cinco minutos haga pasar a la primera persona –dijo Vanina al tiempo que cogía el teléfono.

Marcó el número de Marta.

–Marta, ¿cómo va por ahí?

–Bien. Acaba de subirse a un Fiat Punto medio destrozado y ahora lo estamos siguiendo.

–Cuando se pare, llama a Spanò y dale la dirección. Yo estoy empezando a interrogar a los del chat.

–Vale. Antes de marcharse, ha tenido una especie de altercado con el chico que lo acompañaba.

–¿Antineo?

–No lo sé. Un ayudante suyo, creo.

–¿Y qué decía?

–Hablaba en voz baja, pero me ha parecido entender que le ordenaba que no hiciera algo. No he entendido el qué. Para ser más exactos, le ha dicho: «Si te atreves, te arrepentirás». No he oído nada más.

–Muy bien, gracias.

Colgó y se dirigió al balcón. Abrió una de las puertas y se encendió un cigarrillo.

Tenía una sensación extraña. Cuantos más pasos daba, más forzada le parecía la investigación.

Y no era la ausencia de cadáver ni el hecho de que las dos informaciones más importantes les hubieran llegado a través de una llamada anónima. Era el conjunto en sí lo que le parecía artificial. Comenzaba a tener bastantes pruebas, incluso había empezado a encajarlas. Y aun así...

Fragapane llamó a la puerta.

–Jefa. ¿Le digo que pase?

Vanina apagó el cigarrillo y ajustó la hoja de la ventana.

–Sí –dijo, mientras regresaba a su escritorio para sentarse.

El primer miembro del grupo «Noches entre amigos» en hacer acto de presencia se llamaba Giammarco Pedara. Cuarenta y seis años. Empresario, muy conocido. Nota al margen escrita con bolígrafo por Spanò: «Huele a política, en la cordada de Alicuti».

–Buenas tardes, señor Pedara.

–Buenas tardes.

–Siéntese.

El hombre se sentó.

–¿Podría decirme por qué me han citado?

–Para una charla informal –lo tranquilizó Vanina–. Nos consta que usted acudió a una fiesta en casa de Lorenza Iannino la noche en que ella desapareció.

El hombre palideció ligeramente.

–¿De qué noche hablamos? –dijo para ganar tiempo.

Vanina le dedicó una sonrisa que no podía ser más socarrona.

–No, señor Pedara, esa no es una respuesta inteligente. En primer lugar, porque es una pregunta y, en segundo lugar, porque presupone que yo soy tonta.

–No, disculpe, yo jamás me permitiría...

–Entonces vamos a hacer una cosa: yo le cuento todo lo que sé, así evitamos otros errores. –Abrió la carpeta en la que Nunnari había guardado las conversaciones descargadas del teléfono de Iannino–. Usted envió un mensaje al grupo «Noches entre amigos» a las 16:46 del lunes 7 de noviembre. Quería saber a qué hora era la fiesta. A las 20:51 dijo que tenía una invitada y que si podía llevarla. El abogado Ussaro le contestó que sí. ¿Quién era esa invitada?

Pedara estaba desconcertado.

–Una... una chica.

–¿Puede darme su nombre y apellido?

–Pero... ¿qué tiene eso que ver con la desaparición de Lorenza?

–Señor Pedara, no hace usted más que equivocarse. Formula preguntas en lugar de responder a las mías. Le recuerdo que hoy solo estamos charlando, pero que mañana podría interrogarlo.

–Disculpe. Es una amiga mía, pero si la meten de por medio... se va

armar un buen lío. Soy un hombre bastante conocido...

–¿Está usted casado?

–Separado.

–¿La mujer en cuestión está casada?

–No.

–Entonces, ¿dónde está el problema?

Pedara titubeó. Antes de preguntarle el nombre de la chica, Vanina ya sabía cuál era el problema. Lo había intuido a través de algunos términos leídos en el chat. Una amiga nueva. Fresca fresca. Una flor.

Tras el segundo minuto de silencio, intervino:

–Bueno, ya se lo digo yo, que nos van a dar las tantas: es menor de edad.

El hombre se irguió en la silla.

–Subcomisaria, se lo suplico...

Habría podido ensañarse con él, pero decidió no hacerlo. Tenía a otras nueve personas con las que hablar y aquel no era el quid de la cuestión.

–Aquella noche... ¿vio o escuchó algo raro? –dijo, cambiando de tema.

–No, creo que no.

–¿Tienen usted y sus amigos la costumbre de marcharse en caravana de las fiestas?

–No, nunca nos marchamos de las fiestas en caravana. ¿Por qué lo pregunta? Disculpe, he vuelto a hacer una pregunta.

Estaba preocupado, pero parecía que no entendía de qué estaban hablando.

–¿A qué hora se marchó usted?

–Pronto. Yo y mi... amiga queríamos estar un poco a nuestro aire.

–O sea, ¿antes de las 23:30?

–Mucho antes.

–¿Alguien puede confirmarlo?

Pedara no respondió.

–Le voy a contar otro detalle que usted no sabe. A Lorenza Iannino la asesinaron. Arrojaron su cadáver al mar, pero aún no lo hemos encontrado.

El hombre se balanceó en la silla. Fragapane se acercó rápidamente para evitar que se cayera, pero el hombre se recompuso.

–Vamos a ser, señor Pedara. Puede que vaya usted con menores de edad y esnife coca, pero no creo que sea un asesino, ¿verdad?

–¿Asesino yo, subcomisaria? –dijo Pedara, que se había espabilado de golpe–. ¿Esto no era una charla informal?

–Lo es.

–Me fui a un hotel. Si quiere, puede comprobar la hora del registro.

Proporcionó el nombre del hotel y Fragapane lo anotó.

–¿Se fijó si había alguna persona extraña en el grupo, aparte de su «amiga»? –prosiguió Vanina.

–No, la única extraña era ella.

–Una última pregunta: ¿quién suministraba la coca?

Pedara palideció otra vez.

–¿La... coca?

–Cocaína, sí. ¿Quién la suministraba?

El hombre meditó un instante y luego respondió:

–Lorenza.

Vanina tuvo que hacer un esfuerzo para no insultarlo. No era más que un gilipollas, a nivel nacional, pero gilipollas al fin y al cabo.

–Puede marcharse. Procure estar localizable.

Eran frases efectistas, de película policiaca, pero que siempre obtenían el resultado deseado.

–¡Nunnari! –exclamó, en cuanto el hombre desapareció con Fragapane.

El oficial se asomó al momento.

–Por favor, compruebe usted a qué hora se hizo este registro –dijo, al tiempo que le entregaba la hoja con el nombre del hotel y del tipo.

La segunda en entrar fue una mujer. De unos cincuenta años, rubia con mechas platino, delgadísima, pechos visiblemente operados, bótox a discreción... Elisa Bini, comercial de profesión. Bini: el apellido le sonaba. Buscó entre los documentos y lo encontró. Era el apellido de la madre de Ussaro y del Oreste al que le había comprado el Ferrari el abogado. En pocas palabras, el cómplice de la estafa al barón.

Le formuló la misma pregunta y obtuvo la misma respuesta, aunque esta vez más inmediata. Era una fiesta como cualquier otra, sí, había un poco de cocaína, ¡pero ella no la probaba jamás! Y no sabía quién la había suministrado. Todo bien hasta el momento en que la subcomisaria le preguntó a qué hora había abandonado la fiesta y por qué se había producido aquel éxodo masivo.

–Eran las once y media. No sé por qué decidimos irnos todos a la vez...

Era como tratar de sacar agua de las piedras.

–¿Con quién estaba usted?

–Con Nunzio Lomeo. También está abajo.

–Debo pedirle que esté localizable. Y que trate de recordar lo que... quizá haya olvidado contarme. Lorenza Iannino, por desgracia, no ha desaparecido; la han asesinado.

La reacción ante la noticia de la muerte de Lorenza fue algo más fría que la de su predecesor, pero pareció igual de sincera.

–Una última pregunta –dijo Vanina cuando Elisa Bini ya estaba en la puerta.

Parecía mucho más insegura que antes sobre sus tacones, pero se giró.

–¿El abogado Elvio Ussaro y usted son familia?

–Elvio y yo somos primos segundos.

La dejó marchar.

La versión de Lomeo era una copia fiel. Sesenta y seis años, exempleado de banca jubilado. La única diferencia: insistía en que no había cocaína en la fiesta. Solo después de saber que se había tratado de un homicidio y que la Científica había puesto patas arriba la casa admitió que sí, que era posible que alguien tuviera esa costumbre. No, no había extraños. Lógicamente, ni una palabra sobre la cría que había llevado Pedara. Lorenza Iannino era una joven muy guapa, pobrecilla. ¡Qué final tan desgraciado! Vanina le preguntó si sabía algo de la relación entre Iannino y Ussaro. Lomeo empezó a decir que tendrían que haberlo citado en presencia de su abogado, que aquel no era el procedimiento correcto.

–Oiga, que por mí ya hemos terminado, puede usted irse cuando quiera –lo interrumpió la subcomisaria.

Los seis restantes fueron otros tantos disparos al agua. Solo uno de ellos –un profesor jubilado de Jurisprudencia, que pasaba de los setenta pero disfrutaba de la vida más que los demás– admitió que un par de rayas de coca de vez en cuando no le hacían daño a nadie.

–Lástima que sea ilegal, profesor.

–Hay tantas cosas ilegales que uno hace sin darse cuenta. Y, además, si es para uso personal...

–Lo cierto es que aquí estamos hablando de una fiesta con mucha gente.

–Pero sigue siendo uso personal, al menos en lo que a mí respecta.

–¿Quién le dio la cocaína?

–¿A mí, personalmente? Elvio. Pero se la pedí yo, ¿eh? No sé de quién era.

Y finalmente, a la pregunta de por qué se habían marchado todos en masa, respondió que él había visto que todo el mundo se marchaba y había hecho lo mismo. En invierno la calle Villini a Mare está oscura, ya sabe. Y yo tengo cataratas, no veo muy bien.

–¿Tuvo la sensación de que se marchaban deprisa y corriendo? ¿Le pareció que había pasado algo?

–Puede, pero no sé el qué. No pregunté. Disculpe, pero ¿qué tiene esto que ver con el hecho de que Lorenza desapareciera? Es posible que esa cría se marchara a cualquier lado.

–Lorenza no desapareció. La asesinaron.

El profesor Turano, que así se llamaba, huyó pies para que os quiero, aunque no sin antes ponerse a disposición de la subcomisaria

para lo que hiciera falta y pedirle que le diera recuerdos a Franco Vassalli de su parte.

La última en orden de llegada, pero también en orden de importancia según el guion de Vanina, era Mara Perrotta, una joven abogada que había sido compañera de universidad de Iannino. Fue, también, la que más habló.

–Está muerta, ¿verdad, subcomisaria? –preguntó enseguida.

–Creemos que sí.

La joven sacudió la cabeza.

–Yo siempre pensaba que si seguía así tarde o temprano se metería en líos, pero no imaginaba que acabaría de esta manera.

–Seguir así... ¿cómo? –quiso saber Vanina.

–Tenía historias raras. También con Ussaro. Se decía que eran amantes, pero también algo más. Lorenza se había convertido en una especie de portavoz suyo, también en lo que se refiere a todas las gilipolleces, disculpe la palabra pero es que no hay otra, que él hace en la universidad.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, favorecer abiertamente a unos en perjuicio de otros.

–¿Y qué tenía que ver Lorenza con eso?

–Tenía que ver, sobre todo, porque ella apuntaba alto. Quería hacer carrera y por eso se había dejado absorber por el sistema de Ussaro: esclavitud total a cambio de favores.

–¿Qué hacía usted en la fiesta de Lori?

La chica le dedicó una sonrisa cansada.

–Tenía que haber ido alguien que luego no se presentó.

–¿Estaba en el chat?

–Sí.

Solo había dos casos y tenían el mismo apellido. Por la edad, uno tenía más posibilidades que el otro.

–¿Armando Alicuti?

La chica se limitó a asentir.

–O sea, que no estaba en la fiesta.

–Al menos hasta que yo me fui, no.

–¿A qué hora se fue usted?

–Hacia las once y media. La música se apagó de golpe, parece que hubo no sé qué problema con la instalación. Se marchó todo el mundo y aproveché para que me llevara alguien. Vi a Armando poco después, en su coche, pero supongo que iba a buscar a su padre.

Cuando la joven se marchó, ya eran las siete de la tarde.

A Vanina le escocían los ojos y tenía la sensación de no haber aclarado nada. Cogió una tableta de chocolate y se comió la mitad. Luego salió al balcón y encendió un cigarrillo.

Tito Macchia apareció en la puerta sin hacer ruido.

–Eh.

Vanina dio un respingo.

–¡Tito! ¿Pero qué co...?

Salió al balcón y ocupó todo el espacio.

–¿Y bien? ¿Cómo ha ido? –preguntó, al tiempo que encendía el puro que respetuosamente había mantenido apagado todo el día.

–A ver, así en resumen, toda este gente fue a una fiesta, esnifó, coqueteó, por usar un eufemismo, bebió, luego se cagó encima y se largó deprisa y corriendo. Pero yo me apuesto lo que sea a que Ussaro no iba al volante de su coche.

–¿Por qué?

–Porque estoy segura de que tiene algo que ver con la maleta abandonada en las rocas. En primer lugar, porque la cabeza que se entrevé vagamente en la grabación del Toyota parece la suya. Segundo, y más importante, cuando le pregunté dónde había aparcado el coche Lorenza aquella noche, él, sin inmutarse, me indicó el sitio en el que encontramos el vehículo. Lástima que un testigo, fiable, sostenga que el Corolla gris estaba aparcado en otro sitio al principio de la velada. Así que hay dos posibilidades: o el testigo miente, y no creo que sea el caso, o Ussaro miente.

–Me parece más verosímil la segunda.

Spanò llamó a la puerta y entró.

–Subcomisaria, tengo novedades. Y bastantes.

Macchia se puso cómodo, esta vez en el sofá. Aprovechando que el balcón estaba abierto, se saltó las normas y dejó el puro encendido.

–La más importante: las huellas de la funda de la foto se corresponden con las que encontramos en el volante del coche y en la maleta.

Vanina sonrió, satisfecha.

–¿Qué te había dicho, jefe? –le comunicó al máximo responsable.

–¿Son de Ussaro? –preguntó Tito.

–En teoría, también podrían ser de Spada. Ella también tocó la foto.

–Pero en la práctica –replicó la subcomisaria– la silueta de Spada habría aparecido en la grabación de las cámaras de seguridad de Monterreale. Y era evidente que conducía un hombre. Siga, inspector.

–Bonazzoli me ha llamado para decirme adónde había ido Ussaro. Me ha dicho que comprobara la dirección, pero no era necesario: corresponde a la secretaría política de Alicuti. Al cabo de media hora, el abogado ha hecho una llamada. Le ha dicho a alguien, parecía una mujer, que estaba llegando y que lo esperaran todos en casa, marido e hijos. Bonazzoli y Lo Faro lo han seguido hasta una dirección de San Cristoforo. Lo han visto bajar y llamar a una puerta. Me han pasado la dirección para que la comprobara: corresponde al domicilio de Vincenzo Colangelo. Antecedentes por tráfico de estupefacientes y

robo. Vinculado al clan de los Nola, también conocido como de los Vastasi.

–¿Cómo se llama el capo de los Nola? –preguntó Vanina.

Le entraban náuseas solo de escuchar aquellos nombres. No le entusiasmaba verse obligada, muy a su pesar, a tener que hurgar de nuevo entre aquel cieno. Pero ya estaba metida dentro, e incluso había implicado a Eliana Recupero.

Spanò le dedicó una sonrisa sardónica. Se habría jugado la mitad del sueldo a que Garrasi sabía de qué estaban hablando y que eso formaba parte de lo que aún no les había contado.

–Rosario –respondió–, alias...

–Rino –se le adelantó Macchia–. En paradero desconocido desde hace tres años. Vinculado con familias de la 'Ndrangheta calabresa, etc. –añadió.

Miró a Vanina, que estaba cada vez más seria.

–¡Te ha tocado, Garrasi! –le dijo en un tono casi risueño.

Vanina le lanzó una mirada torva.

–A mí lo que me interesa es encontrar al asesino de Lorenza. Y, a poder ser, también su cadáver.

El inspector hizo un gesto negativo para indicar que no tenían novedades.

–Por lo demás, Tito –prosiguió la subcomisaria–, yo creo que lo mejor será que Recupero decida si es necesario que los de la SCO colaboren con nosotros. Igual que ella va a colaborar con Vassalli, por otro lado.

Macchia, sorprendido, se apartó el puro de los labios.

–¿Eliana Recupero?

Vanina asintió.

–Es una historia muy larga. –Sonrió.

–¿La puedes resumir?

Vanina le contó la pantomima que había organizado en el despacho de Vassalli.

–¡Ya te dije que esos pizzini te iban a beneficiar mucho!

Nunnari asomó en ese momento a la puerta.

–¡Inspector! ¡Ussaro está llamando por teléfono!

Fueron todos, incluido Macchia.

El teléfono sonó largo rato.

Respondió un hombre joven.

«Dile a tu padre que va todo bien. Aquí el silencio es absoluto. Ni siquiera nos conocen».

«De acuerdo».

–Habrase visto el canalla este hablando en clave –dijo Spanò, molesto.

–Pero nosotros tenemos a Bonazzoli pisándole los talones.

Cruzamos cuatro datos y lo pillamos igual, Spanò –dijo Vanina.

Macchia sacudió la cabeza.

–Garrasi, ya te lo he dicho muchas veces: estás desaprovechada...

–Tito –lo interrumpió ella.

El Gran Jefe levantó una mano.

–Como quieras. Total, ya lo sabes.

Sonó el teléfono de Vanina.

–Marta –respondió.

–Ussaro acaba de aparcar en plaza Europa y está entrando en un portal del paseo Africa, con llaves.

–Es su casa –apuntó Spanò en voz baja.

–Está entrando en su casa. Ya os podéis recoger –le comunicó Vanina.

–¿Perdón? –preguntó Marta.

–Que ya podéis volver –tradujo la subcomisaria.

Cuando Marta y Lo Faro se recogieron, los únicos que los esperaban eran Vanina y Nunnari, que estaba de guardia y debía ocuparse del teléfono pinchado de Ussaro.

Tito Macchia se había encerrado en su despacho con aire indiferente, pero a juzgar por las miraditas que Bonazzoli le lanzaba a la puerta, era evidente que la estaba esperando.

Lo Faro estaba exhausto. Volvía a estar afónico y decía que tenía fiebre, pero estaba entusiasmado después de una tarde tan activa.

–Y ahora, como premio, te encargo otra tarea –le dijo Vanina–. Mañana por la mañana pilla un coche y date una vuelta por todos los laboratorios de análisis de Catania. Pregunta si el lunes por la mañana fue una tal Lorenza Iannino a pedir unos análisis.

–De acuerdo, jefa. Si lo encuentro, ¿qué hago?

–Nada, me llamas enseguida.

–Recibido.

–Ahora vete a casa y tómate una aspirina.

–Recibido, jefa.

La subcomisaria lo llamó cuando ya se marchaba.

–¿Lo Faro?

–Sí.

–¿Yo te he dado permiso para que me llames jefa?

El chico bajó la mirada. Tenía la esperanza, después de aquel encargo, de que Garrasi por fin lo considerase uno de los suyos. Solo los suyos la llamaban jefa. Ese detalle, prohibido para él, lo vivía como una humillación. Y la subcomisaria lo sabía.

–Vamos a hacer una cosa: si al final de este caso te has comportado como es debido, puede que te dé el permiso.

–Claro, subcomisaria. Gracias.

–Ah, una última cosa. Digamos que tu amiga periodista podría saber esta tarde que investigamos el presunto homicidio de Iannino, y quizás alguna información sobre el hallazgo de la maleta y el zapato. Pero ojo si se publica algo sobre los detalles y sobre las sospechas que tenemos, ¿estamos?

El muchacho asintió y lo oyeron alejarse dando saltos por el pasillo.

–Y luego dice que por qué no confío en él. ¡Si es que más tonto no puede ser! –comentó Vanina.

Se echaron todos a reír.

–¿Sabes una cosa? No lo hace tan mal como crees –dijo Bonazzoli.

–Marta, hija mía, has estado medio día con él. ¡Supongo que, al final, una se acostumbra a trabajar hasta con los burros!

Macchia salió de su despacho.

–¿De qué burro habláis?

Por suerte, no respondió nadie, porque justo en ese momento entró Lo Faro, casi derrapando, en el despacho de Vanina.

–¡Marta! Perdona, pero me he llevado tu bufanda.

–Quédatela, si no te pondrás aún peor.

–¿Seguro?

–Claro.

–¡Gracias, guapa!

Y se marchó.

Tito se volvió muy despacio hacia Marta.

–¿Guapa? –dijo.

Un ataque de celos que se veía a diez metros de distancia.

–Nunnari, ¡vete a controlar el teléfono pinchado, anda! –dijo Vanina.

El oficial se marchó.

–Guapa –repetía Macchia, contrariado.

Marta se echó a reír.

–¡Será posible!

–Hasta la bufanda le ha prestado –dijo Tito, al tiempo que se volvía hacia una sonriente Vanina.

–¿De que os reís?

–Tito, yo puedo entenderlo todo, pero que te pongas celoso de Lo Faro... –dijo la subcomisaria.

Cinco minutos más tarde, los vio marcharse a los dos con una diferencia de pocos segundos.

¡Quién sabe si Nunnari descubriría algo!

Vanina salió de la Judicial cuando ya eran las nueve. Se sentía tremendamente cansada y tenía un hambre de lobo que no sabía cómo iba a aplacar, porque Sebastiano no abría hasta el día siguiente. Decidió hacer el trayecto más largo para pasar por una panadería-

charcutería que estaba en el cruce de la carretera de Aci Castello y la entrada de Cannizzaro. Con un poco de suerte, aún estaría abierta.

No le apetecía escuchar música. Quería descansar los oídos, poner un poco de orden en sus pensamientos. Y desenterrar también los pensamientos privados, que había dejado de lado durante toda la jornada.

Hacía casi tres días que el número de Paolo no le aparecía en la pantalla, desde la noche en que había cedido a la tentación y lo había llamado. Ella misma lo había obligado a prometer que la dejaría en paz durante un tiempo. Porque, de lo contrario, le resultaría difícil reflexionar sobre ellos, sobre la situación que se había creado, sobre lo que ella quería o dejaba de querer.

Pero... ¿acaso había algo sobre lo que reflexionar?

La evidencia de los hechos atestiguaba el fracaso de su estrategia de autodefensa.

Se había pasado años huyendo, sin querer saber nada, intentando engañar al destino cruel que la había conducido a meterse de cabeza, una vez más, en la misma situación. Un destino que le había despertado los mismos dolores, que la había llevado directa a un final, el mismo que había tenido que evitar a tiro limpio. Tal vez ese fuera el sentido de todo: revivir un trauma para poder dar la vuelta a las conclusiones.

En aquel momento también lo había pensado: no había podido salvar a su padre, pero había salvado a Paolo. Había completado el círculo. Sin embargo, ya no le quedaban fuerzas para iniciar otro. Quedarse en Palermo, quedarse con él, eso debería haber significado. La idea de que salir por piernas pudiera protegerla de otra prueba, y luego de otra, era la única que le había parecido válida.

Pero no.

Paolo seguía siendo Paolo para ella y el bofetón de la nueva prueba le había llegado con la misma fuerza, aunque fuera cuatro años más tarde.

Pensó de nuevo en la investigación cuando pasaba por Ognina.

¿Por qué, pese a todos los avances, pese a una posible hipótesis sobre el culpable, seguía teniendo la sensación de que aquel caso circulaba por las vías equivocadas?

Llegó a la panadería cuando estaba a punto de cerrar y la mitad de las luces ya estaban apagadas. Todos los escaparates que daban a la acera estaban a oscuras. Bajó del coche y se acercó al único cliente, que estaba de pie delante de la persiana metálica medio bajada.

–¿Está cerrado? –le preguntó.

El hombre respondió al tiempo que se daba la vuelta:

–Por desgracia sí, yo solo he venido a recoger un encargo que hab... ¡Vanina!

Era Manfredi Monterreale.

17.

Vanina se despertó en plena noche. No sabía qué hora era, pero sabía dónde estaba.

Se levantó sin hacer ruido y, despacio, fue recogiendo todo lo que la noche anterior había dejado desperdigado por la casa.

Una casa que no era la suya y en la que se había encontrado casi sin darse cuenta. Y donde, de nuevo casi sin darse cuenta, se había quedado. Primero a cenar, luego el resto. Que había sucedido de manera tan espontánea que nadie se había hecho preguntas, ni ella ni Manfredi.

Por suerte, él no se despertó. Si conseguía escabullirse sin que la oyera, se ahorraba un problema. O, por lo menos, lo retrasaba.

Los restos de la cena seguían en el comedor. Nada del otro mundo, según había dicho el doctor: unos cuantos espaguetis con sardinas a mare, o sea, sin sardinas. Un par de crispelle, ¡que es San Martín, subcomisaria! Habrá que celebrarlo, ¿no? Aquí es tradición. Y por eso, también castañas asadas. Y galletas, que en el fondo nosotros somos palermitanos. Una botella de Beaujolais de la que no había quedado ni una gota.

Las fundas de los discos de De André estaban tiradas en el sofá.

La subcomisaria meneó la cabeza. ¿Cómo se le había ocurrido meterse en ese lío?

Manfredi no era hombre de un polvo y adiós muy buenas. Las pocas horas que habían pasado juntos le habían servido para calarlo a la perfección. Era agradable, era atento, pero sobre todo era serio, un hombre que no se dejaba tomar el pelo y a quien no le gustaba tomar el pelo a los demás. Alguien que exigía fidelidad y, si no, mejor dejarlo. Alguien para quien o se era honesto del todo, o no se era. Sin término medio.

Se insultó a sí misma un centenar de veces mientras abría y cerraba la puerta y bajaba la escalera que conducía hacia la parte del mar.

Su Mini estaba allí aparcado, más o menos donde unas noches antes se había detenido el Corolla de Iannino. Vanina subió al coche y se alejó del campo visual. Si Manfredi se había despertado al oírla marcharse, lo primero que habría hecho sería mirar por el ventanal. Aquel extraordinario ventanal, ese ventanal que por sí mismo ya justificaba el alquiler del piso y que la noche antes había contribuido a

su manera, con la luna casi llena, el mar plateado y los farallones al fondo.

Regresó despacio, fumando un cigarrillo. No había nadie en la calle, aunque quién iba a haber a las dos de la madrugada de un viernes de noviembre.

Salió del pueblo y se dirigió hacia Acireale, pues desde allí también se podía llegar a Santo Stefano. En un momento determinado, la carretera pasaba por encima de la Timpa, una reserva natural de flora mediterránea encaramada en un murallón de roca lávica, que se extendía desde Capo Mulini hasta Santa Maria la Scala. Un lugar maravilloso, de no ser porque lo afeaban las hileras de edificios que dominaban desde lo alto y daban a la carretera nacional.

A la derecha estaba el mar, tan calmado que parecía una balsa de aceite.

El mismo mar en cuyas profundidades, quizá, se encontrara Lorenza Iannino.

Al día siguiente, o mejor dicho, esa misma mañana que acababa de empezar, era sábado. 12 de noviembre. El cumpleaños de Federico Calderaro, al cual Vanina había prometido no faltar. Considerando que la investigación estaba en marcha, eso significaba tener que hacer ciento noventa kilómetros de ida y ciento noventa de vuelta la misma noche.

Entró en casa en el silencio de la noche, que en Santo Stefano era absoluto.

Sin quitarse la chaqueta, salió a la terracita que daba al huerto de críticos, se acomodó en una silla de hierro con los pies cruzados y se fumó un cigarrillo.

Le apareció un mensaje en el teléfono y lo leyó al instante.

Manfredi Monterreale. «¿Despedirse ya no se lleva? Buenas noches, subcomisaria».

Tres palabras, y además amables, pero Vanina se sintió más culpable que antes.

Cerró todo y se fue a dormir.

Angelina se había prestado al juego y había iniciado una campaña de recogida de noticias. Había hablado con su amiga de la infancia, residente en Piana dell'Etna desde que había nacido, que era además la única persona de su pueblo natal con la que la señora Patanè había mantenido el contacto después de haberse casado con Gino y haberse mudado a Catania. A la ciudad.

Quería contarle personalmente a Vanina lo que había descubierto sobre Laura Di Franco, la primera mujer de Ussaro, y sobre la juventud del propio abogado. El anciano comisario no había conseguido convencerla de que era suficiente con que se lo contara a

él.

La subcomisaria Garrasi llegó a casa de los Patanè a las nueve y media. Como de costumbre, tenía en su haber tres horas de sueño, dos cafés, dos cigarrillos, una pasta de crema y un capuchino. Más una charla trivial con Bettina, a la que no veía desde hacía un par días y que, por lo tanto, tenía toda clase de exquisiteces congeladas y preparadas para ofrecérselas, por si acaso. ¡Que eso de comer fuera un día sí y otro también no es bueno para el estómago!

Ni siquiera Vanina sabía por qué perdía el tiempo escuchando historias antiguas, teniendo en cuenta que en el despacho quizá la esperaran unas cuantas novedades. Pero en parte porque no quería hacerle un feo a Patanè y en parte porque las historias antiguas –igual que las películas antiguas– siempre la habían fascinado, había decidido que media hora más o menos no iba a cambiarle mucho la mañana.

El comisario Patanè no era la clase de hombre que delante de la esposa cambia de actitud. Era galante cuando estaba solo y también cuando estaba con Angelina. Vanina no era capaz de imaginar su desfachatez juvenil, cuando se la liaba cada dos por tres y luego se presentaba en casa con aquella sonrisa contagiosa y aquellos modales que incluso hoy, a los ochenta y tres años, conservaban el atractivo.

–Por aquí, subcomisaria, póngase cómoda –dijo el comisario, mientras le ponía una mano en el hombro y la empujaba suavemente.

La acompañó hasta un sillón de imitación de terciopelo, con un tapetito almidonado en el reposacabezas.

Angelina se sentó de inmediato en el sitio más cercano a la subcomisaria y relegó a su esposo a un rincón. Satisfecha. Será desgraciado, ¡hasta la mano en el hombro le pone!

–Angelina ha averiguado algunas cosas sobre...

–Vamos a ver, Gino, ¿hablas tú o hablo yo?

Vanina captó la indirecta.

–Cuéntemelo todo, señora.

Angelina se puso cómoda, extendió los brazos y cruzó las manos sobre las rodillas.

–Bueno –empezó–, yo no llegué a conocer a Laura Di Franco. Conocía de vista a su hermana Maria Carmela, que tiene mi edad. Era diez años mayor que Laura. Se casó con uno que era más feo que un pecado, pero tenía tanto dinero que le salía por las orejas. Un matrimonio acordado, se decía. En aquella época, hija mía, una no siempre podía casarse con su enamorado. –Se volvió a mirar al comisario, que se encogió.

–Bueno, bueno, Angelina, no divaguemos, que la subcomisaria no tiene tiempo que perder.

Vanina no se atrevió a decir nada, pero lo cierto era que se estaba

divirtiendo.

–En fin, que yo tenía una amiga que conocía bien a la tal Laura, porque era íntima amiga de una hermana más joven. La cosa es así: Laura Di Franco estudiaba en el conservatorio de Catania. Era guapa, pero guapa guapa, subcomisaria: rubia, ojos azules... Mi amiga me enseñó una foto de grupo. Todo el mundo sabía que los padres querían casarla con el abogado Ussaro, que también era feo como un pecado y también tenía muchísimo dinero. Además, era hijo de un hombre muy respetado en el pueblo. No me pregunte por qué, nunca lo he sabido.

Patanè sonrió como si quisiera decir «Yo sí», pero Angelina no le hizo caso.

–Quizá porque los tiempos habían cambiado, o quizá porque la chica era más rebelde que su hermana mayor, la cuestión es que no quería oír ni una palabra de casarse con él. Ella quería ir a Roma a terminar sus estudios y no escuchaba a nadie. Un día, en el pueblo, empezó a correr el rumor de que Laura tenía un novio en Catania. Para acallar las malas lenguas y calmar los ánimos, los padres accedieron a enviarla a Roma, a casa de una tía. Con la excusa de que tenía que ir al conservatorio para obtener su diploma. Volvió al cabo de un año, cuando ni siquiera se había diplomado aún, y de la noche a la mañana la obligaron a casarse. Con Ussaro. Y luego pasó lo que pasó. La familia de Ussaro dijo que la chica estaba trastornada, que él incluso la había llevado a un especialista. Eso es todo lo que me ha contado mi amiga.

–Y esa Maria Carmela, ¿es la hermana que denunció a Ussaro por instigación al suicidio? –preguntó Vanina.

El comisario sacó su cuaderno de notas de antes de la guerra y leyó:

–No, la denuncia la puso Angelica. Más joven que Maria Carmela, pero dos años mayor que Laura.

–Y la hicieron callar enseguida.

–Más o menos. Ayer fui a buscar el expediente y anoté lo más importante. Como ya suponía, no decía prácticamente nada. Lo que más me impactó fue que hasta los padres de la chica declararon que Ussaro era inocente.

–¿Y la tal Angelica vive en Piana dell'Etna? –preguntó la subcomisaria a Angelina.

–Eso no lo sé. Gino me dijo que preguntara algunos chismes sobre Laura y eso he hecho.

Vanina se puso en pie.

–Muchas gracias, señora.

Angelina también se puso en pie y se dispuso a acompañarla a la puerta.

–No te preocupes, tesoro, ya acompaño yo a la subcomisaria –dijo Patanè.

Angelina se quedó pasmada. ¿Estaba bien lanzarle una mirada torva después de que la hubiera llamado «tesoro»? Se contuvo.

–Subcomisaria, yo me había comprometido a ayudar y eso he hecho. Con la excusa, mi mujer y yo nos dimos un paseo hasta su pueblo natal y hasta nos quedamos a cenar allí. Pero la verdad es que esta historia es muy vieja. ¿Cómo terminó la cosa con el grupo ese que se escribían mensajes? He visto hoy que la prensa ya habla de homicidio. ¡Se va a armar una gorda!

Vanina lo puso al día de las últimas noticias, incluidas las suculentas novedades de la tarde anterior.

–Madre mía, ¡qué satisfacción si consiguen meter entre rejas a ese tipo! ¡Es más escurridizo que una serpiente!

–Esperemos encontrar alguna prueba más consistente que lo que tenemos hasta ahora. Si no, no sé qué podemos hacer.

–Bueno, lo que me ha contado ya incluye unos cuantos delitos, subcomisaria. Otra clase de delitos, ¡pero también merecen castigo!

Desde luego que merecían castigo. Aunque, para eso, tendría que haber actuado en ámbitos de los que huía como de la peste.

Spanò se le acercó por el pasillo.

–Buenos días, jefa. Tenemos aquí a una persona que lleva desde las ocho y media esperando para hablar con usted.

–¿Quién es?

–El abogado Nicola Antineo. Dice que hablará solo con usted. Lo he dejado en la sala de espera.

¡Lo de hablar solo con ella se estaba convirtiendo en una obsesión!

–Que suba. Pero que no sepa absolutamente nada de que hemos pinchado el teléfono de Ussaro. Por cierto, ¿novedades en ese frente?

Spanò le hizo un resumen de las llamadas.

–¡El abogado y Spada tienen algo más que una relación profesional! –dijo el inspector, al tiempo que hacía un movimiento de rotación con la mano.

–¿Con ella también?

–Por lo que parece, quiere que vaya a la universidad a ayudarlo. Dice que está solo con el inútil de Antineo, que sin Iannino no puede con todo.

–¿Y qué le ha contestado Spada?

–Que depende de él.

–El que algo quiere, algo le cuesta. Aunque para él debe de ser algo normal, ¿no?

–Sí, de hecho le ha dicho que pedirá que la habiliten enseguida, aunque no he entendido para qué. Luego le ha explicado no sé qué historia de que hoy le toca a uno, mañana a otro, y que ahora que no está Lori...

–O sea, que ya está repartiendo su puesto.

Spanò asintió.

–Mándame al chaval, a ver qué quiere.

Estuvo a punto de decir «al inútil», pero se contuvo. Luego, pensándolo bien, se dijo que si Ussaro lo consideraba un inútil, era más que posible que Antineo fuera una persona respetable. Los tipos como el abogado consideran imbéciles a las personas respetables.

Sobre el escritorio encontró los artículos que se habían publicado en la prensa esa mañana, entre ellos el de Tammaro, que era el más detallado. La noticia había salido también en el Telediario 3 regional, y en varios informativos locales.

Spanò llamó a la puerta al cabo de dos minutos.

–Subcomisaria, el abogado Antineo.

Con los codos sobre los reposabrazos, las manos entrelazadas y una mirada gris cortante, Vanina giraba lentamente el sillón de izquierda a derecha. Ahora recordaba a quién se parecía aquel chico con cara de niño perdido, el pelo liso y la raya al lado: Alessandro Momo en el papel de ayudante de Vittorio Gassman en Perfume de mujer, pero unos cuantos centímetros más alto.

–Buenos días, subcomisaria –dijo Antineo.

–Buenos días, letrado. –Le entraron ganas de llamarlo «Ciccio», como hacía el ciego capitán Fausto en la película–. El inspector Spanò me ha dicho que quería hablar conmigo.

Antineo se acomodó en la silla. Primero se apoyó en el respaldo y luego se irguió.

–Sí.

Miró a Spanò, que no se movía de su posición.

–¿Y bien? –lo animó Vanina.

–He venido porque... porque no puedo seguir con este peso dentro. –Se acomodó de nuevo en la silla y alzó la mirada–. La noche de la fiesta de Lori, a eso de las once y cuarto, me llamó el profesor Ussaro. Me dijo que tenía que ir a verlo y que tenía que ser enseguida. Le pregunté de qué se trataba, pero él... se puso a gritarme y me dijo que no perdiera tiempo. Fui enseguida a la dirección que me había dado, una casa junto al mar. Cuando llegué, me encontré con una especie de desbandada. La gente parecía asustada. Decían que alguien se había encontrado mal. Susanna también se estaba marchando.

–¿La abogada Spada lo vio llegar?

–No creo, estaba de espaldas. El profesor Ussaro me había dicho que no debía verme nadie. Solo me crucé con Armando Alicuti, que en ese momento se marchaba con su padre. El profesor estaba muy alterado. Me dijo que tenía que ayudarlo a hacer una cosa y que como se me escapara una palabra lo pagaría muy caro. Fue a buscar el coche de Lori y lo metió en el jardín. Me dijo que entrara en casa y que

cogiera la maleta que estaba en el salón. Me di cuenta de que dentro había algo raro. El sillón que estaba en el centro del salón tenía manchas de sangre y la ropa de Lori estaba... desperdigada por ahí, en mitad de un caos absoluto. Volví a salir y le pregunté al profesor qué había pasado. Él me llevó dentro otra vez, me dijo que hiciera lo que me había pedido y que no preguntara nada, que sería lo mejor para mí. Cogió la ropa de Lori y se la llevó.

–Estaba manchada de sangre.

–Sí.

El chico bajó la mirada; tenía los ojos enrojecidos.

–¿Y luego?

–Luego obedecí. Fuimos hasta donde terminaban los muretes y me pidió que caminara por las rocas, con la maleta en la mano, y que la tirara.

–¿Estaba cerrada?

–Sí.

Vanina y Spanò intercambiaron una mirada.

–Luego volvimos atrás y Ussaro aparcó el coche al final de la calle, en una zona un poco oscura. Cuando lo acompañé a la casa, le pregunté dónde estaba su coche. Lo había visto aparcado en el patio al llegar a la casa. Me dijo que me metiera en mis putos asuntos y que olvidara todo lo que había ocurrido.

Vanina lo observó en silencio.

–¿Por qué ha esperado tanto antes de hablar?

El chico se puso nervioso.

–Porque el profesor me aseguró que él sabía dónde estaba Lori. Me amenazó. Yo siempre caigo de pie, me dijo, pero si caes tú, te vas de culo al suelo. Y es la verdad, subcomisaria. Pero hoy, cuando he leído en la prensa que en la maleta estaba el cadáver de Lori... que está muerta... –dijo, pero no terminó.

–Disculpe, pero ¿no se dio usted cuenta de que la maleta pesaba mucho? Es más, muchísimo, teniendo en cuenta que contenía el cadáver de una mujer que, por menuda que fuese, debía de pesar al menos cincuenta kilos.

–Sí, desde luego, me costó mucho cargar con ella. Pero es que en aquella situación... ¡no pensé nada, subcomisaria! Estaba asustado. Ahora, con la perspectiva del tiempo... no estoy del todo seguro, pero tengo la sensación de que en el suelo había también un cuchillo. Un cuchillo de cocina, ¿sabe? En ese momento no presté atención, pero luego...

Spanò había empezado a anotarlo todo en una hoja de papel.

–Letrado, usted sabe cómo funciona esto, no creo que yo tenga que explicarle nada. Lo que me acaba de contar tendrá que repetirlo ante el juez. Y tendrá que firmar una denuncia –dijo Vanina.

–Desde luego que lo sé. Estoy preparado. Aunque suponga meterme en un lío.

Vanina le hizo un gesto a Spanò para que se lo llevara al despacho de al lado. Lo que había contado Antineo era, muy probablemente, la verdad. Las huellas dactilares de Ussaro estaban en el volante del coche. Solo tenían que comprobar si las de Antineo estaban en alguna parte en el lado del pasajero. Y, además, la historia era tan detallada que cuadraba a la perfección.

Cogió el teléfono y llamó a los de la Científica. Para evitar problemas, preguntó directamente por Pappalardo, que respondió al cabo de un minuto.

–Usted dirá, subcomisaria.

–Escuche, Pappalardo, ¿cogieron ustedes los cuchillos que estaban en el chalé de Iannino?

El hombre permaneció en silencio.

–Pues la verdad es que no había cuchillos por ahí. Solo en el fregadero de la cocina... –Se dio cuenta demasiado tarde del error que había cometido–. Lo siento, subcomisaria. La verdad es que ni se nos ocurrió. Al no hallarse ningún cadáver...

Para ser sinceros, a ella tampoco se le había ocurrido, cosa que la sacó de quicio.

–Vamos a hacer una cosa: vuelva al chalé y recoja todos los cuchillos que encuentre, especialmente los de cocina. Busque restos de sangre. Y huellas dactilares, aunque me temo que no será fácil.

–De acuerdo, voy enseguida.

–Infórmeme más tarde.

Colgó y marcó el número de Vassalli, que no respondió. Lo intentó en el móvil, pero estaba apagado.

Llamó a Eliana Recupero.

–Buenas tardes, fiscal. ¿No sabrá usted por casualidad dónde anda Vassalli? Lo estoy buscando, pero no hay manera de encontrarlo.

–Está enfermo –respondió Recupero, con un deje de ironía en la voz.

–Ah. ¿Y entonces?

–Faltará unos días al trabajo, así que reasignaremos el caso. Mientras, aquí estoy yo; tendría que haber colaborado con él, pero ahora me va a tocar sustituirlo hasta que nombren a otro.

Vanina no se lo podía creer. Un golpe de suerte increíble.

Vassalli había depuesto las armas y había cogido la baja.

Vanina le comunicó que le mandaba al inspector Spanò con Antineo.

Luego reflexionó acerca de la historia que había contado el chico. Se puso en pie de golpe y y fue al despacho de al lado, donde Spanò estaba tomando declaración al chico.

–Una pregunta, letrado –dijo.

Antineo se puso en pie, pero ella le indicó con un gesto que volviera a sentarse.

–¿Recuerda usted si en el salón donde estaba desperdigada la ropa de Lorenza estaban también los zapatos?

El chico meditó unos instantes y luego negó con la cabeza.

–No. Los zapatos no.

Spanò sacó automáticamente la fotografía.

–¿Este zapato podría pertenecer a Lorenza?

Antineo observó la imagen.

–No lo sé... Por el estilo sí. Es posible que Susanna lo sepa. Siempre compraban juntas los zapatos. Lo sé porque lo hacían por internet, desde el estudio.

Por internet significaba que seguramente aquella compra había quedado registrada. No es que Vanina fuera una gran experta, pero sabía a quién preguntar.

Volvió a su despacho y llamó a Giuli.

La abogada, sin embargo, no respondió. La llamó momentos más tarde.

–Perdona, es que he tenido que alejarme. Llevo tres cuartos de hora haciendo cola en correos para recoger una carta certificada. Ahora ya no tienen una ventanilla especial para eso: tienes que coger número y esperar en mitad de todo este jaleo a que salga en la pantalla. Así, ¡al menos consiguen reducir a cero el riesgo de que uno de los servicios funcione!

Vanina soltó una carcajada.

–Lo sé. ¡Un engranaje perfecto!

–¿Querías decirme algo?

–Sí. Oye, tú que sueles comprar por internet, explícame cómo funciona: cuando compras algo, por ejemplo un par de zapatos, haces el pedido y ¿luego qué pasa?

Giuli se echó a reír.

–¿Quieres pasarte a las compras online?

–No, solo quiero saber cómo funciona el tema.

–Pues te llega un correo electrónico con los detalles del pedido, y luego otro con los detalles de envío. Y si el artículo por lo que sea no te va bien, lo devuelves. Y listos.

–O sea, que te llega un correo electrónico.

–Sí, exacto... ¡Me toca! –gritó–. Lo siento, Vanina, te tengo que dejar –dijo, antes de colgar.

La subcomisaria abrió el portátil de Iannino. No tenía contraseña. Qué despreocupada era, ¿no? En la bandeja de entrada encontró varios correos de compras online y los fue leyendo uno por uno hasta que encontró lo que buscaba. Sandalias negras, Saint Laurent, 38,

precio astronómico. Se fijó en el número de la tarjeta de crédito, encriptado a excepción de las últimas cifras. Llamó a Fragapane para que le trajera la información bancaria de Iannino.

El suboficial llegó al momento.

Ninguna de las tarjetas de la chica se correspondía con aquella.

–Fragapane, hágame un favor, rastree la tarjeta de crédito con la que se hicieron esas compras y dígame a nombre de quién está.

No sabía si descubrirlo serviría de algo, pero al menos tendría una visión más amplia.

Volvía a tener hambre. Siempre pasaba lo mismo, cuanto menos dormía más hambre tenía. Una tendencia desastrosa. Pero iba a ser un día largo, que terminaría con un viaje a Palermo. Ya no estaba tan segura de querer volver aquella misma noche.

Abrió la puerta del despacho de los críos.

–Hago una escapadita al bar y vuelvo enseguida. ¿Alguien quiere algo?

Todos negaron con la cabeza menos Nunnari, que levantó la mirada tímidamente.

–Ánimo, Nunnari, pronúnciate –le dijo Vanina, divertida.

–¿Una empanada, si hay?

–Vale.

Estaba a punto de cerrar la puerta para marcharse cuando el teléfono del escritorio de Marta empezó a sonar.

Respondió la inspectora. Se puso seria y, al momento, pareció apenada.

–Lo siento mucho, de verdad. ¿Cuándo ha sido?

Siguió escuchando y, luego, añadió:

–Lo entiendo. Sí, ya nos habíamos dado cuenta de que no estaba bien.

Se despidió y colgó.

–¿Qué pasa? –preguntó Vanina.

No sabía por qué, pero le había venido a la mente Vassalli. Haber pensado que fingía estar enfermo quizá había sido innecesariamente cruel. Pero no, no se trataba de él.

–Era la señora Iannino, la mujer del hermano de Lorenza. El señor Iannino ha muerto esta mañana. De un infarto.

Vanina fue a sentarse al escritorio de Marta.

–Pobrecillo, qué mal me sabe. Era joven. Pero se veía que no estaba bien, ¿te acuerdas?

Marta asintió, compungida.

–La mujer dice que antes de morir ha nombrado muchas veces a su hermana. Dice que parecía estar delirando.

–Tenemos que ir a ver a la viuda –decretó Vanina.

A saber a qué hora iba a llegar a Palermo aquella noche. Ya no fue

al bar: se quedó en el despacho, abrió el balcón y salió a fumar un cigarrillo.

Se puso a reflexionar sobre lo que había contado Antineo. Dada la situación, había que citar oficialmente a Ussaro. Tendrían que encontrar algún indicio, estaba claro, pero el paso que habían dado era enorme.

Recordó de repente los registros telefónicos que le había entregado Recupero el día antes y que ella había guardado en el cajón. Volvió a sacarlos y se fijó en la noche de los hechos. Había una llamada a las 23:27: el número era el de Antineo.

–¿Subcomisaria? –dijo Fragapane al tiempo que abría la puerta.

–¿Ha descubierto a nombre de quién está la tarjeta de crédito?

–Sí, es una tarjeta monedero, a nombre de Susanna Spada.

Qué raro que Spada no hubiera reconocido un zapato comprado con su tarjeta de crédito.

Tenía que hablar con ella de nuevo. Y mejor hacerlo enseguida. Buscó el número en la lista y lo marcó. Estaba fuera de cobertura. Intentó llamar al estudio legal, con la esperanza de que el sábado estuviera abierto.

Respondió la misma secretaria de siempre y le dijo que Susanna Spada había ido al tribunal a consultar un expediente en el registro.

Vanina apagó el cigarrillo y salió.

Pasó por el despacho de al lado y movilizó a Bonazzoli.

–Acompáñame al tribunal, Marta.

Diez minutos más tarde, pasaban los tornos de entrada al Palacio de Justicia. Gracias a Dios que existían las motos y las personas capaces de conducirlas, pensó Vanina. Con su robusto vehículo de cuatro ruedas, a esas horas no hubiera llegado ni a mitad de camino y se habría pasado una hora entera dando vueltas como una tonta en busca de un hueco donde aparcar.

–¿Dónde estará Spada? –preguntó Marta.

–La llamamos.

Vanina sacó el teléfono y llamó al número que había guardado en los contactos después de sacarlo del registro telefónico de Lorenza. Esta vez sonó.

–Buenos días, letrada Spada. Soy la subcomisaria Garrasi.

–Buenos días, subcomisaria. Disculpe, pero estoy en el tribunal.

–Lo sé. ¿Dónde, exactamente?

–¿Perdón?

–Le pregunto que en qué parte del tribunal se encuentra.

–¿Por qué?

Vanina empezó a perder la paciencia.

–Letrada, tengo que hablar un momento con usted y estoy en el

tribunal. Si quiere decirme dónde está, acabaremos antes. Si no, no se preocupe, ya la encontraré yo.

Spada dijo que iba enseguida.

Se quedaron a un lado, esperando.

–¡Vanina!

La subcomisaria se giró y vio a Maria Giulia De Rosa, que taconeaba la mar de contenta por el vestíbulo. La abogada la abrazó, le dio un par de besos e hizo lo mismo con Marta, a quien apenas conocía.

–¿Qué hacéis aquí?

–Tenemos que hablar con una persona.

–¿Quién, si se puede saber?

–Susanna Spada.

–Ah, Morticia.

Vanina y Marta se echaron a reír.

–¿Qué? ¿No se parece a Morticia Addams? –dijo Giuli con una risita sarcástica.

–¡La viva imagen! –confirmó la subcomisaria.

Spada acababa de aparecer por una puerta lateral y estaba mirando a su alrededor en busca de Garrasi.

Vanina se despidió de su amiga y se dirigió a Spada.

–Solo le robaré unos minutos, letrada.

Se dirigieron a una zona tranquila.

–Usted dirá, subcomisaria.

Susanna estaba tensa y Vanina se dio cuenta, aunque no hubiera sabido decir si era porque había tenido que dejar lo que estaba haciendo o por las preguntas a las que iba a tener que responder.

–¿Por qué negó haber reconocido en la fotografía el zapato de Lorenza?

–No lo negué, es que no lo reconocí.

–Pues es raro, teniendo en cuenta que se compró con una tarjeta de crédito que está a su nombre.

Spada se mostró impasible.

–De vez en cuando le prestaba a Lori mi tarjeta monedero, pero no tengo ni idea de lo que compraba.

–Es decir, ¿no tenían la costumbre de hacer compras online juntas?

–A veces lo hacíamos, pero no era lo habitual.

–¿Y cómo es que Lorenza le pedía a usted la tarjeta de crédito? Por lo que sabemos, ella tenía una.

La expresión de Spada se volvió sardónica, pero su respuesta no lo fue.

–Probablemente porque la mía es una tarjeta monedero, es decir, que es más adecuada para comprar en internet. Siempre existe el riesgo de que la clonen.

–¿O quizá porque Lorenza tenía el dinero en metálico y ponerlo en una tarjeta monedero era la única forma de comprar en internet?

La expresión sardónica de Spada se intensificó, pero no hizo ningún comentario.

–A ver –cambió de tema Vanina–, ¿recuerda usted haber visto llegar a Nicola Antineo la noche de la fiesta en casa de Lorenza?

Susanna pareció sorprendida.

–Creo haberlo visto, aunque bastante más tarde. Un momento antes de que yo me marchara.

–¿Estaba invitado a la festa?

–No lo sé. –Spada le echó un vistazo al reloj–. El registro cierra dentro de nada –les informó.

–Una última pregunta. Luego, si necesito hablar de nuevo con usted, la citaré y así nos evitamos problemas –le aseguró Vanina, en tono sarcástico–. ¿Recuerda –añadió– quién conducía el Ferrari del abogado Ussaro cuando se marcharon todos juntos?

La abogada no supo qué decir. Miró a Marta, que seguía impasible al lado de la subcomisaria.

–No... o sea, sí. Él, claro.

–¿Está segura?

–¿Y por qué no tendría que conducir él? –preguntó, al tiempo que recobraba el ímpetu.

–No lo sé, yo solo pregunto. Puede que usted no lo crea, letrada, pero a veces las preguntas más absurdas son las que marcan la diferencia. Me refiero a esas preguntas que una no sabe ni por qué se le han ocurrido. Pero la verdad es que son útiles. Muchas veces.

–Pues no creo que esa le sea muy útil.

–Es posible que tenga usted razón –dijo la subcomisaria, con una mirada que habría incomodado al alma más pura. Qué decir de una tan falsa como la de Spada.

La letrada la miró, indecisa, y se limitó a asentir.

Vanina le comunicó que de momento habían terminado.

La subcomisaria y Bonazzoli se alejaron sin pronunciar palabra. Cruzaron una mirada.

–En mi opinión, si Spada también está metida en el ajo, lo primero que hará es llamar a Ussaro –dijo Marta en cuanto se hubieron alejado lo suficiente.

–Lógico. –Sonrió Vanina–. Y nosotros estamos preparados para escuchar lo que le va a decir.

–¿Volvemos al despacho?

–No, antes vayamos a ver a Recupero.

Se dirigieron a la escalera y subieron hasta el pasillo de la fiscalía. Llegaron al despacho de la ayudante del fiscal justo cuando Spanò y

Antineo se disponían a salir. Eliana Recupero vio a Vanina.

–Subcomisaria Garrasi –la llamó.

Vanina se le acercó.

–Parece que las cosas empiezan a encajar.

–Eso parece, sí.

Antineo tenía aspecto de estar agotado. Se hallaba junto a Spanò, que lo miraba con aire paternal.

–Subcomisaria, espero sinceramente que mi testimonio sirva para darle un giro a la investigación –le dijo a la subcomisaria.

–Claro.

–El letrado Antineo nos ha proporcionado mucha información útil sobre otros delitos imputables al profesor Ussaro –intervino Recupero.

Cruzó una mirada cómplice con Vanina, que correspondió con un gesto de asentimiento.

–Lo que acabo de hacer me obligará a dejar el estudio legal, la universidad... Me gustaría saber que no ha sido todo en vano.

–Letrado Antineo, como ya le he dicho, si los delitos existen, no hay motivos para dudar –lo tranquilizó Recupero.

Antineo estaba mirando a la subcomisaria.

–Váyase a casa, letrado –dijo Vanina– y comuníquenos cualquier novedad que surja, por banal que le parezca. Y, sobre todo, infórmenos inmediatamente sobre cualquier intento de extorsión por parte del profesor.

El chico tragó saliva y después asintió.

–Lo acompaño al coche –dijo Spanò.

Vanina y Marta se quedaron en el despacho de Recupero.

–La verdad es que se ha metido en un lío muy gordo –afirmó la subcomisaria con una media sonrisa.

Eliana rodeó el escritorio, grande y repleto de documentos.

–No si conseguimos echarle el guante a Ussaro.

–Llegados a este punto, tenemos que citarlo con todas las de la ley.

–Está claro.

El teléfono de Marta interrumpió la conversación.

–Dime, Nunnari –respondió. Desvió la mirada hacia Vanina–. Te la paso –dijo.

–¿Qué ocurre, Nunnari? –preguntó la subcomisaria.

–Jefa, Ussaro acaba de recibir una llamada de...

–De Susanna Spada –lo interrumpió.

–¡Exactamente! Pero ¿cómo es que ya lo sabía?

–Me lo imaginaba. ¿Y qué han dicho?

–Será mejor que lo escuche usted misma cuando vuelva.

–Estoy en la fiscalía, lo escucho desde aquí.

–Pues entonces, ya que está ahí, escuche también la llamada de las 9:46. No tiene nada que ver con nuestro caso, ¡pero es bastante

interesante!

La subcomisaria colgó y miró a Recupero con una sonrisita.

–Tenemos una grabación interesante del teléfono de Ussaro.

–Pues vamos a escucharla.

Mientras salían del despacho llegó Spanò y enseguida lo pusieron al día.

–Joder, ese tío no para quieto ni un segundo. Nunnari dice que no hace más que hablar por teléfono –comentó el inspector. Y luego, mientras se dirigían a la sala de escuchas telefónicas, añadió–: Bueno, jefa, esta mañana he podido investigar un poco antes de que usted llegara, pero luego no me ha dado tiempo a contárselo. Aprovecho ahora, visto que la ayudante del fiscal está presente –dijo, al tiempo que se volvía hacia Recupero.

–Usted dirá, inspector –dijo Vanina, mientras Eliana se detenía para escuchar.

–Vincenzo Colangelo, el tipo al que acudió corriendo Ussaro en cuanto salió de la secretaría de Alicuti, es un cliente suyo. En estos momentos, Ussaro le está llevando a su esposa una causa de indemnización por un accidente de tráfico. Cien mil euros. Colangelo es un delincuente de poca monta, de esos que en la jerarquía de la delincuencia de San Cristoforo están un escalón por debajo del burro, no sé si me explico. Pero gestiona para los Nola un punto de venta de drogas. Cocaína, básicamente.

Recupero sonreía, con una expresión entre la cordialidad y la admiración.

–Felicidades, inspector. Todo lo que ha dicho es exacto. La única novedad, por lo que a mí respecta, es que Colangelo sea cliente de Ussaro. Con sujetos de esa clase, normalmente solo conocemos al abogado penalista.

–Entonces, es posible que Colangelo sea quien le proporciona la coca al abogado –resumió Vanina.

–Es lo mismo que he pensado yo –dijo Spanò.

–Y, por eso, Ussaro fue ayer a asegurarse personalmente de que nadie dijera ni una palabra sobre eso. O a inventar alguna distracción en el caso de que llegáramos hasta ellos.

–Es probable –comentó Recupero.

Marta los interrumpió con un dedo levantado, como si estuviera en el colegio.

–Disculpe, pero ¿no sería el momento de hablar también con Alicuti?

–Claro –respondió Vanina–. Si está convencido de que puede saltarse una citación mía, aunque sea en calidad de persona informada de los hechos, está muy equivocado.

Llegaron a la sala de escuchas telefónicas.

Una vez encontrado el número y seleccionado el horario exacto de la llamada, que les había proporcionado Nunnari, se pusieron a escuchar:

USSARO: ¿Qué quieres, Susanna? Estoy ocupado, sabes que por la mañana no debes llamarme.

SPADA: Me da igual que estés ocupado. Acabo de recibir una visita de la palermitana. Ha venido hasta el tribunal para hablar conmigo, ¿te das cuenta? ¿Y sabes qué quería saber? Si me acordaba de quién conducía tu coche la noche de la fiesta.

USSARO: ¿Y tú qué le has contestado?

SPADA: Que no lo sabía, pero que seguramente conducías tú.

USSARO: Muy bien. Entonces, ¿dónde está el problema? Has respondido lo correcto. No entiendo por qué me levantas la voz de esa manera. Es inaudito. ¿Qué pasa, ya no te acuerdas de con quién estás hablando?

SPADA: ¡Cómo no me voy a acordar! La cuestión, querido, es que no tengo el menor interés de verme implicada en algo que ni siquiera sé de qué va, solo por haberte hecho el favor de llevar tu coche al garaje. Tú sabrás qué vas a hacer.

USSARO: ¡Serás hija de puta!

La conversación se interrumpía de golpe.

–Me parece que Spada tampoco tiene una relación estrictamente profesional con Ussaro –comentó Recupero.

–Ya –respondió Vanina–. Pero por el tono de la conversación, se intuye una cosa: aunque sea una subordinada suya, vamos a decirlo así, puede permitirse el lujo de hablarle a las claras. Y ha obedecido una orden sin saber qué había ocurrido en realidad.

–Subcomisaria, yo diría que hay que hablar otra vez con la tal Spada. Y a Ussaro ya podemos comunicarle formalmente que está siendo investigado. Lo citaremos por la vía oficial –dijo Recupero.

Vanina se mostró de acuerdo.

Escucharon también la llamada de las 9:46.

Una discusión de media hora entre Ussaro y un colega sobre las dinámicas de cinco o seis concursos de plazas públicas: «Con fulanito ya he hablado yo, con menganito hablas tú, zutanito no pinta nada». Sin decir ni un solo nombre. El otro se mostraba más cauteloso, pero Ussaro estaba absorto en la discusión –una especie de monólogo, más bien–, hasta el punto de que en algunos momentos parecía olvidar que estaba hablando por teléfono.

–Una gestión minuciosa del asunto –comentó Vanina.

Recupero hizo una mueca, como si quisiera decir que para alguien como Ussaro aquello era lo normal.

Volvieron al despacho de la ayudante del fiscal.

–Cuando interroguemos a Ussaro, quiero que esté usted presente, subcomisaria.

–Claro, no se preocupe.

–Ah, en cuanto al colega que debe sustituir a Franco Vassalli, de momento aún no lo han nombrado. Lo cual significa que seguiré ocupándome yo del caso de presunto homicidio. Citaré a Ussaro esta misma tarde.

Vanina ya se lo esperaba. Sobre todo ahora que la cosa parecía avanzar de verdad.

18.

Giuseppe Alicuti, apodado Beppuzzo, recibió a la subcomisaria Garrasi con una sonrisa en los labios. Los diez minutos de espera que habían tenido que aguantar ella y Spanò, mientras aguardaban a que el limosnero de turno saliera del despacho del diputado, solo habían servido para poner de los nervios a Vanina. Tuvo que hacer un esfuerzo para devolver la sonrisa y el apretón de manos que el político le ofreció al tiempo que se disculpaba por haberla hecho esperar.

Mirada altiva, lenguaje pseudoculto, pero con marcadas inflexiones dialectales. Tan servil como su amigo, pero de un modo menos hipócrita.

–Yo estoy a su disposición, subcomisaria. Si puedo ayudarla en algo, no dude en pedirme lo que considere oportuno –le aseguró Alicuti, con el aire de un paladín de la legalidad.

–Señor Alicuti, la noche del 7 de noviembre acudió usted a una fiesta en casa de Lorenza Iannino, la chica desaparecida que, según creemos, fue asesinada –dijo Vanina.

–¡No me lo recuerde! ¡Una chica tan guapa y tan inteligente!

–Usted y su hijo, que es el propietario de la casa, fueron los últimos en marcharse, según afirman varios testigos. ¿Es correcto?

–Sí, fuimos de los últimos en marcharnos. Armando solo vino a recogerme; aquella noche no se encontraba muy bien y prefirió quedarse en casa.

Como había dicho la amiga de Iannino, que se había molestado precisamente por aquella ausencia.

–¿El profesor Ussaro se quedó allí?

–¿Elvio? Sí, creo que sí.

–¿Vio usted a Lorenza antes de marcharse? ¿Se despidió de ella?

–La verdad es que no. Estaba en el comedor, con Elvio. Estaban solos... Ya sabe usted cómo son estas cosas, subcomisaria. Nadie quiere ser indiscreto. Que entre Lorenza y Elvio había algo era un secreto a voces, ¡lo sabía todo el mundo!

Había adoptado una expresión cordial que puso a Vanina aún más de los nervios. En el fondo, tenemos que ser comprensivos, subcomisaria. No se huye de los sentimientos. Le entraron ganas de coger uno de los muchos trofeos alineados tras el sillón y estampárselo en la cabeza, pero no le quedó más remedio que aguantarse.

–Entonces, ¿a él tampoco lo vio?

–A él sí. Lo vi y me despedí.

–¿Recuerda por casualidad haber visto al señor Antineo?

Alicuti fingió pensar.

–Creo que sí. Nicola llegó tardísimo, cuando ya se apagaban las luces, como se suele decir.

–Supongo que a Susanna Spada sí la vio.

En esta ocasión, Alicuti permaneció impasible.

–Claro –respondió.

–¿Recuerda cuándo se marchó?

–Antes que yo, de eso estoy seguro.

–¿Recuerda haber visto al abogado Ussaro con ella, antes de marcharse?

Alicuti sonrió.

–Subcomisaria, ¿cómo quiere que recuerde esos detalles?

Vanina cambió el tono.

–Señor Alicuti, ¿consume usted cocaína? –atacó.

El hombre se quedó sin saber qué decir. Durante unos segundos, pero resultó obvio. Un silencio más que suficiente para que la subcomisaria lo interpretase como una respuesta afirmativa.

–¿Quién se la proporcionó aquella noche?

–Subcomisaria, aún no le he respondido –puntualizó Alicuti.

–Entonces, conteste. Le repito la pregunta: ¿consume usted cocaína? Me refiero a consumo personal, claro.

–¡Por supuesto que no!

–Por tanto, no sabe quién la llevó aquella noche al chalé de Lorenza.

–No tengo ni idea.

–¿No se preguntó por qué Susanna Spada se marchó antes que usted? –se aventuró la subcomisaria.

Estaba jugando a adivinar, pero algo le decía que no se equivocaba.

Alicuti desplegó la misma sonrisa que mostraba cada vez que la conversación giraba sobre ciertos temas.

–Subcomisaria, usted sabe mucho. Son temas personales... –dijo, con un aire cordial de falsa reprimenda.

–Saber mucho es mi trabajo, diputado. Y ante un presunto homicidio no hay temas personales que valgan. Ni siquiera en el caso de una persona informada sobre los hechos, como es usted en este momento.

Alicuti alzó las manos.

–Por favor, ¡no se me ocurriría nunca convertirme en un obstáculo para la justicia! Y si encima se trata de un homicidio, seré el primero en colaborar en todo lo que pueda. Susanna se marchó antes que yo porque Elvio le pidió que se ocupara de un encargo. Qué quiere que le

diga, subcomisaria. Elvio es mi amigo, ¡pero no deja de ser el jefe de Susanna!

–¿Un encargo a las once de la noche? ¿No le pareció, como mínimo, raro?

–¿Raro? Sí, quizá un poco, pero Elvio es así: cuando se trata de trabajo, no hay horarios. Y de hecho, toda la velada en sí fue bastante rara, ¿sabe?

–¿Qué quiere decir?

Alicuti hizo una pausa teatral.

–Bueno, no sabría decir exactamente por qué, pero había una atmósfera extraña.

–¿Extraña en qué sentido? ¿Insólita, o más bien inquietante?

–No lo sé. Había personas desconocidas. Amigos de Lorenza, supongo... –Otra pausa efectista–. A saber a qué gente había invitado Lorenza.

–Porque, por lo general, ¿a esas fiestas acudían siempre las mismas personas?

–Normalmente sí. Eran veladas informales, entre amigos. Lo dice el mismo nombre del grupo que habíamos creado.

–Y que usted y su hijo se apresuraron a abandonar aquella misma noche. ¿Cómo es eso, diputado?

Alicuti se puso serio.

–Subcomisaria, ¿me creería usted si le dijera que fue una especie de sexto sentido? Mi hijo se dio cuenta de que Lorenza estaba abriendo aquellas veladas a extraños, que probablemente también estaban en el grupo. Por tanto, mi número de teléfono habría pasado a ser casi de dominio público. No es necesario que le diga que no puedo permitirme ese lujo...

A Vanina le entraron ganas de reírse en su cara, pero no hubiera servido de nada. El diputado se creía demasiado «listo».

No era cuestión de seguir perdiendo el tiempo.

Cuando Vanina y Spanò salieron del despacho, la fila de limosneros se había duplicado.

–Este tipo sabe perfectamente lo que pasó aquella noche –comentó Spanò en cuanto llegaron a la calle–. Pero, subcomisaria, ¿quién le dijo a usted que Spada y Alicuti...?

–Nadie, inspector. He intuido que era así cuando le he preguntado si la vio aquella noche y él me ha respondido enseguida, sin inmutarse. Estoy segura de que se deducirá a partir de alguno de los chats del teléfono de Lorenza.

–¿Por qué?

–Porque Alicuti ha dado por hecho que yo estaba enterada. Y sabe perfectamente que tenemos el teléfono de Lorenza. Debió de decírselo

Ussaro cuando fue corriendo a verlo.

Spanò meditó sobre el tema mientras se dirigían al coche.

–En fin, yo creo que Alicuti no tiene nada que ver con el homicidio. Como mucho, estará al corriente de lo sucedido, pero no participó de forma activa –dijo, al tiempo que se sentaba al volante.

–Yo pienso lo mismo –dijo Vanina.

Sacó el teléfono y llamó a Recupero.

–Eliana, necesito una orden de registro para el Ferrari de Ussaro. Debemos averiguar si hay huellas de Susanna Spada en alguna parte. Necesito que usted lo autorice.

–Claro. Después del interrogatorio de esta tarde, envíe a alguien de la Científica para que se ocupe –respondió Recupero.

–Ah, quería decirle que le he pedido al oficial Pappalardo, el que analizó el chalé, que vuelva, recoja todos los cuchillos que encuentre y los analice. No sé si servirá de algo, pero al menos lo intentamos. Por lo demás, no se encontraron casquillos, por lo que nada hace pensar que la herida que le provocó la muerte a Iannino la causara un arma de fuego. Antineo recuerda vagamente haber visto un cuchillo.

–Ha hecho usted muy bien.

Qué fácil era colaborar con una persona como Recupero. Se parecían en muchos sentidos, aunque en otros muchos eran muy distintas. El principal, el interés por el ejercicio físico: la ayudante del fiscal no lo perdonaba nunca, mientras que Vanina lo iba dejando siempre para el mes siguiente.

–Usted cree que fue Spada quien se llevó el Ferrari de Ussaro, ¿verdad? –preguntó Spanò.

–No lo creo, estoy segura. La llamada interceptada lo dice clarísimamente.

Llegaron al aparcamiento de los coches de servicio, situado en un antiguo cuartel, y cruzaron la calle en dirección al portón de la Judicial.

–Subcomisaria, ¿puedo preguntarle una curiosidad en la que no dejo de pensar desde ayer por la mañana?

–¿Desde ayer por la mañana? Ya puestos, ¿por qué no ha esperado un par de días más? Venga, suéltelo de una vez.

Spanò se echó a reír.

–¿Qué le contó el comisario Patanè mientras desayunaban juntos? Cuando entré y salí de su despacho, me pareció que le estaba diciendo algo que tenía que ver con Ussaro.

Vanina sonrió al pensar en la investigación paralela que estaba llevando a cabo Patanè. Sin ningún fin en sí misma, pero aun así interesante. Se acordó en ese momento de que la última vez que habían hablado se había propuesto investigar un poco sobre Angelica Di Franco. Se le había olvidado.

–Una historia antigua –respondió–. Luego se la cuento, inspector.

–Bien, vamos a recapitular: por lo que parece, el abogado Ussaro sería el asesino de Lorenza Iannino –dijo Macchia.

Los había esperado en el umbral y ahora estaba en mangas de camisa, columpiándose en el sillón –esta vez el suyo– con el puro apagado entre los dientes. La barba, de tanto mesársela, parecía alisada con el secador.

Vanina estaba sentada delante de él. Marta y Spanò estaban de pie.

–La cosa podría haber ido así –empezó a decir la subcomisaria–. Lorenza extorsiona a Ussaro.

–¿Por qué iba a extorsionarlo? –preguntó Tito.

–No lo sé. Pero algo debió de maquinar, porque de lo contrario no hubiera conservado copias de aquellas cartas. –Hizo una pausa y prosiguió–: Ussaro la mata. Después, sin especificar qué ha pasado, dice a todos los invitados que se marchen. A Spada le pide que se lleve su Ferrari, que allí solo sería un estorbo. Llama a Antineo, a quien considera una especie de esclavo, y le dice que cumpla las órdenes sin hacer preguntas. Va a buscar la maleta grande de Lorenza, porque sabe perfectamente dónde la guarda, y consigue meter dentro a la chica, pues Lorenza es menuda. También mete dentro su teléfono, para quitarlo de en medio. Cuando llega Antineo, le dice que cargue con la maleta, lo lleva hasta el paseo marítimo de los muretes y lo obliga a arrastrar la maleta hasta las rocas. Lo hacen todo muy rápido, lo cual explicaría el aspecto de la casa, que dejan medio abierta. Después vuelven, Ussaro aparca el coche de Lorenza al final de la calle, debajo de la adelfa, y le dice a Antineo que lo lleve a casa. Aunque se haya deshecho del teléfono, lo primero que se le ocurre es salir del grupo de la fiesta. Y comete una gilipollez, porque lo único que consigue es llamar nuestra atención.

–Hasta aquí, me parece que funciona.

–Sí. De no ser por un par de detalles que me tienen perpleja.

–¿O sea?

–Primero y más importante: no tenemos indicios de una posible arma del delito. Segundo: alguien tuvo que abrir la maleta y empujar el cadáver al mar, porque de lo contrario no se hubiera movido de allí ni con la marejada más fuerte. Pero las cámaras de vigilancia de Manfredi Monterreale no captan a nadie que se dirigiera más tarde hacia las rocas. Luego están las llamadas anónimas, la primera desde un área de servicio y la segunda desde Roma. ¿Quién las hizo? ¿Una persona que huía y que, por tanto, estaba implicada? ¿O un testigo ocular?

Tito no respondió; se limitaba a asentir.

Spanò tomó la palabra:

–Por lo que parece, casi todos los invitados de la fiesta son clientes de Ussaro. El que llevó a la cría, por ejemplo, ganó un recurso millonario gracias a Ussaro. Todos clientes excepto la prima, Bini, que sin embargo tiene un hijo licenciado en Jurisprudencia, así que querrá congraciarse con el profesor como sea. Y durante la fiestecita, perdóneme usted la franqueza, subcomisaria, seguro que tuvo muchas ocasiones de complacerlo.

–Noches entre amigos, sí, sí. En fin, hemos citado oficialmente a Ussaro esta tarde. Hablaremos con él en la fiscalía, en presencia de Recupero.

En ese momento sonó el teléfono de la mesa de Macchia.

–Buenos días, señor director.

Vanina hizo ademán de marcharse, pero se detuvo al ver la mano alzada del Gran Jefe. Los otros dos, en cambio, salieron del despacho.

–¿Ahora? –estaba diciendo Tito–. Desde luego, señor director. Enseguida voy.

Colgó y observó fijamente a Vanina, con el puro entre los dientes.

–¿Te ha convocado el director? –preguntó Vanina.

–Sí.

Macchia se puso en pie y cogió la chaqueta que colgaba del perchero. Era grande como un abrigo, pero a él le quedaba casi estrecha.

–Hasta luego, Garrasi –la saludó, al tiempo que se dirigía al pasillo.

Vanina entró en el despacho contiguo al suyo.

Spanò, con su curiosidad, le había recordado algo.

–Marta, hazme un favor. Necesito que me busques la dirección de una persona: se llama Angelica Di Franco.

–Claro, ¿quién es?

–La hermana de la primera mujer del abogado.

–¿Ussaro está divorciado? No me consta...

–Es viudo.

–Ah. Vale. La busco enseguida.

La subcomisaria volvió a su despacho.

El ordenador de Iannino seguía en el escritorio. Abrió el correo electrónico y empezó a revisar la bandeja de entrada. Seleccionó como criterio de búsqueda la dirección de Lorenza, en busca de otros correos electrónicos que pudiera haberse autoenviado. Encontró uno entre los más recientes. En esta ocasión era una hoja escrita en el ordenador y tenía mayor relación con el caso: era una lista de nombres, a cual más ilustre, algunos de ellos subrayados. El de Ussaro estaba en lo alto a la derecha, con un signo de interrogación al lado. Debajo, entre paréntesis, se repetía uno de los nombres de la lista: Fernando Maria Spadafora.

Vanina comprobó de nuevo la información sobre Ussaro. Sí, no se

equivocaba: el apellido de su mujer era Spadafora.

Llamó a Spanò. El inspector llegó enseguida, con el teléfono pegado a la oreja. Se entretuvo junto a la puerta hasta cerrarla del todo.

–Disculpe, subcomisaria, era Lo Faro.

–Ah, ¿y qué dice?

–Nada, que se ha recorrido todos los laboratorios de análisis del centro, pero ninguno de ellos ha recibido la muestra de sangre de la chica. Ahora ha extendido la búsqueda a los barrios de la periferia. ¿Puedo decirle lo que pienso, subcomisaria?

–Claro.

–En mi opinión, es como buscar una aguja en un pajar. A saber dónde llevó esa muestra para que la analizaran. Sobre todo en el caso de que estuviera embarazada.

Vanina meditó sobre esa cuestión.

–Una curiosa coincidencia, ¿no? Por la mañana, Iannino se hace una analítica y por la noche la asesinan.

–¿Cree usted que era una forma de extorsionar al abogado?

–¿Otra, aparte de las que ya tenía? Puede ser. Y bastante poderosa, además. Pongamos que de verdad estaba embarazada y que aquella noche se lo comunicó a Ussaro. Ese tipo no tiene el menor escrúpulo y está más curtido que los árboles de plaza Marina, pero le importa la imagen de la familia. Mucho. Y me atrevería a decir que no solo por una cuestión de apariencias.

–¿Qué quiere decir, jefa?

–Que su participación en la sociedad que dirige la firma contable del suegro seguramente es un incentivo para evitar fracturas familiares. –Echó un nuevo vistazo al correo con los nombres. Era el motivo por el cual había llamado a Spanò–. ¿Sabe usted que el suegro de Ussaro se llama Fernando Maria Spadafora?

Spanò le indicó con un gesto que esperara y sacó del bolsillo un fajo de documentos.

–Espere, que lo tengo todo aquí –dijo, mientras buscaba algo entre papeles casi desintegrados.

Vanina sonrió.

–Spanò, ¿dónde va con esos papelajos? Parecen salidos de la guerra.

Aunque, en realidad, no era difícil de entender: el inspector tenía el vicio –o, mejor dicho, el hábito– de ponerse vaqueros de cintura baja que no es que le sentaran demasiado bien. Todo lo que metía en los bolsillos quedaba reducido a una lámina finísima que costaba mucho sacar. Era obvio que una hoja de papel no podía salir indemne de allí.

–Es que lo meto en el bolsillo de cualquier manera... –se justificó, mientras retiraba dos tiques que se habían colado–. ¡Aquí está! Sí, Spadafora, de nombre Fernando Maria. La madre, en cambio...

–Dejemos a la madre, de momento no nos interesa –lo interrumpió Vanina, al tiempo que observaba el portátil de Iannino–. Quién sabe qué significarán todos esos nombres.

Se levantó, con el cigarrillo en la mano, y se puso la chaqueta.

–¿Va usted a comer? –quiso saber el inspector.

–Sí, pero algo rápido. Luego iremos a ver a la mujer de Gianfranco Iannino, que al parecer se ha quedado en Catania porque el cuerpo del marido tiene que permanecer en el hospital hasta mañana.

–Pobrecilla... Pero iremos... ¿quién?

–¿Cómo que quién? ¡Pues usted y yo, Spanò!

–¡Ah! Perdón, no la había entendido.

Se digirieron al despacho de los críos. Nunnari estaba con el teléfono intervenido de Ussaro, que llevaba dos horas en silencio. Había colocado una servilleta de papel en el escritorio y se estaba zampando un bocadillo de medio metro de sabroso e hipoalergénico salchichón.

Bonazzoli se levantó enseguida con una hoja de papel en la mano.

–Vanina, estos son todos los contactos de Angelica Di Franco. He añadido alguna información más.

Spanò preguntó de qué iba el asunto.

–Gracias, Marta –dijo Vanina–. El inspector y yo íbamos a ver a la viuda de Iannino y luego directamente a la fiscalía, donde nos espera Recupero. ¿Quieres venir a comer algo con nosotros?

–No, gracias, yo voy dentro de un rato.

Señal de que la entrevista de Macchia con el director de la policía no había durado mucho y que el comisario principal ya estaba volviendo.

Vanina sintió alivio. No sabía por qué, pero había intuido que el tema de aquella conversación podía ser su investigación. Tanta rapidez indicaba que se había equivocado.

Aunque era raro que la intuición le fallara.

Y no había sido así.

El Gran Jefe la estaba esperando al pie de la escalera, delante del portón cerrado.

–He oído tu voz y me ha parecido que bajabas –dijo, serio.

–¿Qué quería el director de la policía? –le preguntó enseguida Vanina.

Tito vaciló antes de responder y miró de reojo a Spanò, que lo entendió al instante.

–Subcomisaria, mientras voy a buscar el coche.

Salió y cerró el portón tras él.

–¿Y bien? –preguntó la subcomisaria, muerta de curiosidad.

–Ven, vamos un momento arriba con el ascensor –dijo el Gran Jefe.

Vanina lo siguió hasta la escalera secundaria y entró en el ascensor

con él, aunque Macchia ocupaba casi todo el espacio.

–Tito, cuéntame qué te ha dicho el director de la policía –insistió.

Estaba pegada a la pared, con el cuello estirado.

–Quería prevenirnos.

–¿Prevenirnos?

–A ti y a mí, pero sobre todo a ti.

–¿Prevenirnos de qué?

–De Ussaro. Parece que el abogado no se ha limitado a tomar nota del aviso de inculpación y de la citación oficial, sino que ha puesto en pie de guerra a medio mundo. Era de esperar, claro.

–Lógico que alguien como él empiece a moverse de inmediato –comentó Vanina–. ¿Qué dice el director? –preguntó.

Tenía la esperanza de que la respuesta no echara por tierra la opinión que tenía sobre él. No es que lo conociera mucho, pero de entrada le había causado una buena impresión.

–Dice que Ussaro intentará encubrir todo lo que pueda y que le sobran los recursos para intentarlo. Sobre todo en las altas esferas. Pero el director de la policía conoce tu capacidad de resistencia y nos garantiza su apoyo. Ya sabe que Vassalli está al margen por motivos de salud y que estás colaborando con Eliana. Me ha parecido que estaba satisfecho.

Opinión confirmada.

–Creo que esta vez Ussaro irá a por todas –dijo Vanina, cuando por fin salió de aquel ascensor, que iba más lento que un montacargas de manivela.

–Y yo también lo creo. Ten cuidado, Vanina.

–¿En serio?

–En serio.

Spanò la esperaba en el coche.

–¿Todo bien, subcomisaria? –le preguntó.

–Sí, todo bien.

Spanò arrancó.

–¿Vamos a Da Nino o prefiere algo más rápido?

–Da Nino.

Durante los cinco minutos que tardaron en llegar, Vanina permaneció en silencio. Con el cigarrillo encendido y la mente concentrada en la pila de piezas que estaba tratando de encajar y que, no sabía por qué, seguían estando desordenadas.

Ocuparon una mesa de la entrada y se sirvieron unos cuantos aperitivos de la barra. No tenían tiempo de más, pero era suficiente.

–Subcomisaria, ¿puedo preguntarle una curiosidad? –empezó a decir Spanò en cuanto se sentaron.

–¡Y ya van dos! Usted dirá, inspector.

–¿De quién eran los contactos que le ha buscado Bonazzoli?

Vanina le sonrió. Spanò llevaba en la sangre lo de ser poli, como ella.

–Nada, inspector, es por aquella historia que me contó el comisario Patanè, lo que le estaba diciendo antes. Una historia sobre Ussaro que no tiene nada que ver con Iannino. La primera mujer del abogado se suicidó cuando apenas llevaban un año de casados. En el 75. Laura Di Franco, se llamaba. Después de la tragedia, la tal Angelica denunció al abogado por instigación al suicidio. No hace falta decir que la cosa no llegó a ningún lado, en parte, y por absurdo que resulte, gracias al testimonio de los propios padres. Tenía curiosidad por conocer la versión de los hechos.

Spanò se quedó perplejo. Eso de que Garrasi se dedicara a satisfacer una curiosidad en lugar de estar noche y día obsesionada con la investigación, era toda una novedad.

–¿Y dónde vive esa Angelica?

–En Riposto, por lo que veo.

–Pues con la excusa se da un buen paseo. ¿Cuándo tiene pensado ir?

–No lo sé. Puede que mañana por la tarde, pero depende de la investigación.

–Mañana es domingo. ¡Tampoco pasa nada si descansa de vez en cuando de la investigación, subcomisaria!

Cierto. Al día siguiente era domingo.

Vanina dijo en voz alta lo que pensaba:

–Cuando pienso que esta tarde me espera una paliza de doscientos kilómetros...

Spanò abrió unos ojos como platos.

–¿Adónde tiene que ir?

–A Palermo.

El inspector no hizo más preguntas. A aquellas alturas, conocía a Garrasi lo bastante bien como para saber que los viajes a su ciudad natal no la ponían precisamente de buen humor.

–Pero ¿a casa de la señora Iannino vamos para dar el pésame o cree usted que puede contarnos algo de su cuñada que el marido no nos ha contado? –preguntó.

–Para dar el pésame –respondió Vanina–. En cuanto al resto, ya sabe lo que dicen. Más vale que sobre información que no que falte.

Terminaron de comer media hora más tarde y se dirigieron hacia el bed and breakfast en el que se había alojado Gianfranco Iannino. Allí debían encontrarse con la viuda.

Cuando llegaron Vanina y Spanò, la señora Grazia Sensini, viuda de Iannino, estaba en compañía de dos personas que ya se marchaban: primos del difunto Gianfranco que habían acudido a presentar sus

respetos y que no dejaban de hablar del «terrible dolor» por las dos desgracias que Sensini había vivido. Esperaban, decían, poder dar una digna sepultura a Lorenza lo antes posible, qué a saber lo que habría sufrido la pobrecilla.

La mujer recibió a los dos policías en el minúsculo apartamento donde su esposo había tenido aquella misma noche un infarto que apenas le había dado el tiempo justo de llegar al hospital, donde había muerto nada más cruzar las puertas.

Era toscana, de Montevarchi para ser más exactos, y más o menos la misma edad que el difunto.

Tenía la expresión extenuada de quien ya no puede más.

–Ayer, cuando llegué, encontré a Gianfranco destrozado. La desaparición de Lori, la noticia de que la habían asesinado y todos los secretos que estaba descubriendo de ella... Ustedes no lo sabían, pero mi marido tenía una cardiopatía. Tarde o temprano hubieran tenido que operarlo y él lo sabía. Pero, por desgracia, no ha dado tiempo... –dijo, a la vez que se echaba a llorar.

Spanò le acercó un pañuelo.

–Lo siento muchísimo, señora –dijo Vanina.

–Cuando salió deprisa y corriendo para venir a Catania, temeroso de que a su hermana le hubiese pasado algo, yo tuve un mal presentimiento. Quise acompañarlo enseguida, pero ¿cómo hacerlo? Tenía que dejar a los niños con mis padres y luego estaba el trabajo...

–¿Hubo algo, algún factor desencadenante, que le provocara el infarto? –preguntó la subcomisaria.

Grazia Iannino negó con la cabeza.

–No lo sé. No hago más que darle vueltas. Yo estaba en el baño, lo oí hablar y luego pedir socorro. Salí enseguida, pero él ya estaba en el suelo con la mano en el pecho y respiraba con dificultad. Farfullaba palabras sin sentido. Hablaba de Lori, decía que teníamos que ir a recogerla. Insistía, incluso tenía el teléfono en la mano. Llámala, me decía, llámala. –Empezó a sollozar de nuevo–. ¡Y cuando pienso que ni siquiera tenemos el cuerpo de Lori para poder llorarla!

–Señora, le juro que haremos todo lo posible para encontrarlo –dijo Vanina–. Y para detener a su asesino.

La señora alzó la mirada y la observó con rabia.

–Entonces júreme también que cuando lo detengan harán todo lo posible para que se pudra en la cárcel. Porque ese malnacido, sea quien sea, ahora ha cometido dos homicidios: el de Lori y el de Gianfranco.

–Se lo juro, señora.

–Es que no me cabe en la cabeza.

–¿Conocía usted bien a su cuñada?

–Creía que sí, pero ahora me doy cuenta de que... ignorábamos

muchas cosas.

–¿Tiene usted alguna idea de lo que pudo haberle sucedido?

–No, pero... Creo que cuando alguien toma el mal camino, puede pasarle de todo. Y está claro que Lori no había tomado un buen camino.

–¿Se refiere a la relación con el abogado?

–Principalmente, pero también a todo lo demás. Tenía alquilado un chalé junto al mar, objetos de lujo, todas esas cosas que no sé cómo podía permitirse. De algún sitio tenía que sacar el dinero. A saber de dónde. Cuando pienso que mi marido ahorraba para poder mandarle quinientos euros todos los meses... Para ayudarla, decía. Para él su hermana era como una niña a la que tenía que ayudar y consentir...

Alguien llamó a la puerta. La señora hizo ademán de ponerse en pie, pero Spanò se le adelantó.

–Tranquila, señora. Yo me ocupo.

Fue a abrir y se encontró con una chica que lo observaba perpleja.

–Disculpe, creo que me he equivocado, estaba buscando a la señora...

–¡Eugenia! –exclamó Grazia, al tiempo que se ponía en pie de golpe.

La chica entró y corrió hacia la viuda. Se abrazaron y se echaron a llorar las dos.

–Gracias por venir –farfulló la señora Iannino.

Eugenia recobró la compostura y se presentó a Spanò y Garrasi.

–Eugenia Livolsi.

–Giovanna Garrasi –dijo Vanina.

–Ah, usted es la subcomisaria Garrasi. El otro día me mandó a sus colaboradores para que me hicieran unas preguntas, pero de que Lori ha sido asesinada me he enterado por la prensa.

–Lo entiendo y le pido disculpas, pero creáme, cuando la inspectora Bonazzoli fue a hablar con usted aún no podíamos dar a conocer ese detalle.

Eugenia se tranquilizó.

–Supongo que tenían un buen motivo. Y, de todas formas, estaba pensando en ir a hablar con usted. –Se acomodó en una silla de la que la señora Grazia acababa de retirar unas cuantas prendas de ropa–. Es que no estoy tranquila, subcomisaria.

Tenía una mirada directa y sincera. Una chica con la cabeza sobre los hombros, como la había definido Gianfranco Iannino. De entrada, Vanina no tenía motivos para dudarlo.

–¿Hay algo que quiera decirme?

–Nada en concreto, la verdad. Son sensaciones. Cosas que dijo Lori que ahora interpreto de otro modo. Mensajes subliminales que quizá me estaba enviando y que yo no llegué a captar... Pero puede que solo

sean imaginaciones mías. Puede que solo esté intentando comprender si habría podido hacer algo por salvarla. Lori no era mala persona, subcomisaria. Ya sé que eso no coincide con la idea que se ha hecho de ella, pero es cierto, créame.

–Yo no me he hecho ninguna idea. No es mi trabajo, señorita Livolsi. Mi única labor es averiguar quién mató a Lorenza y enviarlo a la cárcel. Lo demás no me interesa.

Livolsi bajó la cabeza.

–Es que me parece todo tan increíble. Había tantas cosas de Lori que no sabía. Ni siquiera el pobre Gianfranco conseguía entenderlo... Pero ahora que veo las cosas en perspectiva y pienso en algunas conversaciones extrañas que mantuve con Lori, tengo la sensación de que en los últimos tiempos buscaba el momento adecuado para confesar algo. Y también tengo la sensación de que esa inquietud tiene que ver con su muerte –dijo, al tiempo que miraba a Vanina a los ojos.

–Es posible –se limitó a responder la subcomisaria.

–Su exnovio, Raffaele Giordanella, también está de acuerdo conmigo. Él dice que la última vez que habló con ella parecía enfadada. Como si estuviera tramando vengarse de alguien. Pero no quiso contarle nada. Era mejor para él que no supiera nada, le dijo. ¿No le parecen unas palabras muy extrañas, subcomisaria?

No eran palabras extrañas. Eran palabras crípticas. Eran las palabras de quien insinúa algo pero no puede revelar más. Y encajaba, más o menos, con lo que Giordanella le había contado a ella cuando lo había llamado.

Y encajaba también con la opinión que ella se había formado: Lori estaba tramando venganza.

Vanina y Spanò estaban a punto de entrar en la fiscalía para ir a ver a Recupero con antelación cuando Vanina recibió una llamada de Marta y se vieron obligados a detenerse.

–Dime, Marta.

–Vanina, ¿ya has llegado a la fiscalía?

–Casi, ¿por qué?

–Tengo a alguien aquí que nos ha contado unas cuantas cosas bastante interesantes.

–¿Quién?

–Valentina Borzí, pasante en el estudio legal de Ussaro.

Vanina analizó la noticia.

–¿Cosas que tienen que ver con el interrogatorio? –preguntó.

–Hechos nuevos que agravan considerablemente la posición del abogado.

Vanina consultó el reloj. Tenían tiempo.

–Vale, voy para allá.

Llamó a Recupero, le comunicó las novedades y rehicieron el camino en coche hasta el despacho, con Spanò al volante. No se esperaba eso de Borzí. Pero, pensándolo bien, formaba parte de la visión de conjunto. Una visión que ya empezaba a parecer una erupción del Etna después de un largo periodo de calma. Fuera tapón y a escupirlo todo. Primero la explosión, después la colada de lava. El material que esperaba el momento de salir iba encontrando poco a poco su camino.

Valentina Borzí estaba sentada delante de Bonazzoli. Tan tensa que daba miedo. Se retorcía las manos como si fueran un trapo que hay que escurrir.

Se puso en pie en cuanto vio entrar a la subcomisaria.

–Póngase cómoda –le dijo Vanina.

Marta le cedió el sitio a la subcomisaria y se situó a un lado, lista para tomar notas.

–Muy bien, señorita Borzí, ¿quiere usted repetirme todo lo que ya le ha dicho a la inspectora Bonazzoli?

La chica tragó saliva varias veces y asintió. Estaba asustada, pero también parecía decidida.

–Hace un par de horas he escuchado una conversación entre el profesor Ussaro y Susanna Spada. El profesor ha vuelto al estudio a la hora de comer, sin avisar, y se ha encerrado en el despacho con Susanna. Estaba gritando. Supongo que pensaba que no había nadie. Decía que si lo acusaban a él los arrastraría a todos hasta el final, incluida ella y Nicola Antineo. La una «puta» y el otro «inútil». Disculpe el lenguaje, pero así los ha definido. Ha dicho que si ella se beneficiaba de la protección de Alicuti era solo porque él le había permitido que se metiera en su cama. Y que lo mismo que se lo había permitido, podía echarla cuando le diera la gana. Pero las palabras que más me han impresionado han sido: «¿Quieres hacer lo mismo que la imbécil de Lori, que a saber qué se proponía?». En ese momento, Susanna ha reaccionado y ha empezado a preguntar dónde había acabado Lori. Una, dos, tres veces hasta que el profesor Ussaro ha perdido completamente los estribos y ha gritado: «¡En el mar, ahí es donde ha acabado!».

Tenía los ojos rojos.

–Señorita Borzí, ¿está usted completamente segura de lo que dice? –quiso asegurarse Vanina.

Después de lo que había declarado Antineo, el juez consideraría determinante un testimonio como el de la joven.

–Estoy completamente segura, subcomisaria. Y eso no es todo, aún hay más.

Vanina le indicó con un gesto que prosiguiera.

–Estos días, mientras pensaba en Lorenza, me he acordado de algo.

Hace unos cuantos meses presencié una bronca que le echó el profesor. Una bronca tremenda; de hecho, me acuerdo de que ella se quedó muy tocada. Me pareció entender que Lori se había permitido entrometerse en algún asunto personal del profesor. No volvió a ocurrir pero, desde aquel momento, Lorenza me pareció... distinta. Puede que sea una impresión mía, subcomisaria, pero creo que ella le ponía una cara cuando estaba delante y otra en cuanto le daba la espalda. No sé si me explico... Cuando él no se daba cuenta, lo miraba con rencor. Hace unos cuantos días, el abogado me trató fatal, casi me agredió por un error tonto que había cometido. Lorenza se me acercó y me dijo: «Resiste, Valentina, y no dejes que te pise. Tarde o temprano encontraremos a alguien que lo pise a él». A mí me pareció una manera un poco rara de hablar. Conocía bien los rumores que corrían sobre ella y Ussaro, y me parecían bastante fundados...

La subcomisaria balanceó la silla de Marta hacia delante y hacia atrás.

–Ha sido usted clarísima.

Se puso en pie.

Bonazzoli miró a Borzí.

–¿Quiere contarle el resto a la subcomisaria? –la animó amablemente.

–¿Por qué? ¿Hay más? –preguntó Vanina.

La chica asintió y bajó la mirada un momento. Luego volvió a alzarla.

–Pero esto tiene que ver conmigo, subcomisaria –adelantó.

A trancas y barrancas, empezó a contar una historia que, en definitiva, se resumía en una serie de actitudes de acoso. Solapadas, todas relacionadas con la sumisión psicológica al poder que Ussaro sabía ejercer sobre una chica como Borzí, ambiciosa y con ganas de hacer carrera. Actitudes de las que, hasta ese momento, había conseguido defenderse con valentía.

–Puede que por respeto a mi padre, que había sido compañero suyo en la universidad, o quizá porque en aquel momento ya tenía a alguien con quien divertirse. Pero luego, cuando sucedió lo que sucedió con Lorenza, la situación se precipitó. Llegó incluso a amenazarme. A su manera, con claridad. O aceptas o ahí tienes la puerta. No de una forma tan directa, es obvio. Disfrazando las palabras, con ejemplos, metáforas. Igual que los... –dijo, pero vaciló y se interrumpió.

–¿Los mafiosos? –sugirió Vanina.

–No quería decirlo, pero eso era exactamente lo que parecía. Dijo que ahora había que ponerlo todo en tela de juicio y que, si yo quería, podía conseguir incluso más de lo que él le había dado a Lori. Que era muy influyente no solo a la hora de apoyar a las personas que elegía,

sino también a la hora de poner obstáculos a quienes, según él, no estaban a la altura de determinadas funciones. Porque para conseguir un buen puesto es necesario tener la capacidad de merecérselo. Eso decía. Lo cual, en teoría, ¡es lo correcto, subcomisaria! Las cosas hay que merecerlas. El problema es el rasero que se usa para medirlo.

Valentina había cogido la directa. Todo lo que contó a continuación reflejaba al pie de la letra la visión general que Vanina ya se había formado en la mente.

Terminada aquella maratón de acusaciones, cuando a Borzí ya no le quedaba nada que decir, Nunnari levantó tímidamente la mano.

–¿Qué ocurre, Nunnari? –preguntó Vanina.

–¿Puedo decir una cosa, subcomisaria?

–Claro.

–Pero allí –dijo el oficial, al tiempo que miraba a Borzí.

Vanina salió al pasillo.

–¿Qué ocurre?

Nunnari se le acercó para hablar en voz baja:

–Quería decirle que lo confirmo. He escuchado un par de llamadas del abogado a la pobre chica. Me preguntaba qué querría decir con todas esas frases sin fundamento, pero ahora lo entiendo. De todos modos, no es la única con la que habla así. También con otras personas y sobre otros temas, pero siempre el mismo tono.

–Entiendo.

La subcomisaria le encargó a Marta que se ocupara de terminar la declaración de la joven y salió de nuevo con Spanò.

En la entrada se cruzaron con Lo Faro.

–¿Novedades? –le preguntó enseguida Vanina.

–Nada, subcomisaria. He encontrado varios laboratorios abiertos en sábado, pero ninguno ha recibido nada. Otros estaban cerrados, pero he buscado a los titulares y les he pedido que lo comprueben. Nada.

–Muy bien, Lo Faro. Por hoy ya has cumplido. Si quieres, puedes irte a casa.

Mientras iban a buscar el coche policial, Vanina llamó a la ayudante del fiscal y le pidió que la esperara, pues tenía novedades importantes.

–Vamos al estudio de Ussaro –le dijo a Spanò.

Al inspector no le hizo falta preguntarle por qué.

–¿Está Susanna Spada? –preguntó enseguida la subcomisaria.

La secretaria parecía perpleja.

–Sí, pero está ocupada con un cliente.

–No importa, llámela.

La mujer se dirigió al pasillo de color verde pistacho y volvió con Spada, que les abrió la puerta de la salita estilo vintage.

–Siéntese, subcomisaria –dijo, al tiempo que les cedía el paso.

Spanò fue el último en entrar y le cerró la puerta en las narices a la secretaria, que se había quedado allí plantada.

–Se lo advierto, letrada, tiene cinco minutos para contarnos la verdad sobre la noche de la fiesta. Si me viene de nuevo con historias, la próxima vez la convocará el juez –empezó a decir Vanina.

Spada palideció.

–¿Qué quiere decir, subcomisaria Garrasi? Yo le he contado todo lo que...

–Escúcheme, Susanna: ahórrese el numerito y así ganamos tiempo. Con un poco de suerte, lo solucionamos aquí y no tiene que ir a ninguna otra parte. Estoy convencida de que usted no tiene nada que ver con la muerte de Lorenza. ¿Le parece inteligente hacerme dudar?

Spada le dirigió una mirada vacilante, pero Vanina le asestó un nuevo golpe:

–Elvio Ussaro está en la fiscalía para ser interrogado. Está acusado de varios delitos, en primer lugar el homicidio de Lorenza Iannino.

Susanna se apoyó en el respaldo de su silla, resignada.

–Dígame qué quiere saber.

–Cuénteme desde el principio qué ocurrió la noche de la fiesta.

Susanna respiró hondo y empezó a hablar.

En un momento determinado de la noche, a eso de las once, todos los invitados estaban en el jardín, unos fumando y otros haciendo otras cosas. Lori y Ussaro se habían quedado solos y se habían encerrado en el comedor mientras ella estaba en otra habitación con un amigo.

–¿El diputado Alicuti? –le preguntó Vanina.

Susanna no tuvo más remedio que confirmarlo. Un poco más tarde, Ussaro había llamado a la puerta. Había dicho que era mejor que los invitados se marchasen, porque Lori no se encontraba bien. El diputado llamó a su hijo y este llegó enseguida. Elvio le pidió a Armando Alicuti que se llevase su coche y le dijo que él se marcharía más tarde con Lori. Pero el diputado había preferido marcharse a su casa y, por eso, al final había sido Susanna la que había llevado el coche de Ussaro hasta su garaje. Justo antes de alejarse del chalé se había fijado en que Nicola Antineo estaba allí. A Lori, sin embargo, no había vuelto a verla.

Ussaro se presentó en la fiscalía acompañado no por uno, sino por dos abogados defensores. Dos renombradísimos letrados cataneses que sonreían a diestro y siniestro, y se tomaban confianzas con medio tribunal. El profesor podía dormir la mar de tranquilo, ese era el mensaje que pretendían transmitir.

Pero él no parecía demasiado tranquilo.

¿Y era de extrañar? La ayudante del fiscal Eliana Recupero, la subcomisaria Giovanna Garrasi y el inspector jefe Carmelo Spanò formaban la peor combinación de investigadores que podía haberle tocado.

No sabía qué esperar y eso, sin duda, lo ponía nervioso.

Vanina se limitó a hablar del caso Iannino, postergando a propósito todas las demás cuestiones. Ya se ocuparían, o eso esperaba alegremente, los chicos de la SCO.

Expuso uno a uno todos los indicios de los que disponían. Las llamadas anónimas, los testigos que apuntaban a Ussaro como responsable de la muerte de Lorenza Iannino, cuyo cadáver habría arrojado después al mar. Las huellas dactilares en la maleta y en el volante del coche.

Ussaro escuchó todo lo que la subcomisaria tenía que decir sin pronunciar palabra. Con una expresión torva, una mirada más huidiza que de costumbre y una arrogancia elevada a la enésima potencia.

Sus defensores, en cambio, no se apartaban ni un milímetro de su ostentosa tranquilidad.

Sin embargo, en cuanto Vanina mencionó la sangre encontrada en el sillón y en la maleta, los tres se sobresaltaron ligeramente. El detalle los había pillado por sorpresa y cruzaron una mirada.

Uno de los dos defensores tomó la palabra:

–¿Podemos saber cuál es el arma del delito?

–Según un testigo, había un cuchillo ensangrentado –respondió Recupero.

–¿Lo han encontrado ustedes?

–No, letrado. Todavía no.

Spanò se aclaró la voz.

–Disculpe –dijo.

Vanina y Recupero se volvieron a la vez.

–Los de la Científica me acaban de enviar los resultados de la investigación que habíamos solicitado con ese propósito.

Los tres hombres lo observaron conteniendo el aliento.

Vanina se puso en pie y salió un momento del despacho con Spanò.

–¿Y bien?

–Pappalardo encontró el cuchillo de cocina que había mencionado Antineo. Estaba tirado en el fregadero con los otros, pero conservaba restos de sangre en un extremo. Y una huella dactilar en la hoja. Para comparar la sangre hay que enviarlo a Palermo, pero la huella dactilar corresponde a Ussaro.

Vanina volvió al despacho y comunicó los hechos a Ussaro y a sus abogados defensores.

La reacción del abogado fue fulminante. Observó a Recupero con el rostro de color terroso, la frente perlada de sudor y los labios

apretados.

–Me acojo a mi derecho de no responder –dijo.

Sus dos colegas cruzaron otra mirada. De repente, habían perdido todo su entusiasmo.

Eliana Recupero ni se inmutó. Levantó las manos.

–Como usted prefiera.

El abogado había elegido una estrategia que le permitía ganar tiempo, pero que resultaba muy arriesgada. Era imposible que alguien como él no lo supiera y, sin embargo, lo había preferido.

Algún motivo tenía que haber.

Vanina y la fiscal se habían quedado sentadas una frente a la otra. El agente Spanò estaba ensimismado junto a la puerta que acababa de cerrar, después de que los tres hombres se marcharan.

–Una jugada estúpida, me fascina que esos dos se lo hayan permitido –comentó Recupero.

–No me parece que él se lo haya preguntado.

–En fin, subcomisaria, la visión de conjunto se enriquece con una pieza más. Lo ideal, claro, sería encontrar el cadáver, pero si seguimos así podríamos llegar incluso a una prueba indiciaria. Aunque, por el momento, podría resultarnos útil que el abogado crea que aún puede jugar sus cartas. Para intentar protegerse las espaldas, es posible que dé pasos en falso que nos resultarán útiles en los otros asuntos por los que lo estamos investigando.

Vanina asintió.

Una nueva pieza. Otro indicio grave en contra del abogado Ussaro.

Un elemento que, por lógica, debía considerarse determinante.

Y, sin embargo, la sensación de que algo se le escapaba era cada vez más agobiante. Como si aquel giro inesperado que parecía haber dado la investigación le estuviese transmitiendo el impulso de frenar en lugar de animarla a acelerar hacia la fase final. El impulso de pararse un momento a reflexionar, a entender por qué algo no terminaba de encajar.

Tenía por delante un viaje a Palermo y un fin de semana para meditar sobre el tema.

19.

Entre una cosa y otra, había salido de Santo Stefano a las siete. Bettina la había seguido con aprensión mientras metía en el coche un equipaje mínimo y luego se sentaba al volante vestida como nunca antes la había visto: de chica.

–Vanina, pero ¿está usted segura de que no es peligroso conducir hasta Palermo con esos taconazos?

Los «taconazos», en realidad, no eran nada del otro mundo. Altos, pero no tanto como para que no pudiera conducir. Eran un fastidio, eso sí, y ella era la primera en querer evitarlos, pero el horario no le dejaba más opción. En el mejor de los casos, no cruzaría el umbral de los Calderaro antes de las nueve, cuando la fiesta estuviese en pleno apogeo. Estaba claro que no iba a tener tiempo de cambiarse.

Aquella hora y cincuenta minutos de viaje le sirvió para relajarse. Un par de cigarrillos, la música del iPhone conectada al equipo estéreo del coche. Un café en el área de servicio, un sitio que para Vanina seguía conservando todo el encanto, quizás porque le recordaba los largos viajes en coche con su padre. Viajes preciosos, que no podían ni compararse con ningún otro destino, por espectacular que fuese, visitado a lo largo de su vida.

El pensamiento se le quedó atascado ahí, en el inspector Garrasi. Al día siguiente, Vanina remediaría aquella ausencia que tanto le pesaba e iría a verlo, cargada con las flores que no había podido llevarle en Todos los Santos. Y cargada, también, con la misma tristeza de todos los años.

Siempre pasaba lo mismo: cada vez que se perfilaba en el horizonte una reunión familiar, Vanina solo podía pensar en él. En él, que no pintaba nada en el contexto de aquella familia y que, de haber estado vivo, jamás habría podido formar parte de ella.

Ya casi estaba a las puertas de la ciudad cuando la llamó Manfredi Monterreale.

–¿Dónde estás, subcomisaria?

–En la calle Oreto.

Un segundo de incrédulo silencio.

–¿En Palermo? ¿Y qué haces ahí?

–Una fiesta familiar.

–Perdona, no me acordaba.

No podía acordarse porque no se lo había dicho. Había hablado con poquísimas personas de ese viaje a Palermo y Manfredi no estaba entre ellas.

Eso lo decía todo.

–Quería proponerte una cenita en mi casa, pero qué le vamos a hacer. Me guardo la proposición para otra noche. Aún no te he podido invitar formalmente. Cuando vienes a mi casa, lo único que te ofrezco es algo improvisado.

–Si esa es tu idea de algo improvisado, ¡ni me atrevo a pensar en lo que significa para ti una invitación oficial!

–Pues algo a la altura de la invitada.

Vanina temió que le saliera con alguna alusión a la noche anterior, pero Manfredi no lo hizo. Continuó en la línea del chef ansioso de ofrecer sus mejores platos a una comensal de excepción.

Cuando colgaron, Vanina estaba de mejor humor.

A las nueve y diez entró en la calle Cavour. Dejó a la izquierda Villa Pajno, la prefectura de Palermo y, a lo lejos, vio un inesperado hueco hecho a la medida de su Mini, justo al lado de donde vivía la familia Calderaro y –muy a su pesar– había vivido también ella. Un sitio que tendría que haber considerado su hogar, pero que se le antojaba más ajeno que cualquier piso en el que hubiera vivido de alquiler desde que la independencia económica le había permitido alejarse de allí.

Bajó del coche, cogió el equipaje y el paquete con la bufanda que había conseguido comprarle a Federico aquella misma tarde. Sacó la llave del portal y la introdujo en la cerradura.

–Buenas noches, subcomisaria.

Se volvió de golpe. El jefe de la escolta de Paolo Malfitano la saludó de nuevo, esta vez con la mano. El agente que estaba a su lado hizo lo mismo.

Vanina se quedó inmóvil, con la mano en el portal medio abierto. Respondió con un gesto que intentó acompañar de una sonrisa, pero no le salió demasiado bien.

¿Qué hacían aquellos dos allí delante?

Subió al último piso: qué menos que un ático para la familia de Federico Calderaro.

En el rellano se encontró con otros dos agentes, que se acercaron a la puerta del ascensor en cuanto se abrió la puerta.

–Ah, buenas noches, subcomisaria –dijo uno de los dos hombres, casi como si le pidiera disculpas.

–Buenas noches –respondió ella.

Pues ahora ya estaba todo claro.

Buscó la llave correcta en el llavero, pero ni siquiera tuvo tiempo de usarla. La puerta del piso se abrió y en el umbral apareció

Costanza, su hermana.

–¡Vani! –dijo, abrazándola–. He oído el ascensor, ¡esperaba que fueses tú!

Vanina le devolvió el abrazo y se obligó a sonreír.

–Estás guapísima –le dijo.

Y era cierto.

Un segundo después apareció Federico.

–¡No me lo puedo creer! ¡Este sí que es el mejor regalo!

La abrazó como si llevaran un año sin verse, aunque en realidad apenas había transcurrido un mes desde la última vez, en casa de Vanina. Sin embargo, había supuesto una especie de cambio para los dos y era evidente que él también se había dado cuenta.

Si no se hubiera excedido, como demostraba la presencia de aquellos hombres en la puerta, esta vez su madre tal vez hubiera conseguido sorprenderla con una agradable velada.

Pero no.

Costanza le quitó el equipaje de la mano. Vanina sintió el impulso de apartar el bolso, en el que había escondido el revólver que siempre llevaba cuando no podía ponerse la funda, pero se contuvo y dejó que su hermana se lo llevase. Comportarse como una loca delante de Costanza no era una buena idea. La siguió hasta su habitación.

–¿Cómo estás, Cocò? –le preguntó.

Su hermana sonrió.

–Bien. ¡Hace mucho que no hablamos!

Tenía razón.

Era su hermana. Hermanastra, a decir verdad, pero la única que tenía. Y, sin embargo, no hablaba nunca con ella. Costanza le enviaba algún mensaje de vez en cuando, siempre afectuoso, siempre lleno de emoticonos. Vanina le respondía de la misma guisa. Y eso era todo.

Y, ahora, estaba a punto de casarse. ¿No era un poco joven? Y su prometido, ese eminente cardiocirujano que Federico había tomado bajo su protección, ¿qué clase de hombre era? Nunca se lo había preguntado. Peor todavía: nunca se había preocupado. Fue suficiente con darle pie y mostrar un poco de interés para que Costanza la pusiese al día en diez minutos de todo lo que Vanina desconocía desde hacía meses o, mejor dicho, años. Para luego soltarle a bocajarro una petición que Vanina no esperaba en absoluto y que tuvo que aceptar sin el menor titubeo. Que fuera testigo en su boda.

Cuando por fin llegó al salón, Vanina estaba exhausta. Inquieta por la sorpresa que sabía que iba a encontrar.

Su madre, Marianna, se abrió paso casi al trote entre su multitud de amigos «íntimos».

–¡Tesoro! ¡Por fin has llegado! ¿Necesitas algo? ¿Quieres descansar un rato en tu habitación, refrescarte o algo? –la asaltó.

–No, mamá, no te preocupes. Estoy la mar de fresca.

La expresión de su madre se ensombreció.

–¿Ha pasado algo?

Vanina la observó, resignada.

–No lo sé, dímelo tú.

Marianna lo entendió. Temió durante un segundo que su hija se marchara con alguna excusa, pero después la vio saludar muy sonriente a un grupo de personas. Sabía muy bien que no había nada de auténtico en aquella sonrisa, pero esperó que durara lo máximo posible.

Lo suficiente, al menos, para darle tiempo al tiempo.

En los cuatro años que había durado la relación entre Paolo y Vanina, Marianna Partanna Calderaro lo habría llamado como mucho tres o cuatro veces. Era pura casualidad que aún tuviera su nombre memorizado en el teléfono. Y precisamente por eso, la llamada suya que Paolo había recibido dos días antes lo había dejado de piedra.

No sabía cómo ni por qué, pero allí estaba: en casa de los Calderaro, celebrando el cumpleaños de Federico. Una persona a la que Paolo apreciaba, pero con la que no tenía gran cosa en común. Primero, por Vanina, porque ella mantenía las distancias. Y después, cuando se había casado con Nicoletta, porque había mantenido el contacto con Costanza, muy amiga de su mujer, pero no con el resto de la familia.

Ahora estaba solo y estaba allí.

Lo único que sabía era que aquella noche iba a ver a Vanina. Sin tener que buscarla, sin tener que mover un dedo, sin incumplir la promesa que le había hecho. A coste cero.

No estaba dispuesto a dejar pasar esa ocasión por nada del mundo.

Vanina lo localizó enseguida.

Con un vaso en la mano, apoyado en la pared junto a la cristalera abierta que daba a la terraza: rehén del profesor Guccino, un neurocirujano que además era íntimo amigo de Federico. Uno de esos hombres que hablan y hablan y de los cuales es imposible librarse sin una buena excusa.

Paolo había vuelto a adoptar el aspecto de cuando se habían conocido: barba corta, pelo entrecano peinado hacia atrás, mirada sombría... El doble de Michele Placido en el papel del comisario Cattani. En aquella época, Vanina lo había descrito así y él se había echado a reír.

Ante sí misma, como mínimo, no tenía sentido negarlo: ver a Paolo Malfitano le producía un placer difícil de catalogar. Un placer del cual ella había decidido privarse, pero que se le presentaba intacto de vez

en cuando, muy a su pesar, y le demostraba que la convicción de ser la dueña de su propio universo de emociones era una solemne gilipollez en la que ella, sin embargo, se empeñaba en seguir creyendo.

Se acercó lo bastante como para que él la viera, pero no tanto como para que el profesor Guccino la absorbiera con su torrente de palabras. Fue la famosa excusa a la que Paolo se aferró al instante.

No era la mejor noche para estar en la terraza, pero Marianna había colocado estufas tipo seta cada medio metro. Cuatro camareros vestidos con librea y guantes blancos servían alternativamente frituras de toda clase, timbales de anelletti, platillos de parmigiana, de caponata, miniflanes, delicias de carne y pescado... Un menú hecho a la medida de Federico, con el cual Vanina siempre había coincidido en cuestiones gastronómicas. Encendió un cigarrillo y se acercó a la barandilla: solo aquellas vistas de los tejados de Palermo ya valían los ciento noventa kilómetros en coche y la inmersión hasta el cuello en el mundo de los Calderaro.

–Mejor que yo no me asome, sino a Nello le da un infarto –dijo Paolo.

Nello era el jefe de la escolta, el hombre al que Vanina había saludado en el portal.

Siempre bromeaba sobre esa cuestión, como si bromear sirviera para conjurar los miedos. Visto desde fuera, podía parecer un inconsciente, pero Vanina sabía que en realidad lo único que buscaba era defenderse. La defensa física se la proporcionaba la escolta, pero la psicológica tenía que proporcionársela él solo. Y esa era su forma de hacerlo: minimizar la utilidad de su escolta.

Total, si quieren matarte, te matarán igual. Esa era la conclusión a la que llegaba siempre.

Vanina retrocedió un paso.

–Es tan bonita esta ciudad –dijo.

Paolo la observó un instante.

–Si tanto te gusta, ¿por qué no vuelves?

Vanina hizo una mueca, como si quisiera decirle que ya sabía la respuesta. Expulsó el humo y luego lo alejó de un soplo.

–Porque Palermo me sienta bien solo en pequeñas dosis –respondió.

–¿Estás convencida?

–Absolutamente.

–¿Y Catania?

–Catania es una panacea –respondió Vanina por instinto. No sabía por qué lo había dicho, pero en el fondo lo pensaba de verdad–. Es una ciudad que me transmite energía. Mi teoría es que la culpa, o el mérito, según cómo lo veas, es de la muntagna. Toda esa actividad, la

tierra que borbotea bajo los pies. No es que se note, pero yo creo que algo hace.

–A ver si va a resultar que te has enamorado de Catania –dijo Paolo.

Había usado un tono irónico, de falsa incredulidad, pero con un deje tangible de fastidio.

–Solo he dicho que vivo bien allí.

Paolo se puso serio de golpe y se quedó pensando.

–Y por eso –dijo, con la mirada vuelta hacia otro lado– la aconsejarías.

Vanina estaba a punto de responder cuando las luces del salón se fueron atenuando y subió el volumen de la música.

Volvieron a entrar todos.

–Está claro que tu madre hace las cosas a lo grande –afirmó Paolo.

Vanina volvió la mirada y vio la tarta de tres pisos que llevaban los camareros: era de esas recubiertas de azúcar y parecía recién salida de una pastelería neoyorquina. El número 68 llameaba en lo alto, junto a una vela encendida.

Federico parecía incómodo. Por lo que Vanina sabía de él, no debía de encontrarse muy a gusto en mitad de aquella coreografía de música y aplausos. Él trataba de pasar desapercibido, mientras Marianna y Costanza hacían todo lo posible por exagerar aún más las cosas.

Lo vio desviar la mirada a uno y otro lado con insistencia.

–¡Que hable! ¡Vamos, Federico, di unas palabras! ¡No te hagas de rogar! –vociferaba su amigo Guccino.

Él sí que habría sabido qué decir. Un soliloquio de horas.

Paolo se volvió hacia Vanina.

–Te está buscando a ti –le insinuó.

Vanina vaciló antes de resignarse y admitirlo.

Se abrió paso entre la gente. En cuanto Federico la vio, sonrió y le tendió la mano al tiempo que le hacía un gesto para que se acercara. La incluyó en la foto de familia. La mesa con el pastel delante y, detrás, el rincón de los sofás, la chimenea que chisporroteaba y le guiñaba ya un ojo a la Navidad, aunque todavía conservara la decoración de calabazas y castañas. Todo ello con un efecto desastroso en el estado de ánimo de Vanina.

–Ahora sí, ya está la familia al completo –afirmó–. Mi mujer Marianna, mi hija Costanza y mi otra hija, Vanina –dijo, al tiempo que se volvía a mirarla–, que hoy ha venido para celebrarlo con nosotros. –Le sonrió y le dijo al oído–: Ahora ya puedo apagar este 68, que me pesa como el plomo.

Le cogió una mano a ella y otra a Costanza, y sopló.

A Vanina le entraron ganas de huir.

Atravesó el salón, dedicando una malograda sonrisa a todo aquel que se cruzaba con ella. Entró en su habitación, que Marianna había dejado exactamente igual que cuando ella vivía allí. Sin molestarse en echar un vistazo a su alrededor, cogió su bolso y la chaqueta, salió al pasillo de servicio y se dirigió a la puerta de entrada.

Una vez en el rellano, saludó con un gesto a los dos agentes allí plantados.

Tenía que huir, pero ¿para ir adónde? ¿Para volver a Catania, de noche, con el cansancio que tenía encima? Además, había dejado el equipaje. Y al día siguiente quería ir a ver su padre. A su verdadero padre, el único.

Entró en el ascensor y bajó.

Estaba a punto de abrir el portal cuando le vibró el teléfono en el bolsillo. Había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que fuera su madre. O Paolo.

Lo cogió y frunció el ceño: «Pappalardo científica».

–Pappalardo –respondió sorprendida.

–Subcomisaria, disculpe si me he tomado la libertad de llamarla un sábado a estas horas, pero no he podido evitarlo.

–No se preocupe. ¿Qué pasa?

–Esta tarde, después de haberle comunicado a Spanò los resultados de los análisis del cuchillo, he empezado a estrujarme el cerebro. Había algo que no me cuadraba. Imagine usted: he llegado a casa y, en lugar de sentarme a cenar, me he vuelto al despacho y me he puesto a trabajar otra vez. He analizado bien los restos de sangre encontrados entre la hoja y el mango del cuchillo y me he dado cuenta de que tenía un aspecto extraño.

–¿Qué quiere decir con «extraño», Pappalardo?

–Me explico: la sangre, fuera del cuerpo, coagula. En el extremo donde habían quedado restos de sangre, que además eran abundantes, por lógica tendría que haber estado coagulada. Pero tenía el aspecto y la consistencia de la sangre... fluida. Sangre de un par de días de antigüedad, pero fluida. No sé por qué, pero me he obsesionado tanto con esa cuestión que no podía marcharme sin verlo claro. Así que me he puesto a hacer unos cuantos análisis, así al azar, hasta que he encontrado un resultado que no me esperaba.

–¿O sea?

–Había restos de EDTA.

–¿Qué significa EDTA?

–Una sustancia que se usa para que la sangre no se coagule. Es un aditivo que sirve para mantenerla fluida, sobre todo cuando hay que transportarla.

Vanina sopesó la noticia.

–Escuche, Pappalardo, ¿esa sustancia se puede encontrar también

en un tubo de análisis?

–Claro.

Era absurdo, y sin embargo...

–De acuerdo, muchas gracias.

–Espere, subcomisaria, hay algo más, aunque esto es una impresión mía.

–Usted dirá.

–He vuelto a analizar la huella dactilar y me he dado cuenta de que estaba en una posición un poco extraña.

–¿O sea...?

–El pulgar apoyado en la hoja, como si ejerciera presión lateralmente. Veamos: no tenemos aún el cadáver y, por tanto, no sabemos de qué herida se trata, pero en esa posición me parece francamente difícil causar una herida mortal.

Vanina encajó también aquella noticia.

–Son dos detalles muy importantes que debemos analizar con calma. Gracias, Pappalardo, como siempre es usted indispensable.

–Qué va, subcomisaria. Es mi trabajo.

Se despidió y colgó.

Paolo estaba detrás de ella, observándola.

–¿Va todo bien?

Lo miró, esta vez sin filtros. Sin fuerzas para mantenerlo a distancia. Sin obligarse a sí misma a esconder que en realidad se alegraba de verlo. Que lo necesitaba.

Se acercó a él y lo abrazó.

–No, la verdad es que no va nada bien.

20.

El inspector Giovanni Garrasi sonreía desde debajo de la visera de su gorra reglamentaria. Así lo habían inmortalizado en la foto, pero a Vanina le gustaba creer que aquella sonrisa era solo para ella. Había limpiado los dos jarrones que estaban a los lados de la lápida y los había llenado de flores. Y ahora estaba allí, sentada en la lápida de piedra que cubría a su padre, mirándolo a los ojos.

–Me he metido en un buen lío, ¿verdad, papá? –le preguntó.

Se esforzó por imaginar cuál hubiera sido la respuesta de su padre, de haber estado allí para dársela.

No era fácil imaginarlo. Sobre todo porque si su padre hubiera estado allí de verdad, lo más probable era que aquel lío, con todos sus elementos, ni siquiera hubiera tenido razón de ser.

La única respuesta que consiguió formular fue el mantra que él le repetía siempre. Lo recordaba como si fuera ayer, pero ya habían pasado veinticinco años.

«¿Tú qué crees que es correcto, mi niña? Porque eso es lo que manda en la vida: lo que necesitas para mirarte al espejo y saber que no tienes nada que reprocharte. Que estás haciendo todo lo que puedes para que tu vida se parezca lo máximo posible a lo que esperas de ella. Igual igual, cariño, no podrá ser nunca. Y la mayor parte de las veces ni siquiera dependerá de ti».

A lo mejor se le había olvidado, o a lo mejor es que ya no sabía muy bien cómo interpretarlo. Las cosas podían ser buenas o malas, pero... ¿aún era capaz de distinguirlas?

Federico no se había enterado de la huida de Vanina o, por lo menos, no había entendido que él era la causa. Su madre se había convencido a sí misma de que el numerito organizado para facilitar el reencuentro con Paolo había provocado un resultado sorprendente y ya empezaba a imaginar a Vanina de nuevo en Palermo. Hacerla entrar en razón aquella mañana había sido una tarea agotadora.

Pero el verdadero lío, el que iba a dejar señales indelebles en su ya precario equilibrio, era aquel en el que Vanina tenía la sensación de haberse metido con Paolo.

Primero le había pedido que no la buscara, que respetara su decisión de renunciar a su historia en beneficio de una hipotética –o, mejor dicho, utópica– serenidad. ¿Y qué había hecho a la primera de

cambio? Se había arrojado a sus brazos y había pasado media noche con él. Por segunda vez en poco más de un mes.

Y ahora volvía a Catania dejando tras ella una alfombra llena de nudos no resueltos.

Se levantó de la lápida y se inclinó hacia delante. Se besó los dedos y acarició la foto. Tenía los ojos secos, pero notaba en la garganta un nudo que amenazaba con estrangularla.

Salió del cementerio de Santa Maria dei Rotoli cuando ya era casi mediodía.

La llamada de Pappalardo de la noche anterior se había quedado encajada entre su huida de Calderaro y la noche en casa de Paolo. Primero había quedado en segundo plano, pero poco a poco había empezado a martillearle la cabeza sin tregua. Junto a una hipótesis que podía parecer absurda pero que, en cambio, tenía muchas posibilidades de resultar verosímil.

Lo había hablado con Paolo, que estaba de acuerdo con ella.

–¡Siempre te pasan a ti los casos más extraños! –había comentado.

Sobre Ussaro, a partir de la descripción que ella le había dado, no se había andado con rodeos: una copia barata de Tano Cariddi. Y si lo decía Cattani, ya podía poner las manos en el fuego.

Hasta esa gilipollez había cometido Vanina aquella noche, recordarle el parecido que le había encontrado en aquella época. Algo que había obligado a Paolo a viajar ocho años atrás en apenas medio segundo, alimentando aún más su convicción de que el tiempo que había pasado sin ella era un tiempo desperdiciado.

Una tonelada de sentimientos al desnudo.

Luego, con la mente serena, se había marchado como si no hubiera ocurrido nada.

Equilibrio restablecido.

Pero Paolo sabía –y ella también lo sabía– que cuando uno cede a los sentimientos y le empieza a costar ignorarlos, tarde o temprano tiene que admitirlo. Es cuestión de tiempo. De lo contrario, se arriesga a una vida de infelicidad.

Dejó atrás el barrio de Arenella y descendió hacia Acquasanta. Pasó por delante del Villa Igiea, el hotel más bonito de Palermo, además de escenario cinematográfico de muchas de las películas de su colección.

Atravesó la ciudad, cogió la avenida Regione Siciliana y, por último, entró en la autopista.

Se puso los auriculares y llamó a Spanò.

–Subcomisaria –respondió el inspector al primer tono.

–Inspector, disculpe si lo llamo en domingo.

–¿Y qué voy a disculpar? Si estoy en el despacho.

–¿Y qué hace en el despacho?

–Tengo guardia. Y ya que estoy, aprovecho para adelantar papeleo. ¿Usted aún sigue en Palermo o ha vuelto esta noche?

–Estoy volviendo ahora.

Le contó lo que le había dicho Pappalardo y casi le pareció ver a Spanò atusarse el bigote con aire meditabundo.

–Por tanto, no puede ser la sangre de una herida de arma blanca –concluyó Spanò.

–Ni de un simple corte, inspector. Es sangre tratada y transportada.

–Como la que Iannino le pidió a la colega de Finuzza que le extrajera. Es eso lo que piensa, ¿verdad, subcomisaria?

–Exactamente eso, inspector.

–Dígame que quiere qué haga.

–Contacte con la señora Rizza, la enfermera que le sacó sangre, y pregúntele si usó un tubo con ese aditivo.

–Enseguida.

Vanina colgó e hizo otra llamada.

–Pappalardo, disculpe las horas.

–No se preocupe, subcomisaria Garrasi.

–Tengo que pedirle un favor. En teoría podría llamar a las oficinas de la Científica, preguntar quién está de guardia y explicarle el tema...

–¡No acabaría nunca, subcomisaria!

–Eso me temo y lo que yo necesito es una respuesta rápida.

–Usted dirá.

–¿Tiene usted forma de saber si esa sustancia anticoagulante, el EDTA, estaba presente también en los restos de sangre hallados en el sillón del chalé y en la maleta?

–Claro.

–¿Y puede averiguarlo hoy?

–Voy enseguida y lo hago.

–No, hombre, coma con calma que hoy es domingo. Tampoco me viene de una hora más o de una hora menos.

–A mí sí, subcomisaria.

–¿Por qué?

–Porque esta tarde tengo un partido de fútbol sala. ¡Prefiero renunciar a la comida!

Vanina colgó con una sonrisa.

A la una estaba en el área de servicio de Scillato. Pidió un sándwich Camogli y una Coca-Cola.

–¿Quiere el menú? –le preguntó la chica de la caja.

–¿El menú?

–Sí: bocadillo, bebida y postre.

Vanina le echó un vistazo al mostrador de los postres y vio un pastelito de Nutella. Se lo podía guardar para más tarde.

Optó por el menú.

Volvió al coche con una bolsita de papel, blanca y roja, en la mano.

A las dos y media ya estaba en Santo Stefano.

Las ventanas de la casa de Bettina estaba cerradas, señal de que había salido para su excursión dominical con las viudas. Seguro que no se recogía antes de las seis.

Vanina se preparó un café, luego abrió la cristalera del comedor y salió al huerto de los cítricos.

Se sentó en la habitual silla de hierro y encendió un cigarrillo.

Allí estaba la muntagna, como siempre. Tranquila, ya medio blanca. El invierno anterior había ido a probar las pistas de esquí con Giuli y Adriano. Esquiar con vistas al mar. Espectacular.

No tenía ni idea de cómo pasar aquella tarde.

Adriano, afligido por la ausencia de Luca, se había refugiado en la casa de Noto, el retiro espiritual entre murallas barrocas que él y su compañero habían elegido como lugar del alma. Adriano la había invitado, pero desde Palermo no era el caso de ir hasta allí.

Giuli, en cambio, estaba en plena escapada wellness con un grupo de amigas, en un nuevo spa que habían abierto en la falda del Etna. Ya le había enviado tres mensajes con fotos de saunas e hidromasajes varios para convencerla de que se animara, pero a Vanina ni se le pasaba por la cabeza.

Se le ocurrió entonces que sí tenía algo que hacer, algo que había dejado en modo de espera.

Miró el reloj. Las tres y cuarto.

El domingo era el único día en que se podía llamar al comisario Patanè a aquellas horas sin interrumpir una siesta feliz.

Buscó el número y lo llamó.

Le respondió un niño.

–¿Está tu abuelo? –le dijo.

Lo había dicho con la esperanza de acertar.

–Sí, ¿pero quién es?

–Soy Vanina –le respondió.

–¿Y de apellido?

–Garrasi.

–No te conozco.

¡Qué coñazo! ¿Se había puesto de acuerdo con su abuela o qué?

–Pero tu abuelo sí que me conoce. ¿Me lo pasas?

–Está comiendo el cannolo –dijo el niño.

Se oyó la voz del comisario mientras le quitaba el auricular de la mano.

–¿Quién es, Andrea?

–Una señora que no conozco.

–¿Diga? –preguntó Patanè.

–¿Comisario?

–¡Buenas tardes, subcomisaria!

–Aún están comiendo, disculpe.

–No se preocupe, ya estamos con los postres.

–Quería preguntarle si esta tarde le apetece acompañarme a un sitio.

La sonrisa de Patanè atravesó la línea telefónica y se materializó delante de sus ojos.

–¡Pues claro! ¿Adónde vamos?

–A Riposto, a ver a la hermana de Laura Di Franco.

–¡Me lo imaginaba! ¿A qué hora nos vemos?

–Paso a recogerlo a las cinco.

–¡Perfecto!

Vanina se cambió los pantalones y la camiseta multicapas, guardó el revólver que llevaba en el bolso y fue a buscar la funda con la Beretta reglamentaria.

Salió de casa y fue directa al despacho. Encontró sitio en la plaza de enfrente, algo que solo podía pasar un domingo a aquellas horas.

–¿Subcomisaria? –la llamó Spanò cuando escuchó sus pasos en el pasillo.

–Inspector.

–Hace un momento que he terminado de hablar con Agata Rizza. Me confirma que en el tubo que usó se encontraba ese aditivo, el ETD... no sé qué.

Vanina se dirigió a su despacho y el inspector la siguió.

–Por tanto, es muy probable que la sangre encontrada en el cuchillo sea la que Lorenza se hizo extraer –dijo, mientras se sentaba en su sitio.

Encendió un cigarrillo y le ofreció otro al inspector. Fumaron con las ventanas cerradas. Total, aparte de ellos dos no había nadie más en el edificio.

Abrió el expediente y cogió la foto del sillón manchado de sangre. La estudió detenidamente.

Cogió el teléfono y llamó a Pappalardo.

–Subcomisaria, justo iba a llamarla. Ha acertado usted de pleno.

–¿El análisis ha dado positivo?

–Sí. Tanto en la sangre del sillón como en la de la maleta hay trazas de EDTA.

La verdad es que no era ninguna sorpresa.

–Escuche, Pappalardo, dígame una cosa: en su opinión, ¿podría haberse usado una jeringuilla para rociar sangre y manchar el sillón?

Pappalardo lo pensó un momento.

–Es difícil de decir, pero la sangre estaba tratada, así que de algún sitio así tiene que haber salido.

–Gracias. Ya puede irse a su partido de fútbol sala.

Spanò la estaba mirando con aire interrogante. Vanina lo puso al día.

–Qué locura –comentó el inspector, que no dejaba de alisarse el bigote–. O sea, que podría ser todo un montaje.

–Todo no lo sé, inspector. Pero lo que está claro es que las manchas de sangre son falsas. Y eso explica unas cuantas cosas más. Piénselo bien, inspector: ¿cuándo cambió de actitud Ussaro y decidió acogerse a su derecho a no responder?

–Cuando usted le dijo que habíamos encontrado el cuchillo manchado de sangre.

–Sangre que alguien había puesto allí a propósito. ¿Qué le hace pensar eso?

–Que el abogado se asustó porque no sabía de qué estábamos hablando.

Vanina asintió.

–Y su primer instinto fue ganar tiempo.

Spanò meditó la cuestión.

–Disculpe, subcomisaria. Si eso es lo que ocurrió, ¿por qué no decirlo? Él no sabía nada de ese cuchillo, ni de la sangre. Podría haber usado ese argumento en su defensa.

–¿Cómo, inspector? Para empezar, en la hoja del cuchillo ha aparecido una huella dactilar suya. Que esté en una posición extraña es algo que solo sabemos nosotros. Y, además, no debemos olvidar que, haya o no haya sangre, Lorenza desapareció después de haberse quedado a solas con él. Y si es verdad lo que contó Valentina Borzí, Ussaro le dijo a Spada que Lori había acabado en el mar. Además, decir que no sabía nada de la sangre equivalía a admitir que sabía otras cosas. Aún no hemos descubierto qué cosas, pero desde luego nada bueno.

–Eso es verdad. –Spanò hizo una pausa–. Pero Nicola Antineo afirma haber visto sangre tanto en el sillón como en la ropa de la chica. ¿Cómo se lo explica?

–De momento no me lo explico. Es lo que él afirma. Por otro lado, la mancha estaba. Cuándo se hizo, no lo sabemos. Es posible incluso que Antineo la viera.

Spanò empezó a intuir por dónde iban los tiros. Era una idea absurda.

Vanina llegó a las cinco y dos minutos.

Con el cigarrillo encendido, la mano en el bolsillo, americana de cuadros y corbata azul, el comisario Patanè estaba de pie delante del portal, a una distancia prudencial de la zona visible desde el balcón de la cocina. Si Angelina lo hubiera visto fumar, le habría dado la lata

durante toda la noche. ¡Como si a la edad del comisario un cigarrillo de más o de menos pudiera cambiar mucho las cosas!

La subcomisaria se dispuso a coger el camino de la playa.

–A estas horas de domingo, mejor la autopista –propuso el comisario–. ¿Tiene usted el «telepás»?

–Claro.

–Perfecto, así no hacemos ni cola en el peaje.

Lo cierto es que en el peaje de San Gregorio no había prácticamente nadie. El asfalto estaba tan maltrecho que, en comparación, el de la carretera nacional a Santo Stefano era una alfombra.

Entraron en la autopista Catania-Mesina y recorrieron un buen trecho. Salieron en Giarre. Vanina introdujo la dirección de Di Franco en Google Maps y dejó el teléfono en manos del comisario.

–¡Esto parece cosa de magia! –comentó Patanè, muy interesado en la «moza» que indicaba hacia dónde debían ir, cuándo debían girar y cómo se llamaban las calles. El comisario repetía cada vez las indicaciones en voz alta, por si acaso la subcomisaria Garrasi no las había oído–. ¿Di Franco sabe que vamos a verla?

–Sí, lo sabe.

Vanina la había llamado mientras iba a recoger al comisario.

–Se estará preguntando qué queremos de ella.

Patanè había entrado de nuevo en modo patrulla de policía.

–Sin duda. Pero no parecía preocupada.

–¿Y por qué iba a preocuparse, subcomisaria? Las personas honradas no deberían tener miedo de hablar con nosotros. Eso significa que la señora no tiene nada que temer.

Poli hasta la médula.

Aparcaron frente al puerto de Riposto, donde se encontraba el mayor puerto turístico de la costa oriental. Vanina había pasado por allí en una ocasión, el verano anterior; iban en la lancha de Giuli y habían parado allí a poner gasolina antes de seguir hacia Taormina. Un inmenso despliegue de embarcaciones de todo tipo y tamaño, además de una cantidad de yates de superlujo que dejaba en ridículo los muelles de Montecarlo.

Angelica Di Franco los recibió en la puerta, en el primer piso de un edificio situado frente al mar. Sesenta y cinco años más o menos, bien llevados. Delgada, bronceada, larga melena gris que se había dejado suelta. Vestido de lana, largo, y bufanda de colores en torno al cuello. Aire un poco bohemio. Una mujer atractiva.

–Subcomisaria Giovanna Garrasi –dijo Vanina.

–Angelica Di Franco.

Vanina le presentó a Patanè.

–El comisario Biagio Patanè, es uno de mis... –dijo, mientras lo miraba. ¿Cómo definirlo?–. Colaboradores.

El comisario permaneció serio, pero su mirada era risueña.

Parecía sinceramente impresionado por el aspecto de aquella mujer.

Angelica los condujo a un comedor con una decoración de estilo étnico. Y vistas al mar.

–Subcomisaria, no le voy a ocultar que siento mucha curiosidad por saber a qué debo el placer de su visita. He leído tantas cosas interesantes sobre usted...

Tenía una voz serena, que apenas reflejaba el acento dialectal.

–Gracias –dijo Vanina–. A ver, señora Di Franco, sé que le parecerá extraño y que se preguntará por qué me interesa, pero he venido para hablar de su hermana, Laura, y de la muerte de esta.

Di Franco encajó el golpe con una sonrisa.

–¿Mi hermana? Si han pasado casi cuarenta años. Se quitó la vida, sobre eso nunca hubo dudas. No lo entiendo...

–Lo sé, nunca hubo dudas ni las hay. Pero en el expediente consta que usted puso una denuncia contra su cuñado, Elvio Ussaro. Lo acusaba de instigación al suicidio.

–Es cierto. Lo denuncié. –En su expresión amarga apareció un ligero sarcasmo–. Al parecer, me equivoqué. –Desvió un momento la mirada y luego se concentró de nuevo en la subcomisaria–. Es una historia dolorosa para mí, subcomisaria.

–Me lo imagino, pero... ¿puedo pedirle que me la cuente?

Angelica se puso en pie y fue a buscar un sobre de tabaco. Puso un poco en un papel de fumar y lo enrolló.

–¿Le molesta si fumo? –preguntó.

–No.

Encendió el cigarrillo.

–Denuncié a ese hombre porque mi hermana empezó a morir el día en que la obligaron a casarse con él.

Se interrumpió y cogió el cenicero. Contempló el cigarrillo como si pudiese sugerirle lo que debía decir.

–Elvio Ussaro llevaba años obsesionado con mi hermana, pero ella nunca había demostrado el menor interés por él. El Conservatorio de Santa Cecilia acababa de admitirla para cursar el décimo año, pero nuestros padres se empeñaron en que se casara con él. Mi hermana insistió en que tenía que obtener el título y se fue a vivir a Roma con una tía nuestra que daba clases de música. Durante un tiempo, mis padres la dejaron en paz, pero luego Laura empezó a salir con un compañero del conservatorio, Tommaso Escher, que tocaba el violín como ella. No se sabe cómo, pero los Ussaro se enteraron y pusieron el grito en el cielo.

–Perdone que se lo pregunte, pero... ¿por qué sus padres temían tanto que los Ussaro pusieran el grito en el cielo?

–Pregunta correcta, subcomisaria. El motivo es simple: mi padre estaba endeudado hasta el cuello y el padre de Ussaro le había pagado parte de las deudas. Además, creo, de haberle prestado dinero. Eso por no hablar de los juicios pendientes que tenía mi padre.

–Y supongo que su abogado era Elvio Ussaro –adivinó Vanina.

–Laura estaba a punto de marcharse a París con Tommaso para asistir a un curso de perfeccionamiento. Justo entonces, mis padres se presentaron en Roma sin previo aviso y sacaron su arma letal: le dijeron que si no volvía enseguida a casa y no hacía lo que le pedían, acabaríamos todos en la ruina y mi padre en la cárcel. Y que si todo eso no había ocurrido aún era gracias al hecho de que Elvio Ussaro estaba enamorado de ella. No sé cómo, pero consiguieron convencer a mi hermana de que era un sacrificio necesario. Apenas tres meses más tarde ya estaba casada con Ussaro. Las finanzas de mi padre resucitaron y, como por arte de magia, los recursos interpuestos dieron el resultado esperado. Pero mi hermana ya había empezado a morir. Seis meses más tarde se mató.

–Y usted estaba convencida de que la culpa era de su excuñado.

–Convencida no, subcomisaria, estaba segura. Yo era la única persona en la que confiaba mi hermana. Elvio era celoso hasta la obsesión. Era violento. Estaba convencido de que si ella seguía estudiando violín, tarde o temprano lo engañaría, así que se lo prohibió. En lo único que debía pensar Laura, según él, era en darle un hijo. Mi hermana no lo soportaba. Una chica como ella no podía durar mucho.

–¿Y el novio de Roma? –preguntó Vanina.

–¿Tommaso Escher? Se convirtió en un violinista de fama mundial. Da clases en el Conservatorio de Santa Cecilia. ¿Sabe qué? Cuando decidí denunciar a Elvio, él se ofreció a ayudarme. Pero usted ya sabe cómo acabó la cosa, subcomisaria: mis padres, mi hermana mayor... Todos declararon a favor de Ussaro. No es necesario que le explique por qué. ¿Qué interés tenía mi opinión? Para ellos, además, yo era la oveja negra de la familia. La que se había ido de casa, trabajaba, vivía sola... y fomentaba la rebelión de su hermana pequeña. Elvio incluso habría sido capaz de dar la vuelta a las cosas y decir que era culpa mía. No volví a hablar con mis padres desde entonces. Al maestro Escher, en cambio, lo vi no hace mucho, quizás un par de meses atrás. Pasó por aquí para un concierto en el Bellini y se puso en contacto conmigo. Me contó que lleva cuarenta años de litigio con Elvio por el violín que la tía de Roma le regaló a Laura cuando estudiaba en Santa Cecilia. Antes de morir, mi hermana le escribió a Tommaso y le dijo que quería que se lo quedara él. El maestro ya había decidido que, si al final no ganaba el juicio, le compraría el violín a Ussaro: estaba seguro de que mi excuñado no pondría ningún reparo ante la

posibilidad de obtener un beneficio económico.

–¿Era un violín valioso?

–No lo sé, pero supongo que sí. Y, en cualquier caso, para el maestro sí lo era. Tenía un valor sentimental que Elvio era incapaz de comprender.

Vanina no tenía más preguntas.

Angelica, sin embargo, la sorprendió.

–Disculpe, subcomisaria, pero... ¿por qué ha querido escuchar esta historia? –le preguntó.

Vanina no supo qué responder en ese momento. De aquel relato solo había obtenido la enésima confirmación del carácter siniestro de Ussaro.

–Me topé por casualidad con la historia de su hermana mientras investigaba al abogado Ussaro. Entre los delitos que se le podían imputar estaba también el de instigación al suicidio, así que he querido conocer su versión de los hechos.

Fue la única explicación verosímil que se le ocurrió.

–¿Le gustaría ver una foto de mi hermana, subcomisaria? Era guapísima –dijo Di Franco, antes de que se marcharan.

–Claro.

Angelica abandonó la estancia y volvió con un marco en la mano. Era una jovencísima Laura durante un ensayo en el conservatorio de Catania. Primero se la mostró a Vanina y luego al comisario. Rubia, ojos claros, aire inteligente. Dominique Sanda en El jardín de los Finzi-Contini.

Patanè observó la foto durante dos minutos y, finalmente, la devolvió con expresión angustiada.

–Subcomisaria, ¿qué le parece si para recuperarnos vamos a tomar algo? –propuso el comisario, respirando como si quisiera llenar el depósito de oxígeno.

Vanina aceptó la proposición.

Cerca de donde habían aparcado había una entrada al puerto de Riposto con un cartel que rezaba «Bar del Puerto».

Entraron y se sentaron a una mesa. El lugar estaba medio desierto.

Más allá del puerto, el mar estaba en calma y la luna, casi llena, ya había salido. El cielo, sin embargo, se estaba tapando.

Vanina pidió un spritz y el comisario un vermú.

–Menuda historia, subcomisaria –dijo Patanè.

–Una historia muy fea, comisario. Me parece tan increíble que ocurriera en el 75. No ha pasado tanto tiempo desde entonces. Era después del 68, de las feministas, de las minifaldas.

–En una familia como los Di Franco, el 68 y las feministas no entraron ni veinte años más tarde, subcomisaria. Ya ha oído lo que

contó mi mujer: a la hermana mayor también la obligaron a casarse con el hombre que ellos habían elegido. Y Angelica no estaba bien vista porque era independiente. Pero aquí no se trataba solo de una cuestión de convenciones, tradiciones y matrimonios acordados. Era una cuestión de supervivencia. O eso o la ruina. Una extorsión en toda regla. Propia de la mafia, me atrevería a decir.

–Vamos, que Ussaro lleva toda la vida así, extorsionando a todo bicho viviente –concluyó Vanina.

Ya se levantaban para marcharse cuando alguien entró en el bar y se plantó delante de ellos.

Vanina levantó la mirada y vio a Manfredi Monterreale vestido con una especie de mono impermeable, una bolsa llena de cabos en una mano y un ancla en la otra. Sonreía.

Esta vez, el comisario sugirió ir por la carretera de la playa, porque a aquellas horas la cola en el peaje era de tres kilómetros. Ni con el «telepás» se libraba uno. Los domingueros que iban de excursión. A Taormina, seguramente.

La subcomisaria no hablaba mucho. El encuentro con Manfredi la había alterado. Él no tenía la culpa, pues se había limitado a soltarle el rollo a Patanè y hablarle de su velero amarrado en uno de aquellos muelles y a abrazarla a ella de un modo discretamente más cálido de lo que habría hecho un par de días antes. La culpa la tenía ella, que probablemente se había cargado la relación con Manfredi antes incluso de que cobrara forma. La forma de una amistad, tal vez. Manfredi era buena persona y en el mundo hay tan pocas personas así que es un crimen perderlas por el camino después de haberlas encontrado. Por frivolidad, por incoherencia. Por falta de claridad.

Patanè parecía haberle leído el pensamiento y no había hecho ni un solo comentario. Aun así, resultaba evidente que el médico le había caído bien.

Cuando pasaban por delante de la playa de Mascali, Patanè se volvió.

–Aquí hay un restaurante donde se come un pescado espectacular –le había dicho.

Lástima que era demasiado pronto, sino podrían haber parado a cenar, dijo.

La reacción de Vanina fue inmediata.

–¡Sí, hombre, y así mañana Angelina se me presenta en Santo Stefano!

Se habían echado los dos a reír, cosa que los había animado.

Vanina le contó las últimas novedades de la investigación. La sangre ingeniosamente salpicada, la reacción de Ussaro durante el interrogatorio. Todo lo que se estaba descubriendo sobre él gracias a

la investigación. Y, en concreto, lo que más perplejidad le causaba: la cantidad de indicios que parecían colocados de forma deliberada, como si fueran las piezas de un puzle listas para que alguien las encajara. Todos en su contra. Todos verosímiles, todos verificables con métodos precisos o insinuados de un modo impecable. Resultaba evidente que Elvio era un canalla de la peor especie, capaz de toda clase de vilezas, alguien que se codeaba con lo peorcito del hampa... Pero que fuera un asesino no estaba probado.

El último pueblo que encontraron antes de llegar a Catania era Aci Castello.

–¿Le importa que hagamos una parada? –preguntó la subcomisaria.

–Desde luego que no.

Vanina entró en el pueblo, siguió por el paseo marítimo hasta donde se podía llegar con el coche y aparcó. La plaza, debajo del castillo, estaba casi desierta. Noviembre, las siete y media de una tarde de domingo. El restaurante aún estaba vacío, mientras que en el bar de la esquina había unos cuantos parroquianos tomando copas.

Vanina y Patanè llegaron bajo la roca y se asomaron al mar. Justo delante tenían los farallones de Aci Trezza y abajo, a la izquierda, las rocas en las que había aparecido la maleta. Vanina le indicó el lugar exacto.

–O sea, según lo que dice el abogado joven, ¿cargó hasta aquellas rocas de allí con una maleta en la que había una persona muerta? Vamos, subcomisaria, ¡es que ni el increíble Hulk!

–Es lo mismo que pensé yo. Pero él afirma que en ese momento no entendía nada, que lo único que sabía era que debía obedecer y que tenía que conseguirlo. Estaba asustado.

–Parece que al tal Ussaro se le da muy bien sembrar el pánico. Los Di Franco le entregan a su hija en sacrificio, su colaborador carga a peso muerto con un cadáver por las rocas solo porque él se lo dice... ¡Y eso por no hablar del fiscal que ha salido por piernas para no tener nada que ver con él!

–Quien siembra el pánico también siembra el odio, comisario. Y el odio, tarde o temprano, siembra venganza.

Patanè estaba completamente de acuerdo.

21.

Informadores debía de haber muchos, en vista de que la noticia de que el profesor Elvio Ussaro estaba siendo oficialmente investigado por el homicidio aún sin cadáver de Lorenza Iannino había aparecido incluso en la prensa nacional. De lo que se había publicado en internet mejor no hablar, pues las noticias auténticas se mezclaban con toda clase de disparates.

En tan solo un día, al profesor Elvio Ussaro le habían armado la de san Quintín.

Vanina ya lo intuía. La noche anterior incluso se lo había dicho a Spanò mientras salían del despacho: ya lo verá, el descrédito de Ussaro va a ser total.

A partir del mediodía, la sede de la Judicial se había convertido en un ir y venir de personas. Un par de estudiantes de Jurisprudencia, chico y chica, se presentaron decididos a denunciar al profesor por abuso de poder e intimidación. Luego le llegó el turno a uno de los participantes del chat «Noches entre amigos», un tal Lomeo, que confesó haber escuchado claramente a Elvio decirle a «alguien» que Lorenza parecía muerta y que no sabía qué hacer. Ese alguien, obviamente silenciado, solo podía ser una persona, en opinión de Vanina. La única que, según decía todo el mundo, se había quedado hasta el final. La misma que se había presentado voluntariamente justo después de comer y había preguntado por la subcomisaria Garrasi. Susanna Spada estaba a su lado.

Vanina escuchó lo que Giuseppe Alicuti, alias Beppuzzo, tenía que contarle con la misma indiferencia que en su vida anterior había reservado a las decenas de colaboradores de la justicia con los que había tenido que tratar. La dinámica no cambiaba, por mucho que aquellos fueran delincuentes declarados y a Alicuti pudiera concederle el beneficio de la duda.

–Elvio vino a buscarme. Me dijo que Lorenza se había encontrado mal y no recobraba el conocimiento. Que parecía muerta. Dijo que a lo mejor había consumido demasiada cocaína, pero que era la primera vez que lo hacía. En la fiesta había un cardiólogo, amigo de mi hijo, pero Ussaro me preguntó si me había vuelto loco y me dijo que lo que teníamos que hacer era marcharnos todos, que ya se ocupaba él. ¡El que parecía estar loco era él, subcomisaria! Llamé a mi hijo Armando,

que ya estaba de camino, y llegó casi enseguida. Elvio aprovechó, le dio las llaves del Ferrari y le dijo que se lo llevara. Nadie debía saber que él se había quedado allí. Pero yo prefería salir lo antes posible de aquella situación con mi hijo, porque era imposible saber cómo podía acabar la cosa. Entiéndame, subcomisaria, soy un personaje público. El coche de Elvio se lo llevó Susanna y Armando y yo volvimos a casa. Puede preguntárselo a él.

Como si fuera a servir de algo.

–¿Y Nicola Antineo?

–Antineo llegó cuando nosotros ya nos marchábamos y entró de inmediato en la habitación de Lorenza.

–¿Con Ussaro?

–No, Ussaro se quedó fuera.

–O sea, ¿cuando Antineo entró en la habitación Lorenza aún estaba viva?

–O acababa de morir.

–Había muerto por esnifar cocaína, entonces.

–Parecía muerta. Eso dijo Elvio. Pero he leído en la prensa que la acuchillaron y que había sangre por todas partes. ¡La verdad es que ya no sé qué pensar!

Vanina le pidió a Alicuti explicaciones sobre las llamadas y las visitas que había recibido de Ussaro. El diputado tenía una respuesta verosímil para cada pregunta, lo cual reafirmaba cada vez más su posición y complicaba cada vez más la del abogado.

Susanna Spada fue un apoyo decisivo.

A Recupero no le había gustado mucho la fuga de noticias y quería saber cómo se había producido.

Vanina había enviado a Spanò a dar con la madre del cordero y lo primero que había hecho Spanò había sido citar a Sante Tammaro.

–Santino, tu artículo era el más detallado y no es la primera vez que ocurre durante esta investigación. Quiero saber quién te ha pasado toda esa información –estaba diciendo Spanò cuando la subcomisaria Garrasi entró en su despacho.

Tammaro hizo ademán de ponerse en pie, pero Vanina les indicó a los dos con un gesto que siguieran sentados. Arrastró un taburete y se sentó junto a ellos.

Sante vaciló un momento y luego empezó a cantar. El día anterior había recibido un correo electrónico anónimo. Dirección no localizable, procedente de a saber qué locutorio. El correo informaba detalladamente sobre el homicidio de la abogada Lorenza Iannino, el ocultamiento del cadáver en el mar y la probable implicación –aunque entre líneas se daba por hecha– del profesor Ussaro. Él, que tenía sus propias fuentes, se había apresurado a verificar que aquella

información tuviese un mínimo de credibilidad y había conseguido averiguar aún más cosas.

–No te voy a decir cuál es mi fuente y tú no puedes obligarme a revelarla, Melo. Ya sabes lo frágiles que son esas colaboraciones. Lo hecho hecho está; si Ussaro es culpable, la subcomisaria Garrasi tarde o temprano lo meterá entre rejas.

Vanina y Spanò cruzaron una mirada.

Tammaro captó algo no expresado y la curiosidad pudo más que él.

–¿Hay algo que no me están contado? –preguntó.

Spanò lo miró fijamente.

–Y si hay algo, ¿crees que te lo voy a contar a ti? ¿Para que mañana me digas que una fuente personal te ha dado la noticia y te dediques a escribir artículos?

A Tammaro se le ensombreció la expresión.

–No es justo que me digas eso, podría tomármelo como una ofensa. ¿He publicado yo alguna vez algo que tú me hubieras pedido expresamente que no divulgara?

Spanò lo miró de reojo.

–La verdad es que no.

–Pues entonces...

Se giró hacia Vanina. Le tocaba decidir a ella.

–Digamos que la dinámica hipotética del homicidio aún está por definir –empezó a decir la subcomisaria–. Todo apunta a que el culpable es Ussaro, pero no hay nada que nos permita estar seguros. Y también hay otros muchos elementos importantes que estamos valorando. Mire, Tammaro, es como si este homicidio hubiese encendido un foco justo encima del abogado Ussaro y, poco a poco, nos estuviese permitiendo descubrir otras muchas cosas. Lentamente, una a una, todos los días salen a la luz cosas nuevas.

Tammaro meditó el asunto.

–Como con el candil –reflexionó.

Garrasi y Carmelo lo miraron con aire interrogante.

–El candil. Ya saben, esa luz potente que se monta en la barca y que sirve para atraer a los peces.

Spanò dirigió la mirada al cielo. Qué obsesión. Desde que eran niños y Tammaro llamaba a su ventana de noche para llevárselo de pesca.

–¿Qué tiene que ver ahora el candil?

Tammaro se emocionó.

–La pesca al candil tiene su propia lógica. Hay que encender la luz, guardar silencio y estarse lo más quieto posible mientras se van preparando las redes. Tarde o temprano, hasta los peces mejor escondidos suben a la superficie. Y, una vez allí, ya no pueden escapar.

Vanina pensó que era la imagen perfecta para describir el caso.

La idea se le había ocurrido mientras pensaba en la escena final de la película El viaje, que había visto de nuevo la noche anterior. Sophia Loren/Adriana, enferma del corazón, muere en los brazos de Richard Burton/Cesare, destrozada por las noticias recibidas en un telegrama. La emoción fatal.

–Buenos días, señora Iannino, soy la subcomisaria Garrasi.

La había llamado nada más llegar al despacho.

–¿Han encontrado el cuerpo de la pobre Lori? –le preguntó Grazia.

–Aún no, por desgracia. Quería pedirle una información.

–Usted dirá, subcomisaria.

–¿Podría repetirme con más exactitud las palabras que le dijo su marido antes de morir?

La pregunta pareció sorprender a la mujer.

–Con exactitud... –Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo descomunal y Vanina lamentó no poder ahorrárselo–. Grazia, me dijo. Lori, llama a Lori, pregúntale dónde está... No, espere... no dijo eso... Dijo: pregúntale si tenemos que ir a recogerla. Luego empezó a respirar con dificultad... Por favor, no lo olvides, repitió. Y entonces se desmayó.

Lloraba.

–¿Tenía el teléfono en la mano? –le preguntó Vanina.

–Sí.

La subcomisaria había reflexionado sobre la mejor forma de proceder, pero el registro telefónico llevaría más tiempo, mejor disponer directamente del teléfono.

–Escuche, señora Iannino, le envío a uno de mis hombres a recoger el teléfono de su marido. Me sabe mal molestarla, pero podría resultarnos útil en la investigación.

Grazia Iannino respondió que no había problema, pero que tenía que ser por la tarde porque estaba saliendo hacia Siracusa para el funeral de su marido.

A Vanina no le pareció correcto insistir.

De golpe, el cielo había adquirido un color plomizo, un gris compacto que parecía acentuar los colores de la ciudad, oscura como la piedra lávica que se había utilizado para construirla y sobre la cual, en aquel momento, lloviznaba.

Las dependencias de la Judicial estaban a oscuras y las lámparas de escritorio encendidas como si ya fuera de noche.

El comisario principal Tito Macchia se plantó delante de Garrasi y se apoyó con una mano en el escritorio. En la otra agitaba un periódico.

–Veamos, ¿me explicas a qué viene este despliegue de artículos sobre el caso Iannino?

Vanina le contó brevemente lo que le había dicho Tammaro.

–Alguien que ha sabido la noticia a través de algún informador y ha hecho de altavoz –comentó Tito.

–O a lo mejor alguien que sabía exactamente lo que quería que se publicara.

Macchia estaba a punto de responder cuando Nunnari entró en el despacho de la subcomisaria a toda velocidad. Parecía alterado.

–Jefa... ¡Buenos días, comisario!

–Nunnari, un día de estos me vas a caer encima como un alud y yo no tendré la fuerza física necesaria para protegerme –dijo Vanina, mientras Nunnari frenaba justo a un lado de su escritorio.

–Lo siento, subcomisaria, es que los de la Postal me acaban de enviar un regalito.

Macchia se irguió, interesado.

–¿De qué se trata?

–Han conseguido recuperar los archivos de audio del móvil de Iannino.

Spanò entró en el despacho seguido de Fragapane.

–¿Qué pasa, Nunnari, por qué me has dicho que venga corriendo?

Se unió al grupito de hombres que rodeaban el escritorio. Garrasi estaba buscando en el ordenador los archivos que acababa de enviar la Policía Postal.

–El último es el más importante –sugirió Nunnari, que ya había escuchado un par.

Grabado el 7 de noviembre –el lunes de la fiesta– a las 22:46. Se oía de fondo música muy alta. Voces, jaleo. Luego se empezaba a escuchar un poco mejor, como si la persona que tenía el teléfono en la mano se hubiera alejado del alboroto.

La voz de Ussaro se reconocía perfectamente.

«Díselo a la chica, dile que es mejor que deje de hacerse de rogar. Lo único que tiene que hacer es decir que sí y luego todo irá rodado».

«Díselo tú –respondió una voz femenina–. Yo estoy hasta las narices de tener que hacer siempre de mala. Es más, ¿sabes lo que pasa? Que también estoy hasta las narices de ti».

Se escuchó una carcajada antes de la respuesta.

«¿Qué has dicho, Lori?».

–Joder, ¡pero si son Iannino y Ussaro! –dijo Spanò.

«He dicho que estoy hasta las narices. De ti, de tus orgías, de tus chantajes, de tus putadas... me has obligado a hacer de todo, hasta llevar pizzini a los mafiosos». Jaleo. «Me haces daño, imbécil, suéltame». Más jaleo.

«¿Qué has dicho, mala puta? ¿Que estás harta? ¿Por qué, es que

crees que puedes hartarte de mí? ¿Y todo lo que tienes? ¿Dónde crees que vas a acabar si te apartas de mí? ¿Todos los ingresos extra que tienes gracias a esas putadas que, según tú, te obligo a hacer? ¿Cuánto consigues de cada pizzino que le llevas a don Rino o a sus amigos, eh? Comisiones con las que ni siquiera podrías soñar sin mí, porque no serías más que una vulgar picapleitos». Crujido.

Respuesta: «En la vida hay más cosas, pero tú eso no lo entiendes».

Otra carcajada de Ussaro.

«¿Y tú cuándo te has enterado, eh? ¿Qué pasa, que has conocido a algún gilipollas que va de romántico y te cuenta esas chorradas?».

«Será mejor que te calles, porque sé tantas cosas de ti que te puedo arruinar la vida. ¡Por mucha gente importante que conozcas!».

Los interrumpió una voz de mujer.

«Disculpad, pero por allí piden mercancía. Esnifan como condenados».

Silencio, luego Ussaro otra vez.

«Enseguida voy». Otro silencio.

Luego, con voz rabiosa: «Ni se te ocurra intentarlo, Lori. Porque te juro que acabarás mal».

Jaleo. Fin de la grabación.

Cruzaron una mirada los cinco, en silencio.

–Joder –dijo Macchia con acento napolitano.

–Esto incrimina más que clarísimamente a Ussaro –comentó Nunnari, que a fuerza de escuchar llamadas intervenidas, ya sabía de que pie cojeaba el abogado.

Spanò no dijo nada.

Vanina estaba absorta en sus pensamientos.

Macchia la observó atentamente.

–¿Por qué tengo la sensación de que tú no estás de acuerdo?

–Las cosas tal vez no sean tan claras como parece –respondió la subcomisaria.

El Gran Jefe suspiró, resignado.

–Hablemos claro, Vani: a estas alturas, tú ya tienes una idea –dijo, mientras empujaba el sillón hasta colocarlo delante de Vanina y sentarse.

–Una hipótesis, en todo caso –lo corrigió Garrasi.

–Me sigue interesando.

Vanina se apoyó con los codos en el escritorio. No era fácil resumir la maraña de ideas aún nebulosas que tenía en la cabeza, peor que aquel cielo plomizo que se había puesto de golpe y que literalmente había apagado las luces de la ciudad.

–Pongamos que hay una persona que lleva toda la vida haciendo cosas irregulares y saliéndose con la suya. Una especie de delincuente en serie camuflado bajo la apariencia de persona importante. Un gurú

de la corrupción, del abuso, de la extorsión, alguien que colabora con el crimen organizado y lo usa como fuente de poder.

–¿Estamos hablando de Ussaro? –la interrumpió Macchia.

–Sí. Pongamos que un día una de las personas, o más de una, a las que explota para conseguir sus objetivos, alguien a quien extorsiona a base de favores, privilegios y dinero llega a un punto de saturación tan grande que no puede más. Y decide vengarse. Arruinarle la vida. Lo conoce bien y sabe que no será fácil. Que será casi imposible, como lo ha sido para cualquiera que haya intentado incriminarlo durante sus más de cuarenta años de honorable carrera. Decenas de denuncias que han caído en el olvido y que allí siguen. Para pillarlo hace falta algo gordo, algo ante lo que no haya amigos que valgan. Un delito tan grave que asuste a cualquiera, por el miedo a acabar acusado de complicidad. Y que pase a ser del dominio público antes incluso de que él tenga tiempo de defenderse. Un delito de tal naturaleza que él termine directamente en las manos de alguien a quien no le importe quién sea o deje de ser él, las personas a las que conozca o el poder que tenga. Alguien dispuesto a investigar sin dejarse influir. Un delito como un homicidio.

Tito empezaba a entenderlo. Asintió, pero no la interrumpió.

–Lo planea, o lo planean, todo hasta el mínimo detalle. Nos aportan un indicio tras otro, todos verificables, todos concordantes entre sí, todos tan bien construidos que desafían incluso nuestra mejor tecnología. Es más, incluso la explotan hábilmente en su propio beneficio. Un par de denuncias anónimas, un teléfono roto pero no tanto como para que no pueda recuperarse, y que resulta estar lleno de mensajes, archivos de audio, conversaciones de chat comprometedoras... Un ordenador sin contraseña en el que alguien ha ocultado, pero no demasiado, pruebas de delitos importantes que por lógica tendrían que haber sido destruidas. Todo un archivo, más explosivo que un depósito entero de bombas, a nuestra disposición. Cada indicio colocado en el sitio adecuado. Se produce un efecto avalancha y salen a luz decenas de delitos y esta vez nadie puede detener el curso de las cosas. Y finalmente, en el momento oportuno, la traca final: llega el descrédito total en la tele y en la prensa. A partir de ese momento, todo el que tenga algo que decir se siente legitimado para hacerlo.

Macchia la observaba estupefacto. El razonamiento era impecable.

–Disculpa, Garrasi, pero ¿cómo has llegado a esas conclusiones?

Claro, a él le faltaban unos cuantos datos importantes.

–Quien haya ideado toda esa historia no tuvo en cuenta un detalle.

–¿Cuál?

–La sangre que pusieron en el cuchillo, y también la del sillón y la maleta, está tratada con una sustancia que impide que se coagule. Y

eso nos indica que la pusieron allí después de haberla transportado en un tubo.

–La clásica piel de plátano. ¿Y cómo es que no se les ocurrió? –preguntó Tito, completamente cautivado por la trama de la película que Garrasi estaba proyectando.

Una película que –lo sabía por experiencia– tarde o temprano ayudaría a resolver el caso.

–¿Cómo dices? ¿Es que tú sabes qué es el EDTA?

–No.

–Yo tampoco. No veo por qué tenía que saberlo la persona que urdió todo este plan.

Fragapane levantó la mano.

–Jefa, pero aquella misma mañana... ¿Iannino no fue a ver a la amiga de Finuzza para que le sacara sangre?

Vanina sonrió.

–Qué cosas... –canturreó la subcomisaria, con la mano abierta delante de la boca.

–¿Queréis contarme de una vez de qué estamos hablando o me tengo que enfadar? –dijo Macchia.

Vanina se lo contó.

–A ver, Garrasi, ¿no estarás pensando de verdad que Iannino está viva y que lleva una semana tomándonos el pelo?

Spanò sonrió de un modo extraño.

Vanina se acercó al comisario principal.

–Tito, aquí las posibilidades son dos: o Iannino está viva y, como tú dices, lleva una semana tomándonos el pelo, o bien alguien ha cometido un delito solo para incriminar a Ussaro. ¿Cuál de las dos hipótesis te parece más verosímil?

–Pero supongamos que no, que Ussaro cometió el delito, aunque no exactamente de ese modo. Supongamos que tenga razón Alicuti y que Ussaro la encontrara medio muerta por una reacción a la cocaína. Y que de verdad arrojara el cadáver en el mar.

–¿En una maleta manchada con la sangre que le habían extraído a la chica? –objetó Vanina.

Macchia no supo qué responder.

–Además, la respuesta de las redacciones de los periódicos ha sido unánime: en todas se recibió el mismo correo –intervino Spanò.

–¿Y no hemos podido averiguar desde dónde se envió?

–Estamos en ello.

Tito se quedó pensativo.

–¿Eliana sabe todo esto?

–Aún no –respondió Vanina–, pero ya le dicho que más tarde paso por la fiscalía para ponerla al día.

Marta se asomó a la puerta, sorprendida de encontrar tanta gente

en el despacho. Miró a Tito, que se estaba retorciendo la barba e incluso había encendido el puro, aunque su expresión era alegre.

–¿Me he perdido algo? –preguntó la inspectora.

Macchia se puso en pie y pasó junto a ella. Se detuvo, con las manos unidas a la espalda y ladeó la cabeza en dirección a Vanina.

–Que te lo cuente la subcomisaria Garrasi.

Bonazzoli se sentó en el sitio de Tito y se dispuso a esperar, mientras observaba a sus colegas, que se habían retirado a un rincón y parloteaban animadamente como si estuvieran comentando un partido de fútbol apenas terminado.

El comisario Patanè se sacudió el agua del impermeable y apoyó el paraguas chorreante en un rincón, al lado del portal. Quizás fuera mejor acostumbrarse a hablar por teléfono, sobre todo cuando uno se arriesgaba a ahogarse si salía de casa. Siempre era así en aquella puñetera ciudad: todas las alcantarillas obstruidas por la arena del Etna, hasta el punto de que cuando caían cuatro gotas había que coger la barca para moverse por las calles, que se convertían en auténticos ríos. Pero ni las cataratas del Niágara lo habrían hecho renunciar a su deseo de pasar un rato en la Judicial.

Se le acercó un chico que estaba de pie delante de la máquina expendedora de bebidas.

–Disculpe, ¿desea algo? –le preguntó.

Patanè lo miró, perplejo.

–Tengo que hablar con la subcomisaria Garrasi –respondió.

–¿La subcomisaria sabe que está aquí?

–No, pero estoy seguro de que está en su despacho –dijo el comisario.

–Un momento, que lo compruebo.

El comisario tuvo que hacer un esfuerzo para no levantar la mirada al techo. ¡Lo único que el faltaba, el tonto de turno!

–Pues vale. Compruebe usted.

El chico le lanzó una mirada extraña.

–¿Su nombre? –le preguntó.

Llamó y esperó.

–¿Inspector Spanò? Tengo aquí a un hombre que dice que tiene que hablar con Garrasi. No tiene hora. ¿Qué hago, lo llevo a la sala de espera? ... ¿El nombre? Biagio Patan... –Abrió unos ojos como platos–. ¡Lo siento, inspector! Pero ¿por qué, qué he hecho?

Spanò apareció de repente y bajó la escalera a toda prisa.

–¡Comisario!

El chico, un agente nuevo que llevaba menos de un mes de servicio, palideció.

–Co... ¿comisario? –preguntó.

–Déjalo, anda –le soltó Spanò–. No, espera, ya que estás aquí, ve a buscar tres cafés y nos los subes. Pero no de la máquina, ¿eh? –dijo, al tiempo que le daba el dinero.

Subieron al primer piso y llegaron al despacho de Garrasi.

Vanina había abierto la cristalera y se había encendido un cigarrillo. La atmósfera ya estaba bastante cargada por el humo del puro de Macchia, así que añadir el suyo le parecía excesivo incluso a ella.

Estaba hablando por teléfono con Recupero y tenía delante, abierto, el portátil de Iannino. El canal del teléfono intervenido de Ussaro estaba activo, aunque desde hacía un par de días solo recibía llamadas de escaso interés.

Eliana la había convencido de que no era necesario desafiar a los elementos y que podían ponerse al día de las novedades por teléfono.

La ayudante del fiscal se había quedado perpleja, pero se había mostrado de acuerdo con ella en paralizar de momento la hipótesis de que Ussaro fuera culpable de homicidio. Total, había dicho, con todas las investigaciones que se estaban abriendo seguro que iba a estar bastante ocupado. Tal y como esperaba Vanina –y en esa cuestión había contado con el apoyo de Macchia– de las otras investigaciones se encargaban sus colegas del segundo piso.

–Comisario, ¿qué hace usted por aquí con este tiempecito?

El comisario se sentó en el sillón, delante de Vanina. Ya empezaba a considerarlo su sitio.

–Nada, subcomisaria, es que tenía que darle cierta información y ya sabe que no me va mucho eso de hablar por teléfono. Así que he decidido venir a verla. Total, usted me dijo que hoy no se iba a mover del despacho.

En ese momento llegó el agente con los tres cafés, en una bandeja de cartón. Antes de retirarse, se deshizo en excusas con el comisario, que soltó una afable carcajada.

Vanina sacó su alijo de chocolate.

–Esta mañana –empezó a decir Patanè–, por casualidad, me he encontrado con una amiga a la que no veía hace mucho. Nos hemos ido a tomar un buen granizado y hemos hablado un poquito. Y así, charlando charlando, me he acordado de que mi amiga en cuestión es una gran amante de la ópera y que no se pierde ninguna temporada del teatro Bellini. Y no solo del Bellini. Silvia, que así se llama, aún no ha cumplido los setenta, está forrada, es divorciada y tiene amigos en todas partes. Se dedica a ir de teatro en teatro porque no tiene nada más que hacer: Milán, Londres... En fin, ¿se acuerda de que justamente ayer hablamos con Di Franco sobre el maestro Escher? Pues le he preguntado a Silvia, por curiosidad, si había ido a su concierto y me ha tenido media hora hablando de lo bueno que es, de

las piezas musicales que interpretó y hasta de su carrera profesional. ¡Lo sabía todo de él!

–Y resulta que usted se ha encontrado por casualidad con su amiga precisamente hoy –comentó Vanina, en tono irónico.

–Por casualidad, claro –le aseguró Patanè, aunque tenía la mirada de un crío que acaba de cometer una travesura.

–¿Y qué más le ha contado esa amiga suya?

Se aceptaban apuestas sobre la naturaleza que había tenido en otros tiempos aquella «amistad».

–Nada, noticias de la gira que el maestro había hecho por el mundo. Me ha dicho que es un hombre fascinante y que ha tenido muchas mujeres, pero que nunca se ha casado.

–Vamos, que han cotilleado ustedes sobre el maestro Escher –resumió Vanina, cada vez más entretenida. Seguía sintiendo curiosidad por saber qué era eso tan importante que el comisario había averiguado como para desafiar a los elementos e ir a contárselo en persona.

–No tenga usted prisa, que los cotilleos a veces son más útiles que una investigación como Dios manda. Hablar mucho nunca está de más, subcomisaria. Ya sabe lo que dicen, ¿no? Quien lengua ha, a Roma va.

Vanina asintió. Bettina también lo decía siempre.

–Y entre cotilleo y cotilleo, ¿qué ha descubierto?

–Cuando Escher ofreció el concierto en el Bellini, lo invitaron a dar unas clases en el conservatorio de Catania. Una «masterr», o como se llame, a los alumnos. Mi amiga tiene contactos en el conservatorio, así que movió hilos para poder conocer al maestro. Hasta intentó invitarlo a cenar a su casa, pero Escher declinó amablemente la oferta y dijo que tenía que volver a Roma. Unos pocos días más tarde, sin embargo, se lo encontró en un restaurante de Taormina. Acompañado de una chica que podría ser su hija. Estaban sentados en una mesa apartada y hablaban en voz baja.

Vanina prestó más atención.

–¿Y quién era esa chica?

–Silvia no lo sabía. Es más, estaba molesta porque no había conseguido averiguarlo. Sin embargo, me la describió muy bien: menuda, muy guapa. Tan bien vestida que parecía salida de una revista de moda, dijo.

Spanò se irguió en la silla.

Vanina observaba a Patanè con aire socarrón.

–Y usted está convencido de que se imagina quién puede ser, ¿verdad, comisario? –preguntó.

Aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

El comisario sonrió.

–¿Por qué? ¿Usted no se lo imagina?

Spanò se puso manos a la obra enseguida.

Encontró el número de móvil de maestro Tommaso Escher, además de una serie de datos que siempre podían resultar útiles. Nacido en Roma en 1953, soltero. Varios cambios de domicilio, clases en diversos conservatorios. En la actualidad, residente en Roma y profesor de violín en el Conservatorio de Santa Cecilia.

–Vamos a hacer una cosa, inspector, compruebe usted si en los registros telefónicos de Iannino aparece el número de Escher el día del concierto o los días posteriores. Y compruebe también si está en los contactos de su iPhone –dijo Vanina.

Patanè seguía allí, a la espera de averiguar cómo iba a terminar aquella investigación. Que la chica que estaba con Escher era Lorenza Iannino lo había adivinado apenas dos segundos después de que Silvia empezara a describirla. También sabía que ni siquiera a Garrasi le habría hecho falta más tiempo, pero era consciente de que las intuiciones –por brillantes que fueran– requerían pruebas. Siempre.

Vanina estaba reflexionando sobre el descubrimiento. Le parecía inquietante que aquella vieja historia, sacada de los archivos de Patanè, se le hubiera clavado en la mente como si fuera un presentimiento. ¿Qué motivo tenía para obsesionarse hasta el punto de ir a molestar a la hermana de Di Franco y pedirle que se lo contara todo?

Y de llevarse al comisario, su guía espiritual en las investigaciones más absurdas.

Spanò tardó cinco minutos.

Volvió con la expresión de quien acaba de ganar la lotería.

–¡Joder, jefa! ¡El comisario ha dado en el blanco!

Patanè no consiguió ocultar su satisfacción y dio una palmada.

Spanò se sentó con todos los documentos en la mano.

–En el registro telefónico de la chica aparecen llamadas a Escher ya a partir de julio. Se intensifican de septiembre en adelante, cosa que coincide con la visita del maestro a Catania. El número del iPhone está almacenado bajo el nombre «Guadagnini». Lo más curioso es que las llamadas más recientes están borradas de la memoria del teléfono. Lógicamente, aparecen en los registros de llamadas. La última es del lunes pasado a las 19:33. Lo más curioso, y me he dado cuenta por casualidad, es que entre los números que Iannino borró de la memoria de su móvil aquella noche está también el de Antineo. Una única llamada, a las 22:27.

–El lunes pasado era la noche de la fiesta –dijo Vanina.

Meditó un instante, con el enésimo cigarrillo encendido entre los labios.

–Inspector, ¿ha regresado Bonazzoli? –preguntó.

Eran ya las ocho.

–No, no sé ni adónde ha ido.

–A casa de la viuda Iannino a recoger el teléfono del difunto.

La había enviado ella en cuanto Grazia Iannino la había avisado de que estaba de vuelta en Catania. Al día siguiente partía de nuevo para marcharse a Montevarchi.

Y ahora, la subcomisaria tenía aún más prisa por hacerse con el teléfono.

–¿El móvil de Iannino? ¿Por qué? –preguntó Spanò, perplejo.

Vanina le explicó el motivo.

–O sea, ¿cree usted que Iannino, que estaba mal del corazón, recibió una llamada que lo alteró hasta el punto de darle el golpe de gracia? –resumió Patanè.

–¿Una llamada de quién? –preguntó Spanò.

–De alguien que tenía que darle información. Tal vez fuera una llamada anónima. Como la que recibí yo o la que recibieron los periódicos. ¿Se acuerda, inspector, de lo que nos contó la señora Sensini sobre lo que su marido le había dicho antes de morir? ¿Lo que ella había tomado por un delirio? Iannino habló de Lorenza como si estuviera viva. Es más, como si acabara de descubrirlo y quisiera ir a buscarla. Y tenía el teléfono en la mano.

–¿Cree usted que alguien lo llamó para decirle que Lorenza estaba viva? ¿Alguien que, por casualidad, la había visto en alguna parte? –aventuró Spanò.

–O que lo llamó la propia Lorenza –sugirió Vanina.

Patanè se mostró de acuerdo con ella.

–Lo sé, inspector, de todas las hipótesis que se me ocurren esta es la más absurda. Pero ya sabe usted cómo van las cosas, ¿verdad, inspector? A veces, para darle a algo, hay que disparar a bulto.

Spanò asintió. Conseguir darle al adversario correcto disparando a bulto era una de las grandes habilidades de Garrasi. Tal vez porque en el fondo, y quizá sin darse cuenta, ya sabía hacia dónde debía apuntar.

Marta se había ido y había vuelto en menos de media hora. Prodigios de las dos ruedas, dijo.

Había llegado justo a tiempo de ahorrarse el segundo diluvio universal, que se desató exactamente un minuto después de que entrara y del cual las prodigiosas dos ruedas no le habrían salvado ni las bragas.

El comisario Patanè ya se había marchado.

–El teléfono de Gianfranco Iannino está sin batería. Su mujer me ha dado el cargador, pero dice que es un móvil antiguo y que tarda un poco en encenderse –comunicó.

–Pues a cargarlo. ¿Le has preguntado si había recibido alguna llamada después de la muerte de su marido?

–Sí, dice que no muchas. Una justo después, pero ella estaba muy alterada en ese momento y no recuerda quién era. Cree que podría ser algún profesor del colegio de su marido. Al día siguiente recibió un par de llamadas, amigos de su marido. Luego el teléfono se quedó sin batería y no lo ha vuelto a encender. Me ha preguntado si creemos que contiene algo que pueda resultarnos útil para encontrar al asesino de Lori.

–¿Y tú que le has contestado?

–¿Y qué le iba a responder? ¡Si ni siquiera sé por qué me has enviado a recoger el móvil! Le he dicho que podía resultar útil para la investigación. Y ella me ha dicho que, si es así, nos lo podemos quedar todo el tiempo que haga falta, porque en estos momentos no hay nada más importante que encontrar al asesino de Lori y, en consecuencia, también de su marido, al menos para ella, y hacer que lo pague con el peor de los castigos. Le he asegurado que lo cogeremos.

–Muy bien. Ahora, en cuanto puedas encender el teléfono, recupera los números de las últimas llamadas, sobre todo las recibidas, pero también las hechas. Y luego averigua a quién pertenecen.

–¿Y siempre sin saber por qué lo hago? –se arriesgó a decir Marta.

Vanina suspiró. La verdad es que tenía razón.

Sebastiano ya había reabierto su putía. El mostrador de embutidos y quesos estaba rebosante y en el del pan, pese a la hora, aún quedaban un par de cuccidati, las célebres galletas de higo, de la hornada de la tarde.

–¿Quiere usted salsa, subcomisaria? –le propuso Sebastiano después de haber envuelto cien gramos de mortadela; un trozo de queso cacio ubriaco, madurado en orujo; dos pinchos de carne y dos salchichas con caliceddi, la planta silvestre que crecía en tierras volcánicas. Además, claro, de un trozo del queso que le gustaba a Bettina, el caciocavallo semicurado especial de Ragusa.

–¿Qué salsa?

–Salsa hecha con carne de cerdo y toda la pesca, cocida a fuego lento. La ha preparado esta mañana la abuela. ¡Le ha salido una obra de arte!

Vanina se dejó convencer en medio segundo.

Llamó a Bettina, se aseguró de que aún no hubiese cenado y la invitó a su casa.

De vez en cuando, aunque fuera con platos cocinados por otros, tenía que corresponder a las muchas veladas que pasaba en la mesa de su vecina. Y, además, aquella noche no le apetecía en absoluto cenar sola.

Quizás porque entre las muchas llamadas perdidas que había recibido aquella tarde había una de Paolo. Solo una, que no se había repetido. Un incumplimiento temporal de los pactos, trabajosamente restaurados después del patinazo palermitano.

Seguro que él no esperaba que Vanina le devolviese la llamada.

Y, sin embargo, Vanina lo había hecho. Justo antes de llegar a casa, para no tener que eludir la curiosidad de Bettina, que desde aquel famoso domingo se había obsesionado con el tema. Estaba perdidamente enamorada del «fiscal Malfitano» y decía que nunca había conocido a ningún otro hombre tan fascinante.

Excepción hecha de su marido que en paz descanse, como es lógico.

Marta llamó cuando Bettina ya había vuelto a su casa. Se había llevado el caciocavallo y había dejado a cambio una bandeja de galletas recién hechas, para el desayuno.

–¿Qué ha pasado, Marta? –contestó.

Eran las diez y media.

–Perdona las horas, Vanina.

–Ya ves, a mí aún me queda mucha noche por delante. Me darán como mínimo las dos antes de conciliar el sueño. Tú, en cambio, a estas horas ya sueles estar en fase REM, ¿no?

–La verdad es que aún estoy en el despacho. Me toca guardia y he aprovechado para adelantar un poco el trabajo de mañana. He descargado los últimos números que llamaron a Iannino y he comprobado a quién corresponden. Son nombres que a mí no me dicen nada, pero a lo mejor tú sabes algo más. ¿Quieres que haga una foto y te los envíe?

–Sí, gracias. Si necesito comprobar algo más, ¿vas a seguir en el despacho?

–Sí.

Bien. Ya tenía algo con qué entretenerse aquella noche.

Colgó y esperó a que llegase la foto que le había enviado Marta.

La abrió, amplió la imagen y fue revisando los pocos nombres que aparecían. Llegó hasta el final y luego volvió sobre las dos últimas llamadas que había recibido Gianfranco Iannino.

De Tommaso Escher.

22.

Spanò llegó a Santo Stefano a las cinco de la mañana al volante de un Škoda familiar alquilado media hora antes en el aeropuerto. En el parque de vehículos de la Judicial no había ningún coche con las características adecuadas para aquel viaje y, por otro lado, Garrasi había sido clara: el coche tenía que ser alquilado.

Vanina había tomado la decisión la noche anterior, nada más leer aquel nombre.

Había llamado a Macchia –y, por corrección, también a Recupero–, pero lo había planteado como una decisión ya tomada.

Y, en ese momento, ella y Spanò estaban en el puerto de Mesina, parados mientras esperaban el ferri que iba a Villa San Giovanni. Habían perdido por los pelos el anterior y, según indicaban los horarios, ahora les tocaba esperar más de cuarenta y cinco minutos hasta que llegara el siguiente.

–Pues vaya coñazo, subcomisaria –comentó el inspector, a quien fastidiaba la idea de perder tiempo–. En otros tiempos los ferris eran más pequeños, pero funcionaban mejor. En cuanto un ferri se llenaba, zarpaba y casi enseguida llegaba otro. Ahora son más grandes, tienen dos pisos y seguro que van más rápido, pero zarpan a su hora y si lo pierdes, te toca esperar un rato largo.

Vanina también se acordaba de aquellos ferris de otros tiempos. De vez en cuando, en pleno verano, había visto alguno que otro todavía en funcionamiento. Quizá para remediar el aumento de tráfico en el estrecho.

El ferri que llegó era una embarcación nuevecita. Tenía hasta escaleras mecánicas –relucientes y limpísimas– para subir a la cubierta de pasajeros. Un salón bonito, luminoso, con un bar repleto de vitrinas dignas de una pastelería de lujo. Una cubierta pintada recientemente, con puertas automáticas y ascensores de acero. Vanina ni siquiera tenía la sensación de estar en el estrecho de Mesina. Casi echaba de menos la mugre de las escaleras de hierro, empinadas e incómodas; la imagen del mostrador repleto de arancine que chorreaban aceite, medio aplastadas en bandejas que llevaban meses sin ver un estropajo; los asientos de hierro de cubierta, a prueba de pantalones blancos... ¡Ah, Sicilia! ¡Ah, Italia!

Cogieron la Salerno-Reggio Calabria, que ahora se llamaba

Autopista del Mediterráneo, y que por fin empezaba a parecerse de verdad a una autopista.

A las diez y media, el Škoda gris entraba en el área de servicio de Sala Consilina Est.

Vanina se fue directamente al bar, mientras que Spanò desapareció en la zona de los lavabos.

La subcomisaria pidió un capuchino y un cruasán, y empezó a charlar con el chico que la había atendido.

–¿Estaba usted trabajando el martes pasado por la mañana, a las ocho y media? –le preguntó en tono indiferente.

El chico intentó recordar.

–Yo no, pero mi compañero sí.

Señaló a un hombre que en ese momento estaba ocupado colocando mozzarellas de búfala en la nevera vertical. Lo llamó.

El hombre se acercó al tiempo que se limpiaba las manos en el delantal.

–Buenos días, quisiera pedirle una información –dijo Vanina.

–Usted dirá.

–¿Recuerda si el martes pasado por la mañana una chica le preguntó si podía hacer una llamada desde el teléfono del bar?

Spanò se materializó en ese momento junto a Vanina, sacudiendo las manos mojadas.

El hombre la miró, muy serio.

–¿Son ustedes de la policía?

Vanina le enseñó su licencia.

–Subcomisaria Giovanna Garrasi, Policía Judicial de Catania.

–Claro que me acuerdo, no es algo que pase muy a menudo –respondió el hombre, mientras se acercaba al mostrador y apoyaba un codo en la superficie de acero–. Una chica muy guapa. Dijo que le habían robado el móvil y que tenía que hacer una llamada.

Spanò sacó la fotografía de Lorenza Iannino.

–¿Es ella?

El hombre la miró y sonrió.

–Sí, es ella. ¡No es fácil olvidar a una chica así!

–¿Estaba sola?

–Sí. O, por lo menos, aquí entró sola.

–¿Le pareció nerviosa?

El hombre lo pensó.

–Puede que un poco. Más que nada, parecía tener prisa. Insistió en que era una llamada importante y me dio las gracias por hacerle el favor. Al final fueron dos llamadas.

–¿Y por casualidad escuchó algo de lo que dijo?

–De la primera llamada no. De la segunda sí, porque al verla levantar de nuevo el teléfono quise asegurarme de lo que estaba

haciendo. Me pidió por favor que la dejara hacer otra llamada y decidí no alejarme mucho. Hablaba en voz baja, pero algo escuché. Hablaba con un hombre; dijo su nombre, pero sinceramente no me acuerdo. Le decía que la ayudara, que no tenía ningún otro sitio adónde ir... Daba la sensación de que quería convencerlo.

Que había escuchado algo, decía. ¡Lo había escuchado todo, el muy caradura!

–¿La chica iba vestida con ropa elegante?

–No, llevaba unos vaqueros y una chaqueta que parecía tres tallas demasiado grande. Lo recuerdo porque me llamó la atención. –Hizo una pausa–. ¿Es la chica asesinada, esa cuyo cadáver no aparece? –preguntó con cautela.

A aquellas alturas, la noticia ya era de dominio nacional.

–Sí –se limitó a contestar Vanina. No tenía sentido preguntar nada más.

Le dio las gracias.

Spanò se tomó un café y un cruasán mientras ella iba a poner gasolina.

Subieron de nuevo al coche y siguieron su camino.

–Subcomisaria, ahora que estamos llegando a Roma, ¿qué quiere hacer? ¿Vamos al bar desde el que se hizo la otra llamada? –dijo el inspector, que intentaba entender qué ocurría.

–No, no hace falta –respondió Vanina–. Si va todo como yo creo, antes de esta noche conoceremos a Lorenza Iannino.

Llegar al centro de Roma en coche particular era una experiencia que Vanina no vivía desde hacía mucho tiempo. Dejaron el Škoda en el aparcamiento subterráneo de la plaza Cavour y se dirigieron a pie a la calle Dei Greci.

Una puertecita encajada en un marco de piedra, en el que podía leerse «Conservatorio de Música de Santa Cecilia», les indicó que habían llegado a su destino. Y la placa de latón que estaba justo al lado, también.

Entraron y subieron varios escalones. Cruzaron una puerta de cristal y se dirigieron hacia la garita.

–Ustedes dirán –los recibió una mujer con uniforme.

–El maestro Escher –dijo Vanina.

Había consultado los horarios de todas las clases de violín y sabía que aquella tarde Escher daba clase. De ahí el madrugón para poder llegar a tiempo.

–¿El maestro la espera?

–No.

–Entonces no puedo dejarla pasar.

Vanina sonrió.

–Lo siento, pero tengo que insistir.

–El maestro está dando una clase. Si quiere, puede ponerse en contacto con él y pedir hor...

La subcomisaria decidió cortar por lo sano y sacó su licencia.

La mujer se quedó boquiabierta y el estupor resultó visible en su expresión. ¿La policía buscaba al maestro Escher?

Les indicó el piso y el número del aula.

Subieron una escalera antigua, de piedra, y se adentraron por un largo pasillo. Suelos de mármol, paredes revestidas de madera oscura... Tablones de anuncios, algunos vacíos y otros llenos de papeles. Una serie de puertas de las que salían distintos sonidos. Distintas músicas.

Vanina aminoró el paso instintivamente. Un piano. Un saxofón.

Un violín, que llenaba el aire de un tramo entero de pasillo.

Llamó a la puerta y la música se interrumpió.

–Adelante.

Abrió y entró en el aula. Era una sala pequeña, de paredes blancas. Había una mesa pegada a la pared y un piano al lado. Vanina vio a un chico de pie, con un violín en la mano y las partituras delante. Junto a él, sentada con un violín sobre las rodillas, había una chica. Entre los dos, un hombre alto de figura elegante: pelo y barba grises, ojos verdes, jersey negro de cuello alto. Vanina no le hubiera echado jamás los sesenta y tres años que indicaban sus datos personales.

–¿Puedo ayudarlos? –preguntó.

Spanò se había quedado en la puerta.

–¿El maestro Tommaso Escher?

–El mismo.

–Subcomisaria Giovanna Garrasi, de la Judicial de Catania. ¿Puedo robarle unos minutos?

Escher la miró sin sorpresa.

Pidió a sus dos alumnos que salieran del aula.

–Siéntese.

No preguntó el motivo de aquella visita, sino que se limitó a esperar a que Vanina hablase.

–Maestro, ¿sabe usted por qué estoy aquí?

–Diría que sí –dijo, al tiempo que le indicaba una silla y se la acercaba.

Vanina decidió ir paso a paso.

–¿Cuándo fue la última vez que vio a Lorenza Iannino?

El hombre se sentó junto a ella. Piernas cruzadas, aire sereno. Un hilo de amargura aún en los labios.

Estaba a punto de responder cuando Spanò llamó a la puerta y entró sin esperar permiso.

Vanina y el maestro se volvieron a mirarlo.

Estaba alterado.

–Disculpe, subcomisaria, pero hay algo muy importante que debo decirle.

–Salgo –dijo el maestro al tiempo que se ponía en pie.

Casi parecía decepcionado por no haber tenido tiempo de responder.

Spanò lo observó un momento y luego dijo:

–Creo que no va a ser necesario.

Vanina comprendió que se trataba de Lorenza.

–¿Qué ocurre, inspector?

–Hace media hora que han encontrado el cadáver de Lorenza Iannino. En Aci Castello. –Hizo una pausa–. En el mar.

Escher se dejó caer de nuevo en la silla, blanco como las paredes de aquella aula minúscula. Cerró los ojos, afectado.

–Ayer por la mañana. La última vez que la vi fue ayer por la mañana.

Al lugar del hallazgo, bajo el castillo normando, habían ido Bonazzoli y Nunnari.

Vanina llamó de inmediato a Marta.

–La han encontrado un chico y una chica que habían venido aquí buscando un lugar apartado –le contó la inspectora–. Han visto el cuerpo flotando y se han asustado. Enseguida han llamado al 113, que nos ha pasado el aviso a nosotros.

–¿Los de la Científica y el forense ya han llegado?

–El forense sí. Manenti ha llamado para decir que estaba de camino.

–¿Quién es el forense?

–Tu amigo, el doctor Calí.

–Pásamelo.

Adriano la hizo esperar un minuto largo.

–Me he llevado una decepción al no verte aquí –empezó a decir–. ¿Cómo es eso? Primero tocas los mismísimos a media flota naval para que busquen el cadáver de Iannino y luego, cuando por fin aparece, ¿tú te vas de excursión con Carmelo Spanò?

–No te burles tanto y cuéntame algo.

–¿Y qué quieres que te cuente? A duras penas he tenido tiempo de ponerme los guantes y echarle un vistazo rápido. Por otro lado, te advierto que dentro de dos minutos a tu inspectora se le va a quedar el brazo tieso. Es ella la que me aguanta el teléfono junto a la oreja.

–No te preocupes, está fuerte. O sea, ¿que no me vas a contar nada?

–A ver, así a ojo: el cadáver no está hinchado y no hay señales de putrefacción, que en el agua empieza mucho antes. Tampoco hay lesiones grandes causadas por la fauna marina. Por tanto, es casi

seguro que lleva menos de un día muerta.

–¿Se sabe cómo ha muerto?

–Antes tendría que desnudarla. Lo que sí veo es que tiene el rostro tumefacto, los labios partidos y marcas en el cuello que podrían indicar un estrangulamiento. Pero estamos en el terreno de las hipótesis, ¿eh?

–Muy bien, ponte a trabajar enseguida, ¿vale?

–¡Claro, subcomisaria, ya sabes que mi máxima aspiración es pasarme la velada en la sala de autopsias con tus clientes!

A Vanina le entró una duda.

–Por cierto, ¿a ti quién te ha llamado? No, solo por saber si me las voy a ver otra vez con Vassalli...

–Me ha llamado el fiscal Terrasini, que era el que estaba de guardia. Pero, si no lo he entendido mal, Recupero también viene hacia aquí.

Vanina colgó no sin antes pedirle a Marta que la mantuviera informada en todo momento.

En el claustro del conservatorio no había mucha gente: un grupo de chicos armados con instrumentos musicales que hablaban entre ellos, un par de personas que fumaban apartadas... Vanina se había dirigido a un rincón, había encendido un cigarrillo y desde allí había llamado a Marta. Spanò se había quedado plantado delante del aula en la que el maestro Escher estaba terminando apresuradamente la clase con sus alumnos. Aunque, en realidad, tampoco hubiera sido necesario.

Lo poco que el maestro les había contado hasta aquel momento coincidía con los escasos elementos que Vanina tenía a su disposición.

Antes de hacer entrar de nuevo a los alumnos en el aula, Escher había concluido diciendo: «Creo ser el principal responsable del trágico final de esa chica».

Vanina esperaba con impaciencia descubrir los motivos.

Se adentró por el pasillo que estaba a un lado del claustro y regresó a la entrada. Se quedó delante de la escalera monumental por la que Escher y Spanò no tardarían en bajar. Entró en el bar para evitar la mirada cada vez más perpleja de la vigilante de seguridad. Paredes blancas, techos altos. Una columna antigua en el centro de la barra y una galería con una balaustrada de piedra que dominaba desde lo alto. Pidió un café y luego volvió a salir.

Echó a andar, se adentró por los pasillos y se encontró en una sala repleta de pianos. Se acercó a un instrumento blanco.

–Disculpe, ¿busca algo? –le preguntó un hombre, acercándose de inmediato.

–No. Espero a una persona.

–Este perteneció a Ottorino Respighi –le comunicó el tipo con aire inspirado, mientras señalaba el instrumento que Vanina estaba

mirando.

Para ella, como si hubiera dicho Napoleón III.

El hombre se dio cuenta y frunció el ceño.

–El gran compositor –añadió.

Vanina fingió entenderlo, pero era un tema en el que se consideraba bastante ignorante.

–¿Quiere ver la Sala Académica? –dijo el hombre, conmovido.

Vanina lo siguió hacia una puerta decorada con cortinas de terciopelo. Se quedó en el umbral y echó un rápido vistazo al interior. Techo de artesonado blanco, platea de butacas de terciopelo rojo y escenario coronado por un órgano que definir como majestuoso hubiera sido quedarse corto.

En cualquier otra ocasión le habría encantado escuchar la historia que el hombre había empezado a contarle, pero no era el mejor momento.

Consultó el reloj. Un par de minutos más y no iba a tener más remedio que subir personalmente a buscar a Escher y Spanò.

Escher apareció de repente en el vestíbulo de los pianos. Se había puesto una chaqueta gris encima del jersey negro de cuello alto y llevaba un violín en la mano. Spanò estaba a su lado.

–Bonita, ¿verdad, subcomisaria?

Vanina entendió que se refería a la sala de la que ella estaba saliendo.

–Sí, preciosa.

–Ya le he dicho al inspector que me gustaría volver a Catania con ustedes –dijo Escher–. Si me acompañan un momento a mi casa, hay algunas cosas que me gustaría entregarles. Creo que pueden resultarles útiles.

–Maestro, yo tengo muchas preguntas que hacerle y usted tiene muchas explicaciones que darme –puntualizó Vanina.

Escher asintió.

El maestro vivía en una de esas callejuelas que serpentean entre la plaza Navona y el paseo a lo largo del Tíber. Era un piso antiguo, pequeño, lleno hasta los topes de libros y música en todas sus formas posibles: partituras, vinilos, CD...

Escher los llevó al comedor. Sobre la mesa descansaba un violín con la funda abierta.

–Este violín es la causa de todo lo que ha ocurrido –empezó a decir, al tiempo que se acercaba al instrumento y lo acariciaba.

Vanina comprendió enseguida de qué instrumento se trataba, pero lo dejó hablar:

–Supongo que usted conoce mi historia, subcomisaria Garrasi. De lo contrario, creo que difícilmente hubiera llegado hasta aquí.

–Algo sé, maestro.

–Me he pasado cuarenta años de mi vida intentando hacer valer mi derecho de poseer este instrumento. No por su valor económico, que es elevadísimo, sino porque era la única forma de conservar una parte del alma de la única persona de este mundo a la que he amado.

–Laura Di Franco –dijo Vanina.

Escher asintió.

–Cuando recibí la carta en la que Laura decía que su violín tenía que ser para mí, ella ya llevaba dos días muerta. Fue el momento más espantoso de mi vida, subcomisaria. Comprendí que Laura estaba muerta, pero sobre todo comprendí cómo había muerto, antes incluso de que me lo confirmaran. Fue su tía quien me lo comunicó, aquella con la que había vivido aquí en Roma y con la que su familia la había obligado a cortar toda la relación. La culpaban de haber intentado protegerla de lo que ellos se disponían a hacerle... –Se le escapó una sonrisa amarga y se interrumpió.

Vanina prefirió no apremiarlo y esperó a que recobrase la compostura.

Escher fue a sentarse a una de las sillas que rodeaban la mesa; Vanina y Spanò lo imitaron.

–Fue precisamente ella quien le regaló el violín a Laura, cuando la admitieron en Santa Cecilia para el diploma de décimo curso. Un Guadagnini, subcomisaria. Un violín de inmenso valor. Puede usted imaginar lo que significó enfrentarse cara a cara con alguien como Elvio Ussaro, que ni siquiera a instancias del papa habría considerado la idea de cederme a mí un instrumento como ese. La única opción posible era la vía legal y la he perseguido infatigablemente aun a sabiendas de que existían un noventa por ciento de posibilidades de que no llegara a ningún lado. Y no porque yo no tuviera razón. Sin embargo, disponía de tiempo y dinero para iniciar esa batalla. Y debo decir que conseguí ponerle alguna que otra traba, porque de lo contrario no hubiera durado tanto. Pero al cumplir sesenta y tres años, la edad que tenía mi padre cuando murió, me di cuenta de que no sabía cuánto tiempo me quedaba para llevar a cabo el proyecto que tenía pendiente desde hacía cuarenta años. Y entonces tomé una decisión: comprar, pagando lo que hiciera falta, lo que por derecho me correspondía y que no había conseguido obtener por la vía de la justicia. Así que viajé a Catania y me presenté en el estudio de Ussaro. Él no estaba; me recibió en su lugar Lorenza Iannino. Así fue como la conocí.

Escher les contó que había empezado una negociación agotadora, con peritajes de todo tipo e intentos varios de inflar el precio. Al final, por un cifra astronómica, había conseguido hacerse con el violín que Laura le había dejado en herencia. Durante ese tiempo, Lorenza y él se

habían hecho amigos.

–Aquí es donde se ha alojado durante todos estos días tan absurdos –dijo el maestro, mientras los conducía a una habitación pequeña, con una cama individual, un armario empotrado y un minúsculo escritorio.

Vanina no ocultó su perplejidad.

–¿Pensaba que Lori y yo estábamos juntos, subcomisaria? –preguntó Escher, de nuevo con una sonrisa amable en los labios–. Lori lo consideraba una posibilidad. Y, durante un tiempo, puede que a mí también me lo pareciera. Pero no hubiera sido justo para ella.

–¿Por qué me ha dicho hace un rato, en el conservatorio, que cree ser el principal responsable del trágico final de Lorenza? –le preguntó Vanina.

–Porque fui yo quien le provocó una crisis y la hizo comprender que iba por el mal camino. Que cualquier beneficio que pudiese obtener vendiendo su alma, tarde o temprano se volvería en su contra y se convertiría en un lastre del que no podría desprenderse durante el resto de su vida. Ella, que sin duda ya hacía tiempo que no soportaba más ni a Ussaro ni a su odioso sistema, se aferró a lo que le dije y lo meditó de verdad. A partir de aquel momento empezó a llamarme cada vez con más frecuencia. Al final daba la sensación de que se había enamorado de mí, subcomisaria. Y yo tuve la arrogancia de pensar que, entre los dos males, aquel era de lejos el menor. Ahora creo que si Lori no me hubiera conocido nunca, si se hubiese quedado anclada en su vida, por muy errónea que fuera, estaría viva. –Terminó la frase casi en voz baja.

Vanina entró en la habitación. En el escritorio, apilados, estaban todos los periódicos que habían hablado del caso.

Más dos carpetas.

–Son para usted, subcomisaria. Lori me las dejó a mí porque decía que no había ningún sitio más seguro para esconderlas –dijo Escher.

Vanina cogió una y la abrió.

Lo primero que vio fueron los originales de la cartas que había encontrado en el ordenador de Iannino. Los pizzini. Útiles en el caso de posibles peritajes caligráficos. Encontró también dos memorias USB, que sin duda contenían información importante.

Se las pasó a Spanò.

–Tenga, inspector, guárdelas usted.

El resto del relato de Escher completó el cuadro que Vanina había imaginado parcialmente. Meses atrás, Lorenza había empezado a recoger todas las pruebas posibles de los delitos que había visto cometer a Ussaro día tras día. En todos los ámbitos. Para no quemarlas, decía, tenía que encontrar la forma de que salieran a la luz en un momento en que ningún juez pudiera ignorarlas. Lo importante

era conseguir como fuera que acabaran en manos de la policía y de los jueces antes de que alguien pudiera neutralizarlas.

–Me gustaría poder decir que intenté disuadir a Lorenza de lo que estaba planeando, subcomisaria, pero por desgracia no es así. No sería honesto, ni con usted ni conmigo mismo, si no admitiese que no tuve el valor de hacerlo. Aquella muchacha estaba expresando mis pensamientos más íntimos, el deseo de venganza que me devoraba por dentro desde hacía cuarenta años y que jamás habría sido capaz de llevar a la práctica.

–¿Usted sabía que había simulado un homicidio? –le soltó Vanina sin rodeos.

Escher la miró a los ojos.

–No. No hasta la mañana en que Lori me llamó para pedirme que la acogiera aquí, en Roma.

–¿Cuándo fue eso?

–El martes pasado. Me llamó desde la autopista y me dijo que no sabía adónde ir. Comprendí entonces que debía de haber hecho algo grave y no hacía falta mucha imaginación para intuir los motivos. Pero créame, jamás se me habría ocurrido pensar que había fingido su propio asesinato. Cuando me lo contó me estremecí de miedo. Tuve una especie de presentimiento y se lo dije. Pero ella estaba decidida, estaba convencida de que todo iba a salir bien. Y luego pasó lo que pasó. Su hermano murió prácticamente mientras hablaban por teléfono, aunque la confirmación no la tuvimos hasta el día siguiente, cuando yo me hice pasar por un colega de trabajo y lo llamé. En aquel momento, Lorenza decidió que había llegado el momento de acabar con aquella locura y volver a Sicilia. Lo cual era una locura aún más grande.

–¿Cómo ocurrió exactamente? Desde el principio, quiero decir.

Escher suspiró, como si le costara contarlo.

–Lori y su compañero... –empezó a decir.

–¿Nicola Antineo? –se le adelantó Vanina.

Escher asintió.

Contó una historia que más o menos coincidía con la hipótesis de Vanina.

Lorenza finge con Ussaro haber esnifado cocaína y encontrarse mal mientras practican sexo. Finge desmayarse. En ese momento, como ya estaba previsto, Ussaro moviliza a Antineo para que lo ayude. Nicola Antineo entra en la habitación de Lori y momentos después sale y le comunica al profesor que está muerta. Le dice que se quede fuera, que no se preocupe de nada, que se encarga él de arreglarlo todo. Lori y Antineo preparan juntos la farsa. Luego, Antineo le propone a Ussaro una forma de deshacerse del cadáver. Y de paso lo jode, porque si a Ussaro se le ocurriera acusarlo en algún momento, acabaría

acusándose a sí mismo. La segunda parte del plan empieza con la fuga de Lori.

–¿Con qué coche se marchó? –preguntó Vanina.

–Con uno que le había prestado Antineo. Las siguientes jugadas le correspondían a ella.

–¿Las llamadas anónimas?

–Por lo que sé, para Lori era importantísimo que fuera precisamente usted, con su equipo, quien se encargara del caso.

La subcomisaria se puso sarcástica.

–Lori me subestimaba –comentó.

O quizá solo se hubiera fijado en su etapa pasada, que por otro lado era la que la prensa se dedicaba a pregonar a los cuatro vientos. Su paso por antimafia. Una palabra que inspiraba mucho respeto. Iannino debía de haber pensado que destapar la caja de Pandora que eran las actividades ilegales de Ussaro la hubiera absorbido tanto que habría permitido que la investigación por homicidio siguiese su curso sin profundizar demasiado.

–¿Por qué Nicola Antineo decidió correr tantos riesgos y ayudar a Lori con su plan? –preguntó Vanina.

–Bueno, él también estaba más que harto de las injusticias de Ussaro, pero creo que el motivo principal era otro. Antineo estaba perdidamente enamorado de Lori. Y creía que si la liberaba de los tejemanejes del abogado, tal vez tuviera alguna oportunidad con ella.

Vanina tomó nota mental de ese dato.

–¿Y qué pensaba hacer Lori cuando detuvieran a Ussaro por todos los delitos cometidos de verdad? ¿Pensaba vivir en la clandestinidad, huir a algún país de Sudamérica con documentos falsos? –preguntó Vanina con su habitual ironía.

–No, subcomisaria. En su locura, que a mí me parecía total, Lori tenía pensado reaparecer más adelante, como si se hubiera alejado voluntariamente para huir de los tejemanejes de aquel hombre. Un plan absurdo que no podía llegar muy lejos.

Escher se fue a su habitación y volvió cinco minutos más tarde con un maletín, listo para el viaje.

Mientras, Spanò había cumplido con la misión que Vanina le había asignado y había hecho una reserva en el último vuelo de la tarde a Catania. Escher se había añadido.

Por otro lado, dejar el coche alquilado en Fiumicino y volver en avión era, en todo caso, lo que la subcomisaria ya tenía previsto, incluso en el caso de que el hallazgo del cadáver de Lorenza no hubiese precipitado las cosas.

Antes de salir del piso, pasaron por el estudio en el que Escher tocaba y recibía a sus alumnos.

Vanina se detuvo frente a una estantería rebosante de antiguas

fotografías. Allí estaba la Dominique Sanda siciliana que le había robado el corazón a Escher para siempre. En una de las fotos aparecían los dos juntos en el claustro del conservatorio. Era difícil decir cuál de los dos era más guapo. En otra, tomada de lejos, estaban en un escenario. Vanina reconoció la Sala Académica y, tras la pareja, el órgano gigante.

–Ese fue el primer y único ensayo final del Conservatorio de Santa Cecilia en que participó Laura. Piense que en el ensayo estuvo presente Raymond Gallois-Montbrun, por entonces director del conservatorio de París. Nos había propuesto a Laura y a mí asistir a una masterclass suya en París y habíamos decidido ir juntos. Laura no podía estar más feliz –dijo Escher. Se entretuvo contemplando la foto–. Habría sido una gran concertista, muchísimo mejor que yo.

Hasta ese momento no se había extendido demasiado sobre su vida con Laura. Las circunstancias no lo habían exigido. Sin embargo, había algunos aspectos de esa historia que atraían poderosamente a Vanina, aunque distaran años luz de la investigación. No por una cuestión romántica, que no era lo suyo, sino por solidaridad femenina hacia Laura Di Franco.

–¿Quiere saber por qué me esforcé tanto por cumplir la voluntad de Laura y conseguir su violín, aunque tuviera que gastarme una fortuna para ello? –le preguntó Escher, sin apartar la mirada de la fotografía.

–Claro –respondió Vanina.

El maestro dejó el maletín en el suelo y abrió un cajón, del cual sacó unas cuantas partituras.

–Esta música la compuso Laura –dijo–. Entre la biblioteca del conservatorio y su habitación. Era capaz de eso y de más. Trabajaba día y noche y componía su música. Luego la interpretaba solo para mí. Con aquel violín. Cuando desapareció de un día para otro, me dejó estas partituras. Dedicadas a mí. Junto a una carta terrible en la que me juraba amor eterno y luego me dejaba para siempre.

–¿También le explicó el motivo?

–No. Lo hizo su hermana Angelica más tarde, pero para entonces ya no había remedio. –Hizo una pausa–. Tendría que haberle impedido que se marchara.

–Me estaba diciendo por qué le importaba tanto conseguir el violín –le recordó Vanina.

Spanò empezó a mirar el reloj. Tenían que dejar el coche en la empresa de alquiler...

Escher recobró el ánimo.

–Creé una antología de melodías compuestas por Laura. Y juré que un día las interpretaría en el escenario de la Sala Académica del conservatorio. Con su violín.

Volvió a dejar las partituras en el cajón.

–A Lori le habría encantado estar presente.

23.

Nicola Antineo había desaparecido como por arte de magia.

Su familia no tenía noticias de él desde el lunes 14 de noviembre. Había vaciado las reservas de efectivo que sus padres guardaban en casa, se había llevado algo de ropa y mudas interiores. Y dos paquetes de galletas. El móvil, lógicamente, estaba apagado.

–A saber dónde se habrá metido el idiota este –comentó el inspector Spanò, que a las nueve y media de la mañana ya iba por la segunda aspirina y estaba de una mala leche que ni cuando el Catania había bajado a segunda.

–¿No se encuentra bien, inspector? –quiso saber Vanina.

–Tengo la cabeza espesa como si durante la noche alguien me la hubiera llenado de pedruscos. Pero no se preocupe, subcomisaria, es por la falta de sueño.

El vuelo de la tarde anterior, el último que salía de Roma, habría puesto a prueba hasta al mismísimo Job. Primero se había anunciado media hora de retraso. Luego la media hora se había convertido en hora y media. Mientras, la puerta de embarque había pasado de ser la B6, dotada de finger, a una decrépita B22, situada en lo que Maria Giulia De Rosa llamaba «los sótanos» y donde –siempre según Giuli– solían estar las puertas de embarque para los vuelos de salida a los destinos «exóticos» del país: Catania, Palermo, Reggio Calabria, Lamezia Terme, Bari... A eso había que sumar el traslado en autobús para llegar hasta una aeronave que, como mínimo, estaba aparcada en Fregene.

Todo eso después de un viaje en coche de siete horas, a la ida, y un montón de llamadas debido a aquel cadáver que había aparecido de repente.

En un determinado momento, el maestro Escher también había empezado a acusar los efectos del cansancio y de aquel luto que tanto lo entristecía. La subcomisaria Garrasi y el inspector Spanò lo dejaron delante del Hotel Excelsior a la una de la madrugada.

Vanina, no hace falta decirlo, contaba en su haber con dos horas de sueño. Y dos desayunos.

El primero con Adriano, que también se había ido a dormir a las tantas debido al cadáver de Lorenza Iannino y que, finalmente, podía darle información más precisa.

–La muerte se produjo entre las veinte y las veintidós horas del día anterior. Debido a un shock anafiláctico.

Vanina pidió una aclaración.

–O sea, ¿una crisis alérgica?

–Sí, una reacción alérgica mortal a alguna sustancia ingerida probablemente por vía oral. Un fármaco, un alimento.

–¿Y no puedes decir qué desencadenó esa reacción?

–Tendría que hacer un examen toxicológico, pero para eso me iría bien tener al menos una idea de lo que busco.

Hasta unos pocos días antes, Vanina habría dicho cocaína, pero en ese momento no tenía ni la menor idea. Gianfranco había dado a entender que su hermana era alérgica a un gran número de fármacos.

–¿Y los moretones, la tumefacción de la que me hablabas?

–Son un poco anteriores a la muerte; tiene marcas por todo el cuerpo. Además, en los lados del cuello se evidencia la presión de unos dedos, como si alguien hubiera intentado estrangularla. Insisto, sin embargo, en que esa no es la causa de la muerte. Y hay otra cosa importante: la violaron.

La subcomisaria dio un salto en la silla.

–¡Joder, Adri! ¿Ibas a esperar otra media hora antes de decírmelo?

–¿No tenía que explicarte antes cómo había muerto? –se justificó él.

–¿Tenemos por lo menos algún resto biológico del violador?

Adriano, satisfecho, había respondido antes con la expresión que con las palabras.

–Líquido seminal, en una cantidad discreta. Y restos de piel bajo las uñas de la chica.

Se acababa de ganar un cinefórum.

Vanina había tomado el segundo desayuno con el comisario Patanè, que esperaba con nerviosismo los avances de la investigación. La noticia aparecida en la prensa lo había descolocado: «Hallado en el mar el cadáver de la abogada catanesa desaparecida varios días atrás». Lo que la prensa ignoraba aún era que la muerte de Lorenza no se había producido el lunes anterior, sino apenas doce horas antes de que la encontraran. Detalle que alivió al comisario, temeroso de haber despistado a Garrasi con sus irrupciones a base de antiguas historias y razonamientos teóricos.

–Por tanto, Ussaro queda exonerado de la acusación de homicidio –resumió Patanè.

–Si tiene una buena coartada para hace dos noches, y si su ADN no coincide con el del violador, diría que sí. Ese cargo se lo va a ahorrar, pero solo ese, comisario, porque de los otros tiene para dar y vender.

Tommaso Escher la llamó a media mañana.

–Discúlpeme, subcomisaria Garrasi. Ayer se me fue de la cabeza un

detalle que podría resultarle útil. Creo que no le dije que Lori me llamó cuando llegó a Catania.

–¿Desde qué número?

–Pues esa es la cuestión. Para el viaje, yo tenía que darle un antiguo móvil mío, con la SIM aún activa, pero ella no quiso. Dijo que prefería no meterme en sus «líos». Prometió que se pondría en contacto conmigo lo antes posible y lo hizo. Dos minutos de llamada, el tiempo justo para decirme que estaba bien. No sabía qué iba a hacer a continuación, pero me dijo que no me preocupara, que iba a intentar reparar los daños causados. Ratificó lo que sentía por mí... En resumen, que me pareció tranquila. Triste, pero tranquila. Recuerdo que dijo que se había refugiado en su piso. Así que ahora me pregunto: el número desde el que me llamó, ¿no podría resultarles útil? No lo sé, a lo mejor es una tontería...

–No, no, maestro, no es ninguna tontería. Es más, le agradezco la información.

Escher le dictó el número y la hora de la llamada. Las 18:50.

Vanina se lo pasó a Spanò, que lo observó pensativo y luego desapareció en su despacho. Volvió con las gafas apoyadas en la nariz, cargado con los registros telefónicos de Lorenza. Buscó de inmediato.

–¡Aquí está! Me acordaba de ese número, pero quería estar seguro.

Vanina le contó lo que acababa de referirle Escher.

–¿Tenemos que enviar a los de la Científica a casa de Iannino? –preguntó el inspector.

–Sí, pero antes iremos nosotros.

La reunión en el despacho de la subcomisaria Garrasi era casi plenaria: Spanò, Bonazzoli, Nunnari y Fragapane. Faltaba Lo Faro, pero estaba ausente. De forma injustificada.

–Niños –empezó a decir Vanina. Estaba de pie, de espaldas al balcón abierto, con un cigarrillo encendido–. Vamos a intentar reunir todos los elementos que hemos encontrado hasta ahora. A Lorenza Iannino la violaron, le dieron una paliza y estuvieron a punto de estrangularla, pero no murió por eso. Murió debido a un shock anafiláctico.

La reacción de Nunnari fue inmediata:

–¡Lo que me pasó a mí con el estofado de soja! ¿Y qué se lo provocó?

–No lo sabemos, pero sí sabemos que era alérgica a una gran cantidad de fármacos. Hemos enviado a Palermo el ADN del violador. Mientras, tenemos que ponernos manos a la obra, sin perder tiempo. Marta, lo primero es conseguir lo antes posible los registros telefónicos del móvil de Nicola Antineo.

–¿Crees que tiene algo que ver con la muerte de la chica? –quiso

saber Marta.

–El hecho de que haya desaparecido no dice mucho a su favor. Y, que sepamos con certeza, es la única persona a la que vio Lorenza.

–Pero... ¿por qué iba a querer Antineo matar a la chica?

–Además de violarla –apuntó la subcomisaria.

–¡Exacto! ¿Por qué?

Vanina se recostó en el respaldo, apoyó los codos en los brazos del sillón y unió las manos a la altura del mentón.

–Porque se había arriesgado mucho por ella, como poco se estaba jugando la carrera. Y ella, de repente, había dado marcha atrás y estaba a punto de derribar el castillo de naipes que habían construido juntos. Lo estaba dejando tirado.

–O sea, que él estaba más expuesto y, en consecuencia, lo habría pagado más caro. Y todo por un proyecto que, a fin de cuentas, había sido iniciativa de Lorenza –hipotetizó Marta.

–Sí, pero no solo por eso –dijo Vanina–. La jugada más sucia se la estaba haciendo en otro asunto, que por otro lado era el que había llevado a Antineo a correr tantos riesgos por ella.

Por la expresión de Spanò, estaba claro que ya lo había entendido.

Marta esperaba a que Vanina continuara.

La subcomisaria se apoyó en el escritorio.

–Nicola Antineo estaba enamorado de Lorenza Iannino. Esperaba que surgiera algo entre los dos una vez que ella se hubiera librado de todo lo que la ataba a Ussaro.

–Pueda que ella se lo hubiera hecho creer de alguna manera –afirmó Nunnari, que era toda una autoridad en el tema de los amores no correspondidos.

–Eso no lo sabemos. Lo que sabemos es que Antineo fue la primera persona a la que Lorenza vio a su regreso a Catania. Incluso usó su teléfono.

–Que, casualmente, está apagado desde la noche en que murió la chica –puntualizó Spanò.

–Vamos a hacer una cosa, Marta: intentemos localizar a Antineo.

–Muy bien, jefa. ¿Tengo que pedir los registros telefónicos?

–Desde luego.

Vanina se puso en pie y procedió a recoger móvil, cigarrillos, encendedor...

–Spanò, usted venga conmigo. Vamos a casa de Iannino.

El inspector la siguió.

Entraron en el edificio con las llaves de Gianfranco Iannino, que aún conservaban. Llamaron al ascensor. Mientras esperaban, se plantó tras ellos un matrimonio de ancianos minúsculos cargados con un carro de la compra lleno hasta los topes de bolsas.

Vanina se volvió a mirarlos. Menudo coñazo, ahora le iba a tocar dejarlos pasar y tener que esperar. O subir por la escalera, lo cual era aún peor. Estaba meditando sobre la cuestión cuando notó un golpecito en la espalda. Se volvió al instante.

–Perdone –dijo la mujer, sonriendo–. ¿Usted no será esa policía de la que hablan siempre en La Gazzetta Siciliana?

–¡Subcomisaria! –la corrigió el anciano.

–Sí, soy yo –respondió Vanina.

El coñazo iba a ser doble. Eso de que la gente la reconociera no le gustaba nada.

–¡Qué casualidad! –exclamó la mujer la mar de contenta, como si hubiera encontrado a Raffaella Carrà–. Ya le dije yo a mi marido que tarde o temprano vendría usted a hacernos alguna pregunta.

Vanina se quedó con la mano en la puerta del ascensor, que acababa de abrir para dejarlos pasar. Perpleja.

–¿Y por qué tendría que haber venido a hacerles preguntas?

–¿Cómo que por qué? ¡A nuestra vecina la han asesinado! Es lo que hacen los polis en las telenovelas: llamar a casa de los vecinos.

–«Ficsion», no telenovelas –la corrigió el marido.

Vanina empezaba a entenderlo.

–Ah, claro. Pero ¿por qué, hay algo que quieran contarme?

–¡Qué va a haber algo! –dijo el hombre, negando con la cabeza como si quisiera restarle importancia.

–¡Sí! –exclamó ella al mismo tiempo.

–Pónganse ustedes de acuerdo –les aconsejó Spanò mientras contenía la risa.

–Sí –insistió la señora.

–Bueno, pues hasta luego, yo voy subiendo –dijo el anciano, y subió al ascensor con el carrito.

Vanina le hizo un seña a Spanò para que subiera con él. Luego se volvió hacia la anciana, con las manos a la espalda.

–A ver, cuéntemelo todo.

–¿Quién, yo?

–No voy a ser yo.

–Claro, claro. A ver: la otra noche, mientras estaba limpiando delante de mi puerta, vi llegar a alguien. Un hombre y una mujer. Levanté la cabeza y me encontré delante a la señorita Iannino. Iba con un chico guapo y alto, con una carita tan mona que parecía un crío.

Vanina sonrió; la mujer lo había descrito mejor que cualquier fotografía.

–Casi me da algo –prosiguió la mujer–. En los periódicos habían dicho que si la señorita Iannino había desaparecido, luego que si estaba muerta. ¡Y de repente me la veo aparecer delante! ¿Pero usted no estaba muerta?, le dije. Mire usted, es que me salió del alma.

–¿Y ella qué le respondió?

–Pues una cosa rarísima. No sé qué historia de que a veces uno parece vivo, pero en realidad se está muriendo, y en cambio cuando todos creen que está muerto, lo que pasa es que está resucitando. Yo no entendí ni papa, pero le dije que tenía razón. Total, lo importante es estar vivo, ¿verdad?

Vanina intentó imaginar aquella conversación pirandelliana entre Lorenza Iannino y la anciana microscópica.

–¿Y luego? –preguntó.

–Luego entraron en casa. No había pasado ni una hora cuando se escucharon gritos. ¡Qué gritos, hija mía! Él parecía muy enfadado, pero mucho, y ella le respondía de la misma manera. Hasta empezó a chillar como si la estuvieran matando.

Vanina creyó ver la escena con sus propios ojos.

–¿Y luego qué ocurrió? –apremió a la anciana.

–Nada, se hizo el silencio. Oí cerrarse la puerta.

–¿Y no vio nada?

–¿Qué iba a ver? Yo ya había vuelto a entrar en mi casa.

–¿No escuchó ningún otro ruido?

–Sí, al cabo de un rato oí correr el agua. Mi cuarto de baño está pared con pared con el de la joven. Por eso supe que aún estaba en casa y que estaba sola. No había pasado ni media hora cuando alguien llamó a su timbre. Luego, la puerta se cerró otra vez. Y después silencio. Interminable. Esta mañana mi marido ha traído La Gazzetta Siciliana y ponía que habían encontrado el cadáver de la señorita Iannino. Cuando le dije que la había visto, no me quería creer. Pero yo estoy segurísima, agente. ¡Era ella!

La noticia de los periódicos había armado un buen lío.

–La creo, señora... –No le había preguntado cómo se llamaba.

–Spampinato.

–Señora Spampinato. La creo, porque anteayer por la tarde Lorenza Iannino estaba viva. Le agradezco mucho la información.

Mientras tanto, el ascensor había llegado de nuevo a la planta baja. Entraron las dos y bajaron juntas en el segundo piso.

La mujer entró en su casa y Vanina empujó la puerta del piso de Lorenza Iannino. No estaba segura, pero tenía más o menos una idea de lo que iba a encontrar.

Spanò contemplaba la cama medio deshecha con una expresión a mitad de camino entre la rabia y la consternación. Una de las almohadas estaba manchada de sangre en varios puntos. En ese mismo lado de la cama, parecía que alguien se hubiera peleado. ¿Parecía?

Vanina se movió con cuidado para no tocar nada. La cocina estaba más o menos como la última vez que la había visto, excepto por un

par de vasos sucios y las sillas desplazadas. Fue al cuarto de baño. Estaba desordenado: la alfombra de la ducha estaba en el suelo, el albornoz tirado en el lavabo... Estaba manchado de sangre, en la manga y en la capucha. Sobre la repisa vio un bote de agua oxigenada y varios discos de algodón. Había más discos en el suelo, manchados de sangre.

–Subcomisaria, a mí me parece obvio que a Iannino la violaron aquí.

–Sí, inspector. Y a juzgar por la descripción que me ha dado la ancianita de al lado, tuvo que ser Antineo.

Le contó brevemente lo que le había dicho la mujer.

–¿Tenemos una foto de Antineo? –le preguntó.

–Los padres nos han proporcionado una esta mañana, cuando han denunciado su desaparición. –Sacó el teléfono y la buscó.

–Vaya a enseñársela a la señora Spampinato, solo para confirmar. Y llame a los de la Científica.

Mientras Spanò iba a llamar a la puerta de al lado, Vanina recorrió de nuevo el piso. Rescató unos guantes de látex del fondo de su bolso y abrió todos los armarios. Ni rastro de fármacos, a excepción de una caja de Benetal en ampolla y una jeringuilla al lado. El kit de supervivencia de un alérgico, eso lo sabía hasta ella.

Volvió a la cocina y olió los vasos sucios. En el fondo de uno de ellos quedaban restos de algo alcohólico. Abrió la basura, casi vacía excepto por el envoltorio de un pack de seis botellas de agua pequeñas. No se veía ninguna botella por ningún lado.

Spanò entró de nuevo.

–La mujer ha reconocido enseguida a Antineo. Y Pappalardo ya está en camino.

Vanina asintió, distraída.

–Escuche, inspector, ¿recuerda usted por casualidad si cuando vino aquí la primera vez vio un pack de botellas pequeñas de agua?

–Botellas de agua... –repitió, sorprendido. A veces, Garrasi lo dejaba de piedra. Cerró los ojos, los volvió a abrir, se alisó el bigote–. Puede ser. –Se dirigió a un armario y lo abrió con la manga–. Aquí había dos botellas aún en el pack. Una la cogió el difunto Iannino, que necesitaba beber.

–¿Y la otra?

–La otra se quedó ahí, creo.

–¿Y dónde está ahora?

Spanò la miraba cada vez más perplejo.

–No lo sé –respondió, no muy convencido.

–Recordemos ese detalle.

El inspector asintió. El motivo le parecía un misterio, pero seguro que en la mente de Garrasi debía de tener sentido.

En realidad, ni siquiera ella conocía el motivo. Se movía a tientas en busca de algo que la ayudase a entender. Indicios útiles para rastrear alguna sustancia que pudiera orientar a Adriano en el análisis toxicológico.

–Inspector, debemos conseguir alguna pertenencia de Antineo que pueda contener su ADN. Mejor que se lo pida usted a los padres. Hablaré con la ayudante del fiscal.

Spanò le dijo que se ocupaba él.

Pappalardo y sus hombres llegaron cuando Vanina y Spanò ya se marchaban.

Vanina les pidió que buscaran exhaustivamente restos de algún fármaco en los vasos.

Antes de volver hicieron una parada en Da Nino. Se zamparon un plato de espaguetis con tinta de sepia, dos higos chumbos por cabeza y un café, y regresaron al despacho bastante recuperados.

Marta los estaba esperando.

–El móvil de Antineo sigue apagado, por lo que no tenemos modo alguno de localizarlo. Espero tener los registros lo antes posible. Vanina, te busca un tal Bonanno. Dice que lo llames en cuanto puedas, parece que es urgente –dijo, pasándole el número de teléfono.

Vanina se esforzó por recordar aquel nombre. Bonanno... ¿quién podía ser? Un relámpago iluminó durante un instante el rincón de la mente al cual lo había relegado. Era el hombre que vivía en la casa de al lado del chalé, el marido de la arquitecta. Fortunato Bonanno. Se acordaba hasta del nombre. A saber qué quería.

–Lo llamo enseguida.

De hecho, había guardado el número.

Bonanno respondió casi al momento, pero la tuvo esperando un par de minutos.

–Disculpe, subcomisaria, es que estoy en el trabajo. Quería avisarla de algo raro que he notado en el chalé. Esta noche, a eso de la una, me he asomado y he visto una luz tenue a través de la persiana de la primera planta. Después de volver a la cama, le he estado dando vueltas durante una hora, pues me acordaba de que ustedes habían precintado el chalé. Luego, esta mañana, he leído en la prensa que han encontrado el cadáver de la chica y... no sé, me ha parecido una coincidencia extraña.

¡Extrañísima!

Vanina le aseguró que enseguida enviaba a alguien a echar un vistazo y le dio las gracias.

Llamó a Nunnari y a Bonazzoli.

–Coged la moto e id a dar una vueltecita por la calle Villini a Mare. Echad un discreto vistazo al chalé de Iannino, a ver si hay algo raro.

–¿Y qué tiene que haber? –preguntó Marta.

–De momento no os lo digo, porque entonces nos arriesgamos a equivocarnos.

Bonazzoli no hizo ningún comentario, pero parecía un poco mosqueada. Giró sobre sus talones al mismo tiempo que el oficial, que nunca había tenido la veleidad de entender todo lo que hacía Garrasi y, por tanto, se había limitado a llevarse dos dedos a la frente.

–Marta –volvió a llamarla Vanina–. No te enfades. Yo confío ciegamente en ti. Pero es imprescindible que no sepáis lo que buscáis. Porque así os fijaréis mejor los dos y no llamaréis demasiado la atención.

Marta se tranquilizó.

–Pero no me hagas interpretar el papel de parejita con Nunnari, porque me niego.

Vanina no se lo garantizó.

–Subcomisaria Garrasi, soy Roberto Terrasini, ayudante del fiscal.

Unos cincuenta años, estatura media, ningún rasgo peculiar aparte de una nariz grande y ligeramente desviada a la derecha. Aire despierto.

Vanina le estrechó la mano y casi se llevó una fractura de metacarpo. Se disculpó por no haber dado aún señales de vida.

–No se preocupe. He hablado un par de veces con la inspectora Bonazzoli por el tema de los registros telefónicos. Si no lo he entendido mal, la investigación se concentra ahora en el abogado Antineo.

–De momento sí. Tenemos un testigo ocular que lo vio entrar en el piso con Iannino y que más tarde escuchó gritos. La escena que el inspector y yo encontramos en el piso de la chica encaja perfectamente con una agresión.

El fiscal sacó una hoja de una carpeta.

–He leído el informe del forense. Según parece, la chica murió debido a un shock anafiláctico. Por tanto, no a causa de la agresión.

–Sí. Estamos intentando averiguar cuál pudo ser la sustancia que se lo provocó. Iannino era alérgica a muchos fármacos, o eso nos dijo su hermano.

–También he leído el informe del inspector jefe Spanò sobre el viaje a Roma y sobre la conversación que mantuvieron con... –dijo Terrasini, mientras le echaba un vistazo al documento–. Tommaso Escher. No me queda muy claro cuál es el papel del tal Escher en relación con la víctima.

–Es un amigo al que Lorenza Iannino pidió cobijo después de darse a la fuga.

Vanina hizo todo lo posible por no involucrar a Escher en la

historia. No albergaba ninguna duda sobre la buena fe del maestro y estaba convencida de que no había tenido nada que ver en el plan orquestado por Lorenza y Nicola. No quería saber nada más. El pobre hombre se merecía encontrar un poco de paz.

El fiscal ya conocía toda la historia, pues Eliana Recupero lo había informado. Vanina no añadió gran cosa.

–¿Sabe usted por qué la he llamado, subcomisaria? –dijo Terrasini, casi contento. No esperó a que Vanina respondiese–. Porque hace un par de horas he recogido una declaración de Elvio Ussaro en la que afirma que no tiene nada que ver con la muerte de Lorenza Iannino y acusa al abogado Nicola Antineo, que habría escondido el cadáver en una maleta y lo habría lanzado al mar.

Vanina lo miró, perpleja.

–Lo cual habría ocurrido hace una semana –añadió el fiscal, cada vez más contento.

Era obvio. El hallazgo del cadáver, aireado por la prensa como si ya llevara una semana en el agua, había puesto en marcha un mecanismo mortal y había echado por tierra el baluarte de la defensa de Ussaro, que consistía en negar a cualquier precio toda implicación, aunque fuera marginal. Total, estaba convencido de que Nicola Antineo no hablaría nunca. Pero... el chico había tenido la gran idea de darse a la fuga, con lo que se había convertido en una bomba andante de relojería de la que podía esperarse cualquier cosa. Así pues, el mal menor en ese momento era echarle a él la culpa de todo. Mejor ser cómplice del ocultamiento de un cadáver que asesino. Sería su palabra contra la de Antineo.

–¿Y usted qué ha hecho, fiscal? –le preguntó Vanina, que sentía curiosidad por saber cómo había acabado la historia.

–¿Y qué quería que hiciera, subcomisaria? He esperado a que terminase de hablar y luego le he preguntado dónde estaba anteayer entre las veinte y las veintidós horas.

Vanina se contuvo para no aplaudir.

–¿Y qué ha dicho?

–Me ha preguntado por qué quería saberlo y yo se lo he explicado. Ha terminado bastante agotado al final de la conversación, pero la coartada que me ha proporcionado es firme. Respecto a lo demás, no tengo dudas. En estos momentos, Ussaro está sometido a una estrecha vigilancia, por lo que hubiera sido muy masoquista por su parte acercarse a Iannino, en el caso de que hubiera sabido que estaba viva y que había regresado a Catania.

Vanina se mostró de acuerdo con él.

Le pidió autorización para coger objetos personales de Nicola en casa de los padres de Antineo con el fin de comparar el ADN con el de la muestra que habían enviado a Palermo.

Antes de marcharse, pasó a saludar a Recupero. La encontró rodeada de documentos. Tenía al lado un yogur casi vacío. El pelo, muy corto, había pasado del rojo al rubio.

Vanina le pidió que la pusiera al día en el otro frente de la investigación sobre Ussaro.

Un frente oceánico.

–Verá, subcomisaria Garrasi –concluyó la ayudante del fiscal–, los tipos como Ussaro terminan gestionando su propio poder y dirigiendo sus propios actos ilícitos con tanta arrogancia que ni siquiera se dan cuenta cuando sobrepasan los límites. Y, tarde o temprano, se encuentran con alguien que se lo hace pagar. Es cuestión de tiempo.

Era exactamente lo que estaba pensando Vanina.

Marta y Nunnari volvieron al cabo de una hora. El oficial parecía muy alterado.

–¿Qué pasa, Nunnari? ¿Bonazzoli corre mucho con la moto? –dijo Vanina en cuanto lo vio trotar por el pasillo.

La verdad era muy distinta y la velocidad alcanzada por Bonazzoli solo estaba vagamente relacionada. El paseo en moto había turbado al oficial de una forma que nunca había experimentado en su vida: se había visto obligado a pegarse a su superior directa, una mujer por la que él sentía debilidad pero que no le hacía el menor caso.

Nunnari no le habría deseado una tortura así ni a su peor enemigo.

–Hemos dado un par de vueltas alrededor de la casa. Así a ojo, no parece que haya nada raro. Puede, y digo puede porque no sé si ha cambiado algo en todo este tiempo, que después del último registro de la Científica las persianas de la primera planta estén un poco más bajadas y no como las dejamos nosotros la última vez.

–De acuerdo, gracias.

–¿Ahora ya me puedes contar por qué nos has enviado? ¿Y encima en moto? Conducir con Nunnari pegado a mí ha sido una tortura que ni te imaginas. ¡Pesa el triple que yo!

–Te he enviado porque he recibido un aviso y quería comprobarlo. En moto porque con el casco era más difícil que alguien os pudiera reconocer. Era necesario para comprobar si es verosímil una hipótesis bastante aleatoria que tengo. Pero me parece que no es nada.

–¿Puedo saber cuál es esa hipótesis?

–Mañana te la cuento.

–¿Por qué mañana?

Vanina no respondió.

–¿Han llegado los registros telefónicos de Antineo? –dijo, cambiando de tema.

Marta se puso en pie, resignada. Fue a su despacho y volvió con los registros recién llegados en la mano.

Confirmaban todo lo que Vanina ya había imaginado.

Antineo había recibido una llamada de un número fijo correspondiente al área de servicio de Rogliano Ovest. Iannino había usado el mismo sistema que a la ida.

La llamada que la chica había hecho a Escher, que en total duraba dos minutos y nueve segundos, había ido precedida muy poco antes por otra hecha a un número que correspondía –Marta lo comprobó– a Grazia Sensini, viuda de Iannino.

Habían contactado con ella la tarde anterior y ahora acababa de aterrizar en Catania. Se dirigió inmediatamente a la Judicial. Estaba más afligida que antes, más delgada y descuidada. No era de extrañar: en apenas una semana había tenido que enterrar a su marido y, ahora, a su cuñada. Habían sido unos días difíciles para ella, en una ciudad que apenas conocía y a la cual la habían obligado a volver las circunstancias cuando no hacía ni dos días que había regresado a su casa.

–¿Dónde está Lori? –preguntó abatida.

Ya la habían advertido que, en tanto que único familiar, tendría que reconocer el cadáver.

Vanina le dijo que la inspectora Bonazzoli la acompañaría enseguida al depósito.

–¿Quién ha sido, subcomisaria Garrasi?

Su expresión era dura, pero no tan rabiosa como la otra vez. El asesino de Lori, por otro lado, ya no podía relacionarse con el de su marido. Le quedaba la amargura de haber perdido a su cuñada, pero no era lo mismo.

–Sé que usted habló con Lori la noche en que la asesinaron –dijo Vanina.

La mujer se sorprendió.

–Sí, hablé con ella. Pero ¿cómo lo sabe?

Vanina sonrió.

–Es mi trabajo, señora.

Grazia le devolvió la sonrisa.

–Claro. Y lo hace muy bien.

–Muchas gracias.

–¿Qué le dijo Lori aquella noche?

–Que algún día me lo explicaría todo, que estaba muy triste por no haber podido asistir al funeral de mi esposo... su hermano. Y que era mejor que no nos viéramos. Y luego me marché.

Marta ya estaba lista para acompañarla al depósito de cadáveres para el reconocimiento.

–¿Se quedará en Catania? –le preguntó Vanina.

–Sí, hasta que pueda llevarme a mi cuñada a Siracusa, junto a sus seres queridos. Junto a Gianfranco.

Se le ensombreció la mirada, como todas las veces que mencionaba a su esposo.

Grazia Sensini y la inspectora Bonazzoli acababan de marcharse cuando el oficial Pappalardo, de la Científica, llamó a la puerta de Garrasi.

Vanina no esperaba verlo allí.

–Siéntese, Pappalardo.

–Gracias, subcomisaria. He preferido venir en persona porque hay algo que quiero enseñarle. –Abrió un maletín, sacó una prueba y la dejó sobre la mesa de la subcomisaria–. Hemos encontrado esto en casa de la víctima, en el paragüero de la entrada.

La bolsa de plástico transparente contenía el envoltorio de una aspirina C efervescente.

–No sé si servirá de mucho, pero la superficie es lisa. A ver si consigo extraer alguna huella. ¡No le prometo nada! –dijo Pappalardo.

Mientras, por lo menos, ya tenían una sustancia que buscar.

–Gracias por habérmelo traído enseguida, Pappalardo. Todo lo que consiga a partir de este momento será de gran ayuda.

Por desgracia, en el caso de las pruebas que contenían material biológico las cosas se alargaban, porque había que enviar las muestras a Palermo.

–¡Ah, subcomisaria! –dijo Pappalardo antes de marcharse–. También me he llevado el envoltorio del pack de agua que me dijo usted, pero no se qué quiere que haga con eso.

¡Ni ella lo sabía!

–Haga lo que pueda, Pappalardo. A ver si encuentra usted alguna huella.

Pappalardo sonrió.

–A saber cuántas hay, subcomisaria. Empleados del supermercado, cajeros, Iannino, el hermano... Habrá que echarle ganas.

–Usted analice solo las más recientes.

En cuanto Pappalardo se marchó, Vanina llamó a Adriano y le comunicó qué debía buscar en el análisis toxicológico: ácido acetilsalicílico y ácido ascórbico.

Vanina salió del despacho a las ocho. Estaba tan cansada como si hubiera subido al Etna, pero lo único que había hecho era pasar de una silla a un sillón y, de allí, al asiento del coche. Como mucho, cuatro pasos hasta el bar. Ocho, si contaba la ida y la vuelta.

Lo cierto es que solo había dormido dos horas después de un viaje agotador, mientras la investigación avanzaba a un ritmo cada vez más veloz, que era lo que sucedía siempre cuando el final estaba cerca. Esa era la verdadera cruz que cargaba Vanina: una cruz muy grande, porque a su puñetera alma de animal nocturno le importaba muy poco

que ella estuviera hecha polvo. Y a medida que fueran pasando las horas vespertinas, su desvelo se reforzaría aún más.

Giuli la había taladrado a mensajes, todos sobre el mismo tema: ¿cuándo nos vemos?

La llamó mientras subía por la calle Ventimiglia para llegar a la calle Sangiuliano, donde había conseguido aparcar el Mini aquella mañana.

–Seguro que estás en un momento clave de la investigación, pero ¿no tienes ni cinco minutos para tu amiga? –le preguntó Giuli.

–Giuli, estos días no tengo ni cinco minutos para mí.

–¿Y si voy yo a tu casa? Hasta me trago una de tus pelis viejunas si hace falta, ¡mira lo que te digo!

Toda una declaración de amistad.

Vanina, sin embargo, no cedió. Sentía la necesidad de despatarrarse en el sofá y cerrar los ojos con la esperanza de que la venciese el cansancio.

Cogió el coche y tomó la carretera hacia Santo Stefano. La recorrió escuchando la música clásica que había descargado la tarde anterior con el maestro Escher, mientras esperaban para subir al avión. Era relajante.

Se le ocurrió en ese momento que no había tenido más noticias suyas.

Lo llamó.

Escher estaba en Riposto, cenando en casa de Angelica Di Franco.

–Empiezo a asimilar la realidad, por desgracia –dijo, cuando Vanina le preguntó cómo estaba–. Y la realidad es que una persona a la que quería mucho ha sido asesinada de un modo brutal y yo no he podido hacer nada para salvarla. Otra vez...

–Usted no tenía nada que ver, maestro. No habría podido hacer nada ni siquiera de haber venido con Lorenza a Catania.

–Es posible, pero yo sigo sintiéndome culpable. No sé de qué. Puede que cuando encuentre usted al asesino y sepa qué ocurrió, acabe resignándome. De momento, así están las cosas.

Se despidió.

La Sinfonía n.º 3 en fa mayor de Brahms la acompañó hasta Santo Stefano.

Llevaba casi cuatro horas durmiendo en el sofá gris, arropada con la manta que había sacado unas cuantas noches antes para tapar a Adriano y que luego se había quedado allí. Un sueño profundo que parecía haber desenchufado todas las conexiones de su cerebro y la había anclado allí, arrebatándole incluso las fuerzas para arrastrarse hasta la cama. Cuando a las tres y media abrió los ojos de repente, tuvo la sensación de que había pasado todo ese tiempo asimilando

datos. Que la habían conducido a una conclusión: se había equivocado en la hora.

Se levantó a toda prisa, se puso la funda de la pistola y la chaqueta, cogió las llaves del coche, los cigarrillos y el teléfono, y salió de casa.

Era la segunda vez en el transcurso de aquella investigación que recorría sola, y de noche, el trayecto desde su casa hasta la calle Villini a Mare. Esta vez, sin embargo, había algo distinto, una urgencia que la obligaba a pisar el acelerador como si la calle en cuestión estuviera solo a un paso, esperando a que ella la enfilara. La pista justa, seguida con la determinación de un perro de caza que corre hacia su presa siguiendo algo que solo él capta. El instinto.

La solución del caso.

Se había equivocado en la hora porque el aviso de Bonanno se refería a algo que solo resultaba visible de noche. Que es cuando las cosas más extrañas parecen posibles. La oscuridad y el sueño de los demás ofrecen protección y uno piensa que puede actuar al descubierto, porque nadie lo va a ver.

Vanina se detuvo delante del chalé y apagó los faros. Dirigió su atención hacia las ventanas de la planta superior. Puede que solo fuera una sensación, una simple impresión. Y sin embargo...

Y sin embargo había una luz. Débil, tenue, escondida... pero estaba allí.

Se dio cuenta de que su apresurada carrera terminaba en aquel punto. Para hacer lo que tenía pensado hacer necesitaba a alguien. De su equipo.

Buscó en el bloc de notas del teléfono los turnos de la semana y leyó el nombre de la persona que estaba de guardia esa noche.

Marcó el número.

–Subcomisaria –respondió Spanò, con la voz pastosa por el sueño.

–Inspector, disculpe, pero he visto que está de guardia.

–La verdad es que me cambié con Fragapane. Después de la nochecita de ayer, necesitaba ir a casa.

–Entonces llamo a Fragapane –dijo Vanina.

–Subcomisaria, si me está usted llamando a estas horas, a saber dónde está y qué está haciendo. O sea que más le vale contármelo todo, o localizo el teléfono y voy a buscarla.

La amenaza hizo sonreír a Vanina.

Le dijo dónde estaba y lo que tenía intención de hacer.

Spanò guardó silencio durante un minuto.

–¿Y pensaba avisar usted a Fragapane?

El Polo del inspector apareció en la calle con los faros apagados. Al lado del inspector había otra persona sentada.

El agente Lo Faro bajó por el lado del pasajero sin hacer ruido. Aún

tenía en la cara la marca de la almohada. Saludó a Vanina, que se dirigió al lado del conductor y esperó a que Spanò bajase del coche.

–Mejor ser tres, y Lo Faro era el único al que podía recoger rápidamente –se excusó el inspector.

Saltaron el muro de las otras veces y entraron en el jardín. Las luces perimetrales estaban encendidas, como de costumbre, lo cual ayudaba. Rodearon la casa y llegaron a la puerta ventana de la parte posterior. Los postigos estaban cerrados, por lo que no se veía el interior.

Spanò dirigió la mirada hacia la ventana de la planta superior que le había indicado Garrasi y asintió. A él también le parecía ver una luz encendida.

Lo Faro no decía ni pío. Vanina estaba convencida de que el pobre estaba muerto de miedo.

–Lo Faro –le dijo en voz baja–, Spanò y yo vamos a entrar. Tú vigila el exterior. ¿Estamos?

El agente asintió rítmicamente.

–Si tienes algo que preguntar, ahora es el momento.

El muchacho negó al mismo ritmo.

Spanò sacó las llaves del chalé, que se habían quedado en el despacho.

Volvieron a la entrada principal y abrieron la puerta sin hacer ruido. El precinto policial estaba despegado, señal de que alguien había entrado.

El inspector se colgó el teléfono al cuello con la linterna encendida.

Pistola en mano, empezaron a subir la escalera, despacio. Vanina iba delante y Spanò detrás. El inspector apagó la linterna en cuanto llegaron al piso de arriba. La luz procedente de la habitación del fondo iluminaba tenuemente el pasillo. Llegaron hasta allí y entraron; primero las pistolas, luego ellos.

Nicola Antineo se despertó de golpe y empezó a aullar de terror, hasta que comprendió que tenía delante a la subcomisaria Garrasi y al inspector Spanò.

Y entonces empezó a llorar.

24.

El fiscal Terrasini había delegado en Vanina el interrogatorio de Nicola Antineo, que llevaba una hora encerrado en el despacho de los críos bajo la estrecha vigilancia de Lo Faro y Spanò. Aún no había dicho ni una palabra.

Y ahora estaba allí, en el despacho de la subcomisaria adjunta Giovanna Garrasi, que lo observaba con una mirada glacial.

Barba larga, facciones hundidas, ojos enrojecidos. Cabeza gacha.

Mudo.

Cinco minutos más así y acabaría sacando de quicio a Vanina.

Que él fuera el autor de la agresión a Lorenza Iannino era, para la subcomisaria, un hecho probado y el fiscal estaba de acuerdo con ella. El análisis del ADN solo serviría para confirmarlo. En cuanto al homicidio, en cambio, solo tenían pruebas indiciarias. Numerosas y coincidentes entre sí, sin embargo, hasta el punto de construir un relato de los hechos que lo incriminaba de todos modos.

De los dos delitos por los que estaba a punto de arrestarlo, el que más le calentaba la sangre a Vanina era el primero, el más vil, el más repugnante.

La subcomisaria se esforzó por mantener la calma y se encendió el tercer cigarrillo.

–Vamos a ver, Antineo, tú no eres tonto. Conoces la ley. Sabes perfectamente por qué estás aquí y por qué yo tengo elementos más que suficientes para retenerte. Y sabes que, hables o no hables, me sobran las pruebas para meterte entre rejas. Si te queda un mínimo de cerebro, entenderás que guardar silencio no te beneficia mucho. Así que te repito la pregunta: ¿qué fue lo que ocurrió?

Antineo alzó la mirada.

–¿Por dónde empiezo?

Vanina se apoyó en el respaldo del sillón. A ella le bastaba con que confesase que había violado y asesinado a Lorenza Iannino, por lo demás como si se tragaba la lengua. Pero si lo hacía hablar tal vez les proporcionara mucha más información que podía resultar útil. Así que...

–Por donde quieras –le respondió.

El abogado suspiró y se le escaparon un par de hipidos.

–Todo empezó cuando a Lori se le metió en la cabeza que quería

incriminar como fuera al profesor Ussaro. Había llegado a un punto en que ya no podía más. Había llegado a ese punto antes que yo, pero solo porque su relación con él era mucho más estrecha que la mía y porque las marranadas a las que se había rebajado para complacerlo abarcaban distintos ámbitos. Incluido el personal. Lo que pasa es que cuando entras en un sistema así, es difícil salir de él sin jugarse la carrera. Cuando Lori empezó a plantearme la posibilidad de liberarnos de él y crucificarlo por todas las cosas repugnantes que le habíamos visto hacer, y a las cuales nos había arrastrado también a nosotros, pensé que a lo mejor tenía razón, que aquella era la única ocasión que teníamos para recuperar nuestra vida. A partir de aquel momento, nuestra relación cambió. Nos convertimos en cómplices. Hablábamos en clave, nos entendíamos a la primera, trabajábamos unidos en el mismo proyecto. Lori me dedicaba una atención que yo... jamás hubiera esperado...

–¿Te sentías atraído por ella?

Antineo la miró, perplejo.

–Yo la amaba –la corrigió, casi indignado.

Vanina se puso sardónica.

–Ay, perdona, es que me cuesta usar la palabra «enamorado» con un violador.

Antineo se puso nervioso.

–Yo no... –Se interrumpió y luego prosiguió–: Sabíamos que para incriminar a alguien como Ussaro había que atacarlo por donde no hubiera construido previamente una defensa. ¿Y cuál es el delito para el que no se puede construir una defensa previa, subcomisaria?

–El que no has cometido nunca.

Antineo asintió despacio, con una sonrisa extraña.

–Cuéntame qué pasó de verdad aquella noche.

–Estaba todo organizado hasta el más mínimo detalle. Llegué a la fiesta poco antes de las once. Dejé que Ussaro me viera antes de que Lorenza se lo llevase al comedor. Los invitados estaban desperdigados por ahí, muchos en el jardín. No me vio nadie. Me escondí, de manera que no pudiera localizarme si no era por teléfono. De ese modo, quedaría registrado que era él quien me había llamado a mí. Lori fingió encontrarse mal por la cocaína. Tal y como habíamos previsto, a él le entró el pánico. No era capaz de gestionar él solo una situación así. Por suerte, tenía al alcance a su esclavo preferido. Me llamó y yo llegué casi al momento. Me puse a su disposición y le dije que esperara fuera, que ya me ocupaba yo. Poco después le comuniqué que Lori estaba muerta. Él empezó a comportarse como un loco: echó a los invitados, quiso involucrar a Alicuti y a su hijo, pero estos salieron por piernas en cuanto vieron el percal.

–¿Y Susanna Spada?

–Estaba con ellos, pero no creo que se enterara de nada. Y aunque así hubiera sido, tampoco habría movido un dedo. Ella ya ha saltado a una cama más importante. Ussaro solo le sirve como fuente de ingresos. Ni siquiera puede echarla, porque entonces se ofendería el diputado.

–Volvamos a lo nuestro –lo conminó la subcomisaria.

Antineo le contó el resto.

–Entonces, ¿fuiste tú quien le dijo a Ussaro que Lori estaba muerta?

–Sí. Se lo hice creer. Le entró el pánico, empezó a decir que yo tenía que ayudarlo... Y, así fue, me ocupé yo –sonrió– con la ayuda de la propia Lori.

Vanina ya conocía el resto de la historia.

–¿Por qué mataste a Lori? –le soltó.

Antineo dio un respingo y negó con la cabeza.

–Yo no maté a Lori. La amaba.

–Entonces, ¿por eso la violaste, porque la amabas?

–Yo no... No la forcé...

–Es cierto, no solo la forzaste. Le diste una paliza e intentaste estrangularla. Y luego huiste.

Antineo había abierto unos ojos como platos y se había puesto pálido.

Vanina se inclinó hacia delante sobre el escritorio, con una mirada aguda.

–Cuando comprendiste la barbaridad que habías cometido, cuando te diste cuenta de que Lori podía denunciarte y que no te librarías de la cárcel, buscaste un modo para librarte de ella sin hacer demasiado ruido. Sabías que era alérgica a los fármacos y le diste una aspirina efervescente. Luego esperaste a que oscureciera, la metiste en el coche, bajaste hasta el paseo marítimo y la dejaste caer por la rampa de las barcas.

Antineo tenía las pupilas dilatadas y sacudía la cabeza.

–Yo no la maté –repetía.

–O sea, no la mataste, solo la violaste –insistió Vanina.

–¡Yo no la violé! –dijo Antineo al tiempo que se ponía en pie.

Spanò lo obligó a sentarse de nuevo a la fuerza.

–¡Eh, Antineo! Cuidadito con lo que haces.

–Antineo, es inútil que lo niegues –dijo Vanina, alzando la voz–. Dentro de un par de horas tendremos sobre esta mesa los resultados del análisis de ADN que te incriminan. Así que es mejor que lo admitas. ¿O pensabas que lo que habías hecho no dejaría rastro?

Antineo negó de nuevo con la cabeza, pero despacio.

–Después de todo lo que hice por ella, de todo lo que habíamos compartido... Yo pensaba que a partir de ese momento cambiarían las cosas... Que ella también se enamoraría de mí. ¡Me lo dio a entender!

Y en cambio...

–En cambio, ¿se enamoró de otro?

El abogado asintió con la cabeza gacha.

–Lo supiste aquella noche –prosiguió Vanina–, cuando la oíste hablar por teléfono con él, y perdiste la cabeza, ¿verdad?

El chico alzó la mirada.

–Le hablaba como nunca la había oído hablar con nadie. Le decía lo importante y especial que era, lo mucho que le hubiera gustado que él cambiara de idea respecto a lo que podía haber entre ellos... ¡Casi se lo suplicaba! Comprendí que era el hombre misterioso en cuya casa se había escondido. Un amigo, me había dicho. Me deja quedarme en su casa, dijo. ¡Y yo aquí, haciendo el trabajo sucio por ella! Cuando se lo dije me respondió que yo era como un hermano, que entre nosotros no podía haber nada... Un hermano... –Hizo una pausa–. Yo... no podía aceptarlo...

–Y la hiciste tuya a la fuerza.

–Tuve que hacerlo... –desvarió. Luego, de repente, recobró la compostura–: Pero no la maté.

Vanina decidió dar por terminada la conversación. Total, tampoco iban a llegar a ninguna parte. Antineo conocía la ley y no confesaría un homicidio del que no había pruebas.

La subcomisaria llamó al fiscal Terrasini, que ordenó la detención.

Pocas horas más tarde, Antineo ingresaba en la cárcel de la plaza Lanza.

El maestro Escher escuchó muy afligido el relato de Vanina.

–¿Lo ve, subcomisaria? ¿Qué le dije? Yo también tengo parte de culpa de lo sucedido. Si Lori no se hubiese enamorado de mí, a estas horas aún estaría viva.

Vanina le dijo que no estaba tan segura. No sabía por qué, pero era la verdad.

Escher dijo que se quedaría en Catania hasta el funeral. Se había puesto en contacto con la cuñada de Iannino.

Mientras, estaba cultivando la amistad con Angelica Di Franco y su esposo. Las únicas personas de la familia de Laura con las que había mantenido cierta relación.

En la prensa había dónde elegir: por un lado, la noticia de la violación y homicidio de Lorenza Iannino, con fotos y datos personales de Antineo; por el otro, la investigación que había puesto en marcha Eliana Recupero sobre una red de blanqueo de dinero que, gracias a las pruebas proporcionadas por Lorenza –aunque eso no se había publicado– y a escuchas ambientales colocadas durante aquellos días por los hombres de Crimen Organizado de la Judicial, había dado un giro espectacular. Tres detenciones, entre ellas las de Elvio Ussaro y su

suegro, Fernando Maria Spadafora.

Paolo llamó a Vanina para felicitarla. Tenía que ir a Catania dentro de dos días por trabajo.

–Podríamos comer juntos –le propuso.

Ella respondió que sí, aunque no estaba convencida de que fuera buena idea.

Manfredi Monterreale se presentó en casa de Vanina aquella noche, por sorpresa, cargado con un auténtico banquete que él mismo había cocinado. Servicio de catering, dijo por el interfono.

Antes de entrar en casa de Vanina tuvo que pasar por las Horcas Caudinas de Bettina, que empezaba a inquietarse ante el creciente tráfico masculino en el apartamento de Vanina. Vale que eran tiempos modernos, pero hace unos días llega Calí por la noche y se va al día siguiente, ahora este otro –también era médico, y bastante simpático– que le trae la cena a domicilio. ¿Es que quería olvidar al apuesto fiscal Malfitano o qué?

A Vanina le gustó que Manfredi hubiera organizado aquella velada. Tal vez fuera el momento perfecto para reconducir su historia hacia los límites de los que no tendría que haber salido nunca.

Ya se había preparado los argumentos, pero no encontraba la forma de exponerlos.

Cuando Manfredi se acercó para besarla, ella se apartó. Con dificultad, eso tenía que admitirlo, porque Manfredi le gustaba, pero también con firmeza.

–Manfredi, escucha, tengo que ser sincera contigo...

Él, sin embargo, no la dejó terminar:

–No te preocupes, Vanina. Lo sé. La verdad es que ya lo sabía antes. Esperaba que para ti Paolo Malfitano fuera un capítulo cerrado, pero ya veo que no. Me bastó con ver lo mucho que habías cambiado a tu regreso de Palermo.

–No es tan fácil –dijo Vanina.

–No, no lo es. Como tampoco lo es renunciar de entrada. Así que aceptemos las cosas tal y como son –dijo, mientras alzaba su copa para sellar el pacto.

A las doce y media, después de dos horas de conversación en el huerto de los cítricos, Manfredi volvió a su casa.

Vanina apoyó los pies en la silla de hierro. Se había arropado con la manta y estaba bebiendo el último chupito de licor de naranja antes de irse a dormir. O de intentarlo, al menos.

Cogió un último cigarrillo y se lo fumó en paz con la mirada fija en la muntagna, que le hacía compañía expulsando un hilillo de humo.

La investigación prácticamente había concluido. El ADN del violador se correspondía con el de Antineo, pero este seguía insistiendo en su línea de defensa.

Violador sí, asesino no. Esa era la síntesis.

Y, sin embargo, había tantos elementos y encajaban tan perfectamente entre ellos que, en opinión del fiscal Terrasini, no podía haber duda alguna.

Una conclusión racionalmente aceptable.

Entonces, ¿por qué Vanina tenía la sensación de que se le escapaba algo?

25.

El comisario Patanè se presentó hacia las diez y media.

Esta vez se había preocupado él del desayuno: una bandeja de iris. Había tantos de aquellos bollos rellenos de crema que podría haberlos repartido entre toda la Judicial. Hasta Macchia, que se había parado a charlar media hora con él, los había probado. Tenía que admitirlo, le había dicho, que la contribución del anciano comisario al equipo seguía siendo muy valiosa. Qué suerte tenía Garrasi de poder beneficiarse de su colaboración.

Una de las típicas bromas jocosas del Gran Jefe, a las que Patanè ya estaba acostumbrado.

–Y por eso Lorenza Iannino terminó del peor modo posible –concluyó el comisario, después de que todos salieran del despacho de Garrasi.

Se habían quedado los dos solos, cara a cara, con el Gauloises encendido.

–Una muerte doble, comisario. La interior, a causa de la violación, y la física, por la asfixia. Terribles las dos.

–Además de la fingida –meditó Patanè.

–Lorenza la consideraba como una especie de renacimiento a una nueva vida. Que esperaba compartir con un nuevo amor.

–La verdad es que Antineo fue astuto. Desvinculó el homicidio de la violación. Podría haber terminado de estrangularla y adiós muy buenas –dijo el comisario.

Vanina asintió, pensativa.

Patanè la observó.

–¿Me va a decir la verdad, subcomisaria? ¿Hay algo que no le cuadra?

–No, nada.

Patanè fingió creerla.

Vanina no quería admitirlo ni siquiera ante sí misma, pero algo que no le cuadraba tenía que haber, en algún sitio. Aunque todavía no supiera de qué se trataba.

No dejó de dar vueltas a las palabras del comisario durante toda la mañana. Se las llevó cuando fue a comer y tomó un café con ellas. Por otro lado, no tenía nada más que hacer.

Antineo había sido astuto al desvincular el homicidio de la violación.

Pero a Vanina le costaba imaginar a Antineo como un tipo astuto.

Spanò le entregó el informe de la Científica con todos los resultados. ADN, huellas dactilares. Y el análisis toxicológico del cadáver de Iannino, que confirmaba la presencia de ácido acetilsalicílico. La causa de la muerte.

Vanina lo releyó con calma, cosa que aún no había tenido tiempo de hacer.

Se fijó en la investigación que Pappalardo había llevado a cabo con el pack de agua mineral. Como era de esperar, había huellas dactilares a patadas, pero solo una de ellas era la más reciente. No se correspondía con ninguna de las analizadas hasta entonces, excepto mínimamente con el fragmento de huella encontrado en el envoltorio de la aspirina. Tan minúsculo que ni siquiera merecía atención.

Vanina se quedó mirando la huella durante unos instantes.

Después cogió el teléfono y llamó a Pappalardo.

–Dígame, subcomisaria –le respondió enseguida.

–Analizaron ustedes todos los vasos encontrados en casa de Iannino, ¿verdad?

–Claro.

–¿Y ninguno de ellos contenía restos de aspirina?

–No. Pero es posible que los lavaran con detergente; en ese caso, tampoco hubiéramos encontrado nada.

Vanina siguió:

–Escuche, Pappalardo, mientras leía el informe de la Policía Científica, he visto que en el envoltorio de plástico del pack de agua había una huella dactilar bastante clara. Y he visto también que han encontrado puntos de concordancia con la que apareció en el envoltorio de la aspirina.

–Son poquísimos, subcomisaria. Tan pocos que parecen concordantes también con otras huellas.

–¿Las de Antineo, por ejemplo?

–Sí, esas también, pero le repito que son poquísimos, no sirven de referencia.

No, no servían de referencia.

Pero ella no podía dejar de dar vueltas a las palabras del comisario.

–¿Va todo bien, subcomisaria? –dijo Spanò el entrar en el despacho.

–Sí, todo bien.

El inspector se sentó frente a ella.

–¿Seguro? –dijo.

Vanina lo observó. Con alguien tendría que hablar.

–A ver, inspector. En su opinión, ¿alguien capaz de premeditar un homicidio como hizo Antineo es tan ingenuo como para violar a una

chica sin preocuparse de los rastros que está dejando?

Spanò se recostó en la silla.

–¡No, subcomisaria! ¡No me diga que ya no está segura!

Si Garrasi no estaba segura, significaba que tarde o temprano habría que ponerlo todo en tela de juicio.

Macchia, que en ese momento estaba entrando por la puerta, se detuvo.

–¿Qué significa que no estás segura? –preguntó, preocupado.

La iluminación le llegó a Vanina cuando leyó la última declaración de Antineo a Terrasini, en la que decía, para apoyar su inocencia en el cargo de homicidio, que desconocía el hecho de que Lori fuese alérgica a los fármacos.

Vanina llamó a Terrasini.

–Disculpe, fiscal, pero ¿Antineo le explicó también por qué no lo sabía?

La pregunta sorprendió al ayudante del fiscal.

–Afirmó que ella no se lo había contado nunca.

Vanina meditó el dato unos instantes.

–¿Subcomisaria Garrasi? –dijo el magistrado.

–Fiscal Terrasini, tengo que decirle algo: podría ser cierto.

Terrasini se quedó de piedra.

¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Se había quedado en la superficie, en lo que parecía más obvio.

Si uno viola a una chica y la chica muere, el asesino solo puede ser él. Aunque para matarla haya puesto en marcha un plan enrevesado, por decirlo suavemente. Podía terminar de estrangularla y adiós muy buenas, como había dicho Patanè. Eso hubiera hecho un violador.

Nicola Antineo había declarado desconocer que Lorenza era alérgica a los fármacos porque ella no se lo había contado. Pero ¿por qué habría tenido que contárselo?

En cuestión de media hora, Vanina había llamado a Eugenia Livolsi, a Tommaso Escher e incluso a Raffaele Giordanella, que había contestado desde el aeropuerto de Montreal, donde estaba a punto de coger un vuelo para asistir al funeral de Lori.

Todos le habían respondido lo mismo. Los dos primeros no tenían ni idea de que tuviese ese problema. Lori estaba bien, ¿por qué me iba hablar de que era alérgica a los fármacos?, había dicho Escher. Giordanella, que además era médico, lo había sabido por casualidad cuando ya llevaban un tiempo juntos y solo porque ella había cogido la gripe. Y había añadido que Lori –por voluntad propia, al menos– jamás habría acercado los labios a un vaso que contuviera aspirina.

Ya no quedaban muchas dudas.

Pero cuanto más lo pensaba Vanina, más se convencía.

Solo tenía que hacer alguna que otra comprobación, pero estaba casi segura del resultado.

Llamó a Spanò y le dijo todo lo que tenía que hacer.

Eran pocas, apenas diez, las personas que habían acudido al cementerio de Siracusa para darle el último adiós a Lorenza Iannino.

Vanina, Spanò y Bonazzoli se mantuvieron a cierta distancia para no interrumpir el momento, que sin duda era muy doloroso para algunos de los presentes.

Tommaso Escher estaba a un lado, con las manos a la espalda y gafas oscuras. Junto a él se encontraba Eugenia Livolsi, que lloraba abrazada a un hombre, y otro hombre que quizá fuera Raffaele Giordanella. Al otro lado estaba Valentina Borzí con otro compañero del estudio legal.

En primera fila, lo poco que quedaba de la familia Iannino: la cuñada y un par de primos.

Vanina esperó a que todo hubiese terminado y a que la gente empezara a marcharse antes de plantarse en la entrada del cementerio.

Grazia Sensini, la viuda de Iannino, fue la última en salir y se la encontró delante.

–Subcomisaria Garrasi, gracias por venir –le dijo.

Le tendió una mano.

La subcomisaria no se la estrechó.

–No me ha quedado más remedio –respondió Vanina.

La mujer la miró. Luego miró a Spanò y a Bonazzoli, en hilera detrás de su jefa.

Durante un segundo, Vanina captó un destello de aquel rencor que había visto en otra ocasión, cuando había escuchado a Grazia Sensini desear el peor castigo posible a la persona que le había causado la muerte a su marido.

Aquella persona era Lorenza Iannino. Y ella no se lo había perdonado.

Vanina había tardado más o menos medio día en encajar las piezas. El tiempo material de descubrir que la tarde del homicidio Grazia Sensini no había cogido el vuelo a Florencia que tenía reservado. A las 20:30, su teléfono se conectó a la torre de telefonía correspondiente a la casa de Lorenza y a las 21:30 a la de Aci Castello. El coche que había alquilado días antes se devolvió la mañana posterior al delito, cuando Sensini se marchó a toda prisa en el primer vuelo.

La huella hallada en el envoltorio del pack de agua era la misma que aparecía en el cargador que días antes le había proporcionado Grazia Sensini a Bonazzoli, junto con el teléfono de su esposo. Y se

correspondía parcialmente con el fragmento de huella encontrado en el sobre de aspirina efervescente. Una sustancia que, para Lori, resultaba mortal.

Elaborar el resto había sido fácil.

Grazia Sensini se desmoronó enseguida. En cuanto Vanina exageró un poco y le dijo que las pruebas que tenían en su contra eran aplastantes.

Cuando Lori la había llamado aquella tarde, la impresión que le había causado saber que estaba viva le había durado el tiempo indispensable de transformarse en un odio absoluto hacia ella. Aquella estúpida, que llevaba toda una vida aprovechándose de su hermano, que ni siquiera se había dignado a decirles que ganaba lo suficiente como para vivir rodeada de lujos sin tener que seguir siendo una carga para ellos. Que había tenido la desfachatez de propinarles un golpe mortal haciéndoles creer que la habían asesinado, para luego regresar a la vida de repente.

Grazia Sensini le había dicho que iría a verla.

Cuando había llegado a su casa la había encontrado muy alterada. El rostro tumefacto, los labios partidos. Le habían dado una paliza y la habían violado.

La cuñada había fingido que quería ayudarla, pero en aquel mismo instante había empezado a planear su venganza. E incluso le iba a resultar más fácil de lo que pensaba ponerla en práctica, porque seguro que la culpa recaería en el hombre que la había dejado en aquellas condiciones.

La había convencido para que se vistiera y saliera de aquella casa. Le había dicho que irían a dar una vuelta y luego, si quería, la acompañaba al hospital. Antes de salir había cogido una botellita de agua y había disuelto dentro una aspirina efervescente. Se la había llevado. En cuanto Lori había subido al coche, le había dado la botellita. Bebe un poco de agua, Lori, así te calmas.

Había conducido con la vista clavada al frente, sin mirarla, hasta que se había dado cuenta de que Lori ya no respiraba. Luego había ido a aquel lugar apartado, a orillas del mar, donde su marido la había llevado días antes para mostrarle el punto en el que los presuntos asesinos de la fiesta habían arrojado el cuerpo de su hermana. Grazia se había fijado, ya entonces, en que había una rampa. Había sacado a Lorenza del coche y la había hecho rodar rampa abajo hacia el mar. Donde merecía terminar de verdad.

Qué asunto había llevado a Paolo a Catania era un misterio que Vanina no había conseguido resolver.

Lo único que sabía era que había aceptado comer con él.

Y ahora que se acercaba el momento, se preguntaba por enésima

vez qué la había impulsado a decirle que sí.

Un encuentro aquí, una comida allá, una noche casual, otra porque sí... A ese paso, la posibilidad de acabar de nuevo con él aumentaba cada vez más.

Una posibilidad que ni siquiera podía permitirse tomar en consideración, aunque lo desease tanto que le resultaba doloroso.

El sitio lo había elegido él. Un restaurante histórico, en la ronda de circunvalación, al que Vanina solo había ido una vez, con Adriano y Luca. Pocas veces en su vida había comido tan bien.

Vanina se dio cuenta, horrorizada, de que estaba repasando mentalmente el trayecto que había que recorrer desde la entrada del restaurante hasta los diversos salones. Calculando las posibles vías de escape en caso de necesidad. O, peor aún, las distintas vías de acceso para un posible asesino. Paranoias. Ideas absurdas que, sin embargo, no conseguía mantener a raya cuando estaba con Paolo.

Un estado mental del que no le iba a resultar fácil salir. Y que le destruiría la vida, por mucho que la montaña de sentimientos que Paolo le inspiraba intentara equilibrarlo. Esos mismos sentimientos que, pese a los años transcurridos, no le permitían ir hasta el fondo y cortar la relación.

Estaba a punto de llegar al restaurante, un poco tarde, cuando le sonó el teléfono.

Respondió sin mirar quién llamaba, pues estaba segura de que era Paolo. ¿Dónde te has metido?

Pero no.

–¿Jefa?

La voz del oficial Angelo Manzo, de la Sección del Crimen Organizado de la Judicial de Palermo, además de su brazo derecho durante más de seis años, era inconfundible.

–¡Manzo! ¿Cómo estás?

–Bien, gracias. Disculpe si la molesto, pero tengo que decirle algo muy importante.

Vanina empezó a notar un hormigueo extraño en los brazos. Algo a medio camino entre la piel de gallina y un escalofrío. Una sensación desagradable, que le recordaba momentos que prefería olvidar.

–Dime.

–Hace días descubrimos un nido de prófugos. Creíamos que eran dos, ambos vinculados con la familia de los Massaro. A uno lo pillamos y el otro escapó. El que detuvimos empezó a cantar y nos dijo dónde encontrar a su colega. Lo tenemos localizado y esta noche, como muy tarde, iremos a por él. Hace media hora hemos conseguido averiguar cómo se llama.

Vanina apenas respiraba.

–¡Vamos, Manzo, acaba de una vez! –dijo.

–Salvatore Fratta...

–Alias Bazzuca –se le adelantó Vanina.

Tuvo que detenerse y colgar.

Salvatore Fratta. El último superviviente de la banda mafiosa que había asesinado al inspector Giovanni Garrasi. El único al que Vanina no había conseguido echar el guante. El hombre al que todos daban por muerto.

Menos ella.

Se quedó con el teléfono en la mano. Dos segundos más tarde volvió a sonar.

Era Paolo.

–Vanina, ¿dónde estás? –dijo con voz seria.

–No puedo quedar, Paolo. Tengo que ir a Palermo. Enseguida.

Paolo respiró hondo.

–Lo sé.

Agradecimientos

Para ayudar a Vanina a cerrar este extraño caso –cuyos personajes y situaciones son producto de mi imaginación– he torturado con una infinidad de preguntas a unas cuantas personas, a quienes doy las gracias de todo corazón.

Rosalba Recupido, valiosa consejera en temas jurídicos. Nello Cassisi, cuya ayuda policial fue indispensable para resolver los marrones a los que debe enfrentarse mi subcomisaria de papel. A Veronica Arcifa, porque sin ella Adriano Calí no sabría ni por dónde empezar. A Giuseppe Siano y todo el equipo de la Policía Científica de Catania.

Al maestro Marcello Canci por su disponibilidad, gracias a la cual Vanina y yo hemos podido pasear por los pasillos del Conservatorio de Santa Cecilia acompañadas de música de violín.

Nuccio Giuffrida y Monica Taffara, porque de su vivienda entre cítricos no hay quien arranque a Garrasi. Y a Orazio Bonaccorsi por haber acogido a Manfredi Monterreale en su casa con vistas a los farallones.

Gracias también a Paolo Repetti, Francesco Colombo, Rosella Postorino, Roberta Pellegrini, Daniela La Rosa, Chiara Ferrero, Maria Ida Cartoni y a todo el equipo editorial de Einaudi Stile Libero por el entusiasmo y la gran profesionalidad con que tratan a mi subcomisaria: Vanina no podría haber encontrado mejores aliados. Al gabinete de prensa de Turín, especialmente Paola Novarese, Stefania Cammillini e Chiara Crosetti. Y a Stefano Jugo, el rey de internet.

A Maria Paola Romeo, mi indispensable guía, y a toda la agencia literaria Grandi e Associati.

A mi familia, por estar siempre ahí.

A amigos y colegas que, en distintos ámbitos y cada uno a su manera, se ponen manos a la obra para promocionar mis libros.

Y, por último, mi agradecimiento más sincero es, como siempre, para Maurizio, que convive cariñosamente con mi mundo de papel sin soltarme jamás la mano.

Nota

* Traducción de Carlos A. Sampayo Dominguez (Ediciones B, 2011). (N. de la T.)

Título original: *La logica della lampara*

© 2019, publicado por primera vez en Italia por Einaudi
Publicado con el acuerdo con Grandi and Associati.
© de la traducción, 2023 de Montserrat Triviño González
© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: marzo de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. Riera de Cassoles, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)
wwww.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19004-52-9
D.L.: B-3.367-2022
Código IBIC: FA

Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición y conversión a formato digital: David Pablo
Ilustración de la cubierta: Davide Abbati
Diseño de la cubierta: Laura Zuccotti

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.
25.
Agradecimientos
Nota
Créditos